Academia de la Historia de Cuba

DIARIO del Teniente Coronel Eduardo Rosell y Malpica

(1895 - 1897)

I

EN CAMINO

PREFACIO Y NOTAS DEL

DR. BENIGNO SOUZA,

Académico de Número



LA HABANA

1949

ACADEMIA DE LA HISTORIA DE CUBA

MESA EJECUTIVA

Presidente:

DR. EMETERIO S. SANTOVENIA

Vicepresidente:

DR. COSME DE LA TORRIENTE

Secretario:

DR. ENRIQUE GAY-CALBÓ

Tesorero:

DR. DIEGO GONZÁLEZ

Bibliotecario (intº):

DR. TOMÁS DE JÚSTIZ

Archivero:

CAPITÁN JOAQUÍN LLAVERÍAS

Director de Publicaciones:

DR. JOSÉ MANUEL PÉREZ CABRERA



SEÑORES ACADÉMICOS DE HONOR

Dr. Juan Miguel Dihigo y Mestre (Académico fundador)
Dr. Tomás de Jústiz y del Valle (Académico fundador)
Sr. Carlos M. Trelles y Govín

SEÑORES ACADÉMICOS DE NÚMERO

Dr. Pánfilo D. Camacho y Sánchez
Dr. Néstor Carbonell y Rivero
Sr. Gerardo Castellanos García
Dr. José María Chacón y Calvo
Dr. Federico de Córdova y de Quesada
Dr. Enrique Gay-Calbó
Dr. Diego González Gutiérrez
Capitán Joaquín Llaverías y Martínez
Dr. Jorge Mañach y Robato
Dr. Carlos Márquez Sterling y Guiral
Prof. Manuel I. Mesa Rodríguez
Dr. José Manuel Pérez Cabrera
Sr. Gonzalo de Quesada y Miranda
Dr. Emeterio S. Santovenia y Echaide
Dr. Benigno Souza y Rodríguez
Coronel Dr. Cosme de la Torriente y Peraza

BENEFACTORES DE LA ACADEMIA DE LA HISTORIA DE CUBA

Asociación Nacional de Hacendados de Cuba
Manuel Aspuru
Francisco Blanco Calás
Central Andorra, S. A.
Compañía Cervecera Internacional, S. A.
Federico Fernández Casas
José Gómez Mena
Manuel Gómez Waddington
Teodoro Johnson
Nueva Fábrica de Hielo, S. A.
Aurelio Portuondo
José B. Rionda
Leandro J. Rionda
Salvador Rionda
Santa Lucía Company, S. A.
Solís, Entrialgo y Cía., S. A.
Patricio Suárez Cordovés
Sucesión de L. Falla Gutiérrez
Estanislao del Valle
Ignacio del Valle

DIARIO DEL TENIENTE CORONEL EDUARDO ROSELL Y MALPICA



Teniente Coronel Eduardo Rosell y Malpica



Expedicionarios cubanos reunidos en Nassau (New Providence, I. Bahamas), en la escalinata de la residencia del Gobernador.

De pie, de izquierda a derecha: Jova, Rosell, Gálvez, Domenech (con una bandera), Argilagos, Rivero; Yero, Núñez, Lima, Ruiz; Mendoza, Estévez, Betancourt, Marrero, Carrillo, Peña y Torriente; sentados o reclinados: Gómez, Forcade, Landa y Menocal.

Academia de la Historia de Cuba

DIARIO del Teniente Coronel Eduardo Rosell y Malpica

(1895 - 1897)

I

EN CAMINO



PREFACIO Y NOTAS DEL

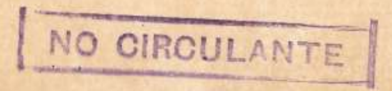
DR. BENIGNO SOUZA,

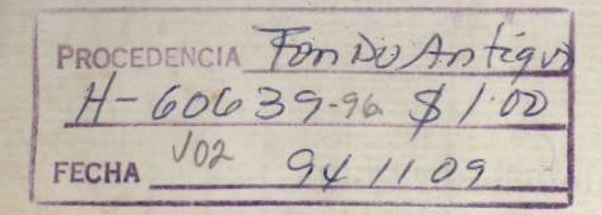
Académico de Número





LA HABANA
IMPRENTA "EL SIGLO XX"
MUÑIZ HNOS. Y CIA.
BRASIL 153-157
MCMXLIX





Donado por:

Fecha:

La responsabilidad de las opiniones, juicios, criterios y, en general, de toda manifestación en los trabajos públicos es exclusiva del autor, sin que por el hecho de conocerlos y aprobarlos la Academia asuma responsabilidad alguna. — Artículo 200 del Reglamento.

9-0548
ROS
D

ÍNDICE

DEDICATORIA

A la venerable memoria del Mayor General Pedro Betancourt y Dávalos;

A la Sra. Cecilia B. de Córdova;

Al Dr. Emeterio S. Santovenia, Presidente de la Academia de la Historia de Cuba.

B. S.



PREFACIO

Los *Diarios,* las *Memorias,* los *Recuerdos,* que a la posteridad trasmiten los protagonistas o los testigos de sucesos históricos, tienen un valor informativo muy superior a todas las demás obras, de carácter más o menos literario, que al través del tiempo, y desde lejos, nos describen los acontecimientos, enjuician los aspectos de una sociedad, de una generación, en determinada época, escritores que no los pudieron ver bien, unas veces porque no fueron sus contemporáneos; otras, porque estaban en el campo adverso, o imbuídos sus autores de notorio apasionamiento falsifican estos acontecimientos, y en ocasiones, por miopía de los relatores, que no todo el mundo goza de buena vista.

Pero si estos trabajos aparecen revestidos de sinceridad, si vierten el incidente o el hecho, inmediato al suceso, expresado tal como lo captara la retina del testigo o del actor, vienen a ser instantáneas que tienen, como documento humano, un valor inestimable, fotográfico, si me es permitido expresarlo así.

Los *Diarios* y *Memorias,* de tal categoría, sobre nuestra Guerra de Independencia, pertenecientes a oficiales y soldados cubanos, son escasísimos; abundan, sí, los que se concretan a una serie de fechas, a ligeros

apuntes, los cuales señalan el sitio donde han tenido lugar los campamentos, registran las marchas, los combates, etc.; pero en absoluto ningún otro detalle que sirva para fijar la vida de aquellos hombres, cuando escribieron con su propia sangre las gloriosas páginas de nuestra Epopeya Libertadora, la del 95; su valor es, por tanto, muy mediocre para conocer, para ilustrar estos sucesos, con la reciente impresión que ellos causaran a sus autores, con las conclusiones que éstos se formaran de esos sucesos, en aquellos momentos. Muchos de esos *Diarios,* incompletos, han servido después de canevá para sobre ellos bordar *Memorias,* arregladas y retocadas, desde luego, en el momento de su publicación, con los mutables puntos de vista del autor, a veces muy opuestos a los que de ellos tuvieran durante la guerra.

Los otros *Diarios,* es decir, ésos donde sus autores estamparon estos juicios, a la hora de su ocurrencia, donde registraron los diarios episodios de la campaña, lo que entonces vieran, cuando estereotiparon al través del humo del combate, entre vivac y vivac, la fugitiva imagen de aquel instante, sin enmienda ulterior, esas piezas, valiosas para la reconstrucción de nuestro pasado, sí son las legítimas *Memorias,* útiles de leer, porque al través de ellas se reproduce el incidente descripto y sirven para llegar así a delinear el contorno de aquellos hombres excelsos; estos *Diarios* son, por desgracia, muy escasos. La mayoría de los de la Guerra Grande se encuentran en España, en diversas manos, españolas casi todas.

Entre los del 68, conocemos, y eso no más que en los fragmentos publicados por el historiador español Pirala, el *Diario* de Ignacio Mora, pleno de interés por la cultura y capacidad de su autor, cuyo trágico final,

prisionero y fusilado en Puerto Príncipe, bruscamente corta este *Diario*. Una tacha tiene, y es la de que su autor, arrastrado por sus antipatías o sus rencores, no conserva, en el curso de este *Diario,* la serenidad indispensable para hacer la crítica de un suceso, en el cual ha desempeñado papel, ha sido actor. Muchas de sus apreciaciones, de sus juicios, han sido considerados erróneos o apasionados, más tarde.

De esta Guerra del 95, hemos publicado el copioso *Diario* de Valdés Domínguez, en un periódico de esta ciudad, tal como lo escribiera su autor, llevado al día, en el campamento o en la marcha, y sin posterior enmienda o retoque. Sus páginas vienen a ser preciosa fuente para conocer las interioridades de nuestra vida en la manigua. Profusas, abundantes en detalles, y absolutamente veraces cuando consignan algún acontecimiento, aparecen matizadas, aquí y allá, por notas de irritado mal humor, por brotes de la diátesis displicente del autor, y sus reflexiones están casi siempre salpicadas de injustas apreciaciones, cuando de personajes, no sus amigos, se ocupa el Jefe de Despacho de Máximo Gómez.

El *Diario,* cuya publicación emprendemos, es interesantísimo, por más de un motivo; el primero de todos, por la ecuánime, la alta serenidad de Rosell, jamás descompuesto por la exaltación, al hundir el escalpelo, al reseñar la anatomía moral de sus conmilitones, operación que practica siempre con indulgencia, y cuando analiza las tachas, los vicios, o los ridículos gestos de sus compañeros, les da sus proporciones exactas; ni aumenta ni disminuye, envidiable cualidad en un hijo del Trópico, tan propicio a la mitomanía y poseedor, como es, además, del ojo de aumento propio de ciertos animales como los rumiantes. Además, fué Rosell el único hacendado, condueño de un gran ingenio, que

muere con las armas en la mano por independizar a Cuba.

Eduardo Rosell, pletórico de ilusiones, formó parte de aquella generosa y dorada juventud del 95, volteriana y frondista (¡dejarían de ser cubanos!) devota de francachelas y duelos,[1] pero que llevó su espíritu de sacrificio en pos del fugitivo fantasma de la Independencia, de la libertad de Cuba, hasta los más remotos confines del heroísmo, que dió su vida por esta idea, casi un mito entonces, cayendo unas veces bajo las balas del soldado español, o al filo del machete del guerrillero cubano; en otras, muriendo hasta de hambre sin acogerse nunca, gloriosamente obstinada, al pabellón protector de la Metrópoli, como sucedió a los poetas Gonzalo Marín, Carlos P. Uhrbach o al joven *Panchito* Figueroa, hijo del gran tribuno Miguel Figueroa, y a Gabrielito Forcade, muertos de hambre, de inanición. Y éstos, que cito, no fueron los únicos; el hambre, las enfermedades, como todos saben, diezmaron al ejército libertador. El soldado cubano luchó contra el régimen colonial, más sólido, más arraigado en el país que algunos de los gobiernos cubanos que hemos padecido en nuestras dos repúblicas, ya que a la bandera de la Metrópoli, en esta última guerra, la defendieron 226,000 soldados peninsulares, tropa de línea, y más de 30,000 guerrilleros, cubanos y españoles aplatanados, amén de un prestigioso partido cubano, el Autonomista, sin contar a los voluntarios españoles, quienes guarnecían las ciudades, y que, en ocasiones, eran movilizados.

Es, pues, este *Diario* del teniente coronel Rosell y Malpica, registro cotidiano, reportaje ejercido a todas

(1) Los duelos, en los dramáticos tiempos de España, fueron trágicos, a la inversa de los ocurridos en la República, la mayor parte de los cuales resultaron cómicos. En un período de cincuenta años hubo en la Colonia 202 duelos, con 13 muertos en el campo. (Estadística de A. Cervantes). En igual período, en más de un millar de encuentros sucedidos aquí en La Habana, sólo ha ocurrido en ellos ¡un muerto! Conclusión: estos tiempos no son aquéllos.

horas, donde se recogen y conservan los deseos, los proyectos, los trabajos, los juicios, la chismografía inclusive, las derrotas o las victorias, vistas por un joven mambí, culto, adinerado, y perteneciente a nuestra mejor sociedad; algunas veces, muy pocas, estos juicios han sido equivocados; las noticias que consigna son, en ocasiones, pero raramente, erróneas, pero todas imbuídas de honradísima sinceridad, y aureoladas por la muerte de su autor, caído de "cara al sol", en los infernales campos de Matanzas.

Eduardo Rosell perteneció por línea materna a una antigua familia cubana, y por la paterna era hijo de español, de catalán; se tituló ingeniero en una universidad americana y después se graduó de abogado en ésta de La Habana; poseía su familia, y aún lo posee hoy, desde hace luengos años, el valioso ingenio *Dolores,* en el fertilísimo valle de Macurijes; muy raro ejemplo de una propiedad de esta índole, de un ingenio, conservándose durante tantas generaciones, en una misma familia.(2)

Los que lean este *Diario* tendrán que convenir en una cosa, y ésta es que en nuestras *Memorias* de la Guerra de Independencia, en sus *Recuerdos,* publicados, con más o menos enmiendas, nada existe parecido a este documento, a este panorama de nuestra última Guerra de Independencia, por la fresca, por la espon-

(2) La bala que partió el corazón de Rosell en la sorpresa del *Ohito* le ahorró llorar a su amante madre, desde muy lejos, desde los campos de la Revolución. Doña Agueda Malpica falleció muy pocos días después de la muerte de su hijo, el 24 de febrero del 97. Fueron hermanos de Rosell, *Pancho,* el mayor, Antonio y Manuel, quienes residían habitualmente en España. Sus hermanas, la mayor, Asunción, casó con Miguel Gastón, padre de Eduardo, hoy Ingeniero Jefe de la Ciudad, a quien precisamente se puso Eduardo por su tío y que, por cierto, presenta extraordinario parecido con Rosell. Su otra hermana, Agueda, casó con Melchor Gastón, hermano de Miguel, padre de *Melchorito.* María, casada con el doctor Luis Azcárate. Dolores e Isabel, ambas monjas, la primera en el *Sagrado Corazón,* la segunda en *Las Reparadoras,* y Carmen, su madrina, siempre enfermiza, falleció diez años después de muerto Rosell.

Como se ve, la mística fe que hizo morir a Eduardo por una idea, la de la independencia de Cuba, era facultad de su familia. Dos de sus hermanas, bellas y ricas mujeres, en aras del misticismo religioso, murieron monjas.

tánea versión de sus episodios,(3) por su certero golpe de vista cuando enfoca personas y cosas, aquéllas que en el trágico kaleidoscopio de la procesión mambisa, "entre el humo de los incendios y el estrépito de la fusilería",(4) desfilaron ante él; sus sentencias, casi siempre han sido declaradas inapelables por el tiempo. Sus retratos, entre otros, los de José Maceo, Juan Bruno Zayas, Pedro Betancourt, Méndez Capote, Clotilde García, Aranguren, Aguirre, *Chema* Bolaños, Pablo Menocal, dibujados en dos trazos, vienen a ser prodigios de verismo y de síntesis.

Otro de los motivos, que confiere interés a este *Diario,* lo viene a ser que su autor lo comenzó el día 19 de agosto de 1895, cuando, pasajero del *Orizaba,* marchaba hacia New York a ponerse a las órdenes de la Junta Revolucionaria, y desde aquel día, todas las personas, las que de cerca o de lejos conoció, las que intervinieron en las cosas de Cuba, durante los meses de su residencia en los Estados Unidos, incorporado desde su llegada a las filas expedicionarias, esas personas aparecen en sus páginas, aditadas por los atributos, justos casi siempre, que los caracterizaron en aquellas horas, amargas y ansiosas, del desterrado. Don Tomás, Enrique José Varona, Manuel Sanguily, Emilio Núñez, Villuendas, Manuel de la Cruz, Eusebio Hernández... y, en una palabra, todo el Estado Mayor Revolucionario alienta, vive en esas páginas, recogidas sus palabras, sus discursos, sus acciones diarias en las hojas de sus libretas; y no hablo de los que más tarde fueron sus compañeros, cuya vida y milagros en el Norte nos trasmite de igual modo: Calixto García, Carlos García

(3) Se exceptúan las *Crónicas* de Miró, el *Diario* de Boza, el de Piedra, y el notable trabajo de Miguel Varona, que, aunque redactados en la paz, aún huelen a pólvora y a manigua.

(4) Máximo Gómez.

Vélez, Pedro Betancourt, Enrique Collazo, Cosme de la Torriente, etc., etc.

Expedicionario de Carrillo y de Calixto García, fracasado tres veces, en Wilmington, en Nassau y en la bahía de New York, cuando desembarcó en Cuba, por Baracoa, desdeñando los sedentarios puestos que se le ofrecieron en el Gobierno, discernidos a su posición en nuestra sociedad, prefirió atravesar toda la Isla, hasta llegar a Matanzas, renunciando a su cargo en la Hacienda de la Provincia, para ingresar como soldado en las filas libertadoras, ocupando el puesto de Jefe de Estado Mayor del general Pedro Betancourt. En su larga odisea, desde la Ensenada de Maraví hasta los picachos del Mogote y del Pan, en Matanzas, enriquece su *Diario* con valiosas observaciones sobre la tierra, sus habitantes, sus cultivos, sus costumbres, los jefes mambises locales, el vocabulario provincial de cada una de estas regiones; en una palabra, es su *Diario,* álbum precioso de nuestra vida en la manigua, por dentro, y vista por observador de tan rara capacidad como lo era el joven ingeniero, quien, por otra parte, poseía muy bien el inglés, el francés, y fué, fino aficionado a la literatura, gran amigo de Julián del Casal.[5]

La última página de su *Diario* la escribió el 31 de enero del año 97, fechada en el Cuzco de Cristina, tres días antes de morir, en la sorpresa del *Ohito,* de un balazo que le partió el corazón, final que, cosa curiosa, auguró poco antes en ese mismo *Diario,* donde decía: "Si es cierto lo de Weyler, mandará a atacarnos aquí, en Guanamón. Quizás hoy o mañana encontraré aquí mi muerte, *¿Chi lo sa?*" Y efectivamente, tres días después moría el joven hacendado, muy cerca de Guanamón.

(5) Los restos del malogrado bardo yacen junto a Rosell, en el panteón de la familia Rosell-Malpica.

Este *Diario,* que como hemos dicho, comenzó el 19 de agosto de 1895 y terminó con la gloriosa muerte de su autor el día 3 de febrero de 1897, pudo conservarse, gracias a la caballerosidad del jefe español que dirigiera la operación de la sorpresa al campamento de Betancourt, en el *Ohito,* el coronel español Pavía. Este, terminado el combate, reconoció el campo de la acción, y el insurrecto presentado que condujo la columna, al encontrar el cadáver de Rosell, lo identificó como al Jefe de Estado Mayor de Betancourt. En el registro practicado hallaron en su cartera tres de las libretas que forman este *Diario.* Al hojearlas el Coronel español leyó en la primera página de cada una de ellas esta advertencia: "En caso que se extravíe agradeceré al que la encuentre la envíe a mi familia Merced No. 26 o Apartado No. 486, Habana". Pavía, naturalmente, mandó a copiar fragmentos de este *Diario,* los que le interesaban, desde el punto de vista de las operaciones en campaña del ejército español, y pocos días después visitó a la familia del infortunado oficial mambí, devolviéndole el *Diario,* expresando que lo hacía "cumpliendo el voto respetable de un hombre muerto en el campo de batalla".(6)

Más tarde, cuando fuera el coronel Cosme de la Torriente nombrado Ministro de Cuba en España, logró que, entre otras cosas de nuestra Guerra de Independencia, le devolvieran la copia parcial hecha de este *Diario,* por el Estado Mayor español. Las libretas, en número de cinco, las conservaba su madrina, y más tarde, cumpliendo el voto de Rosell, las donó a Pedro Betancourt, quien me las transfirió con el ofrecimiento, por mi parte, de su publicación.

---

(6) Además, el jefe español recogió el cadáver, le dió sepultura en el cementerio de Alacranes y le puso en su fosa una cruz de madera que le sirviera más tarde de identificación.

Al recorrer, una tras otra, estas páginas, con el respeto que merece la palabra de los muertos, caídos al pie de una idea, esas páginas, con la muda, con la honda elocuencia de los hechos, con el patente ejemplo de la conducta heroica, silenciosa, sin estridencias, seguida por el autor, revelan, mejor que nada, cuáles fueran el decoro, la mística de nuestro pueblo en el pasado, tan incomprensibles su heroísmo y sus virtudes para la generación actual; pero natural es que las pongan en duda, las nieguen o las maldigan los que después se han titulado heraldos de nuestro país; nadie concibe y menos admite como verosímil lo que nunca será él capaz de llevar a cabo, y los hombres actuales tienen otras místicas, cuando ofrecen sacrificarse por Cuba.

Sin embargo, aquel estado de hiperestesia cívica, de alta moral ciudadana, la que tuvo nuestro pueblo en el pasado, observada lo mismo en las altas clases de nuestra sociedad que en las medias y en las humildes, igualmente en los blancos como en los negros, se explica. Durante largos años, cual romancero de gloriosas gestas, esa generación oía repetir las hazañas de sus padres; conoció del austero desprendimiento que por las riquezas terrenales tuvieron los magnates del 68, los millonarios o los ricos, tales como Aguilera, Aldama, Céspedes, el Marqués, los Mora, y muchos otros, quienes por cubrir al desgraciado, al miserable *Liborio* con el gorro frigio del liberto, voluntariamente, sin una queja, sin arrepentimientos, envueltos en la sagrada toga de los libertadores, altivos penetraron en la mayor indigencia. Realmente, en todo pecho cubano latía entonces, como un deber inalienable, con la intransigencia de un rito religioso, la obligación de ofrendar la vida por Cuba Libre, y cuando la hora llegó, cuando nuestro Apóstol y Gómez hicieron vibrar la campana de Montecristi,

cuando Juan Gualberto hizo oír sus tañidos en Ibarra y ordenó repetirlos en Oriente, toda la joven generación cubana, ricos, burgueses y pobres, contestó a una: ¡Estamos listos!, y en cada lugar, en cada región, corrieron las masas gregarias de nuestro pueblo tras de los hombres aquéllos, quienes habían sido su ejemplo y su guía en la paz. ¿Cómo iban a pensar ellos, esos empleados, colonos, guajiros y negros, especie de vasallos del señor feudal del *Dolores,* que no era bueno, que aquello no era un deber, cuando vieron a su joven señor abandonar sus riquezas para alistarse en la sagrada legión del Ejército Libertador?

Como se sabe, las masas son, en todas partes, inertes, amorfas. Necesitan para ponerse en marcha que les dé cuerda un caudillo, jamás brotan del rebaño ideas. Son sus pastores los que las tienen y se las dictan, ideas que a veces adultera ese rebaño.

Las huestes del 95 tuvieron como sus caudillos a Martí, a Gómez, a Maceo, a Calixto, a Crombet, a Don Tomás, al Marqués, a Masó, a Serafín, y a tantos otros, nobles ejemplares de la raza humana que, cual dije en otra ocasión, parecidos a esas especies de la Paleontología se han extinguido, han desaparecido, tal vez para siempre, del estéril suelo de Cuba.

Por eso es que me ha parecido labor patriótica imprimir este libro y señalar a nuestros paisanos cómo se servía a Cuba entonces, y no cómo lo han hecho algunos de los redentores que le sucedieron, a los que sería vano empeño pedirles su enmienda, no; al que nace barrigón aunque lo fajen. No; sino para que nuestra masa anónima compare a los hombres a quienes debe el pueblo de Cuba su Independencia con los llamados hoy a cuidar de esa sagrada herencia.

Ejemplo eterno debiera ser, pues, para nuestra juventud la pura, la decorosa vida de este Rosell; joven,

criado en la opulencia, hacendado, acostumbrado a la vida del sibarita, gran *gourmet,* casero, muy casero, adorando su hogar, su familia, y que cumpliendo su obligación cívica, que estimaba en su fuero interno sagrado deber, todo lo abandonara para tomar parte en aquélla nuestra Guerra de Independencia, la cual, los que sufrieron esa campaña de tres años y medio, o la presenciaron, sólo pueden comparar al *Infierno* de Dante. Los cubanos le hicieron frente, durante ese largo lapso de tiempo, al hambre con el ayuno, a la malaria con las yerbas del monte, a las grandes heridas, carentes de material quirúrgico, con la miel de abejas, con lo que a mano encontraran,[7] combatieron contra más de 200,000 hombres de esa recia infantería española, que poseía los mejores y más modernos armamentos, el máuser actual, con sus viejos fusiles y sus cananas vacías; a la calumnia de españoles y cubanos, a las injurias de la prensa española y habanera, con sus escasos periodiquitos, impresos a mano en los oquedales de la selva, y todo eso para recoger de la generación actual, que por lo menos debe a su heroísmo, buena o mala, la Independencia de que disfrutan y las sinecuras que se reparten, el desdén, el desprecio, y a veces algo peor...

¿No hemos oído que un congresista, elegido por nuestro Congreso para, en su nombre, pronunciar el panegírico de una fecha patriótica, en su aniversario, dijo que sólo iniciaran esa Revolución de Yara aquellos cubanos ¡por aumentar sus fortunas!, por ansias de riqueza, decía el orador, olvidando que, por libertar a los de su raza, a la del panegirista, aquellos hombres magníficos que inscribieron en su Código la abolición de la esclavitud, voluntariamente se tornaban por esta determinación, en pobres. Razón tuvo el heroico poeta

(7) Recuérdense las operaciones con éxito en plena manigua, grandes operaciones, llevadas a cabo en Tinito Cruz, en Buenaventura Galí y en otros.

Gonzalo Marín cuando al comentar en un soneto la destitución de Máximo Gómez, dijo:

> ...siempre al redentor
> le escupió en la cara un redimido.

Ese fué el colofón que pusiera en nuestro Congreso a aquella generación del 68, sin la cual no hubiera existido ésta del 95, y menos como congresista este señor.

Descansa en paz, Rosell, hombre saturado de ideal, superior por tu cultura, gran corazón, que en el curso de tu gloriosa existencia ignoraste apetencias del cuerpo, menospreciaste tu vida regalada, y diste esa vida para lograr la libertad de tu tierra, libertad que muchas veces hemos visto adulterada después.

Pecaría de ingratitud, si no consignara aquí mi agradecimiento al doctor Pérez Cabrera y al profesor Mesa Rodríguez, que tanta parte han tomado en la preparación de este libro, a tal grado que se puede decir, ellos lo han hecho todo y yo casi nada.

BENIGNO SOUZA,
Académico de número.

EN CAMINO

I. Impresiones de Edo. R. Saurí (*)

VAPOR ORIZABA, AGOSTO 19, 95.

SIEMPRE que me he ausentado, ha sido con la impresión de que no había de volver o que, a mi regreso, me habría de faltar alguna persona querida de la familia. Esta vez, que mi ausencia será más larga, no me pasa eso. ¿Por qué será? Quizás porque a fuerza de pensarlo, se me haya embotado el sentimiento.

Entre los pasajeros, Mateo Fiol y un tal Dumás de Matanzas, Rafael Carrillo, tipo criollo, útil para flirtear o para hacer las delicias de alguna chiquilla romántica.

José Agustín Freyre, buen muchacho y "a self made man". Tiene méritos como químico, pero no hay en él sentimientos revolucionarios. Es el tipo real del buen ciudadano, y la Nación que los tuviera así, por docenas, sería la más feliz. Quizás por esta circunstancia de la falta de temperamento levantisco sea una de las primeras naciones los Estados Unidos de América.[1]

Lolita Argilagos y Agramonte, muchachita monísima, que conversa, canta y distrae. Muchísima gracia y sprit; mientras no estaba mareada animaba a todo el pasaje.

América Casas, muchacha talludita, 14 años, pero cuerpo de mujer, hija de catalán y con la idiosincrasia característica. Muy

(*) En caso de que se extravíen agradeceré al que me las encuentre las envíe a mi amigo Edo. Rosell, Merced No. 26 o Apartado 486. Habana, Cuba. (*Nota de Eduardo Rosell y Malpica*).

(1) José Agustín está retratado en dos palabras por Rosell. Hermano del general Freyre de Andrade, fué el único escapado a la massacre de sus tres hermanos, perpetrada cuando recientes pugnas civiles, por la policía de La Habana.

H. 60639.
9-0548
ROS
A
NO CIRCULANTE
BIBLIOTECA PUBLICA R. VILLENA LA HABANA VIEJA

amable e inocente, buen tipo para mujer propia, y a quien deseo un buen matrimonio; su hermano Celestino, muchacho muy malcriado, muy gracioso y muy listo.

ORIZABA, 20 DE AGOSTO DEL 95.

Hoy he faltado a mi resolución de no jugar nunca en viaje; perdí unos $10.00 y quiera Dios que esto me sirva de escarmiento y nunca más falte a mi promesa.

NEW YORK, AGOSTO 23.

Aquí no he encontrado ni a Juan Antonio Lasa ni a Carlitos, en parte lo siento, pero hallo compensación en mi encuentro con Cosme de la Torriente,(2) que espero me ha de servir mucho.

Me hospedo en *Gilsey House* y he tomado un cuarto con Freyre. Indudablemente es un buen muchacho, y me distraigo en convertirlo a la Revolución militante.

NEW YORK, AGOSTO 25.

Hoy he ido con Cosme a Broadway No. 66;(3) he conocido todas las versiones importantes. Una conversación que tuvo en mi presencia X. me ha disgustado. Una desilusión más, lo creía el hombre y me he encontrado con un "homme de lettres", por el estilo de León Bloy.

Esta noche he ido a Brooklyn, y he sido presentado a Francisco Carrillo; me ha gustado mucho; he tenido la suerte que me admita en su expedición, y heme ya alistado.

NEW YORK, AGOSTO 28.

He conocido en estos días a muchas personas. El más original de todos es el Dr. Pedro Betancourt, a quien estoy cogiendo cariño. Lo conocía de nombre y por sus aventuras en Febrero. Es un

(2) Todo el mundo conoce en Cuba al coronel Cosme de la Torriente. De familia opulenta, matancera, ocupó distinguidos cargos en el Ejército Libertador, y en la paz, social y políticamente, altos puestos.
(3) Sede de la Junta Revolucionaria.

hombre alto, de unos treinta años, y todo nervio; completamente primitivo; no creo haya dos casos en el mundo en los cuales, como en él, se compaginen el saber y la instrucción, el mérito y el talento, con todo su desprendimiento e idealidad, con una naturaleza impresionable, virgen, capaz de recibir toda clase de impresiones, y de complacerse con todas las pequeñas cosas. Aquéllos como él son los que gozan de la vida.

En un almuerzo en *Savarin,* porque oyó un órgano de Barbaria tocar el *Home, sweet home,* se levantó, se acercó a la ventana, y sin ocuparse de la curiosidad de todos los presentes, llamó al hombre y le ordenó que repitiera la música, repartiéndole monedas. Es muy vehemente, dice que en cuanto llegue a Cuba, para que no digan, pretextará una ocupación, y en cuanto se vea solo, se tirará en el suelo para abrazar a su tierra.

Es muy despreocupado; entre su equipo compró una capa de hule, en forma de poncho mejicano, y, como lloviera una noche, salió con ella por las calles de New York, y al llegar a Brooklyn nos contaba que un policía lo había tomado por un cura y lo había requerido para que sólo usara los hábitos en su Iglesia, pues fuera de ella estaba prohibido llevarlos. En la calle, lo mismo se extasía ante una mujer bonita que ante un cochinito, encerrado en una jaula; es de los hombres que por su ideal ha sacrificado su fortuna, su posición, y ha trabajado con entusiasmo en su esfera, seguramente como el que más.

En estos días he estado muy ocupado, haciendo compras más o menos útiles y de centinela en (ilegible). También he tratado lo del colegio para Melchorito. Felizmente para él, por no saber inglés, lo he puesto en uno de donde saldrá aprendiendo este idioma. A Sanguily le he oído cuentos; su historia del mambí, la del filipino y el ataque de las Tunas. (Interesantes).

A Peña,[4] que también es un hombre, la de Vapor y el Sargento Fernández. He estado en *Madison* a ver a Trilby; me gustó. He comido bien en (ilegible) en *Delmónico,* y en el café *Savarin.* Me siento completamente otro, sin pensar, y también sin tener ganas de hacerlo; si siempre pudiera ser así me encontraría feliz.

(4) Braulio Peña, comandante de la guerra de los "Diez Años", muy valiente, llegó en ésta del 95 a Coronel.

WILMINGTON, SEPTIEMBRE 6.

El 28 del mes pasado, al salir del café *Savarin,* en donde había almorzado, en compañía y por invitación de Freyre, recibí la orden de salir en aquella tarde para Filadelfia; así se cumplió, después de haber hecho apresuradamente los últimos preparativos. Eramos siete. Pedro Betancourt, Cosme de la Torriente, Bonifacio Gómez, Guarino Landa, Martín Marrero, un tal Manuel Alomá y yo. En Filadelfia nos esperaba el Comandante Peña; tuvimos algunos momentos indecisos, en que hicimos un papel ridículo, los siete hombres, con nuestras maletas. Por fin nos encaminamos a un hotel, en donde no sé por qué festividad no pudimos encontrar habitación, y tuvimos que meternos en una posada donde las chinches hicieron su agosto con nosotros.

Después de almorzar nos dirigimos a la estación, donde tomamos un tren para Wilmington. Al llegar nos llevaron a la cigarrería de *Soto Bros.;* en la trastienda nos encontramos a Federico González, Manuel o Francisco Navarro (éste nos sirvió de guía hasta allí), Ismael Seijas y un tal Peraza. Después se nos reunieron por diversas remesas Carrillo, con sus dos hermanos, Eduardo Yero, el Comandante Peña, Pablo Menocal, Pedro Estévez, Gerardo Domenech y Antonio Ruiz.

En la trastienda, sentándonos en el suelo y arreglándonos lo mejor que pudimos, nos tuvieron hasta las doce de la noche. A esa hora, divididos en dos grupos, nos dirigimos al muelle y allí tomamos el remolcador *Taurus,* en el cual estuvimos paseando por el río Delaware toda aquella noche, hasta que el día siguiente, nos apeamos en Penns Ville, a eso de las once, para comer algo; allí se comió, se bailó un poco y volvimos a meternos en el *Taurus* hasta que a las tres, por un aviso recibido, tuvimos que desembarcar precipitadamente en Penns Grove, y hacer nosotros mismos la descarga de las cajas, y lo hicimos con una rapidez asombrosa; se fletaron para Filadelfia. Allí no nos dieron orden ninguna, al menos a mí.

Unos se fueron con Carrillo para la Estación, y yo me quedé con Peña y otros más, en un parquecito, a orillas del río. Sentado en un banco vi acercarse a un remolcador (*The Meteoro*) cargado de polizontes, que hicieron detenerse al *Taurus,* después atracó al muelle, y bajaron todos los policíacos, entre carreras, pitos y amenazas, que, a la verdad, resultaron ridículos; nos detuvieron a todos.

Yo estaba sentado en un banco y para disimular me puse a leer en un libro que llevaba en el bolsillo; no me hubieran cogido, si al ver que se iban a llevar a mis compañeros, no me hubiese puesto de pie, mirando hacia ellos. Nunca me pesará haberlo hecho, pues así corrí la misma suerte que los demás y creo me evité algunos disgustos. ¿Qué hubiera sido de mí, allí, sin siquiera conocer el camino?

A Wilmington llegamos de cinco a seis; nos llevaron a la Corte y allí nos extendieron la orden de prisión; tuvimos que dormir en el suelo. Digo dormir, porque pasamos la noche charlando y arreglando muchos asuntos. Al día siguiente, 31 de Agosto, nos juzgaron con Vandergrift por Fiscal, Ward por abogado y Mc Allister por comisionado de los Estados Unidos. Se determinó que teníamos que pasar al *Grand Jury,* dos semanas después, y nos soltaron con una fianza de trescientos pesos cada uno, que amablemente dieron por nosotros el General Pottles y el mejor médico de la ciudad, según dicen, y cuyo nombre no recuerdo.

Nos hospedaron en el Delaware House, un fonducho de última clase, y donde la noche del 31 al 1ro., por primera vez en mi vida dormí con otra persona en la misma cama. Felizmente éste fué el Dr. Betancourt, quien me tocó de compañero de cuarto.

Aquí estamos acuartelados, y esperando lo que se decida con nosotros. Yo creo que nos han fastidiado, porque aun cuando no nos condenen, por lo menos van a retardar en un par de meses nuestra salida. Felizmente he dado mi tercer apellido y así nadie me conocerá.

WILMINGTON, SEPTIEMBRE 15.

Como me temía, el *Grand Jury* nos encontró, el día 10 un (ilegible) Bill, a pesar de las simpatías unánimes, y todas las exageraciones inútiles, de que nos tienen llenos los oídos. Ahora tendremos que esperar el *Petit Jury,* que es el 18, y el cual en medio de sus protestas de simpatía, nos fastidiará también.

Wilmington es una ciudad agradable, con buenos paseos y algunas comodidades. Hay muchachas bonitas y he tenido la suerte de conquistar una trigueñita muy mona, quien me dejará muy buenos recuerdos. ¡Qué encanto tienen estas aventuras inesperadas!

Aquí me he leído *Le Portrait de Doriam Gray,* por Oscar Wilde. Es una novelita exquisita, por su psicología y su originalidad. También el libro *Carlos Manuel de Céspedes,* publicado por su hijo. Ultimamente he leído *Récits de Guerre,* por Halévy. *La Légende de l'Aigle,* por G. d'Esparbès.

Les Demi-Vierges, por M. Prévost, *Lousioff,* por (ilegible) *Daniel Valgraive,* por Rosny. Otra, de cuentecitos, por Prévost y la gran *Estrategia e Historia Militar del Siglo,* por Rustow.

Ahora me voy a entretener en estudiar los explosivos modernos,(5) y me han prometido prestarme el (ilegible) *Internacional,* del que también voy a ver si repaso algunas partes.

NEW YORK, OCTUBRE 5.

Los días 18, 19, 20, 21 y 23 del mes pasado fué nuestro juicio en Wilmington, con Wales por Juez, Vandergrift por Fiscal, y Gray, Ward, Horacio Rubens y Benoit por defensores. No anoto detalles, porque demasiado presente los tengo en la memoria, y en último caso, con leer la prensa de aquellos días y especialmente la de Wilmington y Filadelfia, los recordaría. Lo mismo digo de la manifestación que nos hicieron por la noche los americanos, que indudablemente fué grandiosa.

Al día siguiente, 24 por la tarde, nos embarcamos para esta ciudad, viniendo a dormir aquella noche, y la siguiente, en el Hotel América.

El 26, Betancourt, Torriente y yo nos mudamos al 330E 14 St. Y aquí estamos esperando órdenes; éstas por desgracia tardan más de lo que deseáramos. La verdad es que más vale así, si salimos bien, pues un segundo fracaso sería ridículo.

El primero me ha embromado completamente, no tan sólo por las cartas, que he tenido que volver a escribir, las cuales, a la verdad me son muy dolorosas, sino también porque creo haber perdido mi equipo, en fin, ya veremos.

Se nos están reuniendo algunos compañeros más, quiera Dios que podamos salir bien, llegar sin novedad, y no tener ningún tropiezo hasta que nos incorporemos.

---

(5) Rosell era también químico graduado en New Orleans.

A BORDO DEL DELAWARE, OCTUBRE 11.

A las dos y treinta de ayer recibí un aviso y un encargo, que desistí de cumplir por la imposibilidad material en que me veía de estar listo antes de las cuatro. Salimos a las cinco y diez, con la estatua de la Libertad a la vista; primera vez, según dicen, que se sale en esa forma.

Venimos todos los de Wilmington, menos Peraza, Seijas, Navarro y González; en cambio vienen nuevos; Rivero, Franklin Argilagos, Mendoza, periodista de Cienfuegos, un tal Jova, Gabrielito Forcade, Federico Núñez y un práctico de cayos, cuyo nombre aún no conozco.

La otra vez que me embarqué lo hice casi inconsciente, esta vez lo he hecho con verdadera conciencia de la gravedad de la situación.

Según noticias tenemos que trasbordar, recoger a otros y después... creo que llevamos el gran parque. No dejé de pensar ni un momento en madrina. Las cartas que tengo escritas no sé aún cómo las mandaré. Por salir ayer, nos perdimos el gran meeting celebrado en honor del Grito de Yara, en 1868, pero indudablemente, mucho mejor lo estamos nosotros celebrando, con nuestra primera tentativa seria de Independencia, que ellos.

En vez del moreno práctico, pues es sólo un auxiliar, tengo que poner a Carlos Lima, jovencito al parecer muy simpático. El nombre del Rivero, a quien me refiero es Antonio y creo que es abogado.(6)

También se me olvidó apuntar a Tomás Collazo, Mendoza se llama Pedro, y Jova, Juan Gregorio. También se me ha olvidado decir que de los de Wilmington tampoco ha venido Alomá y al parecer, por culpa de él.

La lista es la siguiente: Eduardo Yero, Francisco Carrillo, Vicente Carrillo, Dr. P. Betancourt, Dr. Martín Marrero, Cosme de la Torriente, Bonifacio Gómez, Guarino Landa, Comandante Peña, Gerardo Domenech, Tomás Collazo, Pedro Pablo Menocal, Antonio Rivero, Federico Núñez, Antoñico Ruiz, Frank Argilagos, Pedro Mendoza, (que el pobre sufre de los nervios), J. G. Jova, Carlos Lima, Ego, un capitán y el moreno práctico de los cayos.

---

(6) Antoñico Rivero, después de la guerra, donde tomó parte, fué fiscal de la Audiencia y protagonista de un ruidoso duelo con el general Monteagudo.

A BORDO DEL DELAWARE, OCTUBRE 13.

¡Valiente día de mi santo! Cuando me desperté por la mañana oí cantar al capitán que venía con nosotros, y como yo sabía por el Almirante que esto lo hacía cuando estaba de buen humor, lo creí señal segura de que ya se encontraba nuestro barco a la vista; y a la verdad creí que por el momento no se podía pedir mejor obsequio para celebrar mis natales.

Pero pasó una hora y no venía a avisar mi compañero de camarote, mi inseparable Betancourt, quien no pudo traer noticias, y yo me quedé recordando mis sueños de desembarco y encuentros, algo fantásticos, pero que al menos me daban ya como una realidad mi deseo.

Ya son como las cuatro de la tarde, y aún no se ha visto a nadie, pero al menos, frente al Cabo Hateras, que es el punto aproximado de la cita, tenemos esperanza, pero a poco desaparecida porque no se divisa ningún barco parecido al nuestro, al que aguardamos. A pesar de tener derecho a esperar hasta mañana, a las ocho, que será cuando se cumplan las cuarenta y ocho horas estipuladas, ya casi nadie, y yo el primero, mantiene esa esperanza.

Tendremos que seguir hasta Inagua, y allí estar Dios sabe hasta cuando, sin dinero, y sin comunicación posible, es muy probable tengamos que volver a New York, y empezar otra vez nuestra historia, olvidando estos dos fracasos.

¿Quién tendrá la culpa de éste? Indudablemente el que debía haber esperado *era* el *otro* barco, y *no* éste, pues aquél *no* era seguro, y éste sí. Por lo menos debieron haber mandado un remolcador o una simple goleta, desde New York o desde Filadelfia, a buscarnos, y de seguro hubiera costado menos que nuestro viaje de regreso. No ha faltado quien propusiese al capitán que nos dejara en las costas de Cuba, pero para esto hacía falta efectivo y no lo teníamos.

Por fin, Dios dispondrá; en casa, sobre todo mamá y madrina ¡cómo me estarán echando de menos hoy!

A BORDO DEL DELAWARE, OCTUBRE 15.

¡Cómo me he estado acordando hoy de casa! Ya llevamos dos días de viaje, sin otra perspectiva sino meternos en Inagua, ni más esperanza que la voluntad de Dios. Hubo el proyecto de mandar, por el primer vapor encontrado, dos o tres a New York, al

General y a los prácticos, para ver si se podían arreglar las cosas cuanto antes. A eso de las cuatro nos cruzamos con un vapor; por rara coincidencia vimos, cuando se nos acercó, que era el *Laurada,* precisamente el mismo *Laurada;* se le preguntó si quería aceptar unos pasajeros, y como supieron no éramos náufragos, no quiso hacerlo, sin darnos explicación.

Después hemos seguido, ya resignados y perdida toda esperanza de arreglo inmediato. Indudablemente es curioso que ni para morir tenga uno facilidades en esta vida.

De entre los pasajeros, hay dos o tres que me llaman la atención; por distraerme diré algo de ellos ahora, dejando para más adelante escribir una nota sobre cada uno, como ya me lo tengo propuesto. De los que quiero hablar son casualmente de los nuevos, de los que no estuvieron en Wilmington, uno de ellos es Pedro Mendoza, el enfermo de los nervios; aunque no llegue a tener la originalidad, ni la semejanza sea aceptable, me recuerda mucho a mi pobre Casal,(7) por la palidez de su rostro, por la angulosidad de su cuerpo, por la nariz pronunciada, caballuna, y por sus rarezas. Además de su nerviosidad, y de sus naturales consecuencias, se las da de arqueólogo, es periodista y creo que también poeta. Su conversación es atrayente; diserta agradablemente sobre ciertos asuntos y se le pueden dispensar sus exageraciones, tanto más cuanto que son completamente inofensivas.

En los primeros días estuvo insoportable por la suspensión de la medicina que tomaba, y que se le acabó.

Gregorio Jova es un buen muchacho, pálido, de ojos claros, de tipo fino, y creo, rico, allá en Cienfuegos; me es simpático, quizás por antagonismo de naturaleza, quizás por algunas coincidencias espirituales.

Federico Núñez, seriote, formal, es uno de los de Ibarra, un buen muchacho y, dejando la modestia a un lado, de mi misma pasta, al parecer. Lo considero, en lo posible, mi otro yo.

Ruiz no me cae bien. No sé por qué, no he hablado con él más de un par de veces, pero transcribo la impresión que ha hecho en mí, a reserva de modificarla.

Entre los nuevos hay un antiguo conocido mío, que estuvo en Belén, pero a quien a la verdad he tratado poco. Me refiero a Gabrielito Forcade. La teoría de que cuando se es bonito de niño, se

(7) Rosell fué íntimo amigo de Casal. El poeta está enterrado en el panteón de la familia Rosell, donde más tarde éste fué sepultado.

es feo de hombre, está desmentida por él. De chiquillo, como todos los rubios, tenía un tipo simpático, y ahora con sus bigotazos rubios y su cuerpo bien modelado, excepto las piernas, aunque no es alto, es uno de nuestros mejores tipos.

Muchacho de mérito, pues es trabajador, y últimamente estaba hecho cargo de la finca de su tío o de su abuelo, pero por lo demás, es un perfecto representante de nuestros elegantes de la Acera.

Decidor, dado al choteo, pensando siempre en bromas y en rumbas, me recuerda bastante a Juan Antonio Lasa, y creo hará un buen papel militar en nuestra Revolución.[8]

Quedan ya tan sólo para mencionar a todos los nuevos, Argilagos y Lima; aún no los tengo bien definidos.

Expresiones que anotar. ¡Ya cantó el *guariao!* Detonaciones en una escaramuza o combate. *Encasquillado,* a quien se acobarda o más bien desiste de ir a la guerra. Morir solo, como un chivo en el desierto, sin que nadie lo llore. (Se lo oí decir a Lima).

A BORDO DEL DELAWARE, OCTUBRE 17.

Hoy hemos estado viendo y pasando por algunas de las Pequeñas Bahamas. Con este motivo se ha hablado de la Isla de San Salvador, del Gran Almirante y de Rodrigo de Triana.

Probablemente mañana desembarcamos en Inagua; el buen humor no lo ha perdido casi ninguno de la partida, excepción hecha de los mareados. Entre ellos se encuentra el Comandante Peña, que por lo visto en el agua es hombre perdido; quién había de decir que en tierra es uno de los más temibles veteranos especialmente para los *tocororos;*[9] también se cuenta en este grupo el General, sea porque me recuerda mucho a mi tío Pancho, o porque cada nuevo día se conocen mejor sus grandes cualidades, me va gustando siempre más. Además de valiente, debe ser hombre de mucha sangre fría y previsión. Se hace querer por todos, y al mismo tiempo respetar.

Argilagos no se marea y come mucho más que yo; es muy buen muchacho, toma muy en serio la vida y está todo azorado por haber caído entre una partida de guasones como son casi todos.

---

(8) Gabrielito Forcade llegó a comandante y, un héroe, murió en la provincia de Matanzas.

(9) Sobrenombre dado en los campos a los soldados españoles.

Lo torean muchísimo; cuando con toda candidez se pone a hablar de sus campañas en Colombia, refiere batallas en las cuales trescientos cañonazos sólo consiguieron matar un cochino y un indio viejo; otra, en donde él, un simple teniente, quedó al mando de unos mil hombres. Estas andaluzadas me hacen chotearle su grado de Teniente de los ejércitos de Colombia.[10]

Lima es un niño, si no por sus ideas, por sus cosas; se las da o quiere dárselas de un académico con sus peroraciones y discursos. Los años lo irán domando.

De quien he de modificar mi opinión es de Ruiz; es abogado y hombre instruído, además fué de los pocos que acudió a la cita de Ibarra, lo cual indica que sabe cumplir con su palabra y tener vergüenza; Federico Núñez también fué de ellos.

Somos cinco habaneros, que yo sepa, el principal lo es el doctor Marrero, sumamente simpático, muy seriote, más parece un guajiro que todo un señor doctor en medicina. Es muy bromista, pero nunca abandona su seriedad; fué el jefe del grupo que se levantó en Jagüey Grande el 24 de Febrero, y el primero que sostuvo fuego en esta guerra con el enemigo. En jarana lo llamamos el *héroe de la Yuca.*[11]

Es muy interesante su relación del levantamiento y tiroteo, si no la de los hechos, que transcurrieron desde que se presentó en Jagüey hasta su regreso a los Estados Unidos, lo es su viaje nocturno, que le hicieron hacer a Colón, indudablemente con la idea de tumbarlo por el camino, hasta su fuga de Asturias, en un vagón de primera, sin comprar papeleta. De todo da detalles, de sus conversaciones con las autoridades, de sus impresiones en la tercera de los buques, por donde tuvo que navegar, y hasta una especie de manifiesto que tuvo que mandar a publicar en el *Eco de Avilés,* allá en España, y que imprimió el 11 de mayo de este año. Nació en Santiago de las Vegas, y es casado. Los otros cuatro habaneros son: Riverito, Gabrielito, Núñez y yo.

Domenech,[12] el Hércules de la compañía, y según él, Jefe de la Partida de la Tranca, en Cayo Hueso y primo del Dr. Guiteras; Cosme de la Torriente, abogado, muchacho muy instruído y fino,

---

(10) Frank Argilagos hizo toda la guerra en el Tercer Cuerpo, y adquirió el grado de Comandante; fué muy estimado por su valor.

(11) *La Yuca,* potrero de Jagüey Grande, donde tuvo fuego con el enemigo Marrero.

(12) Gerardo Domenech, un Hércules, tuvo la mala suerte que recibiera en combate un balazo que le seccionó la médula, viviendo paralítico años después de la guerra.

hermano de mi amigo *Pepe* (y si no recuerdo mal, uno de los *white-coats* de mi primera (ilegible); el Doctor Betancourt, Bonifacio Gómez, muy serio, tenedor de libros de importancia, fino y formal. Menocal, Pablo, a quien ya conocía por referencias del Ingenio *Las Cañas,* hermano de Mario, y Carlos Lima, que es de la ciudad de los cangrejos, son matanceros.

Los Carrillos, Gregorio Jova, Antonio Ruiz, especie de secretario del General, Guarino Landa, un hijo de andaluz muy simpático, muy bromista y muy buen mozo, son de Las Villas. Me acaba de decir Landa que nació en Colón, por lo tanto es matancero.

Y quedan para el Camagüey además del gran Mendoza, el no menos grande Estévez, verdadero marinero, y que por ser nuestro patrón y por las bromas que le usamos, se ha creído almirante de veras, y Argilagos.

T. Collazo creo que también es de La Habana, pero no puedo asegurarlo; lo había tratado poco antes, y ahora me está simpatizando mucho; sin la barba y el bigote que tuvieron que afeitarle por una escapada, está completamente desconocido; no es de los nuestros.

El capitán Mr. Hudson es americano, es viejo y muy amigo del whisky y del ron; con sus ojos chiquiticos, ribeteados, su voz cascada, y casi ininteligible, y aspecto de no tener amigos, es un lobo marino.

Célebre de veras es Severiano Gálvez (así se llama a ratos), que es propietario de parte de Pine Key. Práctico por esos puntos, y también amigo de los mismos ingredientes que usa el capitán. Es un negrazo de más de doscientas libras; siempre de buen humor, menos cuando se pone pretencioso, lo cual por fortuna sucede muy raras veces.

Nos ha dado muchos detalles de la expedición de Roloff-Sánchez, los trabajos que pasaron los pobres, y cuán buena gente era para el caso. También nos ha contado anécdotas de Roloff y Serafín, que me han parecido mucho más grandes después de oírselas. ¿Tendremos nosotros la misma suerte?

Hoy, al medio día, tuve un ataque de *spleen;* acordándome de cosas y personas, pero felizmente pronto se disipó, entre la algazara de los compañeros es difícil hasta pensar. La última ocurrencia fué la de que para proporcionarnos la vida en Inagua o para disimular nuestra irrupción allí, habríamos de formar una compañía de caballitos, de esas mixtas, en las que hay exhibición de habilidades y también cosas curiosas y raras. A cada uno se le asignó su ocu-

pación y entre la chacota y las consideraciones mutuas, se ha pasado un rato agradable.

Pocas veces nos acordamos de los que se quedaron en Wilmington; me refiero a Seijas, que dice fué condiscípulo mío en *Belén,* pero que por lo pronto, por sus discursos y su cara de solitario, nos embromaba a casi todos; González, un tabaquero, nos caía bien; Peraza, uno de esos mayorales encargados, a la moderna, muy fuerte y para el caso quizás más útil que cualquiera de nosotros,(13) por último, Navarro, mulato muy callado y que siempre se daba su lugar.

De quien se murmura bastante es de Alomá; casi todos aseguran se encasquilló a última hora; Betancourt anda muy desconsolado porque dice que con él se le ha perdido el gran enfermero para los futuros hospitales.

Repasando a la ligera estas últimas páginas, caigo en la cuenta de haberme olvidado de Eduardo Yero. Es el único representante de nuestro gran Oriente, y por su importancia política, una de las mejores figuras de nuestro grupo. En cambio, físicamente de las peores, pues además de su cara de irlandés viejo, es sordo, y muy feo. Siempre lo he visto impasible; no se conmueve por nada y nunca habla, a menos que le dirijan la palabra, entonces lo hace en voz muy baja, y hay que contestarle dando gritos, por lo que a pesar de ser muy interesante su conversación, desiste uno bien pronto de ella. Algunos le toman un poco el pelo; él se presta a ello, tan sólo hasta cierto punto. Es el más viejo de la partida; conmigo siempre ha estado muy atento; el otro día me regaló una escarapela muy bonita.

Según dicen es muy querido en Santiago de Cuba; allí fué Presidente del Partido Autonomista, y creo que Maceo lo reclamaba a cada rato.

Ultimamente se me ha ocurrido escribir un cuentecito o más bien un episodio que se llamará *Frío,* y en él consideraré psicológicamente al Dr. Marrero, desde Jagüey Grande hasta Colón; a otro le pondré *Sabana Nueva,* y en el cual referiré una de las hazañas del General Carrillo en la Guerra Chiquita.

¿Habrá ido por fin Manolo a New York y, ¿cómo estarán a estas horas en casa? No sé cómo me las voy a arreglar, creo será lo mejor suspender mi correspondencia, por lo menos, con la incertidumbre les quedará la esperanza.

---

(13) Antonio Peraza, sobrino del General. En la paz fué Concejal del Ayuntamiento de La Habana.

Pocos pasajeros vienen a bordo: un matrimonio haitiano, él es un mulato claro y ella una mulata agrisetada, con la correspondiente suegra, y que siempre están muy acaramelados.

Tres franceses, o por lo menos hablan ese idioma; van a la Martinica; parecen ser gente de dinero y tienen el aspecto de unos "commis voyageurs".

Viene también un mulato francés, que por su elevada estatura se parece a Luis Moliner, ¡cómo siento no tener la dirección de éste! ¡Qué bien lo pasaríamos si estuviéramos juntos! Y por último, un mulato regordete, desde la gorrita, que le cubre la luna llena de su cara, hasta sus pies, muy bien cebaditos.

Le acompaña, como consorte, una cuarterona, la cual no dudo haría la felicidad de varios, especialmente del Almirante, a pesar de tener más de cuarenta años y más libras que años.

El mayordomo es un muchacho dominicano, bastante agradable. Nos ha referido varias anécdotas, muy curiosas, de su República y de su gran Presidente Lilís. Por lo visto este buen señor se da una gran vida, siguiendo a fines del siglo XIX todo el complicado sistema de los tiempos feudales. Después de todo, ser un Barba Azul en estos días, además de no tener nada de desagradable, es muy original y si no que lo diga Huysmans, a quien últimamente leí y aprovecho la ocasión de anotarlo, puesto que se me había olvidado su último libro *En route,* tan original como todos los suyos, tan bien escritos como *Là-bas,* aunque tiene partes interesantes, no siempre es así, al menos para mí, que por ahora no tengo nada de místico, quizás por haberlo sido ya. *En route,* hubiera hecho las delicias de Casal. Yo he preferido *El retrato de Dorian Gray.*

NASSAU, NUEVA PROVIDENCIA, OCT. 23.

Aquí estamos desde ayer por la tarde, en un caserón muy grande y muy sólido, que como otro, exactamente igual, está a orillas de la Bahía; están los dos cercados por una reja de hierro muy grande, es un cuartel lleno de camas de campaña y estamos tratados militarmente, con toques de rancho y de diana, un soldado por ordenanza, y una partida de centinelas por todas partes. La comida de ayer, como rancho fué buena, pero hay quien dice que obligan al Cónsul español a pagarla.

Hoy a las diez nos juzgarán y veremos a ver lo que resuelven hacer con nosotros.

Hemos venido a parar aquí de la siguiente manera: el viernes 18 anclamos en Inagua,[14] momento antes lo había hecho un barco de guerra inglés, el *Partridge*. Este barco mandó al *Delaware* un oficial; también fué el gobernador de la Isla. Después de varias conferencias, nos dejaron desembarcar en una de estas Islas, para llevarse a alguien, y como por otra parte habíamos oído decir que los habitantes de allí nos guardaban rencor, por la muerte del capitán de la goleta, que tuvo que ordenar Maceo en su último desembarco,[15] nos dieron a cada uno un revólver y cincuenta tiros, encargándonos que los escondiéramos.

Desembarcamos 21, quedándose a bordo para seguir a Haití y desde allí telegrafiar y adquirir noticias, el General Carrillo, Tomás Collazo y el capitán americano; este último no sé para qué. Al desembarcar nos llevaron a la Aduana, allí nos hicieron un minucioso registro en nuestras maletas, y nos cobraron derechos por una porción de cosas, por las hamacas, por los cuchillos, y por unos pares de medias nuevas que llevaba Yero. Los derechos sólo ascendieron a $3.40 porque dejamos depositado todo aquello que no nos era de absoluta necesidad, como las medicinas, unos aparatos telegráficos, y algunos cuchillos.

A todas estas se nos acercó el consignatario de la casa de Cliton y nos rogó que si llevábamos armas, también las dejáramos depositadas; de seguida, y por orden superior, el cuerpo de policía nos despojó de nuestros revólveres y cápsulas, las que dejamos allí. Por nuestros comestibles también nos cobraron derechos, pero no sé a cuánto ascendieron.

Mientras nos buscaban una casa alquilada donde hospedarnos, nos llevaron al consulado haitiano.

Entre una cosa y otra habían transcurrido más de dos horas desde nuestro desembarco y al cabo de ellas vino Mac Darrell, o sea, el representante de la casa Cliton a anunciarnos que había encontrado una casa en lo mejor del pueblo, por diez pesos mensuales; aunque hasta el regreso del *Delaware* sólo transcurrirían ocho o diez días, tuvimos que tomarla y pagar el mes entero.

La casa anteriormente había sido una tienda, a juzgar por el mostrador y los estantes que había en la pieza principal, o más

(14) De la islita de Inagua, la más próxima a Cuba, partió la ''Mano de Valientes'', Gómez y Martí y sus cuatro compañeros.

(15) Error. No fué el Capitán sino un marinero, y en muerte accidental.

bien la única existente en la planta baja, pues si bien estaba dividida por una pared, el otro compartimiento era sólo un pasadizo o zaguán, lo que allí llaman "hall". De ella arrancaba una escalera que conducía a las habitaciones altas, es decir, a un gran salón, donde en seguida, con el embullo de los novicios y de gente que quiere conseguir un buen puesto, colgaron casi todos sus hamacas de las viguetas, y sus ropas de los clavos *ad hoc*.

Cuando bajaron, venían todos con el especial traje de campaña, del cual cada uno se había provisto. Yo no alcancé puesto arriba y me tuve que instalar en el pasadizo, de que ya he hablado, bastante bien por cierto y en donde en la magnífica hamaca que me prestó Collazo, dormí muy bien, a pesar de ser ésta la primera vez que utilizaba esta clase de cama.

Comimos muy mal, de pie, con el mostrador por mesa; los últimos, como yo, nos embromamos, pues tuvimos que conformarnos con un poco de *corn-beef* y algunas galletas. Al día siguiente, con la anterior experiencia, y la protesta de los sacrificados, quedó la cosa mejor, pues se sirvieron los platos antes de admitirnos al mostrador, y nos tocaron a todos raciones iguales.

Después de ligeras excursiones por el pueblo, donde algunos compraron cocos, otros, sombreros de paja, todos tuvimos ocasión de experimentar que los habitantes de la Isla, casi todos morenos, eran muy buena gente, pero muy pedigüeña, y un tanto confianzuda. Nos dimos un sabroso baño de mar. Como la casa quedaba abierta, y en ella teníamos algunos comestibles de relativo valor, hicimos guardia de una hora durante toda la noche; a mí me tocó de doce a una.

Dicen que el *Partridge* estuvo toda la noche, con las calderas encendidas y levada el ancla, vigilando una goleta que entró después de nosotros, dispuesto a seguirnos en alta mar, en caso de que hubiéramos intentado embarcarnos.

Al aclarar nos levantamos todos; nos lavamos malamente, pero a la verdad no lo necesitábamos gran cosa, por el baño de la noche anterior, y por la perspectiva de otro para aquel día y los siguientes.

Antes de almorzar hicimos una excursión por la Isla en busca de un baño de agua dulce y de un lavadero para nuestra ropa sucia; de unos lagos de aquí nos hablaron, pero sólo encontramos lagunatos infectantes, llenos de hiedra, y con una plaga tal de mosquitos, que muy pocos se decidieron por ellos. El almuerzo fué abundante, y nos pareció bueno, gracias al apetito feroz, de que estábamos provistos. Se compró un lechón para asarlo, al estilo de nuestra tierra,

y en esta interesante operación se quedaron unos; otros se desparramaron y, algunos, conmigo, se fueron a un bosquecillo cercano a tendernos en la hierba, para pasar agradablemente la tarde.

La islita de Inagua, si no fuera por sus mil habitantes de color, no tiene nada de tropical. Las casas del pueblo, todas sin colgadizo, tienen ventanas chiquitas, y los techos, de teja-maní,(16) que parecen de pizarra, las calles arenosas, y lo irregular de las construcciones, me hacen recordar los pueblos del interior de España, y no a los de Cuba. En la campiña, la semejanza era aún mayor; nada de árboles alterosos, de vegetación frondosa; la escapa capa vegetal, en la parte que recorrí, sólo sostiene arbustos y chaparros de los que a cada momento imaginaba ver salir una liebre o un conejo; árboles grandes vi algunos, pero fué en los patios de las casas, y aunque eran zapotes u otros, propios de climas cálidos, se me antojaban castaños o alcornoques, y el suelo, como ya he dicho, era arenoso.

Con grandes piedras, desolador, por su aspecto árido y con (ilegible) no sé si les agradaría el espectáculo, pues estábamos todos desnudos.

Yo no dudo que en los interiores, la escena varíe y me lo tuve prometido para cuando fuéramos a visitar una quinta que tiene Mr. Darrell, el cual, con mucha amabilidad, nos prometió llevarnos por tandas, y nos dijo que allí podríamos montar a caballo, cazar toda clase de bichos, incluso jabalíes y ganado jíbaro, si tal era nuestro deseo.

Pero esto no pudo realizarse, por efecto de las noticias que nos trajeron al bosquecillo, donde tranquilamente disertábamos sobre las hazañas y heroicidades de nuestros caudillos. En seguida nos encaminamos al Cuartel; allí se nos dijo que la situación se había complicado. Debo antes advertir que la noche anterior Mr. Darrell nos llamó separadamente a Pedro y a mí, como a los dos más a mano, y que supiéramos hablar inglés, y nos pedía, a mí por lo menos, y por circunstancias especiales, *under the square,* nuestra palabra de honor de que no pensábamos abandonar la Isla en ninguna expedición, pues habían exigido una fianza, y que él y el Cónsul americano la darían, en caso de que accediéramos a su petición.

No tuvimos ningún inconveniente en hacerlo, pues no abrigábamos la menor idea de hacer nada allí, sino simplemente esperar el

(16) Tejas de madera.

regreso del *Delaware* para volver a New York. Durante nuestra ausencia habían ido a buscar a todos los que supieran hablar inglés y que fueron Antoñico, Gerardo, Peña, Torriente y no sé si también Gálvez. Cuando volvieron nos enteraron de que querían llevarnos a Nassau, pero por lo visto, era sin ningún derecho, puesto que les habían preguntado si voluntariamente queríamos meternos en el barco de guerra inglés para traernos acá. Naturalmente se dijo que no, se protestó y el Cónsul americano y Mr. Darrell no sólo pensaron lo mismo, sino también nos aconsejaron que en caso necesario hiciéramos una protesta en toda forma y sólo nos dejáramos conducir al barco por fuerza mayor.

Así se le dijo al Gobernador y a la verdad esperábamos que nos dejaran en paz, no se nos hiciera nada, por lo arbitrario del propósito, por la justicia, por la palabra que dimos de no intentar nada y por la proposición de que nos pusieran centinelas de vista desembarcando un piquete para custodiarnos. Todos estos esfuerzos los hacíamos para permanecer en Inagua, para que nos encontrara el General allí a su regreso, y por sí, arregladas las cosas, se había combinado algo con el *Delaware*, a su vuelta a New York, y utilizarlo para un nuevo proyecto. Todo fué en vano; a eso de las 6, y previamente avisados, se nos presentó un oficial de marina con un piquete de marineros armados y con la mayor finura nos prendieron, preguntándonos, al enseñarnos los soldados, que si considerábamos que sería suficiente aquella fuerza.

Recogimos nuestros matules y nos dirigimos a la costa; allí estuvimos detenidos como media hora, mientras los ciudadanos americanos (4 de ellos) elevaban una protesta en forma ante su Cónsul y en su nombre, y mientras que en el nuestro se formalizaba una queja ante el mismo Cónsul por habernos puesto bajo la protección de la bandera americana. Nos metieron en dos botes, y poco tiempo después escalábamos el *Majestic Ship Partridge*.

Nos recibió el Capitán Mr. Mac Allister, el cual, por fórmula se disculpó de lo que tenía que hacer con nosotros. Al mismo tiempo nos pidió (yo servía de intérprete) dispensáramos el mal alojamiento que había de darnos, y nos dijo que cuánto necesitáramos tuviéramos a bien pedírselo. Al mismo tiempo añadió que nos daría el rancho de la tripulación, y si quisiéramos comer como los oficiales, en ese caso nos costaría 6 Shillings diarios, $1.50. Previa consulta y recuento con nuestros compañeros optamos por esta última; nos alegramos después de ello, a pesar de que era caro, porque si habíamos de hacer comparaciones, el rancho de la tropa

debía de ser incomible. Nuestra comida se componía principalmente de jamón frío y de magras fritas; también nos daban vino, éste era un clarete bastante malo.

Nota: — Yo creo que no nos daban la misma comida que a los oficiales, salvo en muy pequeños detalles, porque es sabido que los marinos se dan muy buena vida, especialmente en la mesa, por ser éste el único placer en el mar; lo pudimos comprobar una vez cuando vimos unas palomitas, que nosotros no comimos, pudiera ser casualidad, pero siempre pasaban las fuentes a nuestra vista y siempre con tapas de metal blanco. Esto no impidió que nos cobraran $1.50 diario por persona y que ascendiera nuestra cuenta a $84.00 pues nos cobraban hasta los (ilegible).

Paramos en nuestro viaje unos minutos en Fortune Island, precisamente en el punto de donde salió Maceo. Según nos dijeron para aprovechar no sé qué combinación y poder echar cartas al correo.

El alojamiento que nos habían preparado consistía en un entoldado sobre cubierta, a babor, desde el medio del buque hasta la banda izquierda del mismo, no era a todo su largo, sino en una extensión de cinco a seis metros y en el que materialmente no cabían nuestras 21 hamacas; allí dormimos como pudimos la primera noche, la segunda apenas si se pudo hacer, porque estuvo lloviendo mucho y tuvimos que levantarnos a prima completamente empapados; en la tercera, que también tuvimos que permanecer a bordo, porque según el capitán el mal tiempo no le permitía desembarcarnos; los que se decidieron por la hamaca lo pasaron bastante mal, los otros, y entre ésos yo, pedimos permiso para dormir abajo, lo pasamos mejor, aunque con un calor insoportable, no sólo por el sitio, sino porque todo estaba cerrado a causa del mal tiempo. He de advertir que apenas nos mareamos ni siquiera los que en el *Delaware* estaban siempre tumbados.

Yo, como apenas me mareo, en ese sentido lo pasé muy bien, en ambos barcos.

La oficialidad, como verdaderos marinos de guerra, estuvo muy atenta con nosotros, especialmente con los que demostraban tener una buena educación, desde que pudieron convencerse de ello, lo que sucedió desde la noche de nuestra detención. Gracias a ello mejoramos respecto a la fuma, pues nos daban cigarros y tabacos, sin embargo más de una vez estuvimos sin pitillos, pero la culpa la tenía nuestra delicadeza, pues delante de nosotros les dieron a los criados órdenes para que nos facilitaran todo lo que pidiéramos.

También nos daban bebidas, más de las que quisiéramos; como buenos ingleses eran muy aficionados a ellas, especialmente una noche, dos de los oficiales se entonaron demasiado.

El capitán siempre se dió su lugar, aunque tal vez muy político nunca intimó con nosotros como lo hicieron Mr. Western (el segundo), Mr. Spencer (el tercero), el médico Mr. Bowen, el *paymaster* Dohan y el Ingeniero Maquinista Mr. Teed.

El Capitán Mac Allister siempre se entendía conmigo, probablemente por haber sido yo quien el primer día pude hablarle en su idioma. Tuve con él, aunque muy pocas, algunas conversaciones, en las que con la mayor amabilidad procuré decirle algunas verdades. Una de ellas fué: "That we believed to be more safe under the british flag what under any that one",(17) haciendo referencia al chasco que nos habíamos llevado, a ciertos sucesos recientes de Haití; y otra: "That Spain must be very satisfied for having the british officers as policemen for their affairs".(18) Y otra, al despedirme, que: "We hoped to forget all that as (ilegible) possible".(19) Traídas a su tiempo no me parecieron inoportunas éstas y otras frases.

Pero con quien más conversé fué con el segundo de a bordo. Es un escocés, muy joven por cierto, regordete, peli-rojo y con ojos azules, un tanto saltones; no sé si sería por finura, pero con mucha reserva me dijo que simpatizaba con nuestra causa y hasta me dió a entender que creía injusta nuestra detención.

Con el maquinista también tuve algunas conversaciones, en las que pude darme el gusto de disertar sobre ciertas materias filosóficas y científicas.

El *Partridge* es lo que los ingleses llaman un *gun-boat* de primera clase, de 753 toneladas y con 720 caballos de fuerza; su oficialidad es escasa, según informes por el incremento que últimamente ha tomado la marina inglesa. Se compone del capitán y oficiales, el médico (ilegible) y el grumete Mr. Bramman, que por cierto muy poco andaba con los oficiales y nada con nosotros.

La tripulación consiste, según me dijeron, en setenta y pico de hombres y el barco lleva doce cañones. A la tripulación la tratan bien, al menos, en nuestra presencia, no maltrataron a ninguno, aunque si vi echar más de un regaño.

(17) Nosotros nos creíamos más seguros bajo la bandera inglesa que bajo cualquiera otra.

(18) España debía estar satisfecha de tener a los oficiales británicos como policías para sus asuntos.

(19) Esperamos olvidar todo esto.

Por información ajena, y no sé si verídica, he sabido que tanto el *pay-master* como Mr. Spencer tenían dibujado en un tatuaje, inscripto en el antebrazo, unos "boas constrictors" y que dijeron era por pertenecer a una sociedad secreta.

También nos han dicho que la decisión de nuestro arresto tuvo efecto en el *Partridge,* en pleno consejo de guerra (creo que así no se llama en la marina, especialmente en tiempo de paz), y por instigaciones del Magister, o sea, una especie de Gobernador de la Isla de Inagua, quien dijo no quería sobre sí la responsabilidad de nuestra presencia allí, por no tener policía civil ni nada.

En el *Partridge* ingresamos en la noche del 19 y estuvimos allí todo el 20, 21 y 22; por la mañana nos trasladaron aquí.

Hoy creo será nuestro juicio oficial. Ya se ha nombrado nuestro abogado. Anoche hubo en los sótanos de nuestro cuartel una escena verdaderamente propia de soldados...

NASSAU, OCTUBRE 24.

Ayer a las diez y media fuimos conducidos ante el Juez; después de leernos los cargos, pidió el Juez una semana de prórroga para poder formular su acusación, que le fué concedida.

Nos soltaron mediante la fianza de cincuenta libras esterlinas por persona, y doscientas libras más, de la que son responsables los Sres. Sosa y Arteaga, cubanos residentes aquí, y este último, ya de edad y muy emocionable, a juzgar por lo aguado que tenía los ojos, cuando fuimos a derle las gracias.

Nuestro abogado a la vez pidió que nos permitieran, en obsequio de nuestra situación anómala, permanecer en el cuartel en que estábamos; fué concedido, pero ya hoy, poco antes de la única comida que nos dan al día, vinieron a decirnos que sería la última suministrada por el Gobierno, a menos que no optáramos por constituirnos presos otra vez. Naturalmente hemos decidido alimentarnos por nuestra cuenta, y al efecto Antoñico Ruiz se ha encargado, amablemente, de nuestra cocina. Ya era tiempo, pues de seguir así, lo hubiéramos pasado muy mal; ayer, por la novedad y el apetito, nos comimos el rancho, pero hoy nos fué imposible pasar el arroz, pastoso, frío y desabrido y el buey viejo, con el cual no había fuerza maxilar posible, pues más que de carne tenía la consistencia del caucho, platos en que consistieron, tanto ayer como hoy, nuestra comida.

Por cierto que en la de hoy ocurrió un lance muy desagradable. Severiano Gálvez y Argilagos tuvieron una cuestión, nada extraña, porque tomaron algunas copas. En Wilmington tan sólo teníamos como elemento díscolo al Almirante, pero aquí, a más de los dos ya citados, tenemos algunos más; también Menocal (Pablo) es un tanto indisciplinado y no tiene buenas pulgas. El disgusto entre Severiano y Argilagos llegó a tomar serias proporciones; felizmente intervinieron, a tiempo, primero Gerardo Domenech, y después el Comandante Peña.

Desde que nos pusieron en libertad hemos podido hablar con los pocos cubanos de aquí, y con un tal Salas, uno de los seis que desembarcaron con Máximo Gómez; el otro es un hermano de Eugenio Sánchez;[20] ambos vienen del Camagüey y creo que traen importantes comisiones, de las cuales, como es natural, no nos enteran, al menos a mí. Nos cuentan muchos detalles y episodios que halagan nuestras esperanzas e inspiran ánimo. De Raúl Arango nos dicen que es ya Capitán, y ha dejado muy bien plantado el nombre de los habaneros.

Esta reflexión no quiere decir que sea yo regionalista; precisamente, al contrario, es mi cargo mayor contra los camagüeyanos.

NASSAU, OCTUBRE 25.

Escribí a casa, pero tan sólo a Pancho; en la carta le decía que abrigaba el temor de no poder disimular más con la familia, y le dijera lo que creyera más oportuno; para consolarla, especialmente a Carmen, lo he autorizado para decirle que ya he desistido de mis ideas.

Salas y Sánchez Agramonte creo que se fueron hoy; vienen a comunicar oficialmente a la Junta la constitución de nuestro Gobierno, y al efecto traen hasta los retratos de nuestros Gobernantes, hechos al lápiz, por Armando Menocal.

NASSAU, OCTUBRE 30.

Acabamos de venir de la Corte donde nos han pospuesto el caso para dentro de una semana, porque aún no ha llegado el magistrado de Inagua, el que nos mandó a prender. Se levantó la consiguiente protesta por los abogados y el Cónsul americano, pero sin resultado.

(20) Sánchez Agramonte.

Si a ese buen señor no se le ocurre venir, nos pueden tener aquí indefinidamente, así al menos lo manifestó el fiscal, y el juez convino en ello.

El foro de aquí me parece muy malo; con razón dice Mr. Wesbter que la gente de este lugar no es inglesa sino *conchs* (concos), viniéndoles esta denominación de una especie de caracol, de los que conservan cierto ruido en su concavidad, y que abunda mucho en las playas; aquí ha habido cierto disgusto entre nosotros, porque dos o tres frescos, abusando de la bondad de Peña, se han tomado atribuciones y han descartado a los demás; se nos niega que la Junta haya mandado dinero, y hasta que se haya escrito. Total, que nuestros asuntos andan bastante mal, pues como nosotros no tenemos aquí arraigo de ninguna especie, ni personas que en esas condiciones se interesen por nosotros, me hacía el efecto que nos estaban toreando.

En estas condiciones, y como no estamos en el caso de escoger nuestros aliados, se me ocurrió el cura católico, Mr. Chrysostome quien tenía, a más de las condiciones indicadas, la de haber mostrado interés por nosotros, y además, Salas me había dicho que era hombre en quien se podía confiar; también la de ser ciudadano americano; al efecto, y para saber si podía contar con él, me fuí a visitarlo y como conviniera en ello, he aconsejado, bajo cuerda, que se pongan nuestros asuntos en sus manos. Así se ha hecho, y según sus consejos, tres o cuatro sólo tendrán por abogado al que ya se había nombrado; otros dos escogerían a distintos letrados, y los demás, incluso a dos o tres de los ciudadanos americanos, nos presentaríamos sin defensor, no sólo para ahorrarnos los $25.00, que piden por la defensa de cada uno, sino también para que el Cónsul americano tenga intervención directa en el juicio, y el gobernador se vea obligado a nombrarnos abogado de oficio. Así lograríamos interesar a todos los abogados de este pueblecito, y si nuestro caso se lleva ante un jurado, podemos tener más juego.

Según me dijo el cura, que es un hombrón de barba negra, muy larga y de aspecto inteligente y simpático, aquí todos los negocios se arreglan de acuerdo con los deseos del Gobernador, y más en este caso, en el que está interesado nada menos que un capitán de barco de guerra inglés, pero la prueba de que lo hecho con nosotros es ilegal, es que al desembarcar aquí se dictó orden de prisión contra nosotros y que nuestro juicio se compondrá de dos partes: uno preliminar, en que se discutirá si nosotros presentábamos una *prima*

facies case, es decir, si nuestra culpabilidad era tan evidente que se pudo prescindir del *Warrant*, y otro donde se juzgará nuestro caso propiamente dicho. También me dijo tenía la seguridad de que no se nos condenaría, pero, a más de justificar nuestra detención, se quiere prevenir parte de las reclamaciones que como protegidos por la bandera americana podíamos presentar, y esto lo conseguirían si nos probaban el *prima facies case*, pues en este caso sólo nos cabrá derecho para pedir indemnización por los perjuicios ocasionados en los días de nuestra detención, pero no por el perjuicio que esta detención haya ocasionado en nuestra reputación. También me dijo que el único abogado bueno de aquí, era el fiscal, y que todos los demás estaban completamente dominados por él. Total, no tenemos sino cruzarnos de brazos y buenamente esperar lo que quieran hacer con nosotros. Nunca pude figurarme esto de los ingleses; indudablemente en los Estados Unidos se tiene más respeto por las Leyes. ¡Dichosos *concos*! Lo malo de este arreglo con el cura es que se vino a convenir ayer tarde, y por lo visto no hubo tiempo, ni ocasión de arreglarnos con los abogados, y en plena Corte hubo una pequeña plancha, pues uno de ellos se creyó defensor de todos, y el Cónsul dijo que algunos quedaban indefensos; esto dió lugar a cierta confusión que a la verdad no quedó disipada satisfactoriamente.

Aunque este arreglo lo sugerí yo (de interesar al cura) me va a suceder lo de siempre; del resultado, si es bueno, otro se llevará el mérito. En parte he dejado las cosas así, en mi afán de pasar inadvertido.

El Cónsul americano vino a resollar hoy por primera vez; me complazco en figurarme que ha sido por la influencia del cura, por lo demás es apático, nunca mira cara a cara, y se conoce que está identificado con estos habitantes, y por lo tanto, y como hasta cierto punto es natural, le conviene más tomar su lado y no el nuestro, pobres extranjeros, revolucionarios, sin patria y sin defensa, que nos iremos sin dejar rastro y sin exigir responsabilidades.

Ya hace más de una semana que estamos aquí; el *Partridge* sigue anclado en la bahía, a una voz de nuestro Cuartel; los oficiales, excepción hecha del Capitán, vienen a vernos, de cuando en cuando, pero los marineros rara es la noche que no se aparecen en grupos de tres o cuatro por aquí. Deben simpatizar mucho con nosotros, a juzgar por los obsequios que nos trajeron los primeros días; botellas de vino (intomable) y paquetes de velas ¡los pobres! Yo se los

agradezco más que las anodinas atenciones de los oficiales. Pero entre los toques de corneta del barco, y las molestias de este Cuartel, nos tienen cansados; al principio, por la novedad, nos distraían, pero después, hemos notado son muy monótonos y poco interesantes.

Los soldados que nos rodean son todos de color; la mayoría, negros, usan un uniforme que me gusta y debíamos adoptar; en su esencia consiste en un pantalón de lana azul, con una franja roja, al estilo de los artilleros españoles; saco crudo o blanco, para los días de gala, completamente cuadrado, de cuello alto, de modo que pueda usarse sin camisa; en los hombros tienen unas charreteras donde ponen el número, y salvo en este detalle son exactamente iguales a los usados por mi tío Pancho, y a los que tenía yo para el Ingenio; también se diferencia en que los botones no son de nácar, sino de metal, con el escudo inglés; usan un cinturón de cuero negro para la bayoneta o el club (los policías), el sombrero es un (ilegible) o especie de casco prusiano, a los cuales son tan aficionados los ingleses en los países tropicales; son muy ligeros y frescos, y según creo, de corcho, forrados de una especie de lona blanca que limpian con unos polvos especiales; cada uno lleva una especie de pico de metal y también una cadenita.

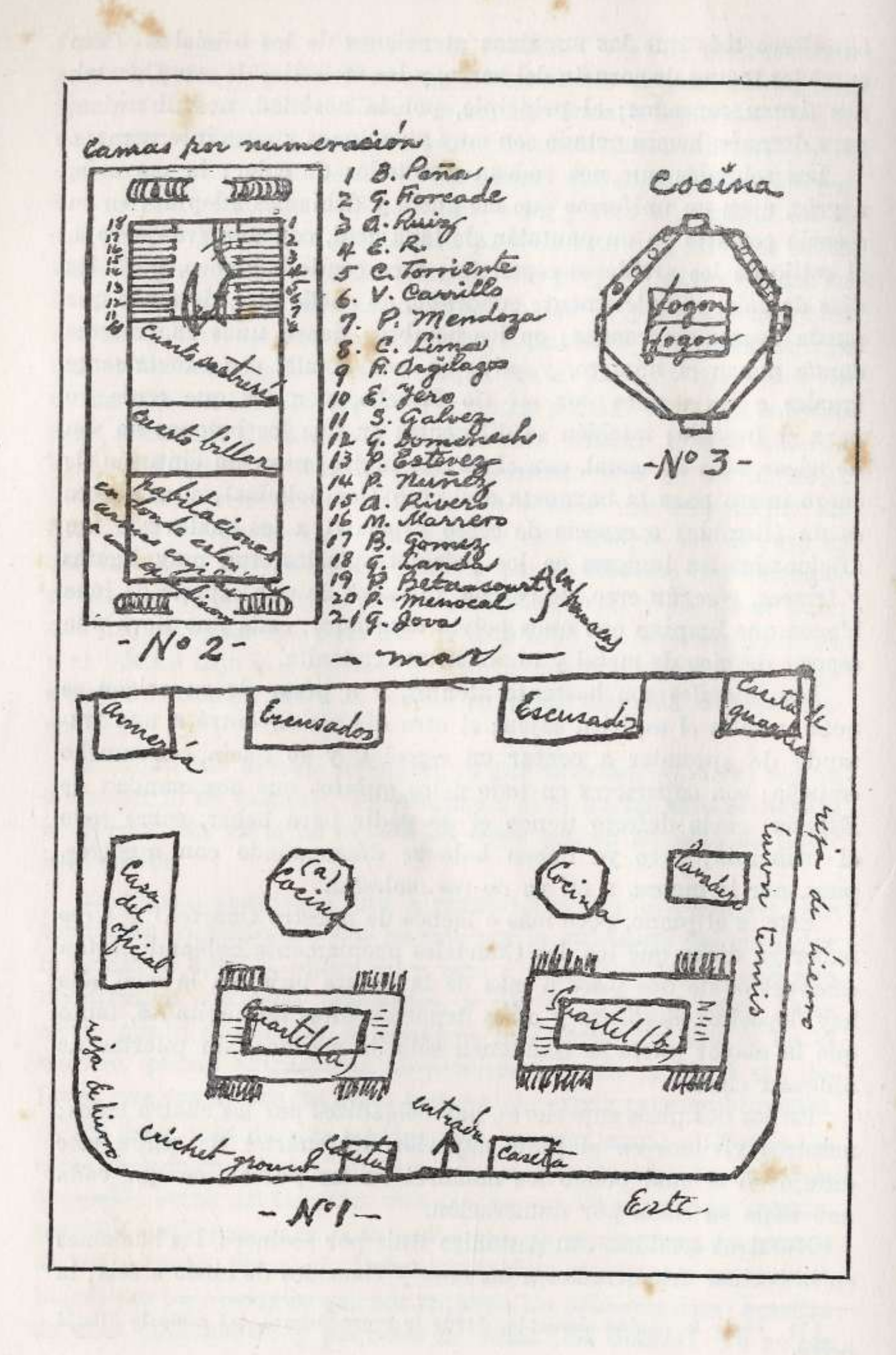
Los soldados son bastante atentos, y a pesar de su origen se nota en ellos el espíritu sajón; el otro día me encontré a uno tratando de aprender a contar en español, y lo hacía con mucho empeño; son superiores en todo a los quintos que nos mandan de España; como defecto tienen el de pedir para beber, sobre todo al principio; pero ya deben haberse desengañado con nosotros, pues, por lo menos, a mí ya no me molestan.

Este es el plano, poco más o menos de nuestro Cuartel.(*) Creo haber ya dicho que los dos Cuarteles propiamente hablando, están compuestos de dos pisos a más de la planta baja, en la cual sólo hay depósitos, despensa y otros departamentos no habitados, tanto que la mayor parte se componen sólo de arcadas, sin puertas de ninguna clase.

En los dos pisos superiores, hay colgadizos por los cuatro lados; nosotros vivimos en el patio superior del cuartel B; según este dibujo en el cual pongo los nombres en los puestos en que cada uno tenía su cama por numeración.

Nuestras comidas, con Antoñico Ruiz por cocinero, las hacíamos en la cocina. Almorzamos a las once y comemos de cinco a seis; la

(*) Véase la página siguiente, donde lo reproducimos, tal como lo dibujó Rosell.


Camas por numeración
1 B. Peña
2 G. Forcade
3 A. Ruiz
4 E. R.
5 C. Torriente
6. V. Carrillo
7. P. Mendoza
8. C. Lima
9 R. Argilagos
10 E. Jero
11 S. Galvez
12 G. Domenech
13 P. Estévez
14 P. Nuñez
15 A. Rivero
16 M. Marrero
17 B. Gomez
18 G. Landa
19 P. Betancourt
20 P. Menocal
21 G. Jova
Cuarto billar
habitaciones
Cocina
fogon
fogon
-Nº 3-
-Nº 2-
- mar -
armería
Escusados
Escusados
Caseta de guardia
Casa del oficial
(a) Cocina
Cocina
lavadero
Cuartel (a)
Cuartel (b)
lawn tennis
reja de hierro
reja de hierro
cricket ground
entrada
Caseta
Caseta
Este
-Nº 1-

comida es todo lo buena que se puede pedir, en nuestras condiciones; un plato de arroz como tema obligado y carne de puerco, pescado o carnero; como variantes, los adornos, platanitos y boniatos. Comemos de pie en unas tablas a lo largo de cuatro de los lados del octógono que nos sirve de comedor y cocina.

Los cuarteles son muy sólidos y fuertes, con sus columnatas y viguetas de hierro, los pisos de los colgadizos son de losetas parecidas a las berroqueñas, el de las habitaciones es de tabloncillos y el techo de teja-maní.

Nueva Providencia es la Isla principal del grupo de las Bahamas, y en esta ciudad, Nassau, radica la capital. Es un pueblo de muy poca importancia, y según dicen con unos diez mil habitantes, casi todos de color. Según me dijo Mr. Wesbter, durante la guerra de Secesión se fomentó algo gracias a la emigración de los Estados del Sur y, de entonces datan casi todas sus quintas, muy bonitas algunas, hoy en ruinas y deshabitadas.

En una han colocado un Hospital, otra creo que la ocupa un Hotel, sólo abierto del mes que viene en adelante, cuando americanos, en número de doscientos, poco más o menos, tienen la excentricidad de ocuparlo para invernar.

Las calles, aunque muy rectas y limpias, no son largas, tienen algunas iglesias, pero tan sólo una con fachada vistosa.

La sociedad es poca y mala, a juzgar por un juego de Lawn Tennis que en terrenos de este Cuartel celebraron la otra tarde los oficiales del *Partridge,* y la crema de esta población. Allí estaban el cónsul americano, el juez, el fiscal, dos o tres lechuguinos y unas ocho muchachas, todas feas y sin gracia. No parecían tropicales y distan mucho de ser como las criollas nuestras, las cubanas.

En resumen, este pueblo ha rebajado la gran idea que tenía yo del pueblo inglés; aunque políticamente esta pequeña Isla tiene autonomía, veo poca civilización material, no existen carritos ni buen alumbrado. El comercio consiste sólo en el de esponja, y muy poco carey; éste apenas saben trabajarlo. Al menos nuestro compañero Mendoza tuvo que enseñar a uno de ellos cómo se aprovechan los recortes, pegándolos, y hacer algunas otras cosas, como botones, gemelos, etc.

Los americanos tienen más empuje, y me atrevo, estoy por decir, que el principal comercio son los *conchs.* De esta clase de caracoles está plagado el litoral; y también de las esponjas arrojadas por el mar; esto lo hemos podido observar, pues todos los días recorremos

la playa por una extensión de dos millas, cuando nos vamos a bañar, en una magnífica poceta fabricada naturalmente entre los arrecifes, por el mar. Allí, todos desnudos, nos damos los grandes baños, al mismo tiempo gozamos de una hermosa vista; del lado de Nassau, se destaca ésta en una prominencia, entre grupos de palmeras, de cocos y de un verde tropical; más alto aún que éste, se percibe la torre cuadrada, romana, de una iglesia anglicana. Mas lejos la bahía, luego una lengua de tierra, terminada por un faro, y detrás, hasta el horizonte azul, el mar, a veces tranquilo y espejeante, a veces encrespado y emblanquecido por la espuma.

No es ésta la única poesía de Nassau, que como Isla de los Trópicos tiene sus bellos paisajes; también hemos encontrado algunos negros viejos de los que libertó y fueron embarcados por Carrillo en la guerra pasada. En su jerga conga, que aún no han perdido, nos sostienen grandes conversaciones. ¡Cómo gozaría mi tío Pancho con ellos!; por lo menos todos los conguitos tienen por apellido el de Rojas, uno de apellido Simón, llegó a cabo en la guerra pasada, y casi todos fueron de los libertados o redimidos (según creo) al tomar el Ingenio de Jinaguayabo. Vienen a comer con nosotros, de cuando en cuando, y nos traen a sus mujeres, que por fortuna son viejas e inglesas. Más de uno tiene su casita, su carretón, solares y otras propiedades, todas adquiridas, según Simón, con el dinero que les dió Carrillo, cuando éste, obligado por la necesidad tuvo que deponer las armas, y heroicamente no guardó nada para sí, repartiéndolo todo entre los valientes que lo habían secundado.

Además de Arteaga, de Sosa, y de esos negritos, hay otros cubanos, el más original de todos es un mulato barbero que se llama Ramón Valdés, y que para mí personifica el tipo común del emigrado cubano (no olvido las excepciones). Con edad suficiente, no sólo para tomar las armas, sino para haber hecho todas las campañas pasadas, no han practicado más ejercicio que el que les permite su locuacidad, siempre grande, y sin haber sufrido por la causa más sino una cómoda expatriación, pues en Cuba no serían nada y aquí se las dan de víctimas y de patriotas; son insufribles por sus ideas ridículas, ellos se creen aptos para todo, se toman el derecho de criticar cuanto existe y de manifestar su opinión en cuanto acontece, y supongo que los más de ellos se figuran hasta candidatos insustituibles para la presidencia de la República.[21]

(21) Ciertamente, esta ilusión presidencial, perenne, la acaricia aún la mayoría de los habitantes actuales de esta Isla.

Así es nuestro hombre, quien a más de barbero, es también vendedor de frutas, y que en ambos ramos tiene a bien explotarnos cuanto puede, pero como en el reino de los ciegos, el tuerto es rey, a falta de otra distracción mejor, vamos a su frutería a charlar y a comer. Le dispensamos sus cosas por su ignorancia, aunque ayer me manifestaba que él se creía capaz, por su inteligencia y saber, para la defensa de cualquier pleito como el mejor abogado del mundo. Algunas veces le buscamos la boca y el otro día nos entretuvimos tres o cuatro en pedirle su opinión sobre nosotros. Estuvo bastante acertado en algunos de sus juicios, indudablemente tiene cierta inteligencia natural, pues tuvo que formularlos con las escasas observaciones reunidas en cinco o seis días y en pocos momentos.

De mí dijo que yo sería un buen soldado; que iría ciegamente donde me mandaran, pues debo ser obediente. Con este juicio, indirectamente me ha dicho, que no tengo iniciativa, y a fe, creo que tiene razón; cada día me voy convenciendo más que yo serviré para ser mandado pero no para mandar.

¡Qué momentos de *spleen* más horrorosos paso aquí! Sobre todo por la falta de noticias y por la perspectiva, con la prolongación de este asunto de pasarme quince o veinte días más sin saber nada, sin saber noticias de casa, como en un desierto.

Y que no hay modo de decir cómo mandar las cartas para acá. Todos sufrimos de lo mismo, en este momento vino Pablo Menocal a decirme que tenía la seguridad de que en cuanto desembarcara en Cuba, lo iban a matar, y que acababa de escribir a su casa para que recogieran a una niña que tiene y a quien quiere con toda su alma. ¡Qué triste es la vida y cuánto poder tiene la idea de la Patria! Felizmente yo no tengo hijos; pero, ¿y mamá y mi hermana Carmen? ¡Quién pudiera volverlas a ver!

NASSAU, NOVIEMBRE 7 DEL 95.

Hoy hace 22 años que fusilaron a Joseph Fry, Capitán del *Virginius,* me acuerdo de él porque casualmente he estado leyendo su vida en estos días, y le dedico unos renglones por haber sido una víctima de nuestras guerras de independencia. Víctima, por cierto, no patriótica, pues en ninguna de sus últimas cartas hace referencias que permitan tenerlo por tal. Fué por lo tanto sólo una víctima. La denominación de héroe está reservada a O'Ryan y sus

demás compañeros, que fueron fusilados unos días antes, pero principalmente O'Ryan, porque después de todo *Bembeta,* del Sol, y los demás hasta cierto punto murieron justamente en el cumplimiento de su deber como cubanos.

Estoy escribiendo desde la biblioteca, una biblioteca bastante buena y que ya quisiéramos tenerla en algunas de nuestras ciudades de Cuba; cómo se conoce que el ramo de fomento e instrucción es aquí sajónico. Según me han dicho tiene trece mil volúmenes y fué donada por una entidad particular y para su sostenimiento pagan los asociados cinco pesos mensuales o anuales, no sé bien; se encuentran muchísimas obras, muy buenas, con preferencia naturalmente, las inglesas, sin embargo hay americanas y también francesas.

El Gobierno tiene asignada una cantidad anual para la compra de libros.

Yo me he entretenido en hojear varios y todos los días me los paso aquí, y pienso venir también por la noche, de siete a nueve, ahora serán, poco más o menos las ocho. Me he entretenido en leer los estudios de Macaulay, Buckle, Mac Miller y otros. Esta tarde concluí la *Sociología* de Spencer y ahora me propongo leer *The American* (ilegible).

He estado buscando alguna obra de Derecho Político para repasarlo, pero probablemente porque no he podido recordar ningún autor inglés que tenga obra exclusiva sobre el particular, no he podido encontrarla.

La *Sociología* me ha parecido por supuesto muy buena; me he hecho perfectamente cargo del asunto, aunque por las especiales circunstancias en que estoy no he podido distraerme mucho en la lectura, a lo mejor se me va la imaginación para casa, y me pongo a pensar sobre los posibles desenlaces de mi empresa, y leo y releo muchas veces el mismo párrafo; ayer, además de estas distracciones tuve otra, la que prolongué creo por más de media hora; una excursión por el país del ensueño; me veía yo hecho director de un periódico ideal que por su gran valer político, científico y moral era la salvación de nuestra república. Me ocupé de todos los detalles desde el edificio construído *ad hoc* hasta los diversos departamentos que tenían ya jefes conocidos. Para hacerlo más completo y poder influir más sobre el país, instruirlo y educarlo más pronto fundaré una librería en la cual se venderían las obras muy baratas, y otra sección donde se traducirían y luego se distribuirían las

obras maestras modernas de los idiomas extranjeros, al español y que pudieran ejercer influencias en nuestro pueblo.

Al cabo de un rato, y siguiendo la evolución de mis ideas, ante la dificultad que encontraría para la realización de mi proyecto, vine a decidirme por algo más práctico; y es, escribir un folleto u obrita, en donde expondría todo mi plan, ocupándome de sus menores detalles, y discutiendo las grandes ventajas que traería al país.

Si quisiera extenderme más, estudiaría las personalidades que pondría al frente de cada departamento, por su cultura, por su valer intelectual, etc. Está demás decir que el periódico, y mientras no se opusiera la justicia, sería gubernamental, para evitar en lo posible las revoluciones, pero mientras no tuviera este peligro, sería completamente independiente, no admitiría ninguna clase de *chantages* y, en una palabra, sería muy serio.

Tendría corresponsales en todas las partes del mundo, no sólo políticos, sino también científicos, literarios y económicos, que firmarían sus artículos, según el sistema francés, para que de ese modo pudiera juzgar el público del valor que tenía la opinión emitida. Esto, a más de permitir la oposición, sin comprometer por eso el nombre del periódico, ayudaría a dar a conocer las inteligencias cubanas, y obligando moralmente a los firmantes les impediría la volubilidad de opiniones, y los cambios vergonzosos de conducta.

Tendría una sección dedicada a proyectos para embellecer la ciudad de La Habana con obras de utilidad, bibliotecas, universidades, y también al agradecimiento a sus mejores héroes, patriotas y a los poetas.

En fin, los sueños, sueños son. Dos cosas han sucedido en estos últimos días, una de ellas, nuestra comparecencia por la tercera vez ante el Juez, que pospuso el caso para el lunes próximo a la una de la tarde.

Y contra la costumbre anterior, al menos, la empleada con nosotros, se tomaron la molestia de decirnos que habían mandado al *Partridge* a buscar al *Magistrate* de Inagua, y se nos leyó la Ley o disposición por la cual el Gobierno tiene derecho a posponer los juicios, cuando lo crea conveniente, en espera de pruebas testificales u otras cosas.

Por cierto, uno de los abogados, el que voluntariamente se brindó para defender a Mendoza, me temo nos haya fastidiado. Es lo cierto que en su protesta por la posposición del caso dijo que le parecía escandaloso se detuviera a un grupo de 21 hombres, por el

mero hecho de ser cubanos, de hablar español y de haber una revolución en Cuba. Algunos me discuten este aserto, pero creo haber entendido bien, y lo corrobora la contestación dada por el fiscal, quien inmediatamente aprovechó el "lapsus" y manifestó que él, aunque hasta entonces no había hecho acusación de ninguna clase, aprovechaba lo declarado por el abogado defensor para utilizarla cuando le pareciera conveniente. Quiera Dios esto no nos perjudique.

Antes del juicio, pasamos media hora muy desagradable, pues no comparecía Severiano Gálvez y temíamos se hubiese ido o como estuviese tan alegre, se hubiera olvidado del juicio, y tuviera que pagar la fianza. Felizmente, aunque algo había de esto último, nos salvó con su presencia.

El otro suceso a que me refiero tuvo lugar ayer. Por quejas, un tanto irrazonables de la comida, de la suciedad de los cubiertos, platos y tazas, se decidió el comandante Peña a proponer que a aquél no conforme se le darían $5.00 semanales para que se alimentara por su cuenta. Han aceptado varios, estableciéndose así entre nosotros la primera disidencia, pues sea porque algunos lo han tomado a mal, sea por otras razones ignoradas, los que se han ido están como molestos, y casi casi, por lo menos *hot*, han formado grupo aparte y nos miran de mala manera. Dos o tres, por lo menos, lo hacen conmigo, seguramente porque no quise acceder a sus ruegos de irme con ellos. No los he querido imitar, porque desde el principio dije, no, apoyándome en que si permanecía como estaba eran menores los gastos ocasionados a la Junta y porque hasta cierto punto me parecía un acto de indisciplina lo propuesto por los descontentos. Los disidentes son los números 9, 10, 11, 12, 13, 15 y 18. Llaman cabecilla con cierta razón al número 12 y también al 18.

Para animarme a reunirme con ellos, dos o tres de los disidentes vinieron a decirme que tienen una magnífica comida, por peso y medio semanal. Muy barato me parece, tanto que me temo hayan ellos entendido mal y les cobren esa cantidad diaria, y no semanalmente, lo cual sería la gran plancha para todos nosotros; si fueran a obrar con honradez inmaculada, debían devolver el sobrante, o por lo menos un par de pesos de los cinco, reservándose el resto para la fuma y para otras menudencias.

Nada de esto digo, hasta con los Jefes, y con los que se la dan de tales, los defiendo, parte por compañerismo y parte porque me disgusta que tengan tan a mal lo hecho, cuando se les prometió

no tener en cuenta su resolución para nada, y se les dejó plena libertad para resolver.

Otra cosa podría anotar, pero no quiero hacerla ni en esencia, ni en las gestiones que he practicado, por lo que pueda suceder.

A todas éstas, seguimos sin detalles de nada, aunque el otro día en el *Times* se encontró algo referente a Carrillo.

Me extraña que Carrillo no haya telegrafiado, pues ya tiene tiempo de haber regresado a New York. ¿Cuándo lo haremos nosotros? Por desgracia yo no podré encontrar allí a Manolo, y sin dinero y sin ropa de invierno, lo voy a pasar bastante mal.

En casa, ¿qué sucederá? La pobre Carmen me tiene muy preocupado, así como también Pancho, por las complicaciones que pueda tener en el Ingenio, en fin, sea todo Pro Patria.

Nassau, Noviembre 9.

Está concluyéndose el Sábado, y aún no han señalado al *Partridge;* si no viene mañana o pasado muy temprano, no se podrá celebrar el juicio el lunes, y por lo tanto, no podremos irnos el doce, caso de que tengan intenciones de dejarnos ir; pues pudiera suceder lo que me decían esta noche, si bien no sé qué verdad pueda haber en ello. Y es que a mediados de este mes se cierran las Cortes, hasta de aquí a tres meses, y no falta quien pretenda obligarnos a esperar todo ese tiempo. No lo creo, pero ha sido tan injusta nuestra detención, y tan anómalo cuanto nos están haciendo, que dejándome llevar de mi pesimismo, todo lo temo y lo creo posible.

Hoy no he podido entretenerme en la Biblioteca, por ser lo que llamamos en Cuba día feriado, con motivo, según me han dicho, de ser el cumpleaños del Príncipe de Gales.

Ayer estuve leyendo una obra de Derecho Político; no es gran cosa, pero tuve que optar por ella a falta de otra mejor.

Leyéndola se me ocurrió que bien podrían algunos de nuestros pensadores haberse entretenido en escribir algo sobre nuestro gobierno futuro, discutiendo y razonando sobre todas sus formas posibles; la mejor Constitución que nos convenga, y adelantando esos trabajos para, llegado el caso, si no tenerlo ya todo hecho, por lo menos encontrar mucho camino andado. Bien es verdad que tenemos como base los trabajos políticos que se hicieron en la guerra pasada; pero eso no basta, hay muchos puntos importantísimos y bien hubieran podido discutirse con Varona o con San-

guily; uno de ellos es, si hemos de componer un gobierno único o si hemos de agruparnos en una federación; yo soy partidario de lo primero, pero muchos no lo son y me temo que Sanguily sea uno de ellos, por lo que le he oído a Cosme que es "uña y carne" con él.

Para mí la unidad presenta grandes ventajas, no sólo políticas sino también legislativas y administrativas. Se me ocurrió preguntarle a Yero, quien precisamente abunda en las mismas razones; me temía que como es uno de los prohombres de Oriente, o sea, de una de las Provincias más distinta de las demás, por sus condiciones cosmológicas, y hasta de raza, fuera por ello partidario de lo segundo; pero con mucha sensatez y con su calma habitual, cuando perora, me dijo, que a más de no estar suficientemente poblada la Isla para esto, le parecía demasiada división para territorio tan pequeño, y muy propenso a guerras civiles, tanto más temibles cuanto serían peculiares a nuestra situación, a nuestro carácter y a nuestros defectos. Aunque éstas no fueron sus palabras lo transcripto contiene la substancia de sus ideas.

A quien habrá que temerles más por lo de la federación, será a los camagüeyanos, ¡son tan regionalistas e intransigentes! De los tres que tenemos, Argilagos, uno de los más jóvenes, personifica al tipo clásico de aquella región. No le he pedido su opinión, pero no dudo que será uno de ellos.

Esta tarde Mr. Kemp nos llevó a Betancourt y a mí a visitar a Fort Charlotte, o sea, una de las fortalezas que rodean a esta ciudad.

Según informes su construcción fué empezada por los españoles y concluída por los ingleses. Hasta hace algunos años había en ella (en los castillos) guarniciones, pero de entonces acá, vista su inutilidad, las suprimieron como medida económica.

El que visitamos hoy parecía completamente abandonado, si no fuera porque allí reside el encargado de las señales marítimas, un mulato alto, casado con una morena fea, acompañado a más de una vieja, de un chivo y de unos cuantos perros, más o menos satos.

Me alegré mucho de visitar la fortaleza, pues es la primera que conocía; en La Habana no me faltaron ocasiones para visitar algunas, pero desde una promesa que hice cuando niño y que no transcribo por parecerme pueril, nunca quise penetrar en ellas.

Por un momento me creí transportado en plena Edad Media, al ver los húmedos calabozos, los obscuros pasadizos, los subterráneos lóbregos y las paredes tan anchas y macizas; así y todo se

me ocurrió, dado mi carácter retraído, que pudiera ser feliz allí en la compañía de alguna persona querida y una buena biblioteca.

Todo lo vimos, incluso un polvorín que voló no sé cuándo y el salón nada elegante, donde se celebraban, si es que alguna vez tuvieron efecto, los consejos de guerra. Por lo demás Fort Charlotte no tiene más historia, sólo la que dejándose llevar de una imaginación más o menos rica, pueda uno concederle a tales construcciones. Con Mr. Kemp pude completar mis datos sobre territorios británicos y los que anoto a continuación.

En Inagua, para darle fomento soltó el Gobierno algunos caballos, reses y puercos para que procrearan libremente. Hoy día ya existen allí en bastante desarrollo, y para poder capturarlos, hay que pagar una contribución, creo que de cinco pesos. Casi todos los caballos que hay en esta ciudad son traídos de allí, menos los que se importan de Cuba. No me atrevo a asegurar, aunque alguien me lo ha dicho, que los sementales y demás, remotamente soltados en Inagua, también fueron llevados de Cuba, como los mejores, por estar ya aclimatados a estas latitudes, y brindar más facilidades para su logro fácil y apropiado.

El jornal de un campesino es por lo general de treinta centavos. El Gobernador lo manda Inglaterra cada lustro y gana diez mil pesos anuales. Las leyes se hacen aquí, pero han de ser sancionadas por la Reina. Además de las esponjas, caracoles y careyes, tienen aquí el comercio de las materias textiles, que procuró fomentar el Gobierno concediéndoles una prima de a centavo por libra, pero desde que subió el actual Gobierno han quedado suprimidas estas primas, sin embargo puede decirse que se está asegurando esta industria o más bien cultivo. Hay algunas fincas bastante grandes, aunque no tanto como las de Andros Island.

El valor de un caballo es aquí, todo lo más, de cien pesos; el de un burro de doce a quince.

La población de la Isla de Nueva Providencia es de unos doce mil habitantes, la mayoría reside en Nassau y como un noventa por ciento es de color. Los habitantes, en general, son muy tranquilos.

Los techos, como ya he dicho, son aquí de teja-maní, todas importadas de la Florida y vienen a durar de doce a catorce años.

Mr. Kemp es un simple artesano, pero a decir la verdad no recuerdo su ocupación, está casado con una camagüeyana cuyo apellido es el de Vargas. El nació aquí, pero ha vivido largos años en los Estados Unidos y ha viajado bastante, haciéndolo con mucha

frecuencia por las costas de Cuba. Es un hombre de unos cuarenta años, bajito y un tanto raquítico, se las da de muy fino, su conversación sin que sea por eso molesta, tiene poco de agradable.

Mañana tengo que volver a verlo. Me ha dicho Gerardo Domenech que, según sus informes, hay en este pueblo hasta uno docena de iglesias grandes, y si se incluyen las capillas, pasan de treinta. ¿Tendrá que ver el fanatismo de este pueblo ignorante con la relajación de las costumbres?

Las jóvenes de color son todas airosas y conservan bastante sus buenas formas. Me recuerdan mucho a las criollitas del *Dolores*. Tienen curvas elegantes y voluptuosas y el seno se presenta a la vista casi siempre turgente; no usan casi nunca corsé. De ellas dice Lima que tienen bembas de zuncho de bicicleta.

NASSAU, NOVIEMBRE 10.

Por ser hoy Domingo tampoco puedo entretenerme en la Biblioteca; de contra se ha presentado el día con esas lloviznas frías y pertinaces característica aquí del invierno.

Mi debilidad por la Biblioteca y por algunas obras encontradas allí es tal, que el otro día, Betancourt, en tono de jarana, me dijo que casi sentiría yo, de seguro, abandonar a Nassau por no poder leerlas. Me he entrenido en leer un folleto de Máximo Gómez, titulado *El Héroe de Palo Seco,* en que da un sucinta narración de aquella gloriosa acción. No me ha parecido mal escrito y más siéndolo por la pluma de un militar.

Refiriéndose a los cuarenta hombres, la vanguardia formada bajo las órdenes del Coronel Rodríguez, exclama: "¡Qué hombres aquéllos!" Casualmente Braulio Peña fué uno de ellos; y lo he interrogado sobre este episodio. Dice Braulio que la orden de Gómez fué "ir adelante, sin parar; si se encontraban ríos que hiciéramos puentes, y si montañas, que las derrumbáramos; que él iba detrás"; y añade Peña: "cuando el Viejo (como cariñosamente le llamamos) dice eso, se puede ir con entera confianza". ¡No en balde lo queremos tanto!

Peña también estuvo en *Las Guásimas,* y en otros combates importantes; pero por desgracia no es hablador, así es que se pueden obtener de él sólo escasos datos.

Después del almuerzo le oí contar a Vicente, la toma de Sancti Spíritus en la Guerra Grande. He dicho toma, y debí decir sorpresa o más bien "raid", como se dice en inglés. Eran sólo unos cien hombres, sesenta con Carrillo y los demás con Pancho Jiménez; hay detalles muy bellos, y si llego a completarlos, los aprovecharé para un cuentecito.

La historia del caballo Palomo también podría aprovecharse; como motivo secundario contar otras muchas cosas de la Guerra Chiquita, pero me gustaría antes enterarme bien.

Ocurrencias extravagantes, y por lo tanto graciosas de Gabrielito Forcade, X., en su sistema de preguntas bobas; quiso saber por qué le dolerían las muelas y Gabrielito le contestó: "huéleme la cabeza y verás volar ligeras palomas".

Gabrielito es muy inteligente y tiene mucha práctica de nuestras labores agrícolas y de la administración de Ingenios,[22] últimamente estaba hecho cargo de *San Rafael*, de los Jorrines, que son sus tíos. Ayer me contaba cómo había experimentado con el *Cowpeas*, medio para exterminar las malas hierbas y abonar las tierras; que eso le había dado muy buen resultado. Me alegro mucho de la noticia pues deseaba conocer esas experiencias para poderlas aplicar ventajosamente en Cuba, como tanto nos predicaban en Louisiana.

Estoy haciendo gran propaganda entre mis compañeros en favor de aquella escuela. ¡Qué falta nos hacen unas cuantas como ellas en Cuba!

Se ha recibido un telegrama de New York; dice: "Llegó", refiriéndose al General, nos ha alegrado mucho la noticia por la inquietud que teníamos por él. ¡Qué ganas tengo de llegar a New York para tener noticias de casa!

NASSAU, NOVIEMBRE 15.

El domingo 10 fuí con Perico a casa de uno de los "conguitos" cubanos, a la de Simón; la tiene muy arregladita, en medio de un gran solar, sembrado de naranjas y de otros árboles frutales. Además de aquél, tiene algunos solares más, comprados con el dinero que le dió Carrillo, cuando la pequeña capitulación al final de la Guerra Chiquita. Según sus manifestaciones, cuando no en-

(22) Rosell era también Administrador del "Dolores".

cuentra trabajo aquí, se coloca en el campo; pero eso sucede muy raras veces, y sólo gana entonces de treinta a treinta y cinco centavos diarios. Su modo de vivir lo saca de Cuba; pues casi todas las zafras se va a trabajar allí. Aquí se siembra generalmente a punta de machete, no se conocen las guatacas, por las muchas piedras. Tampoco los otros instrumentos de labranza; hay que aprovechar los pedacitos de tierra y ahoyarlos. Algunas veces también trabaja en las carreteras, pero generalmente se gana la vida con su carretoncito y una yegüita, que trajo de Cuba, en donde le costó un centén. En Cuba tiene hijos, aquí no, a pesar de ser casado; la mujer es una cincuentona, bastante buena moza todavía y de anterior matrimonio tiene tres hijos, y de éstos varios nietos. Simón nos contó la historia de sus amores, relativamente interesante por la psicología que implica; cuando desembarcó, dice que la primera mujer encontrada fué ésta, y le gustó; la miraba mucho y entablaron conversación en congo, pues ella es oriunda de allá. En seguida le preguntó si quería casarse con él, a lo cual contestó que los cubanos eran muy malos, porque mataban gente; a pesar de que averiguó ella tenía ya hijos, siguió enamorado y como no accediera, le dijo que él no era malo y como prueba, para convencerla, le daría un año, durante el cual podría observarlo. Así sucedió; al cabo del año se casaron, a pesar de la oposición de sus compañeros, quienes, por lo visto, querían seguir explotándolo.

Como él fué cabo, era el más rico; tenía unos quinientos pesos, y después del año, sólo le quedaban doscientos. Durante ese año de prueba, solamente "robó" con ella una vez.[23]

Discurriendo después con Betancourt sobre lo interesante que serían algunas de esas historias de los negros cubanos, aunque de nación, me contó de una negra, que era reina durante la época de Plácido, y también una fábula referida por un negro viejo de su finca. Dice que en Africa, en cierta época del año, visita los pueblos un pájaro muy bonito, que posándose sobre el más corpulento de los árboles, empieza a cantar. Todos los habitantes tienen derecho a pedirle cuanto necesitan, lo cual les concede, abriéndose el árbol y encontrando allí lo que pedían, pero como resulta que en todas partes hay codiciosos quienes piden lo que no les hace falta, en este caso también se abre el árbol, pero en vez de darle lo que quieren, se los traga, y ahí dentro son convertidos en objetos útiles;

(23) Expresión corriente entre las negradas de los ingenios para designar episodios de los amores ilegítimos, furtivos.

y siempre el árbol tiene lo que se le pide, pues son tantos los codiciosos que sólo con sus transformaciones hay objeto para todas las necesidades.

Esta es la moraleja del cuento, que no me parece del todo mal. El lunes once fuimos a la Corte, a la una de la tarde; el Magistrado de Inagua aún no había llegado. El Fiscal pidió prórroga; se la concedió el Juez para el día siguiente, pero como la última, pues manifestó que como era él quien nos había mandado a prender aquí, no se encontraba con derecho para detenernos por más tiempo, sin prueba ninguna.

Al día siguiente salía para New York un barco de la línea de la Ward, pero aquella tarde llegó el Magistrado en el *Partridge* que ha sido en esta ocasión nuestra *bête noire.*

El martes doce, a las once, fuimos a juicio; el vapor salía a las doce y era tanta nuestra esperanza de poder partir aquel día que arreglamos nuestras maletas y pedimos que el vapor demorara unas cuantas horas su salida. Todo fué inútil; las declaraciones del Magistrado ni siquiera acabaron aquel día. ¡Qué indignados estábamos todos!

El miércoles 13 continuaron las declaraciones del Magistrado, en ambos días se han contradicho de tal modo, que no creo pueda perjudicarnos en nada. Después de algunas preguntas a un sargento del *Partridge* suspendieron el juicio para hoy, sin que no falte quien asegure se señalará nueva fecha.

Ayer me pasé casi todo el día en la Biblioteca; estoy leyendo de *American* (ilegible) por (ilegible) muy instructivo e imparcial.

Algunos de los compañeros disidentes me han confesado que la están pasando muy mal; algunos días no han tenido más que una latica de sardinas y unas cuantas galletas; hay quien prefería una taza de chocolate con pan. Si nuestros directores fueran políticos hubieran conseguido su incorporación a nosotros, aun a pesar del sacrificio de su amor propio; yo hice indirectamente cuanto pude, pues sólo lo sabía en secreto; pero, no me comprendieron.

¡Quién oyera las descripciones, hechas por algunos, de nuestra permanencia aquí! Sobre todo, las de Mendoza, aunque de éste espero conseguirlas, pues ha manifestado la especie de que piensa publicar algo sobre el particular y es el único indicado por su carácter y su condición de periodista y además, su *sans gêne,* para opinar; será muy curiosa su descripción, a juzgar por las cosas que nos cuenta de cuando en cuando. Se le pueden dispensar algunas exageraciones por lo agradable de su conversación; es el

único que ha sacado algo de nuestro fracaso, pues a más de lo ganado con el carey se ha curado por completo de su neurosis. Es un *causeur* y Gabrielito lo chotea a su gusto. ¡Qué lástima éste sea tan (ilegible) y que lo sea a tal extremo!

Recuerdo ahora; en nuestros últimos días de permanencia en New York, estuvo en casa X., y en conversación, nunca oída con disgusto, de más de dos horas, nos dijo, entre otras cosas, refiriéndose a su hermano, que el dinero era para él como el ratón para el gato, algunas veces se entretiene con él, juega, pero al fin se lo come. Todo esto lo explicaba con su habitual elocuencia.

Los únicos testigos u oidores de esta conversación fuimos el Dr. Betancourt y yo. El otro día hubo una fajazón entre R. y N. algo bebido. Resultó el primero con una herida encima de un ojo que le hizo el segundo. ¡Qué calamidad son los dos!

Anoche nos hablaron de la reclamación que estableceremos contra el Gobierno inglés, por nuestra injusta detención; me sometí a la mayoría, aunque no veo las ventajas que prácticamente nos pueda traer, he hecho renuncia de lo que me toque a favor de la Junta, y con la salvedad de que la reclamación no me obligue a permanecer ni a volver aquí. Ayer le escribí unas líneas a Pancho, a los demás no les escribí. ¡Tendría que hacerlo extensamente! Y, a la verdad, no procuro pensar en ello.

Parece mentira cómo aun entre nuestros compañeros haya quien pretenda que en este pueblo sientan simpatías por nosotros. Los que tal piensan, o están mejor enterados que yo, o toman por lo serio las frases amables de algún bodeguero, que no por eso deja de cobrarles sus ocho centavos por cada cajetilla de cigarros. O son cortos de vista, o no ven bien. De mí sé decir, que bien salga solo o bien vaya acompañado, las mujeres, encontradas por la calle, me miran con recelo, y tienen a bien apresurar el paso, y si es posible, evitarnos doblando por la primera esquina. De los niños, no hay que decir; echan a correr en cuanto nos ven. Los abogados, cuando nos encuentran, se sonríen burlonamente; el cónsul americano hace una mueca y si es posible se sustrae a nuestro encuentro; un boticario, que me había hecho mil protestas, me cobra por un vidrio común que le rompí, nada menos que diez chelines, ¡y hablan después de simpatía!

Por la tarde se efectuó por fin el juicio, además de Mr. Duncombe (Magistrado de Inagua) declararon los testigos mandados a traer de Filadelfia y quienes nos conocían de Wilmington; sólo le admitieron como prueba el dicho de que conocían a algunos de nosotros,

pero sin decir en qué circunstancias, aunque sí en dónde, y las señas del General Carrillo, para ver si venían bien con las que dió Mr. Duncombe.

Rechazaron, como es natural, varios documentos mandados de Cuba, identificando nuestras personas y un manifiesto firmado por Yero.

Sin embargo, a pesar de no haber en contra nuestra más testimonios sino las declaraciones contradictorias de Mr. Duncombe, sentenció el juez que por la presunción deducida del interrogatorio, había un *prima facies case* y que se veían precisados a mandarnos ante un Jurado.

Hay que advertir que en suma las declaraciones de Mr. Dunkeon se redujeron a decir que desembarcamos en Inagua con su conocimiento y no extendió *Warrant* por falta de tiempo (nada menos que veinte y cuatro horas), se nos mandó a Nassau por orden del Capitán del *Partridge* y no fuimos registrados de nuestras armas, sino que las dejamos voluntariamente en su poder y que nos había prometido devolverlas a nuestro regreso a New York en el *Delaware* y que por lo tanto sabía que teníamos esa intención. ¿En qué parte del mundo constituirán estas declaraciones motivo para mandarnos ante un Jurado y prolongar nuestra detención? Solamente en Nassau, bajo el gobierno inglés, de que tanto habla bien todo el mundo.

NASSAU, NOVIEMBRE 16.

Son muy consoladoras, irónicamente consoladoras las noticias que hemos adquirido hoy. Nuestro juicio no será hasta el viernes veinte y dos de este mes; para ello, como ya están cerradas las Cortes, han nombrado un jurado especial de los comerciantes de aquí, pues como según se dice hay que pagar reclamaciones, ellos como contribuyentes tendrán que llevar el peso de ellas y no pueden echarle la culpa a nadie, en el caso de que el fallo no sea favorable, entre cuarenta de ellos hay que elegir doce para el Jurado; que necesitamos una mayoría de ocho contra cuatro para salir bien. También se dice que hay especial empeño en que nuestra causa llegue a oídos de Inglaterra por las irregularidades que se están cometiendo con nosotros. No creo lo primero, más bien estimo que sea a instancias del Gobierno inglés.

Pero no es esto lo peor; también hemos sabido que se corre la especie de que el Cónsul Americano ha recibido un telegrama de

su Gobierno en el que se le ordena que tan pronto esté fallada nuestra causa establezca una fuerte reclamación a nombre de los ciudadanos americanos, seguramente para influenciar la decisión del Jurado.

Pero a la verdad lo que no tiene nombre es el hecho de que hayan mandado a pedir a Cuba personas que testifiquen en nuestra contra y vengan a declarar a favor de los documentos recibidos. Todo el mundo sabe que tales testimonios no serán admitidos como evidencia, pues nada que haya acontecido con anterioridad a lo de Inagua puede perjudicarnos; pero sin embargo como no podrán estar aquí para el viernes y como por otra parte sería feo que la Corona inglesa desairara al Gobierno español, después de que éste haya hecho promesa de enviar testigos, como lo hizo por telegrama, si bien es verdad que fué en contestación a uno de aquí en que se les pedían esos testigos, tememos que pospondrán el caso y se prolongará nuestro martirio, por unos días más, quizás indefinidamente.

Yo no sé hasta qué punto será esto legal y no sé hasta dónde podrá el Juzgado protestar de esta conducta y nuestros abogados impedirlo, pues desconozco las leyes inglesas. Pero me parece contrario al sentido común, a la justicia y a todo. Pero ni a nuestros abogados se les informa, ni el cónsul americano se preocupa, ni tenemos ninguna persona caracterizada, que se interese por nosotros; así es que harán lo que les parezca.

No me cabe duda de que el Fiscal está influenciado y de que se propasa en sus deberes. A él le toca hacer respetar las leyes, pero no vulnerarlas en perjuicio de un acusado y más cuando tiene la convicción (y no puede menos de tenerla) de que no somos culpables. Cada vez que pienso en estas cosas se apodera de mí la desesperación, una especie de *colère blanche* como la llaman los franceses, que se acentúa más cada vez que siento la impotencia en que me encuentro y a la que forzosamente hay que resignarse.

Y si a esto se añaden los recaditos del cónsul español, que malignamente se nos comunican, y en los que nos aconseja que abandonemos nuestras ideas, con todas las vulgaridades de argumentación del caso, y se nos dice que no nos hagamos ilusiones, pues no saldremos de aquí mientras que haya guerra en Cuba; todo eso me parece que es motivo bastante para desesperarse.

Las personas pedidas a Cuba son para declarar sobre cosas que no tendrán peso de evidencia, por lo tanto, puesto que lo principal

no se admite, ¿por qué se ha de posponer un caso so pretexto de unas declaraciones que tampoco han de servir?

Yo creo que los abogados tendrían derecho de averiguar esto cuando lo proponga el fiscal. Pero aquellos brutos no harán nada, y más con el miedo, verdadero miedo, que le tienen a éste; y a todas éstas, mañana es sábado, pasado domingo y en ambos días no hay Biblioteca, voy a suscribirme por un mes para por lo menos tener donde distraerme.

No he podido suscribirme pues se necesita la autorización de un comité y no he querido pedirlo pues como no me conocen probablemente me lo negarán. ¿Qué hacer hoy y mañana?...

Por fin se ha puesto un telegrama a la Junta en que se le participa nuestra situación y se le pide que envíen a Horacio Rubens para que se interese y mueva por nosotros. Ya era tiempo, hace más de dos semanas que Yero hizo la proposición y que yo la apoyé, pero sin resultado. Hoy aprovechando la desesperación general insistí en esta proposición que fué aceptada, si no por unanimidad, por lo menos por aclamación. A la unanimidad se opusieron, nuestro Jefe, que será todo lo valiente que se quiera, pero en este problema está equivocado y los que se han sumado a la dirección de nuestro cotarro probablemente por no provenir de ellos, pero Gabrielito Forcade venció todas las dificultades.

NASSAU, NOVIEMBRE 17.

Hoy Mendoza ha venido con la noticia de un telegrama en que se manifiesta que se está librando una furiosa batalla entre Martínez Campos y Máximo Gómez en la provincia de Las Villas. Por supuesto que aunque el hecho es posible, la batalla no puede existir en telegrama, pues ni aun en la misma Habana se saben estas cosas; y si no que lo diga *Peralejo.*

He resuelto resignarme, naturalmente obligado por fuerza mayor. Y como no tengo con que distraerme, leyendo, he resuelto entretenerme escribiendo; al efecto, para evitar interrupciones me fuí con Betancourt a orillas de la playa y allí cómodamente tendidos bajo los uveros de caleta que la bordean, he escrito el siguiente cuentecito.(24)

(24) Este cuentecito llamado *Frío,* y que se refiere a un episodio de la conducción de Martín Marrero preso, se publicará en el tomo II y último de esta obra.

NASSAU, NOVIEMBRE 18.

Aquí hay un periodiquito llamado el *Nassau Guardian,* que se publica dos veces por semana. Más que un periódico de noticias es una Gaceta Oficial; lo único que tiene bueno son los telegramas; por lo demás ni siquiera ha aprovechado nuestra estancia aquí como materia de actualidad, los telegramas no obligan para conocerlos a comprar el periódico, pues siguiendo una costumbre que celebro, lo fijan diariamente en la estación del cable, en el mercado de esponja, y no sé si en algún paraje más. Sólo es preciso por tanto, para enterarse de ellos llegar todos los días a uno de estos puntos.

Entre las noticias de hoy viene una que nadie ha creído por ser de quien se trata, pero en la que se dice que Maceo ha traicionado nuestra causa. ¡Cómo si fuera posible en él! La noticia la han dado con visible complacencia y decidida mala intención, puesto que la han puesto en papel aparte y en letra especial. ¡Y después sostendrán que sienten mucha simpatía por nosotros!

Hoy hizo Betancourt operaciones a Forcade y a Landa; extirpación de quistes sebáceos.

Según Mr. Wesbter los testigos que se esperan no llegarán hasta el 25 y simplemente por complacer al Gobierno español, aunque se tenga el convencimiento de que no servirán de evidencia legal, se pospondrá el juicio. Añade además Wesbter que el Fiscal está vendido. Hoy casualmente me lo encontré en la Biblioteca y no pudo evitar al verme un marcado gesto de desagrado, parece mentira en un sexagenario.

He hablado del mercado de esponjas, tengo que especificar que no es un soberbio edificio, sino simplemente un colgadizo de dos vertientes muy parecido a los que cubren nuestros conductores de caña en las casas de calderas.

NASSAU, NOVIEMBRE 18 DEL 95.

Acaba de traerme Betancourt la última noticia. La que por cierto como todas las de este pueblo no son nada agradables. Viene de una especie de consulta a que nos citaron los abogados, probablemente para pedir más honorarios, pero a lo que no se atrevieron, sin duda por la mala noticia que nos comunicaban y es que los testigos de Cuba llegan el próximo lunes; pero como vienen de

puerto infectado, y hay cuarentena, nada menos que de quince días, tendremos que esperar, y se pospondrá el juicio durante todo ese tiempo.

Según me han dicho las visitas de los médicos se pagan aquí a peso, pero Betancourt me dice que una negra le propuso pagarle seis centavos si le hacía una cura.

Me cuentan que el sábado 16 de este mes hubo un juicio en el cual condenaron a un niño de ocho años por haberse robado una caña, a doce azotes dados con un cuje de tamarindo; fué cogido in fraganti, el juicio se le hizo en seguida y acto continuo se le administraron los cujazos. Como medida práctica no me parece mal, pero como sistema penal lo encuentro bastante atrasado. Y sin embargo hemos convenido en que todos nos dejaríamos cujear con tal de que nos soltaran en seguida y pudiéramos salir para Cuba.

Hoy todos, y especialmente yo, hemos tenido grandes temores de llegar tarde a Cuba, si es que llegamos, y sobre todo, no llegar en este año, el año del levantamiento; confirma nuestros temores un telegrama publicado hoy en el cual se dan noticias del desembarco de otra expedición. ¿Será Carrillo? Probablemente sí; en tal caso, aunque nos alegramos por la Patria, pues su llegada tiene importancia política en Cuba, lo sentimos por nosotros. Además de la pérdida de un buen jefe, inmejorable, corremos el peligro de estacionarnos en New York, pues sin él es probable que la Junta no se ocupe de nosotros y más resultándoles tan caros como vamos siéndole.

Según me han dicho, Gerardo y sus compañeros, que han dado en llamar disidentes, vuelven al redil y desde mañana comerán con nosotros. Les han rogado que lo hagan por motivos económicos.

NASSAU, NOVIEMBRE 21.

Acabo de venir con Domenech de ver al Cónsul americano. Le propuse que me llevara como intérprete, pues deseaba decirle varias cosas; estuvo amable, convino con nosotros en el atropello que sufríamos; nos dijo que a los abogados les cabrá el derecho de protesta contra la posposición del caso nuestro, preguntándole al Juez qué clase de testimonio era el que se esperaba y sometiendo a su determinación si se debían aguardar o no; nos prometió decír-

selo a estos abogados e insistir para que hagan esa proposición, aunque a nosotros nos hayan dicho que es imposible hacerla.

Me temo que nuestros abogados estén también vendidos, por esa resistencia que nos hacen cuando lo que yo pedía es de sentido común.

Hoy hemos ido todos al entierro de un tal Ricardo Cartas, pardo él, cubano, y que decían fué expedicionario del *Lilliam.* De todos modos me alegré de ir, pues se me ocurrió el siguiente cuentecito, más bien poemita en prosa, con pretensiones de elegía. Lo escribo ahora, por la noche, en la Biblioteca, lo titularé por lo pronto: *En Nassau.*[25]

NASSAU, NOVIEMBRE 22.

A las diez y media se celebró nuestro juicio, mejor dicho se pospuso por las razones indicadas para el 5 del mes entrante. No me ha extrañado ni la petición del Fiscal, ni el asentimiento del Juez; sino el silencio (insultante para nosotros) de los abogados, que a pesar de habernos sostenido momentos antes, que no había derecho alguno para decretar con arreglo a las leyes la posposición, y que lo impedirían con todas sus fuerzas, llegada la oportunidad no sólo no protestaron sino que en seguida se conformaron verbalmente con la petición fiscal. ¡Qué falta haría aquí Rubens! O cualquiera otra persona inteligente que de veras se interesase por nosotros.

Salí de la Corte disparado; lloré de rabia. Media hora después, en el Cuartel, hubo los consiguientes desahogos y protestas, en los cuales yo no tomé parte, pues fué tan fuerte mi crisis que ya entonces me encontraba en calma. Llegó a ser tan fuerte el alboroto que tuvo que intervenir el Comandante Braulio Peña, pero excitado y nervioso, como verdadero hombre de temple que es, aconsejando resignación, hubo de írsele la especie de que forzosamente habíamos de conformarnos, por la falta de dinero, que de no ser así, ya se vería de tomar otra determinación.

(25) Como haremos con el cuento anterior *Frío*, al final de esta obra publicaremos este trabajo literario de Rosell.

Era tan marcada la alusión a escaparnos que encerraba verdadero peligro. En efecto, no era prudente nombrar la soga en casa del ahorcado, además entre nosotros hay personas no muy inteligentes, quienes podrían tomar la sugestión al pie de la letra y ejecutarla ellos solos, comprometiendo a los restantes.

Probablemente Vicente Carrillo lo entendió así, al menos se levantó incontinenti y echó un "speech" bastante razonable, pero en el calor del discurso, se le fué el lapsus de que si alguien tal hiciera, merecería que lo fusilaran, y Máximo Gómez seguramente lo haría así, además, dió a entender que él con la intervención de su hermano, no dejaría de influenciar en ese sentido.

Estas frases indignaron a todos; Domenech, como más vehemente, hubo de levantarse, y en la fuerza de su protesta, explanada como hombre libre y racional, hubieron de írsele fuertes calificativos.

Por fortuna fué muy prudente, enérgica y oportuna la intervención inmediata del Comandante Peña y, ¿por qué no decirlo?, la mía, directamente, con Gerardo, con lo que se apaciguaron los ánimos. Temí que estallara un verdadero conflicto.

Por la noche nos han dado una cajetilla de cigarros a cada uno y según dicen esto se hará diariamente, no es mala la medida pues ya nos íbamos quedando sin fumar. Hoy se recibieron telegramas en los cuales se hacen alusiones a una gran batalla y en esos telegramas desmienten oficialmente que hayan muerto tres generales españoles. ¿Cómo habrá sido aquello?

Nassau, Noviembre 23.

Los telegramas de hoy son insignificantes, lo cual, dejándonos llevar de nuestro optimismo, nos indica la gran victoria que debemos haber alcanzado.

Habrá sido aquélla muy grande, pues por poca ventaja que hubieran obtenido los españoles, no hubieran dejado de levantar alguna *polvasera.*[26]

Otra muestra de la simpatía de este pueblo. Tengo que comprarme un par de zapatos, por el mal estado de los míos (para ello tuve que pedir el dinero prestado), y me piden $2.50 por un par que estaba anunciado en $1.50. ¡Si le fuéramos antipáticos!

(26) No podemos atinar cuál fuera esa batalla.

NASSAU, NOVIEMBRE 24.

Ayer tuve la debilidad de someter al juicio de Yero mis dos trabajitos literarios: el primero le gustó, el segundo no tanto. Quiere publicarme *Frío* en cuanto lleguemos a New York. Esto me halaga, y estoy por seguir su consejo, pues si me dejo llevar de mi retraimiento, nunca llegaré a ser nada. Después que me he metido en estos asuntos ya soy relativamente conocido.

¡Qué día más aburrido el de hoy! A más de no haber Biblioteca, por ser domingo, se ha pasado todo el día lloviendo y ni siquiera ha podido uno salir. El día me ha parecido eterno y más por el *spleen* que he sufrido. El *spleen* ha sido continuo, pero no siempre de la misma intensidad. Ayer por la noche hubo un serio disgusto entre el Comandante y Severiano Gálvez. Por otra parte, el pobre Comandante no es hombre para esta situación; se debe encontrar mejor al frente de los españoles, peleando con ellos, y no gobernando este campamento. Severiano sostiene que él no es soldado, y en consecuencia no hay por donde dominarlo. Hoy le estuve hablando y traté de convencerlo; como no había bebido, me fué relativamente fácil, y quedó medio abochornado, al parecer...

Si desde el principio se hubieran dejado llevar del consejo de Yero, ya estaríamos en New York; me refiero a poner el telegrama pidiendo que viniera Rubens. Ya se ha hecho, pero relativamente muy tarde, y si no llega mañana, como esperamos, por no haber tiempo, nos vamos a divertir, pues el juicio no se verificará el cinco, sino lo suspenderán una, dos o más veces, y nos vamos a podrir aquí.

Empiezo a desesperarme ya de veras; casi estoy resuelto a tomar una determinación. Por otra parte creo eso es lo que desea la gente de aquí, para evitarse reclamaciones; sentiría darle gusto, pero me temo mucho que lo haga otro, y nos fastidiaremos los demás, o que se origine un disgusto por cualquier motivo que nos comprometa malamente a todos.

Rubens indudablemente hace mucha falta; él es inteligente y sociable; se moverá con acierto; hablará con el Gobernador, con el Fiscal, con los abogados; se enterará de las Leyes; verán que a él no es fácil engañarlo y no permitirá que sigan cometiendo injusticias con nosotros, y como no es ninguno de los procesados, y traería

algún dinero, e irá bien vestido, le harán caso y nos acabarán de juzgar.[27]

Si no, el día 5 resultará que no se ha podido quebrantar la cuarentena para los testigos venidos de Cuba, y se aplazará otra vez el juicio; luego se acordarán de que Yero fué cogido en una expedición en Jamaica, pedirán testigos allá y nueva demora; intertanto sucederá algo grave, como ya he dicho, y materialmente estaremos aquí una eternidad. ¡Quiera Dios que venga Rubens! Mientras creí que pudiera convenirnos no quise anotar el asunto, pero ya que he fracasado por completo anotaré algunos detalles.

Teníamos varios el proyecto de preparar una salida, para cuando nos pusieran en libertad y aprovecharla e ir directamente para Cuba, en vez de volver a New York.

Me pusieron al habla con un patrón de goleta, que por lo visto cogió miedo, pues quedó en contestarme y no lo he vuelto a ver.

Después me presentaron a otro; creo que se llama Bastian,[28] y según nos dijo fué el que llevó a Martí y a Máximo Gómez.

Nos fué simpático, y también acordó contestarnos. En efecto, así lo hizo, pero con tantas pretensiones que nos hemos visto obligados a desistir por completo. Nos conduciría con un barco de él, dándole dos mil pesos, o en otro barco, cuyo flete pagaríamos aparte, pagándole a él mil pesos por los riesgos y el trabajo.

Nos parecieron tan exageradas las pretensiones, que yo, al menos, las he tomado como una burla, aunque por otra parte creo que hubiera admitido gran rebaja. Pero en asunto tan serio me disgustan estos relajitos. Así es que nos hemos arrepentido. Más barato y seguro nos resultaría desde New York. Betancourt y yo somos los únicos que hemos asistido a esas entrevistas.

Esta noche he escrito, con fecha de mañana, una carta para La Habana. ¡Qué tristeza sufro cada vez que me acuerdo de casa!

A Carmen no le escribo, ¡tendría que decirle tantas cosas!; he resuelto mandarle esta libreta cuando regrese a New York; así compensaré un poco mi falta, y le proporcionaré el placer de una carta bien larga, aunque temo aburrirla. ¿Qué dices de esto, querida madrina?

Esta mañana estuvo aquí un barco de guerra inglés, y en seguida volvió a marcharse. ¿Qué vendría a hacer aquí?

---

(27) De seguro aún duraba el eco del magnífico triunfo jurídico alcanzado por Rubens, cuando la famosa causa de la huelga de los tabaqueros en Cayo Hueso. Ello explica este vehemente deseo de Rosell, que no se llevó a cabo no sabemos por qué.

(28) Se sabe que Bastian dejó abandonados a Gómez y a Martí en Inagua, negándose a cumplir su compromiso.

NASSAU, NOVIEMBRE 25 DEL 95.

Ha llegado el vapor de New York y no ha venido nadie; indudablemente a la Junta le importa poco que nos fastidiemos aquí; estoy convencido de que esta historia no se acaba en mucho tiempo. ¡Qué se va a hacer!, paciencia y barajar. En cambio Don Tomás ha mandado una carta anodina, de la cual dicen que con buenas palabras y vulgaridades, más o menos aceptables, hay bastante.

Estoy hecho una calamidad; a veces me siento con una fiebre cerebral nada agradable ni consoladora. También han venido periódicos; en ellos se nos comunica oficialmente la llegada de Carrillo: ¡menos mal!

NASSAU, NOVIEMBRE 26 DEL 95.

Ha llegado el vapor de Cuba, y también los testigos que se esperaban. ¡Valientes tipos!; uno de ellos es nada menos que Montenegro, el otro, según dicen los que lo conocen, ha estado en presidio dos veces por estafa. ¡La espuma de la canalla! Con tales sinvergüenzas me temo complicaciones, y de seguro que les hacen más caso y los atienden mejor que a nosotros, y como vienen para eso, se aprovecharán y nos desprestigiarán más todavía.

Le he escrito a Manuel de la Cruz para que me busque alguien con quien irme en cuanto llegue a New York. También le hacía otros encargos; probablemente no cumplirá con los encargos, por lo enojosos. Uno de ellos era que me mandara un par de camisetas de franela, pagaderas a mi regreso. Ni tengo la confianza necesaria para darle esas comisiones ni creo que sea él hombre de ocuparse de tales detalles. En fin, nunca se pierde con probar.

La comida va siendo muy mala, de algunos días a esta parte; se puede decir que nos estamos alimentando con arroz. Especialmente hoy estuvo infumable, pues la ración que me tocó estaba llena de nervios y de huesos y tuve que abandonarla. Cada vez que me veo en nuestra cocina, comiendo allí, de pie, en unos platos asquerosos, casi con la mano, unas raciones que desdeñarían los perros de mi casa, y me acuerdo de los festines de *Delmónico* o de *Savarin*, o

los más simples de mi casa, o los que me hacía José Manuel en el Ingenio, me echo a reír pensando cómo varían los tiempos.

Menos mal que sea como ahora, voluntariamente; peor sería si fuera por hallarme arruinado. Peores trabajos he de pasar en la guerra; todos estamos cansados de la comida, del cuartel y de la proximidad de nuestros dormitorios; no se han cambiado las sábanas desde que hemos llegado y hay tal penuria entre nosotros que dos o tres toallas sirven para todos.

Yo estoy sin un centavo, y con todos los zapatos rotos. En la Biblioteca ya no me encuentro con ánimo de leer obras serias. Acabé el primer tomo del *American* (ilegible) a fuerza de voluntad, pero no me encuentro con la suficiente para transcribir algunas notas que tomé. Después empecé a leer la *Vida de Jesús* por Renán, pero desistí por antojárseme que aquella obra, reputada como maestra, no es tal. Al menos me pareció que no respondía a mis esperanzas. Yo me hacía la ilusión que Jesús era un hombre de mucho talento, el más perfecto de los que han existido, y que la aureola de sobrenatural no era porque él la hubiera aceptado, sino porque sus admiradores, poco a poco, e involuntariamente, se la habían dado, tanto por el aumento que tienen todas las tradiciones, tanto por el amor interesado que supo infundir, y me encuentro que Renán lo estudia así, pero revistiéndolo de pasiones, muy humanas y naturales sí, pero indigna de la idea que yo me había hecho del Nazareno: se dejó llamar Hijo de David, según él, a pesar de que sabía que esa rama estaba extinguida, y apeló a la taumaturgia para darse más prestigio, es decir, que quiso imponerse a las muchedumbres por una especie de engaño. Como no he leído toda la obra es ese juicio aventurado, pues sólo juzgo parte de ella, y no toda, que debe ser armoniosa y completa. En cambio sí juzgo de la obra por el capítulo que leí sobre el amor infinito de Jesús a Dios, que lo obligaba a creerse hijo de El, por la intimidad que había entre los dos, debo declarar que aún ante mi pobre entender la obra de Renán es magistral. Si escapo vivo, la volveré a leer y seguro estoy que entonces modificaré mi opinión, pues lo podré hacer por entero, y en otro estado de espíritu.

Ahora estoy leyendo *Los Cosacos* de Tolstoi, pero ni siquiera las novelas logran abstraerme. ¿Cuándo nos iremos de este dichoso Nassau?

NASSAU, NOVIEMBRE 27 DEL 95.

Hoy es el aniversario del fusilamiento de los estudiantes. En New York habrá un meeting y, según dicen, Manuel Sanguily hablará: nunca he logrado oírle un discurso... ¡Qué buena redacción tiene ahora *Patria*! Recuerdo que los días como hoy, en La Habana, no quería yo ir al teatro, ni a ninguna diversión, para conmemorar esa triste fecha de nuestros anales; pero nunca conseguí imitadores, y es que en Cuba hay poco respeto hacia nuestras tradiciones; ¡con tal de que las leyes futuras consigan imbuirnos más ese respeto! En esto soy gran admirador de la raza sajona, y especialmente del pueblo americano, que es de ella el que más conozco. Yo acostumbraba también guardar ese respeto al aniversario de la muerte de papá; ya éste se acerca pronto, con tal de que no me coja aquí. ¡Cómo he sentido salir de La Habana sin ir a visitarlo en el Cementerio! Hoy me siento débil. ¿Será por la mala comida de ayer?

No hemos ido al baño: hasta de eso se aburre uno; yo, hasta ahora, no he perdido un día, pero hoy, está tan lejos y me siento tan abatido, que desistí del viaje y me encuentro sin tener nada que hacer, esperando llegue la hora de almorzar, y luego la de ir a la Biblioteca.

Me entretendré en transcribir las notas del *American* y procuraré hacer los comentarios que tenía proyectado, aunque no sé si tendré el valor necesario para ello. Están tomados en su mayor parte del capítulo titulado "Reflection on frame of Government".

NASSAU, NOVIEMBRE 29.

Ayer conseguí un permiso del Jefe de la Fuerza de este pueblo, y con Betancourt y tres más, fuimos a visitar la Cárcel, que goza de una relativa fama. No deja de ser merecida; dado el punto en que está, es mucho mejor que las que tenemos en Cuba. Todo se distingue por su excesiva limpieza; por lo visto se entretienen a más de lavarla, en darle lechada diariamente, en los puntos de más tránsito; tiene unos veinte años de existencia. Hay un departamento para mujeres, que no nos enseñaron; el Jefe es un blanco y los demás empleados de color; no vi un solo soldado. Los presos, menos dos, son de color. Uno de los blancos está condenado por

homicidio, creo que en una riña. Tienen el sistema celular, aunque bastante malo, puesto que por confesión del mismo carcelero, asomándose los presos a las ventanas, pueden hablarse algunas veces.

Las celdas las han convertido en dos, por medio de simples separaciones, hechas, según me pareció ver, por tejas acanaladas de zinc. Nos enseñaron un cuarto lleno de esposas y grillos para los majaderos. Para éstos tienen también cuartos completamente obscuros, con argollas para amarrarlos. Hay un departamento de baños donde obligan a los presos a bañarse diariamente; además de las cocinas hay un departamento de carpintería aparte.

A los presos los utilizan en trabajos públicos; los hemos visto componiendo calles. La enfermería estaba perfectamente desinfectada, a juzgar por el fuerte olor de ácido fénico que se percibía; para las necesidades nocturnas tienen una especie de depósito, con sus tapas; una cadena los une.

La forma de la cárcel es de una cruz. Lo más raro es el uniforme. Estos presos usan casi un disfraz de arlequín, blanco y azul; los pantalones tienen una pierna azul por delante y blanca por detrás; la otra pierna es lo mismo, pero al revés. La blusa a la marinera está hecha del mismo modo, y gastan una especie de boina blanca. También en el saco, como en el pantalón, tienen impreso un número. El local es bueno y amplio, la situación magnífica, está en una loma con preciosas vistas; en la cárcel nos medimos y pesamos; yo tengo cinco pies diez pulgadas y peso ciento ochenta libras.

Hoy tuve que ir a comprarme un par de zapatos. Para ello hube de pedirle prestado a Gómez. Conseguí un par que no va a servirme para ir a la guerra, por ser demasiado fino, pero eran los únicos que podían servirme; así y todo, me están grandes.

Pero lo curioso es lo siguiente: en el departamento de prueba había dos o tres medias usadas, supuse que sería alguien que las abandonó allí, le llamé la atención al dueño para que las mandara a botar, y cual no sería mi sorpresa cuando me contestó que él las ponía allí para que se las pusieran los que venían a comprar zapatos y no tuviesen medias.

Cuando llegamos aquí y escogimos nuestros abogados, como somos extranjeros y sin arraigo, naturalmente se trató de honorarios. Para ello fueron Peña, Betancourt y Ruiz; después nos contaron que pedían cinco guineas por cada uno. Que habían convenido en ello y demás detalles. Entonces fué cuando otro y yo, juzgamos era eso demasiado caro, y por consejos del Padre Chrysostome,

según ya he anotado, resolvimos quedarnos algunos sin defensor. Un abogado defendía a cuatro. El pago, por indicaciones de ellos, se hizo la mitad por adelantado, y convinieron en que cobraban tan caro (todo esto lo sé por referencias) por que el caso pasaría al Jurado, y ellos se obligaban a defendernos hasta el final. Después Mr. Clawson cogió la defensa de los demás de motu propio, y por ahorrar diligencias, el mismo trabajo en nuestro caso es defender a uno que a veinte, pues nos acusan a todos del mismo delito.

Pero resultó que el día del juicio preliminar, y según dicen por exigencia de ellos, le reclamaron a Peña la mitad restante de sus honorarios, y esto seguramente porque pensaron acabaríamos aquel día, y sin encomendarse ni a Dios ni al Diablo, se les dió.

Como hasta ayer no habían dado señales de vida los abogados, creímos que cumplirían su palabra y seguirían defendiéndonos sin más remuneración. Las esperanzas eran por supuesto infundadas, y como en nuestra situación no hay más remedio sino pasar por las horcas caudinas, fuimos hoy Perico, Cosme, Gerardo y yo a ver a Mr. Clawson. Lo encontramos, no en su oficina, sino en su casa, y en el mismo estado de embriaguez habitual. Después de explicaciones preliminares, que no vienen al caso, como fueron, consideraciones sobre nuestro estado de pobreza, y un regateo ridículo, muy propio para una detallista, pero no para un abogado, convinimos en que se le pagaría por la defensa de diez y nueve de nosotros quince guineas, previamente depositadas en casa de Mr. Sawyer, para entregarle el día 10, si es que ese día ya nos veíamos libres, y en disposición de embarcarnos para New York. Lo dijimos, bien claro y de diversos modos, y a todo se avino Mr. Clawson, pero al mismo tiempo nos pedía la orden para Mr. Sawyer, lo cual me hace creer no entendió nuestra proposición, aunque asintiera a ella, tal era su borrachera.

En fin, quedamos en que mañana hacia las once iríamos a casa de Mr. Sawyer, y allí, en su presencia, depositaríamos la consabida cantidad, para que la cobrara el día 10 del mes entrante, si nos encontrábamos en las condiciones que ya le habíamos dicho.

Pero temo que mañana se niegue al pacto en las condiciones propuestas, y como estamos en tan particular situación, no tenemos más remedio sino conformarnos con sus pretensiones, a menos que no nos decidamos a ir indefensos a la Corte. En fin, ya veremos. Por lo pronto, cuando llegamos aquí, a los (ilegible) nos dieron una carta de los otros dos abogados, en la cual se nos pide una entrevista para mañana con el mismo objeto.

NASSAU, NOVIEMBRE 30 DEL 95.

Tengo ante mí la perspectiva de todos los sábados y domingos, en que a falta de la Biblioteca, me lo paso muy aburrido. Procuraré recordar algunos libros que creo he olvidado apuntar. Vi (ilegible) *Government*, escrito por un viejo burócrata inglés, cuyo nombre no recuerdo, y que da algunos consejos buenos.

Anoche estuve leyendo a Taine; entre otras cosas, su juicio sobre Lord Byron es indudablemente de gran belleza, sobre todo, el estudio de su carácter, aplicándolo a sus versos, y la comparación entre el *Fausto* de Goethe y su *Manfredo*. Este, según el poema épico moderno del individuo; aquél, del Universo; en éste, quitando el aparato escénico, queda un hombre; en aquél, una especie de mentecato; un estudiante que se deja influir por un Diablo. Y cuyo crimen ha consistido en perder una griseta, y en reunirse, por la noche, con malas compañías.

A Taine lo leí porque me llevaron una obra titulada *Social Evolution*, por un tal Kedd, de bastante interés; siento no poder concluirla, pues según el índice, en toda ella se trataba de las modernas cuestiones; en algún capítulo se estudiaba el socialismo; menos mal que me dieron tiempo a leer lo referente a la raza negra en los Estados Unidos.

Hoy fuimos a ver a los abogados, Mathews y Thompson; nos salieron con la tonada que cada uno quería iguales honorarios a aquéllos que se le dieron a Clawson; nos negamos, por ahora. Con Clawson no pudimos resolver nada porque se había ido de su oficina y quedó aplazado para el lunes el arreglo.

No sé si ya he anotado cómo en el último vapor llegado de Cuba vinieron tres hombres, que han de declarar contra nosotros. Son, Montenegro, un tal Vázquez y un tal Fernández, los tres, grandes sinvergüenzas; también vino con ellos el Dr. Salas, padre del muchacho que encontramos aquí cuando llegamos, César Salas, y según dicen, persona muy querida en esta Isla. También nos informaron que era amigo íntimo del Jefe de Sanidad de este puerto. Ayer se le escribió para averiguar con él si por fin acortarían la cuarentena o no, pues temíamos de eso dependiera que nuestro juicio pueda celebrarse el día 5. Hoy recibimos la contestación, en la cual nos dice ha hablado con el médico y se hará todo lo posible por salir el 3 ó el 4.

Pero ha pasado algo, y no sé las consecuencias que pueda esto tener, por ignorar aún los detalles. Parece que en la cuarentena hubo un disgusto entre los españoles y el Dr. Salas, en que mediaron palos, se tiraron platos a la cabeza y hubo algún herido, no sabemos cuál, pues aunque es probable sea el Dr. Salas, por tener que habérselas con tres contrincantes, hay quien asegura que el estropeado es Montenegro. De todos modos, quizás esto nos perjudique.

El otro día, en uno de los periódicos recién llegados, el *Times*, venía impresa la nueva Constitución de Cuba. Traía un facsímil de ella, con todas las firmas, y una porción de retratos, los de nuestros principales Generales. Me dijo Torriente, no sé hasta qué punto con razón, que de no haber fracasado en Wilmington podíamos haber figurado con nuestras firmas en aquel histórico documento, pues Carrillo, el General, pensaba nombrarnos Delegados por Las Villas. Indudablemente hubiera sido un timbre de gloria, y no me disculpo modestamente por indignidad de mi persona, pues figuran allí algunos muchachos, a quienes conocemos que valen menos que nosotros.

Por una parte, la gloria no hubiera sido muy duradera, pues el documento, como Constitución en sí, no es de lo mejor. Tiene artículos que se contradicen; otros, se repiten; olvidan muchas cosas importantes, y sobre todo, le dan gran poder a la autoridad militar. Pero todos estos defectos los justifica en parte nuestra experiencia de la guerra pasada en que, a la verdad, se le dió mucha preponderancia al elemento civil, con perjuicio del militar, que en revoluciones como las nuestras es innegable éste debe dirigir, y como por otra parte, tiene un artículo donde declara que aquello es provisional, y al cabo de dos años debe hacerse otra nueva, pueden disculpársele sus defectos. No me gusta que no tenga veto el Presidente, y éste entra en votación con el Consejo, compuesto de los cuatro Ministros, sin distinguir su carácter ejecutivo, y que el mismo Consejo ha de servir de tribunal para juzgarse a sí mismo, con unas reglas de mayoría que no están bien definidas. Todo esto lo digo al buen tuntún, pues ni la tengo presente, ni estudié detenidamente, ni mi memoria es tan buena que pueda fiarme de ella. Entre los retratos están los de nuestro Presidente, Vice, Gómez, Maceo, Roloff, Serafín Sánchez y Carrillo.

El Presidente Cisneros, antiguo Marqués de Santa Lucía, título que debemos olvidar por nuestra condición republicana, según su retrato, es un viejo venerable, y yo lo creo así, pues aun cuando

algunos sostienen que no es ninguna lumbrera, basta toda su vida revolucionaria para infundir el más profundo respeto. Algunos aseguran también que ha sido nombrado porque era el otro candidato enemigo de Maceo,(29) o porque siempre han tratado y conseguido imponerse los camagüeyanos, eligiendo un paisano suyo, pero la opinión más fundada es la de atribuir su elección a que, dada la amistad íntima entre Máximo Gómez y el Marqués, no habrá peligro de inoportuna intervención del Ejecutivo en la marcha de nuestra campaña. De este Presidente, de Cisneros, se cuenta que no es militar, y asiste a los combates sin armas de ninguna clase, constituyendo una impedimenta, pero muy manejable, pues sólo piensa por Máximo Gómez. Así es que en realidad tendremos una dictadura, pero con todos los visos de un gobierno nacional. Se cubren las formas y no se entorpece la acción; ya era tiempo de que fuéramos aprendiendo de los ingleses su sentido práctico. Cisneros dice, que aunque viejo e inútil, quiere tener el honor de morir en el campo de batalla. Quizás lo consiga, pues refieren que ante el peligro mantiene una indiferencia aristocrática, y es su sangre fría rayana en el estoicismo; hay que arrancarlo a viva fuerza de los puntos de peligro. Esta elección, con el agravante de ser una repetición, pues ya fué Presidente en nuestra primera guerra, me indica cierto *torysmo* que no me disgusta. Le temo a las idealidades, poco prácticas, teóricas, de nuestros paisanos, especialmente en cuestiones de gobierno.

Bartolomé Masó es militar de la pasada guerra; de posición holgada y muy honrado; se cuenta cómo poco antes de este movimiento le ofrecieron por unas colonias cuarenta mil pesos, y no quiso aceptarlos pues sabía que muy pronto, con la Revolución, valdría mucho menos la propiedad.

Dicen que tampoco es militar, pero muy bueno y muy querido en Oriente. A él se le debe el éxito de este movimiento; él fué el único que se sostuvo después del fracaso de Matanzas y hasta la llegada de Máximo Gómez y Maceo. Tanto es así que en aquella época le decía a sus compañeros su temor, al tener que continuar como bandoleros, pues así los tomarían después del fracaso. El retrato que de él publica el *Times* debe ser muy antiguo, a juzgar por la moda. Aparece con aquellos cuellos abiertos usados en el año 70, y peina el tupé, que ya sólo lo usan los horteras.

---

(29) Naturalmente, Rosell hablaba de oídas. El candidato de Maceo lo fué Masó.

Y le toca en turno al Viejo, a nuestro gran Máximo Gómez; parece mentira el respeto y el cariño que ha sabido inspirarnos este dominicano, aun a los que no lo conocemos. Mucho podría hablar de él, aunque sólo fuera refiriendo cuánto de él nos ha contado el General Carrillo, con quien vivió en la emigración y en la guerra, pero, ¿para qué?, se necesitaría un libro entero para contar sus hazañas, hablar de su carácter brusco, de su espíritu militar. Basta decir, y esto es mucho, que todos los jefes viejos ponían como condición, para unirse al movimiento, el desembarco de Gómez; su solo nombre inspira verdadera fe, y tan sólo basta ver lo que ha hecho hasta ahora, organizando e invadiendo a Camagüey y Las Villas, para comprender la muy merecida fama de que goza. Vayan noramala sus calumniadores y envidiosos; los que dicen se vendiera el hombre, que acabada la guerra tuvo que apelar a su trabajo personal, como jornalero, para vivir él, cuya familia es un conjunto de patriotas y ya viejo, con sesenta y pico de años, no ha vacilado en sacrificar el resto de sus días y el pan de sus hijos en pro de Cuba. Y ¿qué decir de quienes sostienen exigió cuarenta mil pesos, depositados en Londres, para sus hijos? Están poco enterados esos señores calumniadores del estado pecuniario de la Junta. De ser verdad ello, no estarían hoy los hijos de Máximo Gómez ganándose la vida con su trabajo, y las hijas con su costura, cuando muchos cientos de miles de pesos hubieran dado gustosos para que no viniera.

¡Quiera Dios que no lo maten! Algunos lo critican porque es dominicano. Esta particularidad nos ha convenido pues al admitir su jefatura se evitaron rivalidades y rencillas; quiera Dios no lo maten, por ahora, en la guerra, ni muera en los primeros años de nuestra Independencia. Creo que tiene muy mal carácter, pero como ese defecto es casi imprescindible para quien tenga que ejercer el alto mando, casi es conveniente. Con él no caben, según dicen, adulaciones ni pasteleos; es muy estricto y para adelantar un grado hay que merecerlo de veras; inspira una confianza ciega en cuanto a su genio militar, al decir de los veteranos. El fué quien ganó las más grandes batallas de nuestra guerra pasada. También se cuenta que no tiene pretensiones; en Santo Domingo él mismo iba con su caballito, cargado de viandas, para su casa y ahora, en la guerra, según una carta de Raúl Arango, anda como un cualquiera, en el sentido de que en nada se ocupa en su persona, ni se da buena vida, cuando todo lo puede hacer.

En cambio, de Antonio Maceo, se dice todo lo contrario; anda muy acicalado, tanto él como su Estado Mayor, compuesto en su mayor parte de muchachos finos, de las mejores familias. A decir verdad, hay posiciones, como es la de un General que necesariamente se deben rodear de cierto boato, a menos de no ser un Jefferson o un Máximo Gómez. Es imposible perder de vista su incondicional patriotismo, su extraordinario valor, su talento organizador, el empuje de sus acciones y el prestigio, no manchado, de su conducta. Es imposible olvidar al que protestó en Baraguá, al que tantas veces ha conspirado, al que nunca ha admitido transacciones. El y sus orientales constituyen indudablemente los elementos más valiosos de nuestra revolución. Es el león de Oriente, sus soldados los valientes que pasando por toda la Isla, han llegado hasta cerca de Las Villas, después de haber ayudado tanto a nuestra Independencia.

Roloff, nuestro Ministro de la Guerra, es un gran organizador, según dicen, y hombre muy ilustrado, pero aunque tenemos que colocarlo en la primera fila de nuestros libertadores, nunca ocupará el primer puesto, quizás por ser extranjero, quizás por su modestia. Para Ministro de la Guerra no tiene precio, y según cuentan los veteranos es muy cuidadoso, nunca le falta parque por escasos que anden los demás de municiones.

En las mismas condiciones se encuentra Serafín Sánchez; dicen que no es tan ilustrado ni tan organizador como Roloff. Es hombre de mucho prestigio en Las Villas, creo también muy modesto; he oído decir que es honradísimo y baste saber es uno de nuestros Generales para afirmar que es un valiente. Carrillo lo único que le señala, dice, que es magnífico para operar bajo las órdenes de otro, pero cuando lo hace por su iniciativa no brilla a la misma altura, tal vez porque sus talentos militares no estén a la altura de su patriotismo.

Pancho Carrillo es una onza de oro, y así me lo califican los que lo conocen. Con Maceo ha sido uno de los más tenaces, hizo más que todos, pues se sostuvo durante cerca de dos años en la Guerra Chiquita. Como valiente su fama es indiscutible. Basta conocer aquel hecho de su vida, cuando recibió un tiro en la boca, que escupió los dientes y la bala, y siguió dirigiendo el combate. Con sus hechos podrían llenarse volúmenes; él los cuenta buenamente, y sin vanagloria cada vez que se le pregunta sobre alguno de ellos; tiene la voz agradable; su conversación es muy amena, tanto más de extrañar, pues que se fué a los quince años a la

guerra y como durante doce años se mantuvo en el monte, pocas oportunidades tuvo para ilustrarse. Es el único defecto que tiene, pues, por lo demás, no le falta talento natural, y considerando que en suma tan sólo ha sido un simple guajiro, no le falta don de gentes ni tacto social; es hasta elegante, sin pretensiones; tiene fama de cuidar a su gente; a pesar de que mucho pelea, todos quieren servir a sus órdenes, porque nunca abandona a sus heridos, ni expone inútilmente a su gente. Ha tomado multitud de fuertes en sus viejas campañas; empezó su carrera de simple soldado y le oí decir que estuvo cerca de dos años casi desnudo, y completamente descalzo. Máximo Gómez lo quiere mucho y lo ha estado reclamando a todas horas. Es el hombre más popular de todas Las Villas, y su jefe indiscutido. Si no lo matan, me imagino será el que más adelante llevará esta guerra. Carrillo es un gran militar, sobre todo como guerrillero, que es lo que hace falta en Cuba. Antes de este movimiento tenía su porvenir asegurado con su colonia en Remedios. Es querido y respetado por todos, hasta por los mismos españoles. A nosotros nos trataba muy bien, pero al mismo tiempo nunca nos consultó nuestra opinión en lo más mínimo.

Entre los retratos del *Times* se me olvidó nombrar a Don Tomás Estrada Palma; es que el viejito, por muy modesto, se hace olvidar. Modesto ahora, pero no cuando contribuyó a la deposición, más o menos justa de Carlos Manuel de Céspedes, y supongo que tampoco cuando fué Presidente de nuestra República. Algunos sostienen que no sirve para el puesto que desempeña, entre ellos el ambicioso y amigo de intrigas X. Yo siempre lo he defendido, por evitar disidencias, porque es honrado, virtud que por desgracia no es común entre nuestros paisanos. Domenech, hablando de esto, y de otras cosas, tuvo una reflexión que no deja de ser original. Dijo que de todos los hombres se espera que sean valientes, pues los animales machos pelean; que lo difícil es encontrar un hombre honrado a carta cabal.

Dicen que Don Tomás regatea en pequeñeces, como hombre acostumbrado a contar las papas allá en su escuela. Más vale que sea así, y no como en la pasada guerra, donde no alcanzaba el dinero para nada y sólo se compraba con él armas viejas, protegiendo los vicios de algunos. Felizmente, basta con todas las expediciones arribadas a Cuba, para comprobar que el viejito se menea, y más, para los que estamos en el secreto de los poquísimos recursos con que se cuenta. El único defecto que le encuentro imputable es que, según dicen, le da mucha importancia a Trujillo, que como buen

periodista, nunca como espía, cual dicen algunos, publica más de lo que se debiera saber. Tiene sobre todo un secretario particular que me gusta, y es Manuel de la Cruz. El único que pudiera sustituir a Don Tomás, quizás con ventaja, como no deja de pretenderse, es Eusebio Hernández. Es más joven, y por lo tanto tendrá más empuje, quizás más alientos, tiene experiencia pues ya trabajó en el asunto cuando la conspiración de Calixto García. Pero que dejen a Don Tomás mientras viva, ya que a él se le aplica el adagio, más vale malo conocido que bueno por conocer. Así lo han comprendido, por fortuna en Cuba, puesto que le han mandado su nombramiento en forma de Delegado, ratificando la elección de las emigraciones. Las otras personas que aspiren a tal puesto, bien por ambición personal, o porque en realidad tengan méritos, a más del Dr. Hernández, pudieran ser Varona, Sanguily y Gonzalo de Quesada. Pero al primero le falta la experiencia del cargo, así como la del país americano. De director del *Patria* está en su verdadero puesto por ahora. Manuel, a quien tanto quiero, se inutiliza con su carácter analítico, su naturaleza de polemista y su poca ciencia de la vida vulgar. Respecto al tercero hay que decir que es muy joven, tendría en su ventaja su conocimiento de los Estados Unidos y que fué el discípulo, la sombra de Martí.

De Don Tomás se cuenta la siguiente anécdota, que dice mucho a su favor. A su madre la asesinaron los españoles; poco después le trajeron, supongo que entonces sería Presidente, muchos prisioneros y no quiso mandarlos a fusilar, a pesar de que le indicaron que por ese medio vengaría la muerte de su madre, porque, según dijo, su memoria le era muy sagrada para mancharla con sangre.

Ahora que recuerdo hice mal en escribirle a Manuel de la Cruz y no a él para que me afiliara de nuevo con otro Jefe; indudablemente fué una falta de respeto a su jerarquía: por lo menos debí haber puesto en la carta que contara con él o indicándole que aprovechara su Jefatura. Trataré de remediarlo, si como me temo me dan tiempo estos ingleses, si bien no dejo de comprender que me disculpa mucho lo poco que impone Don Tomás, mi relativa amistad con Manuel de la Cruz, y la frase vulgar que se adora al santo por la peana.

Después de esta revista, ligera a la fuerza, por mi poco conocimiento de casi todas las personas, se me ocurre pensar que si para las revoluciones de nuestra clase se necesita un hombre, si sigue la cosa como hasta ahora, indudablemente éste será Máximo Gómez, pero si se complica o lo matan, de entre los conocidos, y a menos

que no surja una personalidad inédita hasta ahora, que se imponga como un Washington o un Bolívar, o como un Ignacio Agramonte, habrá que escoger entre estos tres, que son, Maceo, Carrillo y Calixto García. A este último no lo conozco, así es que no tendré la pretensión de juzgarlo, si bien debo decir que todos lo celebran mucho como hombre de talento, no sólo en lo militar sino en lo político; es además muy valiente; también intachable en su honradez, y una gran figura. Probablemente lo conoceré a mi regreso a New York y entonces escribiré lo que piense de él.

Me quedan por lo tanto Maceo y Carrillo, y a la verdad, ninguno de los dos me satisface. Maceo, únicamente por la inconveniencia actual de su color, para el juicio de los de afuera; Carrillo por su poca instrucción y, ¿por qué no decirlo?, por su poca energía. De todos modos, hoy por hoy, si me dan a escoger entre los dos me quedo con Maceo, a pesar de eso, y de sus defectos, que nadie niega, especialmente, si es verdad lo de su gran talento natural, y su naturaleza organizadora, como parece haberlo probado últimamente; me quedo con él, pero con él solo. Emilio Núñez ha sido un campesino, aunque muy elegante y de verdadero talento y tiene mucha influencia sobre Carrillo.

NASSAU, DICIEMBRE 1RO. DEL 95.

¡Día muy aburrido el de hoy!, como domingo que es. Para colmo, Perico tiene fiebre, a consecuencia de un fuerte catarro, y he tenido que dar solo mi paseo vespertino. No pude ni sentarme en un banco, por encontrarse todos ocupados, y tuve que irme allá lejos e instalarme sobre la arena, viendo cómo se estrellaban las olas contra los arrecifes. Allí me pasé el tiempo muerto, se puso el sol, salió la luna, y no me di cuenta, una luna, preciosa por cierto, que despierta la nostalgia del amor. Me sentía triste, muy triste, y, como de costumbre, la tristeza cristalizó en Madrina; en ella siempre pienso, especialmente cuando estoy abatido, o quizás sea que me entristezco cada vez que pienso en ella. A mamá la quiero muchísimo, pero es un espíritu fuerte, mujer de mucho carácter, que se sobrepone al dolor; si no fuera tan viejecita ya me ocuparía poco de ella, aunque estoy seguro que de vivir yo, me la encontraré a mi regreso de la guerra.

Pancho ha ocupado para mí el puesto de padre; siento hacia él un cariño de hijo, más la confianza que se tiene con un hermano;

pero es hombre y su negocio motivo es más que suficiente para distraerlo, demasiado, quizás, en esta época difícil. Mis demás hermanos están casados y tienen la preocupación de los hijos y de la vida, con todos sus sinsabores, Isabel, su ahijadito, su fe, sus distracciones religiosas y todo lo bueno que da la juventud y una buena salud. Pero Carmen, mi madrina querida, es delicada y soy yo la persona en quien cifra más su cariño, soy para ella todo, como lo es ella para mí. En mi Madrina tengo mi amor, mi religión, mi Dios, mi todo. Y sin embargo, sabiendo el disgusto grandísimo que le habría de dar, sabiendo el estado delicado de su salud, conociendo que casi soy su único consuelo, la he abandonado y me voy a la guerra. La verdad, por mi parte, me siento casi criminal. Y sin embargo, no lo puedo remediar. Tengo tal convencimiento de que mi deber es ir a la guerra que lo hago casi inconscientemente: es mayor el impulso de ese sentimiento que toda mi voluntad, que no es poca, como ya lo tengo probado. ¡Qué misteriosa y compleja esta vida humana!; ¡qué raro y complicado el corazón del hombre! Y pensando en todo esto, en lo que estará sufriendo por mí, que quizás no volveré a verla más, a ella, a quien adoro, por quien daría toda mi vida, que hasta ahora es lo único que me ha hecho vivir, me pasé toda la noche y sin darme cuenta sentí correr mis lágrimas por la cara, mientras tarareaba una cancioncita que aprendí aquí. Es una tonadilla que me viene persiguiendo desde el mediodía; es muy triste; estúpida, a fuerza de monótona, africana, casi salvaje. Pero no la cantaba con sus palabras propias, más de una vez me sorprendí cambiándole las palabras, que usaba de acuerdo con mis pensamientos.

Así estuve largo rato, por fortuna completamente solo; de buena gana hubiera permanecido toda la noche allí, pero, ¿para qué insistir voluntariamente sobre las tristezas de la vida? Determiné sacudir mi melancolía y transcribirla a este cuaderno para que cuando lo lea mi Madrina, Carmen, vea que siempre me estoy acordando de ella. Cuando lo reciba, por mandarlo yo a New York, a mi regreso, verá que nunca la olvido; por la mañana, cuando me levanto, al mediodía, por la noche cuando me acuesto, y durante todos los actos de mi vida, la tengo siempre presente, y si no hablo más de ella aquí es porque estoy seguro que tiene convicción absoluta de mi cariño. Y no se lo repito más a menudo por no entristecerme más. Antes de salir de New York escribí tres cartas de despedida, una para mamá, otra para Pancho y la tercera para Carmen. ¿Qué se habrá hecho de estas cartas? Se las di al General

Carrillo, a bordo del *Delaware,* cuando intentó trasbordar en alta mar para volver a New York, y como yo sabía que era para arreglar nuestra pronta partida, se las entregué con la instrucción de echarlas al correo, en caso de que comprendiera no tuviese yo ocasión de hacerlo. El se ha ido ya, sin haberlo yo vuelto a ver, y no sé qué se habrá hecho de aquellas cartas. Probablemente se habrán perdido, o Dios sabe si andarán rodando por ahí, quizás estén en La Habana, y me supongan en casa ya en la guerra y llorándome casi por muerto.

Para lo que pueda suceder, adelantar tiempo y acabar de llenar este cuaderno, y para que con él lo tenga a mano mi pobre Madrina, puesto que a ella lo tengo destinado, me propongo volverle a escribir en él; hoy ya no tendré tiempo y aprovecharé la primera oportunidad para hacerlo.

¡Pobre Lololo!, está insultado, y a la verdad con razón por las maldades que le han hecho; desde Cienfuegos le mandó su padre unos tabacos, se los han robado y lo que es peor se los fumaban en su presencia y quien se los robó le debe favores; en parte él mismo tiene la culpa por no saberse dar a respetar, y porque con los dichosos tabacos se ha portado egoísta. A mí me remordería la conciencia llevarlo a la guerra, porque aunque no dudo que sea muy patriota, todo lo que se pueda ser, tanto que ha contribuído con bastante dinero y hasta comprado muchas armas, no creo tenga nociones muy claras de lo que va a hacer.

Y sin embargo es reincidente; antes de que lo embarcaran para los Estados Unidos estuvo en el campamento de Zayas, de allí salió por algún rozamiento, del que no estoy bien enterado. No es bobo, ni mucho menos; pero a ratos, indudablemente lo parece; en realidad es un muchacho muy mimado, de familia rica, y, con todos los defectos y educación de un hijo único; le hace falta un poco de ciencia amarga de la existencia y necesita todo el resto de su vida para conocer el mundo. El mismo nos lo ha confesado esta noche; pudimos convencerlo, que si bien es verdad estuvo hecho cargo del Ingenio de su padre, era un administrador muy especial, sólo de nombre, pues en realidad lo hacía todo el mayoral encargado, muy antiguo en la finca, y en quien tenía mucha confianza. De esa manera es muy sabroso administrar.

Perico sigue con fiebre hoy; la noche pasada tuvo un gran escalofrío.[30]

---

(30) Perico es el después general Pedro Betancourt.

Nassau, Diciembre 2 del 95.

Ha continuado con fiebre Perico y muy alta, me ha dicho que si le sigue mañana quiere irse al Hospital, pues en el Cuartel con aquellas camas y tanta gente no se puede estar. Tiene razón, pues no dudo que allí estará mejor, aunque no creo que más atendido, pero los prejuicios propios de los de la raza latina, y especialmente los cubanos sobre los Hospitales, destruyen esa idea mientras no sea obligatorio.

Ya nos arreglamos con un abogado, Mr. Clawson; fué con nosotros a casa de Mr. Sawyer y allí aceptó el pagaré condicional y condiciones que habíamos convenido, pero no dejó de costarme trabajo, se resistía. Pasé un mal rato considerando el papel triste a que lo obligábamos; pero bien se lo merece.

Con los otros dos hemos peleado, pues siguen con sus pretensiones de cobrar lo mismo que Clawson, lo cual es injusto. Algunos están conformes en que nos quedemos sin su defensa. Yo hubiera preferido transarme con ellos, siempre influyen, y pueden más tres abogados que uno, aunque sean tan malos como éstos y más ante un Jurado, y cuando el único que nos queda es un completo borracho consuetudinario.

Nassau, Diciembre 3 de 1895.

Escribo mientras estoy de guardia velando a Perico, en realidad ya estamos a cuatro, pues son cerca de las dos de la madrugada.

Como siguiera la fiebre alta, y era materialmente imposible que continuara en el Cuartel, y más con el temor, que permita Dios no se confirme, de que es una tifoidea lo que tiene, le hemos alquilado una casita, y con la ayuda de la Sra. Vargas de Kemp y Chola, madre de ésta, ambas cubanas, lo hemos instalado lo mejor posible; la fiebre cedió, pero ahora vuelve a tener cuarenta grados.

Sería el colmo de la mala estrella que nos resultara un tifus entre nosotros. ¡Dichoso Nassau!

Estamos tres, más el Dr. Marrero de guardia, alternando con algunos de los que se dan de más valiente; le han cogido miedo al posible contagio y eso que pretenden ser soldados y nada menos que en la guerra de Cuba, donde la muerte, a más de cierta, es cruel.

Las muestras efectivas de simpatía de este pueblo las hemos recibido hoy, sin contar con las de nuestros paisanos. Una fué un boticario, que no quiso cobrarme una receta; me añadió, hablando de nuestro caso, que aquí están todos muy descontentos del gobierno inglés en general, y la otra, es la de un señor Albury, comerciante, que se empeña en hacerse útil; simpatiza, según dice, mucho con nosotros, desde la guerra pasada, y al efecto me enseñó muchos pesos de nuestra emisión de billetes entonces.

Esta tarde quise ir un momento con Yero a la Biblioteca, para enseñarle el facsímil de nuestra Constitución, y nos la encontramos cerrada. Averigüé que era por ser hoy el trigésimo cuarto aniversario del arribo a estas playas del Príncipe Alberto. Este simple hecho lo conmemoran, desde entonces, con un *legal holiday*. ¡Bellezas de los países monárquicos! Y también eso indica que no es muy decidida la afición al trabajo en la gente de aquí. Por la posibilidad del tifus en Perico me he estado acordando mucho de nuestro tío Domingo.

Se me olvidaba anotar un hecho (reservado) que me refirió Cosme esta mañana, y que retrata de cuerpo entero las dotes especialísimas de nuestro comandante. Perico anoche deliraba, y como es natural, inconsciente, se quejaba; nuestro hombre se levantó disparado, le dijo que no fuera cobarde, y como se le advirtiera que lo hacía en sueños, a pesar de eso, le echó un discurso sobre el valor, la manigua, etc. Todo esto probablemente porque no lo dejaba dormir con sus quejas.

NASSAU, DICIEMBRE 6 DEL 95.

Son las tres de la mañana, y estoy de guardia, velando a Perico; hoy no ha tenido casi fiebre y la enfermedad, al parecer, va de capa caída. Siento bastante frío, aunque estoy bien abrigado; fuera hace mucho viento, puramente del Norte, y que llega hasta aquí, helado.

El Dr. Marrero ha tenido mucho acierto con la enfermedad. A propósito de éste, ¡qué interesante biografía podía hacerse con su vida!; esta noche, antes de acostarnos, nos refería algunas anécdotas, muy interesantes de su niñez, y de su padre, que por lo visto era un hombre de mucho temple, y de verdadero carácter. Según él era un guajiro de levita, pero de los que cogen el arado; todo esto lo cuenta Martín con su idiosincrasia esencial: con gran

seriedad, que parece burlona, y la expresión profunda, a la par, de su enérgico semblante. Cuántos trabajos pasó el pobre para darse su carrera. Pero en fin, tenía de quien heredar el carácter. El, y unos cuantos más, dormimos en la caseta que hemos alquilado para estas circunstancias. Esto me ha acabado de dar a conocer a algunos compañeros todo lenguas, que se las dan de valientes y sólo son fanfarrones, le tienen miedo a los microbios. Debían tener presente que no hay peores microbios que las balas. De quien más me ha extrañado es de Domenech, tan guapetón, y más cuando según mis informes le debe muchos favores a Betancourt, entre los que se cuenta, según éste, muchas noches pasadas en vela a la cabecera de su cama. Entre los que hacemos las guardias los hay fijos y alternos: los fijos, además del Doctor, somos Núñez y yo; los alternos Jova, Cosme y Menocal.

He resuelto, para premiar, en la escasez de mis fuerzas, esta abnegación, variar algunos nombres de mi cuentecito *Frío*. Aunque pobre, siempre es un modo de agradecer favores, y después he pensado que no soy yo el llamado a premiar.

Hoy se celebró el juicio, digo mal, fuimos a la Corte. Antes debo advertir que ayer pude dejar arreglado lo de los abogados; por fin se transaron por la mitad de lo que pedían, 7½ guineas cada uno, aunque sin la condición que le puse a Clawson. Este se me quejó hoy, y tuve que modificarle el pagaré en el mismo sentido. Tuvimos que llamar a un médico para certificar la enfermedad de Perico, por si hacía falta justificar su ausencia; uno no quiso venir; otro, Doctor (ilegible) lo hizo con la buena gracia que no quiso cobrar nada. Ya sabíamos, y más por él, es el médico de la cuarentena, que el juicio no se verificaría hoy. De haber sido, no ignorábamos que era necesaria la presencia del enfermo, y éste estaba dispuesto a sacrificarse.

Esa fué la disculpa; la de no haberse terminado la cuarentena para posponernos por centésima vez el juicio; a pesar de que el fiscal dijo la vez anterior que ya para hoy estaría acabada, pues así lo arreglarían y que su testimonio, el de los testigos, no se tomaría como evidencia. La cuarentena se acabará el sábado próximo, y el juicio lo han dejado para el jueves. La culpa la tiene él. Además de la poca vergüenza de todos ellos, no quieren que alcancemos el vapor del 20.

La injusticia y la premeditación no puede ser más notoria, y sin embargo, al menos a mí, no me incomodaron, porque ya lo sabía, parte porque los abogados se dignaron protestar con bastante

energía, sobre todo por el telegrama recibido hoy; de por si solo es capaz de consolarnos del mayor fracaso, aunque de su redacción, y de nuestra insuficiencia en el inglés, nos han quedado dudas sobre su importancia. De todos modos, si no la aprobación del Senado y Congreso de los Estados Unidos, de nuestra beligerancia, indican que ya se ha propuesto, y que nos tendrán en cuenta. El telegrama dice: *Introduce,* pero como en el contexto después pone: *Resolved,* nos hemos quedado dudosos, especialmente yo, que algo conozco el sistema de las Cámaras americanas: bien puede tan sólo ser una proposición, quizás resuelta por los comités, y no aprobada del todo todavía.

Sea como fuere, la noticia es sensacional, y en nosotros ha despertado el mayor entusiasmo. Sobre todo el Almirante ya habla de armarse en corso, y de echar a pique, no sólo las fragatas españolas, sino también las inglesas, por los malos ratos que nos están haciendo pasar. ¡Qué tipo más original el de este hombre! Tan convencido está de que será nuestro almirante, que confiere grados de oficiales de marina a algunos de nosotros, pero como protestemos de algunas de las medidas enérgicas que parece resuelto a adoptar, con la mayor seriedad, y un aplomo que resulta cómico, nos asegura que entonces tendremos a bien callar y obedecerlo, porque de lo contrario, nos arrestará y luego nos colgará del palo mayor. Quisiera tener una pluma maestra para poder describir, con toda su grandeza cómica y escrupulosidad a este tipo tan original. Como ha oído decir que se le van a adelantar marinos inteligentes, y le van a hablar a la junta para ocupar puestos, dice que le va a escribir a Don Tomás sobre el particular, porque a él no se puede quitar su cargo.

En la tarde de ayer, más bien en la de antes de ayer, puesto que ya estamos a seis, como no me encontré de humor para leer en la Biblioteca, me entretuve en copiar nuestra Constitución y de ese modo pude ir meditando más sobre ella; no me pareció tan mala como al principio, sobre todo la primera mitad; en la segunda es donde aparecen las contradicciones, repeticiones y demás. Le da demasiada preponderancia al elemento militar, pero si consideramos lo perjudicial que nos fué lo contrario en la guerra anterior, lo aceptamos, y más que nada el artículo donde se precisa que aquella Constitución sólo durará dos años. Quiera Dios que hasta entonces la sepamos respetar.

Le dí la copia a Yero, pues deseaba leerla, y me alegraré mucho de conocer su opinión. En los telegramas del mismo día también

se dice que Julio Sanguily ha sido condenado a cadena perpetua, pero se casará la sentencia y se apelará al Tribunal Supremo por quebrantamiento de forma. ¡Pobre Julio! Hubiera preferido que lo hubiesen soltado y así pudiera haber encontrado, en una de sus famosas cargas al machete, muerte gloriosa, y no que lo imposibilitan para la guerra, entre las cuatro paredes de una prisión.

Nassau, Diciembre 6.

Ha llegado hoy de Cayo Hueso un hermano del Dr. Marrero; se parece muchísimo a él; aunque no tengo motivos para ello, me sospecho que traerá alguna comisión para nosotros. Dice que en el camino se encontraron con el *Conde Venadito;* éste andaba registrando goletas (sic); que ellos pudieron escapar; todo eso me parece absurdo, aunque me han asegurado que está a la vista y va a entrar en este puerto.

También nos parece un tanto absurda, si no en las formas, por lo menos en las razones, que para ello dan, una proposición que corre entre nosotros, para que en comisión o en conjunto, vayamos a ver al Gobernador de esta Isla; las razones que dan es que él ignora por completo la realidad de nuestra situación, sino solamente lo que le dice el fiscal, que ayer lo llamó y le echó un regaño; que si nosotros vamos en seguida, se arreglará el asunto, que de lo contrario estaremos aquí no se sabe cuánto tiempo; que una partida de comerciantes de este pueblo está dispuesto a acompañarnos y que todo esto lo dice no sé quién.

Me parece todo esto tan inverosímil como inútil discutirlo. Si bien es verdad que en Cuba algunas veces sucedía eso, aquí estamos en distintas condiciones; en primer lugar, todo ha pasado bajo el mando de un mismo Gobernador; en segundo lugar, aquí se emplean procedimientos orales públicos, y no los procedimientos ocultos, escritos, a que estamos acostumbrados en nuestro país, y en tercer lugar, confiesan ellos mismos, es el Gobernador quien impide que la cuarentena se concluya. Yo indico que podría hacer creíble todo eso, porque aquí no hay prensa, ni verdadera publicidad, pero de eso a asegurar que el Gobernador no está enterado de nuestra verdadera situación, hay mucha diferencia. Sería necesario que fuera muy nulo o muy abandonado en sus deberes.

Todo esto lo he dicho, y más (y eso se me olvidó anotarlo ayer) cuando en la Corte se dijo formalmente que el jueves, sin falta, tendría lugar nuestra vista, sin más posposiciones posibles. Entonces, ¿para qué suplicar, si podemos conseguir nuestro objeto sin rebajarnos?

Suplicar, malas teorías son ésas para un pueblo que quiere ser libre, y en cambio no entiende de disciplina.

Hay sin embargo una cosa, la cual me induce a creer que la medida sería quizás buena, y posibles los dichos de esos tres, y en la consideración que nunca estará de más agotar todos los recursos, nuestro abogado Mr. Clawson, con quien consulté el caso (solamente la medida de la visita, sin decirle las razones), me lo encontré por casualidad en la calle, no le gustó la idea, más bien al contrario, y me aconsejó que de ningún modo lo hiciera antes de nuestro juicio, que en tal caso después.

¿Entonces para qué? Son tan sinvergüenzas aquí todos, incluso los abogados que esto me ha dado mala espina. Hasta el mismo señor que aconseja la visita, ¿para qué esperó tanto tiempo en indicárnosla? No será porque ya piensan soltarnos de todos modos, y quieren que demos ese paso, para una simple comedia; en ella perecerá intervenir el Gobernador, y así disminuir su responsabilidad, bien porque haya recibido alguna nota de su gobierno, bien para disminuir en lo posible nuestra reclamación.

Esto me parece obra de Domenech, a quien le ha entrado la monomanía de las visitas, y todo porque supo que en Wilmington su tío Guiteras había ido a ver a un médico, sólo para influenciar con su propaganda.

Entonces era la visita de un superior a un inferior, pero aquí ni somos superiores, ni iguales, ni Guiteras, y no podemos influenciar a nadie, pues ni siquiera estamos presentables. Con esto de las visitas está hace días, y siempre saca el caso de su tío, que he citado; después de todo esto sólo prueba que en el afán de hacer visitas se contagió con su tío. No en balde le tiene tanto miedo a la fiebre tífica que no quiere ir a ver al Dr. Betancourt.

A pesar de todas estas consideraciones, se ha resuelto hacer la visita, y yo me he sometido a la mayoría, pero voy a ver si me escapo y me dispensan mi ausencia.

NASSAU, DICIEMBRE 8.

Antes de ayer se decidieron varias cosas; una fué desistir de la proyectada visita al Gobernador, por la simple razón (me dijeron) que los comerciantes que la habían propuesto, se disculpaban de acompañarnos (por lo visto tenía yo razón); y más, al saber, por trasmanos, que no nos hubiera recibido el Sr. Gobernador.

La otra es el desembarco de los policías españoles y del Dr. Salas. Este en seguida fué a visitarnos. Es un señor alto, delgado, verdadero tipo de criollo, al que hace más trigueño la blancura argentina de su bigote y cabello. Es un gran patriota; la vez pasada estuvo en presidio y en esta ocasión ha mandado sus tres hijos para la guerra, uno de ellos es el Cesáreo,(31) el que encontramos aquí a nuestra llegada y que tan importantes comunicaciones llevaba para la Junta. El Dr. Salas se muestra muy orgulloso de él; trae también muy buenas noticias de la guerra. Por lo visto aquello tiene gran auge y es lo más fácil del mundo comunicarse con los jefes insurrectos. Añade que hay cuarenta mil soldados en Las Villas y que no se puede dar un paso sin encontrarse con ellos, salvo naturalmente por los alrededores de los campamentos cubanos. ¡Duro vamos a tener que pelear!

Otros sucesos que han acaecido son: la llegada de un hermano del Dr. Marrero que ha venido de Cayo Hueso para verlo, y la caída, con fiebre, de Carlos Lima. El hermano del Dr. Marrero es aguajirado y simpático también; no parece tener el ímpetu del Doctor, ni su carácter violento, a pesar de no ser tan educado, pues no tiene carrera. Creo que allá en el Cayo es hombre de importancia, entre los paisanos, al menos es presidente de uno o de dos Clubes revolucionarios. La enfermedad de Carlos Lima no parece tener la importancia que la de Betancourt; me alegro, entre otras cosas, porque por humanitarismo me hubiera visto también precisado a cuidarlo. Al menos estoy seguro de que sus íntimos amigos no lo harán; son éstos X. y F. X. es un *détraqué,* sin voluntad, sin nervios e incapaz de un acto de abnegación; me tilda a mí de

(31) César Salas, heroico expedicionario de Martí y Gómez, muerto en Matanzas por el enemigo.

egoísta y es por mis prédicas, en teoría quizás, porque he sufrido algo, por no serlo en la práctica. En cambio él, con su charlatanismo en favor de la mujer, de la virtud, de los derechos del hombre y demás vulgaridades, que todo el mundo está cansado de saber, se contenta con la frase, pero nunca hace nada.

Es el mayor proyectista que conozco; desde que llegamos aquí, amanece cada día con un par de proyectos, y nunca realiza ninguno, no escarmienta ni con nuestros *choteos,* y eso que le dimos uno mayúsculo con el carey, y no era para menos; pues un hombre como él, que se las da de muy inteligente, especialmente en careyes confundió uno de éstos con una simple tortuga. Y casi nos insulta, porque le hacíamos observar que las conchas no montaban; merece nuestras bromas, inclusive el apodo de carey, que le hemos puesto.(32)

N. bebe mucho, pero es de aquéllos que tiene placer en beber, y lo hace diariamente; ya lo hemos abandonado por incorregible. A éste lo creo capaz, en su estado normal, del sacrificio por sus amigos, pero es imposible contar con él ni dos horas al día; ahora ha cogido el pretexto de una fiebre para disimular sus frecuentes libaciones, y Marrero, que es bromista, nos proporciona buenos ratos con los purgantes que para curarlo le propina. Si no fuera por este desagradable defecto, sería un buen soldado, pues no le falta arrojo, como lo probó con el Almirante.

Es primo hermano y lleva medias relaciones, puesto que sólo las conoce él, con una señorita que vino de La Habana a New York; es camagüeyano, y por lo tanto, insoportable de regionalismo. Si le bromeamos sobre su grado de Teniente, se vuela. Pero cuando está sereno dice que si Máximo Gómez no se lo reconoce, sabrá adquirirlo, que para ello no le falta valor y no parará hasta conseguirlo.

Indudablemente es un patriota de corazón; también lo es de raza, y está insultado con la abstención de su tío Enrique Mola. En Colombia gozaba de una situación independiente, y de allí vino, voluntariamente, a incorporarse con nosotros. Sus defectos son debidos a su poca edad, a excepción de su culto a Baco, y aunque no es disculpa, es de admitir el atenuante de su inocencia. Estoy seguro de que toma con la misma tranquilidad con que yo fumo; no se da cuenta de lo feo del caso, ni de lo ridículo que resulta.

---

(32) El Carey se llama *E. imbricata* porque sus conchas montan.

Nassau, Diciembre 9.

Hoy llegó el vapor de New York y he recibido por primera vez, desde mi estancia aquí, cartas de casa por conducto de Leandro Rodríguez. Ya allí lo saben todo y se me ha partido el alma con la lectura de las cartas. ¡Qué se va a hacer, si así lo exige la patria! ¡Pobre mamá y pobre madrina! ¡Cuánto lo siento por ellas!

También recibí carta de Manuel de la Cruz y los discursos de Sanguily y de Varona, pero no me manda las camisetas, ni tampoco me dice nada en lo que se refiere a afiliarme a otro Jefe, aunque promete ocuparse de ello. Todo el mundo ha recibido correspondencia hoy, todos están contentos, menos yo, que sufro pensando en mi casa. El más alegre es Pablo Menocal: ha sabido que otro hermano suyo se ha ido para la guerra y dice que sólo se van a quedar sin hacerlo la gallina y el gato viejo; esto refiriéndose a sus padres. Es un verdadero patriota el muchachito; en Nicaragua era el segundo en la administración de un Ingenio; tenía su mujer y su hijita, a quien adora, y no vaciló ni por un momento en cumplir con su deber.

La verdad es que difícilmente se puede reunir un grupo mejor que el nuestro, y quitando a dos, que quizás tengan otras causas, los demás venimos, pura y simplemente, por patriotismo.

Por las cartas recibidas, conozco que se me han perdido muchas, lo siento y me alegro; esto último porque hasta cierto punto creo inútil la aflicción por lo irremediable, y más cuando tantas ocasiones de pena he tenido en los siete meses de retardo en realizar mi propósito. De mí bien puede decirse que no soy un loco. Medité con frialdad todo lo que hacía, y las consecuencias que pudieran derivarse de mi conducta.

Escribí dos cartas a Cuba; una directamente a Pancho, y otra a mamá y hermanos, por conducto de (ilegible). Quizás le dé mi *En Nassau* al hermano de Navarro para que lo lleve al Cayo y allí se publique en algún periodiquito.

NASSAU, DICIEMBRE 10.

Muy pocas noticias aparecen en los telegramas de hoy, en los cuales se confirma la gran importancia de nuestra Revolución. Y dos grandes victorias; la muerte de Aldave, el apresamiento de un convoy en Iguará y la imposibilidad de impedir la reunión en Las Villas de Gómez y Maceo.[33]

Los periódicos traen magníficas noticias. Las hermanas de Martí, siempre tan patriotas hicieron, parece que allá en Filadelfia, un bazar a favor de los soldados cubanos, y de sus productos nos han mandado cien pesos, los cuales se han repartido hoy entre nosotros. A cada uno le han tocado cuatro pesos y sesenta y pico de centavos; a la verdad, nos han venido muy bien, al menos a mí. A los otros, por lo visto, no tanto, pues los han utilizado para armar una timba en el salón del billar.

Con motivo de la salida y entrada de los vapores, que como ya he dicho se cruzan aquí, se nota cierto movimiento en la plaza al pasar los carretones cargados de esponjas y naranjas. Son aquéllos muy parecidos a los nuestros de La Habana por su rusticidad y falta de muelles, pero reducidos a la cuarta parte, y tirados generalmente por un burro que guarda la misma proporción.

Las naranjas van en cajas y envueltas en papel de china, al estilo de Sevilla; los envases adecuados al tamaño, y para que vayan iguales en la misma caja, las van separando dejándolas correr por entre dos tablas en forma de canal, y tan especialmente separadas por sus aristas que al principio están casi unidas, y al final, a una cuarta poco más o menos de distancia. De este modo van cayendo, de trecho en trecho, las naranjas de tamaño determinado, y al efecto se recogen en canastas colocadas debajo de la canal.

Las esponjas las empaquetan en bultos parecidos a nuestros tercios de tabaco; pero la envoltura en vez de ser de yaguas es de una especie de lona; allí van prensadas, cuidando que la presión sea lateral, por medio de un aparato parecido al que utilizamos para hacer nuestras pacas de heno. Hay esponjas grandes, y como siete clases distintas, dependiendo de su calidad; lavan las esponjas con agua salada para que la sal que se les deposite las haga pesar más, porque las esponjas a más de la calidad se cotizan por su peso.

(33) Lo de Aldave fué una bola; pero más o menos desfigurado, cierto lo del combate de *Iguará*. Gómez y Maceo arrollaron a la columna del general Bernal y la metieron en Iguará. Desde luego, a pesar de todas las atenuaciones de la prensa española, palpable fué la impotencia de Martínez Campos para evitar la reunión de los dos grandes jefes cubanos en Las Villas.

Nassau, Diciembre 11.

Hoy hemos ido a ver a los abogados. Clawson estaba, como de costumbre, borracho, y los otros dos me pidieron que los llevara a Yero, para que éste contestara las acusaciones hechas por los testigos venidos de Cuba. Estas son falsas en su mayor parte, las de Montenegro y Emilión. Las de Elías Vázquez son ciertas, y confirma el juicio de Yero, es decir, era un buen hombre a quien sólo la comida lo obligaba a desempeñar estos papeles. Pero lo más curioso es, según me dijeron los abogados, que aquellas contestaciones escritas se las ha dado el mismo Fiscal sobre el interrogatorio que les pensaba hacer; me parece tan raro esto, que de ser cierto, temo sea un ardid del fiscal, más que una consideración con nuestros abogados.

Pudiera muy bien ser que el fiscal les haya enseñado aquello para convencerlos de la poca importancia de las declaraciones, y demostrarles que no vale la pena de que se opongan a la admisión de los testigos, y ya conseguido su deseo, reventarnos después.

He leído los discursos de Varona y Sanguily. El primero, *Cuba contra España,* bien podía haberse titulado, como indica Yero, nuestro cartel de agravios. Es una recopilación o compendio de todo lo malo que ha tenido y tiene en Cuba la administración española, en la justicia y en el gobierno. Es un trabajo de filósofo, más bien de estadista, en el cual, con mucha frialdad y gran maestría se va presentando en conjunto, ordenado y sintético, todos los abusos a que estamos acostumbrados. Es obra que debe traducirse, para ser repartida en el extranjero, como medio de justificación.

El trabajo de Merchán sobre el mismo asunto, y que yo desconozco es, al decir de Yero casi superior; lo dudo. El de Sanguily, *Céspedes y Martí* es un gran discurso; tiene párrafos y períodos vibrantes, magníficos. Analiza los beneficios de la propaganda autonomista, y me hace el efecto, más de una improvisación que el de esos discursos, tan bien pensados y magistrales a que nos tiene acostumbrados. Ya mañana damos por completo de alta a Betancourt; a más de que ya está bien, para suprimir los abusos de Mr. Kemp, el encargado de suministrarle los víveres, hay días en los cuales el azúcar figura en cantidad suficiente para comprar ocho libras, y de pan, para treinta y pico, y es que por lo visto se ha propuesto vivir toda la familia a costa nuestra. Por otra parte,

la protesta resulta casi siempre ridícula en nuestra situación. En estos días de enfermedad se han gastado más de treinta pesos; felizmente tengo los comprobantes, los presentaré y así nadie podrá tildarme de nada.

Para evitar esto, todo el café, chocolate, queso y mantequilla, de lo que a la verdad nos aprovechamos los enfermeros, lo he rebajado y decidí a *Lololo* para que entre él y yo lo paguemos.

Desde ayer por la tarde noté, al salir de la Biblioteca, que el barómetro había bajado como media pulgada. En efecto, por la tarde se aciclonó mucho el tiempo y hemos sabido esta mañana que al pasar la barra de este puerto se ahogaron anoche tres hombres. ¡Los pobres!, ¡aún no han aparecido sus cadáveres! Parece que eran pescadores y de los nueve que iban en la goleta pudieron salvarse a nado seis.

No ignoraba que esta barra era muy peligrosa; basta para ello leer la lápida que existe en una pirámide erigida a orillas del mar. En ella se conmemora la muerte de cinco hombres quienes perecieron por salvar a dos.

A propósito, esta pirámide y una estatua que hay en el jardín del Gobernador son los dos únicos monumentos existentes en la localidad; la estatua, según se reza en su letrero, es de Cristóbal Colón; por cierto que lo presenta joven, con aire militarote y unos mostachos inmensos.

Ya he conocido la opinión de Yero sobre nuestra Constitución; es peor que la mía, entre otras cosas dice, del artículo, no recuerdo cuál, que da al Consejo de Gobierno poderes para intervenir en la dirección militar, y es capaz, en manos de personas intrigantes, de repetir los desórdenes y conflictos de nuestra guerra pasada. Puede ser, pero por una parte el Consejo se compondrá de militares, y no creo que éstos opten por atacar el prestigio del cuerpo, y como por otra parte, el Gobierno está constituído por personas poco caracterizadas por su capacidad mental e iniciativa; creo que aunque en teoría puedan ser el origen de dificultades no sucederá así en la práctica.[36]

Yero cree que debió implantarse como provisional, simple y pura la dictadura con todas sus atribuciones. De no haber sido Máximo Gómez extranjero, hubiera sido lo mejor. Pero como para

(34) Vidente fué Yero. Aquel Gobierno quiso dirigir las operaciones militares y no llegó a destituir a Gómez, como quiso, por la muerte de Maceo, desgracia que lo ponía en la alternativa de elevar a ese puesto a Calixto García, que lo detestaba cordialmente.

la fórmula necesitábamos un gobierno legal, me parece bien se desistiera de la dictadura, aunque en realidad ésta exista por el prestigio e influencia que sobre todos ellos ejerce nuestro Viejo. Yo, por esto, haría una excepción única y, concluída que sea nuestra guerra, lo haría presidente.[35]

Nassau, Diciembre 12.

Hoy es el aniversario de la muerte de Papá: Hace diez y ocho años que murió: permita el destino que su sombra siempre vele por mí; aunque cuando murió contaba yo sólo siete años, le guardo mucho respeto; porque creo que casi todo lo bueno que tengo proviene de él, y le agradezco que me dejara los medios de darme, hasta ahora, una vida holgada y feliz.

El era español; pero estoy seguro que de haber sido cubano, procedería como yo en esta actualidad. Tengo el convencimiento que aprobaría mi conducta que no es otra sino ilustrar y hacer respetado su apellido entre mis paisanos.

Por fin nuestro juicio se efectuó hoy, en casi su totalidad fué la repetición del primero, hubo las mismas insignificantes declaraciones de los testigos en general, y las contradicciones para nosotros favorables de Mr. Duncombe en particular.

Hay que añadir lo manifestado por los testigos mandados a traer de Cuba. Casi todos ellos se ciñeron al escrito que ayer me enseñaron los abogados. Elías Vázquez se portó como un caballero, es el más decente, sólo dijo lo que sabía. Montenegro estuvo, al menos, en la forma comedido, dijo entre otras cosas que consideraba al autonomista como la máscara del separatista; inventó muy pocas cosas, pero el que estuvo sublime de ridículo fué Emilio Fernández. Accionó como un carretonero y mintió como todo un bellaco, que no tan sólo lo parece, sino que en realidad por su figura y su educación, lo es. Nos dimos el gusto de decirle por medio de nuestros defensores que había estado en Presidio por estafa, y de preguntarle cuánto recibía por sus servicios. Tanto él como Montenegro negaron estuviesen subvencionados; al otro no se le preguntó.

---

(35) Como se sabe, Gómez, obstinado, se negó a ocupar la Presidencia de la República de Cuba, que todos le ofrecían, exclamando: ''Prefiero libertar los hombres a tener que gobernarlos''.

Después hablaron nuestros abogados, el primero, Mr. Mathews para destruir todas las pruebas presentadas y desbaratar por completo el cargo que se nos hacía, el segundo fué Mr. Clawson, para adherirse por completo a la defensa del anterior y manifestar que no consideraba necesario añadir nada más, y el tercero, Mr. Thompson para inculpar; acusó al Gobierno por tener magistrados tan ineptos e ignorantes como Mr. Duncombe, inculpó a la Corte, al Poder Judicial, por haber retardado tanto este juicio, por motivos fútiles, entre ellos, el de los testigos españoles, de los cuales ya había previsto que sus declaraciones no tendrían valor y acusó al Fiscal por todas estas mismas razones y otras más, haciendo al mismo tiempo resaltar lo débil que el mismo fiscal encontraba los cargos que en contra de nosotros hacían, cuando apeló, para reforzarlos, a sistemas tan desusados y lejanos, como traer testigos de Cuba y de Wilmington. Y por último, hizo un llamamiento a la simpatía del Jurado, insistiendo en que si, después de todo, sólo estábamos procesados por presumir que simpatizábamos con los cubanos, todos los presentes, incluso él, estarían sentados en el mismo banquillo de los acusados con nosotros. Fué un discurso efectista, bastante bueno.

El Fiscal, que en su acusación se había limitado a leernos el cargo, repitiendo por cinco veces la misma acusación, con diferentes palabras, llegado el momento de la réplica, se limitó a procurar destruir el buen efecto de los discursos de nuestros defensores, especialmente el último, llegando hasta a defender al Gobierno inglés, y defenderse él, de los cargos hechos por Mr. Thompson.

Y le llegó el turno al Juez. De las ocho horas y media que duró todo el juicio, el juez empleó mucho más de una en su recopilación y consejos. Y no resultó la disertación instructiva como se acostumbra, aunque nos dió un curso casi completo de Derecho Internacional, sino además, usurpando funciones que no le correspondían, nos hizo una acusación mucho más a fondo que la del Fiscal, sin tener en cuenta que algunas veces desfiguraba la verdad, y en otras alteraba nuestra defensa, en perjuicio nuestro. Estuvo insistente, cruel, casi le suplicó al Jurado que condenara.

Pero éste, que por lo visto ya llevaba su juicio hecho, considerando la injusticia con que se nos había tratado, y nuestra relativa buena conducta, durante estos dos meses, le dió la gran bofetada,

BIBLIOTECA

si anotamos la rapidez inusitada de su deliberación y la unanimidad de su resolución. No tardó diez minutos para volver y declararnos "*not guilty*", y las mismas aclamaciones que oímos de Wilmington, aunque no proferidas por personas del relieve social de aquéllas, sino por simples trabajadores, negros casi todos, las volvimos a oír esta tarde.

Al ver aquello, yo, que estaba de muy mal humor, sintiendo la saña del juez, y que tenía una jaqueca horrorosa, me escabullí en seguida.

Después he sabido que continuaron los vivas, que convidaron a cerveza a casi todos y que Yero pronunció un pequeño *speech*. A esta gente la llamarán concos, pero indudablemente han demostrado en esta situación ser más decentes y más justos que los mismos ingleses.

Al salir me encontré con un oficial del *Partridge*, y procuré no verlo; si hubiera estado vestido de paisano, lo habría saludado.

Yero es el que ha salido ganando con todo esto; uno de los argumentos del juez era que habiendo sido probado cómo Yero, siempre en Cuba había estado haciendo propaganda separatista, al verlo, con unos cuantos hombres más, cerca de Cuba, era muy presumible que fueran cubanos todos influenciados por su espíritu revolucionario; así es que muchos lo saludaban hoy, dándole el título de General. No en balde se animó e hizo un brindis que, aunque no lo oí, me han dicho resultó muy bueno.

Parece que se refirió a las remesas de miles de hombres que hacen desde España, y a las escasas docenas enviadas por Don Tomás, pero que no importaba, y los que estábamos presentes, deberíamos comprometernos, aunque llovieran sobre nosotros fracasos, que no flaqueáramos jamás, y que en caso de vernos reducidos tan sólo a un puñado, y con muy pocas esperanzas en el porvenir, no sólo sostendríamos entonces nuestra bandera tricolor, sino con más tesón que nunca izaríamos a su lado una, toda negra para proclamar el incendio, la destrucción y la muerte antes que desistir de nuestro empeño.

En casa sabían que pronto saldríamos de aquí, y hoy se habrá reunido toda la familia para conmemorar el aniversario de la muerte de papá.

NASSAU, DICIEMBRE 13.

A pesar de que el Jurado y los abogados dijeron nos entregarían nuestros revólveres, hoy resulta, para su devolución, que tendríamos que entablar un pleito en forma, pues el Juez los mandó a confiscar, fundándose en la Ley de Aduanas, y aprovechando la declaración de Mr. Duncombe de que fuimos registrados, y sin tener en cuenta que él mismo manifestó después que los dimos por nuestra propia voluntad, y los dejamos depositados bajo su custodia, para que a su regreso del *Delaware*, cuando saliéramos para New York, nos los devolvieran.

Dicen los abogados que de establecer ahora la reclamación por los revólveres no podríamos marcharnos hasta que se fallara el pleito; preferimos perderlos, pero a la verdad, haremos muy mal si en cuanto lleguemos a New York no entablamos una reclamación formidable, aunque no resulte práctica, pero para tener el gusto de darles un sustazo a esta gente.

¡Qué abusadores son todos! Por Dios, no las tengo todas conmigo y me temo cualquier pretexto para volver a prendernos, durante esta semana, que ha de transcurrir antes de la salida del vapor; si por mí fuera, nos iríamos todos para Cayo Hueso, aprovechando la primera goleta que zarpara para allá.

Han hecho con nosotros lo que han querido; existen aquí todas las injusticias y arbitrariedades propias de las colonias, aunque como buenos ingleses guardan mejor las formas y usan menos aparato, y como son oficiales de Inglaterra, son inviolables; como tienen a su lado la fuerza, no hay quien se atreva a chistarles, y menos estos pobres colonos, casi todos negros, y escasos en número; pero, no pude remediarlo, se lo dije hoy a los abogados, que de ser yo natural de Nassau, también sería revolucionario.

Inglaterra perderá la India por una guerra de independencia, el Canadá por la anexión a los Estados Unidos; quiera Dios que Cuba llegue a ser un día tan próspera y poderosa y que todas estas Antillas, y las Bahamas Inglesas, se nos quieran unir, para formar una Confederación con Santo Domingo, Haití, Jamaica, Puerto Rico; todas estas islitas y Cuba serían una confederación, nada despreciable, y que llevaría el nombre de Antillana, quizás si llegue a ser la Inglaterra del porvenir, lo que hoy día ya va siendo el Japón. Pero ahora, con tal de que nos dejen ir con tranquilidad, es bastante.

Nassau, Diciembre 14.

Como hoy es sábado y no hay Biblioteca, me he pasado casi todo el día en vagabundear por estas calles. He vuelto a estar en el Queen Star y de allí subí al Fort Castle, de donde se domina todo Nassau y se gozan admirables vistas; por cierto que mientras estuve allí, el guardián, un negro joven, que gana tres libras mensuales, miraba con un anteojo de larga vista las peripecias de un naufragio.

Acababa de virarse un bote y en aquel instante no vi a los tripulantes; instantes después anunció que dos habían conseguido encaramarse en la quilla, y más tarde, como no veía ni botes ni hombres ...¡los pobres!, probablemente perecieron. Vendrán a aumentar el número de víctimas de estos días; es casi imposible ir a recogerlos, el mar está furioso con los nortes que tenemos. Sólo entran y salen los pilotos muy osados, pagando con frecuencia su arrojo. La barra está imponente; se ven las olas levantarse a mayor altura que el faro y barrer su elevado promontorio. Esta mañana entró un bergantín, el cual tardó una eternidad en atravesarla y, a más de inundarse de agua, perdió un hombre en el paso y salió con otro mal herido; creo que con una pierna partida, éste y los del bote y los del otro día, no aparecerán jamás; como de costumbre, darán buena cuenta de ellos los tiburones.

Desde el castillo dominé también la bahía; desde allí al *Partridge,* que nos prendió, y cuyos oficiales, dos de ellos, me aseguraban hoy no sé si de *changa,* que de haber ellos compuesto el Jurado, habrían encontrado bastante evidencia para condenarnos a seis meses de presidio. ¡Valientes sinvergüenzas!

También vi el yatch americano que entró el otro día, elegante, gracioso, con su blancura inmaculada. Por sus dimensiones, forma y andar es como yo lo deseara para mí, en el caso de que algún día pueda permitirme tal lujo. Contemplé la cárcel en la imponente elevación en donde estoy, seguro que muchos quisieran vernos encerrados ahí, y todo el conjunto del pueblo, con sus cocales y jardines, sus calles empinadas, sus graciosas iglesias y su aspecto medioeval. Debo confesar que si fuera nativo de Nassau algún orgullo sentiría por su relativa originalidad; estas calles superpuestas, estas escaleras empinadas, los puentes que unen algunas lomas, y la tortuosidad de sus callejones, ejercen en mí atracción no exenta de poesía. Hay algunas quintas medio arruinadas, cu-

biertas por la hiedra, con escaleras derrumbadas y mohosas; otras coquetonas, nuevas, con aspecto de hotelitos madrileños; las unas, encantadoras; las otras que fingen un simulacro de historia.

En una de las primeras habita un *Bishop*, supongo que anglicano, al decir de un negro viejo a quien interrogué. En la más bonita de las segundas, que tiene un torreón cuadrado, con ojiva y almenas, y que por sus colgadizos y construcción me recuerda, aunque lejanamente, algo mozárabe, vive un tal Hernández, Cónsul que fué de España en este pueblo. Es un viejito, ya encorvado, a quien todo el mundo saluda, por la calle, no sé si por haber reunido capital o por estar muy bien relacionado por su numerosa descendencia; no es el actual Cónsul español. Cuando empezó esta guerra mandaron otro más activo, que a la verdad no debe ser malo, cuando tanto nos ha dado quehacer. Nunca he conseguido verlo, ¿se apellida Cossío? Su aspecto, según dicen, no es de los más distinguidos; por lo visto debe ser un aborto de bodeguero, pero con inteligencia natural, clara.

También fuí al mercado; mañana como domingo estará cerrado y hay que proveerse con anticipación. Vicente, el Comandante, y algunas veces Cosme, van por la mañana a comprar las provisiones. Todo aquí es de aspecto mísero; compran cinco gallinas por un peso, y para las otras menudencias hay que llevar una canasta, pues ni siquiera tienen papel para envolverlas.

Allí no se ven señoras, pero se encuentran con frecuencia los personajes más importantes de la colonia; el Juez, que primero nos juzgó, y el Fiscal, que al mismo tiempo es el *Speaker* de la Casa de Representantes de las Bahamas. Esos van casi todas las mañanas.

Ni el edificio ni su perspectiva tienen nada de particular; son unas cuantas barracas bastante sucias, y en la pescadería reina el irremediable olor a marisco, y en las carnicerías el de carne cruda.

Mucho abundan los (ilegible) a los que son muy aficionados estos concos dichosos; los comen en frituras y ensaladas; tengo ganas de probarlos. Por cierto, que según me decían, estos caracoles a veces se enferman y entonces no es muy raro encontrarse una perla.

Y luego, a pie, pues mi actual escasez de recursos me impide utilizar un coche, aunque son muy baratos, tan sólo cobran dos chelines por hora, así, a pie, recorrí los barrios pobres del pueblo, con sus modestos bohíos, sus patios floridos y sus negras, buenas mozas, y un tanto refinadas, propias de los países tropicales.

La flora de esta Isla, por lo que he podido ver, es la misma de Cuba. He hablado de los coches; casi todos son aquí esos faetones americanos tan feos, pero que son muy cómodos. Hasta el coche del Gobernador es de esta clase, y sólo se distingue, a más de ser nuevo, por el ancho galón que gasta en su bomba el cochero; aunque casi siempre lo maneja él; es un señor de unos cuarenta años, de barba cerrada y canosa, y de aspecto distinguido. El otro día, preguntándole a Mr. Webster, si estaría verdaderamente enterado de nuestra posición, me dijo que no le cabía duda, pues es muy investigador.

Del sistema político de estas islas, poco sé; fácil sería enterarme leyendo alguna obra sobre el particular, pero ¿para qué? Sé que es una autonomía incompleta, muy inferior a la del Canadá, pero, ¡cuán superior al sistema de gobierno que tenemos en Cuba!

Y sin embargo, no satisface a sus habitantes; poco he indagado sobre ello, pero uno de los abogados me confesó que aquí también están disgustados, pero que era imposible manifestarlo, aparte de la poderosa razón que impone la fuerza de Inglaterra, porque aquí casi todos los habitantes son unos infelices, de los que se contentan con que les den a chupar un pedazo de caña. Bien lo demostraron él y sus compañeros con el miedo que le tenían al fiscal, quien, como ya he dicho, es también el *Speaker* de la "Representative House", y por lo tanto, una de las figuras más importantes de la colonia.

Otro señor, el boticario, que me cobró veinte chelines por el vidrio roto, y después ha demostrado su simpatía por nosotros, no queriendo casi cobrar las recetas de la enfermedad de Betancourt, también me dijo que estaban descontentos con el Gobierno, y por último, un tercero, y esto es lo más grave, le dijo al Dr. Salas que en cuanto Cuba fuera libre, él y otros muchos, se irían para allá, que los naturales ni siquiera podían aspirar a un destino decente, pues aún para los que sólo tienen asignado un sueldo de veinte y ocho pesos, mandan empleados desde Inglaterra. Está de más decir que para los destinos mayores sucede lo mismo.

Todo esto, y la simpatía que hasta cierto punto nos han demostrado sus habitantes, especialmente después de nuestro juicio, lo que antes se lo impedía el dichoso "can't inglés", me ha reconciliado, no con el Gobierno británico, sino con los naturales de Nassau. Hasta las mujeres se han ablandado, nos sonríen; no nos siguen y algunos hasta han hecho sus conquistas más o menos positivas, de última hora. Yo no he hecho ninguna, quizás por mi

carácter salvaje. Y porque la escasez de ropa me ha impedido lanzarme en ciertas aventuras, visitas y paseos. Solamente he entablado amistad con dos niñas muy monas, por cierto, que me encuentro todas las tardes, en mi paseo vespertino, cuando después de comer, salgo a fumar mi tabaco, a orillas del mar.

Son, creo, hijas de un ministro presbiteriano, reverendo Raileigh; una de ellas se llama Aida; no he podido averiguar el nombre de la que más me gusta, a pesar de que hablo con ellas y me dan flores. Tendrá unos catorce años, cabellera rubio oscuro, que parece castaña, es muy blanca, delgadita, airosa, y con unos ojos azules, maliciosos, y al mismo tiempo castos, encantadores. Su dentadura es buena, la boca muy graciosa y tiene en toda su persona el corte sajón modificado favorablemente por el cálido trópico; es una verdadera criolla inglesa. ¿Para quién será?

Pero no son tan sólo las mujeres; también las autoridades se han modificado. El Gobernador nos larga sus sombrerazos; el Comandante de la fuerza armada, se digna hablarnos y el juez, que tan dura e injustamente nos trató ante el jurado, éste no, sino Mr. Fish, el primero ante quien comparecimos, llamó el otro día a Betancourt para hacerle protestas de simpatía y disculparse de su fallo adverso.

Habló del cumplimiento de su deber. Dijo que tratáramos de no correr más nuestros albures expedicionarios en aguas inglesas, pues se verían precisados a tratarnos con igual dureza, probablemente por algún tratado secreto entre España e Inglaterra. Le contó que él, en el mismo *Partridge* salió a impedir la salida de Fortune Island y de Inagua, de Máximo Gómez y Martí; pero que felizmente llegó tarde; también que en 1883, cuando logró impedir la salida de Maceo, el gobierno español le ofreció veinte y cinco mil pesos, con tal de que lo condenara y que él, por supuesto, dijo que ni por cien mil lo haría, y lo puso en libertad, porque en realidad no tenía pruebas en contra, y aunque no lo confesó de plano, dió a entender que en nuestro caso tampoco habían escaseado las promesas monetarias; todo esto dicho con mucha reserva y con toda la reticencia de la hipocresía inglesa. Por la misma reserva e hipocresía nos han tenido aquí embromados, durante dos meses, sabiendo que eran los cargos injustos y cuando sólo teníamos en contra las apariencias.

NASSAU, DICIEMBRE 16.

Bonifacio ha caído enfermo, tiene fiebre muy alta, dolores de cabeza y vómitos, y aunque sus heces no presentan los caracteres que tenían las de Perico, temen los médicos que sea el mismo mal, es decir, fiebre Infecciosa o Tifoidea. Es triste, cuando ya nos íbamos a ir. Tenemos los pasajes para mañana miércoles; estoy de guardia, a la una de la noche. El contagio no le ha provenido de Betancourt; casualmente Bonifacio, por prudencia o por sistema, nunca venía por aquí, y cuando lo hacía no se mantenía en el cuarto del enfermo; ¿quién se quedará con él?

Ayer, día 16, nos convidó Sosa a comernos una lechona en una finquita, a cuatro millas de aquí. La caminata fué ruda y el almuerzo resultó, como casi todos los de la misma clase, bastante malo; estuvo listo a la una, y el lechón quedó crudo, hubo que comer con la mano y no había agua, consecuencia legítima de todo esto es que hoy hemos tenido casi todos el dolor de cabeza propio de las malas digestiones. A mí felizmente se me quitó, no sé si debido a muchas naranjas que comí después, o a un baño en compañía de Domenech y de Riverito, a pesar del frío, que nos dimos en el mar. Estaba éste muy fuerte y casi fué una locura; la barra sigue con bandera roja y el hermano de Marrero todavía no ha podido salir.

El almuerzo de hoy me recuerda una comida que hice el otro día en esta casa, que hemos dado en llamar nuestro hospital. Le di algún dinero a Doña Chola y me preparó una sopa de arroz, una tortilla de un par de huevos y un plato de arroz con frijoles. No sé si por la variedad de la sazón, o porque comí sentado, con un cubierto limpio y un periódico por simulacro de mantel, me pareció exquisito.

¡Cuán fácilmente se contenta un hombre! Comí con tal apetito, y de tan buena gana, que no me hubiera cambiado por un rey. Apenas noté que estaba la mantequilla rancia, y aunque después estuve más de cuatro horas devolviendo la dichosa tortilla, no me arrepentí de haberlo hecho. Esta doña Chola es una mujer original. Es una vieja camagüeyana, que hace muchos años vive aquí, y es mujer de un tal Vargas, quien, según creo, es uno de nuestros prácticos de mar. Su inglés es tan particular que una vez, cuando por distracción me habló en ese idioma, seriamente pensé que se había vuelto loca; sin más ni más me dirigía la palabra en un dialecto

que yo desconocía y que sin embargo aquí todo el mundo lo entiende. Es un inglés sin acentos y pronunciado tal como se escribe. Además de las terminaciones castellanas, que ella sin querer le da.

Esta buena amiga tiene algo de chiflada; se ha empeñado en que todos somos camagüeyanos y hemos cambiado nuestros nombres; según ella yo no puedo negar que pertenezco a la familia de los Agüero; un montón de periódicos, algunos viejos, de diez años, de diversos lugares, españoles, yanquis, cubanos y de todos los matices políticos, junto con diez o doce libros, los más heterogéneos, entre los que figuran dos Directorios y un tratado de Meteorología, componen su biblioteca; sostiene que no hay quien la engañe, a pesar de que apenas sabe leer y cree cuanto se le dice. El otro día, enseñándole un retrato de *La Caricatura,* que resultó era del Dr. Koch, sostuvo que hace dos meses estuvo aquí. Un anuncio anatómico, al lado de un esqueleto, que a más de los huesos contiene los músculos y tendones al descubierto, este maniquí resultó ser un negro famoso por sus crímenes, cometidos aquí, y a quien habían retratado en el momento de hacer sus declaraciones.

Todo esto me inclina a creer que algún chusco se ha entretenido en interpretarle las ilustraciones de los periódicos y ha tomado sus inocentes bromas como verdades del Evangelio. Deben ser sus mismos nietos, de los cuales tiene dos aquí, nada recomendables por cierto; uno de ellos ha sido sometido, en más de una ocasión, al procedimiento de los cujazos de tamarindo. Si a todo esto añadimos su lengua viperina, su afición a la chismografía, que es tan habitual en las mujeres de su edad, y más cuando son como ésta tipos de ciudadela, preciso es confesar que Doña Chola es muy distraída.

Tiene un corazón de oro; la creo capaz de todos los sacrificios y como cubana rellolla, de la antigua cepa, es incansable. No para desde que se levanta hasta que se acuesta, todo con mil refunfuños; confunde las tradiciones católicas con las puras teorías darwinianas; según ella la variedad de razas proviene de una maldición de Dios, pero no de la embriaguez de Noé, como reza la Biblia, y a renglón seguido sostiene que al hombre no lo creó Dios, que ella cree se deriva del mono o de cualquier otra especie, porque todo en este mundo sufre transformaciones.

Ella, y un capitán del ejército inglés, noble, según dicen, hijo de un Lord, y a quien dan el tratamiento de Sir, son los dos tipos más originales de Nassau. Este capitán se fué a no sé cuál otro punto, mejorando de empleo y sueldo. Yo solamente conseguí verlo

una vez; era un tipo de modales refinados y de cuerpo admirable, tanto, que creo usaba corsé. De él se contaban muchas cosas; no obedecía al Gobernador y la prueba es que nunca iba a pasar revista, sostenía que estos tipos no merecían que él se molestara no salía de su habitación en donde entre sus asistentes y botellas de whisky se pasaba días enteros. Todas las semanas cambiaba de asistentes y los trataba a la baqueta. Comprendo el *spleen* de este inglés hidalgo, en semejante tierra, a donde lo había condenado su noble padre, para atenuar locuras de su juventud.

En la Biblioteca estoy leyendo *The Last Days of Pompey,* abandonando el *American,* pues ya había llegado a la parte explicativa de los partidos políticos, que por el momento no me interesan.

Esta noche al volver de allá me encontré en la puerta de una casa a mi pasajera Dulcinea. Estuvimos hablando largo rato. No es hija del reverendo Raileigh, como creía, sino, según me dijo, de un comerciante llamado (ilegible) o algo parecido: su nombre es Rosie. Hubo un conjunto de inocencia y picardía en nuestra conversación, que no me llego a explicar; sin duda me esperaba, un rato antes estuvo en la Biblioteca, en donde me habría visto, y sabe muy bien que por fuerza, para venir a casa, tenía que pasar por donde ella se encontraba. Todo su cuidado era vigilar los ruidos del interior de la casa, y aunque me permitió algunas ligeras libertades, al cabo de un rato me dijo que mejor haría en irme, pues podían verla. Como nunca he sido tenorio, cometí dos pifias; primera, la de obedecerla, lo cual no me costó mucho trabajo, segunda, la de pedirle, en vez de darle, un beso. Se me enserió de veras y yo aproveché para largarme.

No sé qué juicio formarme de esta chiquilla; es una monada de niña y me inclino a creer que quiere tener novio y con un novio filibustero, como yo, no sabe a cuánto se expone. La verdad es que es monísima y un disparate muy tentador. Veremos a ver si mañana sigue insultada. Debo advertir que no estaba sola, la acompañaba Aida, que no es hermana, sino prima suya.

¡Idilios sacrosantos! No creo que sean para mí; soy desgraciado con las mujeres. Me convencí el otro día, con Pablo Menocal, que sin decirme nombres, aunque me fué fácil averiguarlos, me relataba una conquista que hizo en *Las Cañas,* y cuidado que Menocal es feo.

Hoy recibimos una citación para si queremos reclamar nuestros revólveres, que lo hagamos antes de diez días, por medio de abogados. Según informes, hasta la fecha se han recibido las siguientes

remesas de dinero $500.00, $200.00, $300.00. Y hoy $720.00 para pasajes y demás, total $1,720.00 que costamos por nuestro fracaso.

Bien económicos hemos sido aquí estos dos meses, tanto que hemos gastado poco más de lo que hubiéramos invertido de quedarnos en Inagua. Desde el viaje de regreso a New York, a cincuenta pesos, hubiera costado solamente $1,050.00; las ventas y los efectos que se llevaron (no eran para nosotros sino para Pine Key) produjeron doscientos y pico de pesos, así, pues, quedan nuestros gastos reducidos a $1,500.00 y me temo que también a la pérdida de los revólveres. Todo esto se hubiera evitado haciendo las cosas mejor. En fin, menos mal si entablan una fuerte reclamación por el atropello, pero lo dudo.

NASSAU, DICIEMBRE 17.

Después del almuerzo fuimos a ver a Mr. Clawson para consultarlo sobre la citación recibida acerca de los revólveres. Nos desanimó, porque según él sería preciso hacer otro juicio completo y tardaría quince días más, etc., etc.

Desistimos; pero después Antonio Ruiz fué a consultar con el Cónsul americano, y éste le dió la copia de una instancia que hemos hecho todos individualmente; supongo se la entregarán mañana para presentarlas cuando juzgue conveniente.

Mr. Clawson también nos murmuró hoy un poco del Gobierno; entre otras cosas nos dijo que el otro día en la Casa de Representantes tuvieron que combatir rudamente una moción presentada por el Jefe de Justicia, en la cual se pedía la supresión del jurado, sustituyéndolo con dos magistrados que estarían a sus inmediatas órdenes.

Hoy ha naufragado otra goleta y van cuatro en estos días. No he visto a mi Rosie; por lo visto sigue incomodada y ya no podré hablar más con ella.

A BORDO DEL "ANTILLA", DICIEMBRE 23.

No salimos de Nassau el miércoles 18, sino el jueves 19, como a las once de la mañana; la razón aparente fué la barra y su mal tiempo, pero lo real ha sido no haber completado su carga este buque, pues el día en que salimos estaba la barra lo mismo que en los anteriores. Era algo ciertamente imponente; olas inmensas que

tan pronto nos elevaban a la altura del faro, como nos dejaban verlo muy por debajo de nosotros. Los dos primeros días se mareó todo el mundo, incluso el segundo oficial, el "almirante" y Severino Gálvez; a media noche era digno de oírse el concertante que formaban las vomiteras. Cuando empezaba uno, se reunían cinco o seis para formarle coro, y sus angustiosas náuseas resonaban por todo el ámbito del vapor. El único que escapó fué Mendoza, quien, sin los efectos de sus nervios, es simpático y amable.

Según dice su primer viaje por mar lo dió en el vientre de su madre; lo concibieron en el Camagüey y vió la luz en Pamplona. Cuando pasábamos la barra pudimos ver por última vez a los compañeros dejados en Nassau, con la dichosa enfermedad de Bonifacio Gómez; menos éste, estaban los tres en el colgadizo de nuestro hospital, ondeando sus pañuelos. ¡Qué tristes se quedarán! Nosotros también lo estábamos, al echar de menos tan buenos compañeros; no nos preocupaba la enfermedad de Boni, pues que sabíamos no era grave y lo dejamos ya convaleciente, siempre tan serio, tan callado, aunque no falta quien pretenda que su silencio y seriedad sean disimuladores de su falta de conocimientos.

El no es, ni con mucho, un letrado, pero hombres como él, reflexivos, de mucho sentido común y acostumbrados a los negocios son los que nos hacen falta en Cuba, y no tanto imbécil con pretensiones como tenemos.

Guarino Landa, siempre tan admirable y buen mozo, nos hacía falta. Pero a los que más extrañábamos, al menos yo, era a Martín Marrero y Pablo Menocal; son dos verdaderos cosacos. A la par que a los compañeros que se quedaron, veía yo también otro grupito de muchachas, a muy poca distancia de ellos, quienes también ondeaban sus pañuelos. Allí estaban Rosie y Aida. ¿Cuándo las volveré a ver? Probablemente nunca.

Las simpatías del pueblo de Nassau hacia nosotros y los grandes apretones de manos... no es mala gente aquélla, los malos son los representantes ingleses. Todavía el capitán del *Partridge* vino a despedirse, y a manifestarnos, con cara muy compungida, que esperaba no volvernos a encontrar más en su vida. A sus deseos me uní de todo corazón. Me he ido de Nassau sin ver dos cosas, una de ellas es un lago fosforescente, que dicen hay en sus cercanías, muy curioso en las noches obscuras; la otra cosa que siento, es no haber hecho una peregrinación al sitio de la costa, en donde me aseguraron existen los restos de la expedición del *Lilliam*. Hubiera sido para mí melancólico placer, hasta cierto punto, contemplar

los cañones allí olvidados, que un día fueron objeto de tantas esperanzas para los cubanos de entonces. No lo pude lograr, por el estado del mar en los últimos días de nuestra permanencia en Nassau.

¡Nassau! ¡Cuántos malos ratos nos has dado! ¡Cuántas sordas rabietas han presenciado aquellas malditas barracas! No tuvieron piedad para nosotros; nos trataron como a piratas, recordando quizás que todavía existe allí el recuerdo de Barba Negra y del célebre Vanes, aquellos reyes del mar que con sus fechorías aterrorizaron al continente, y con su orgullo y arrojo tuvieron en jaque las coronas de Inglaterra y del poderoso león español. Sin embargo, nunca hemos sido asesinos ni ladrones sino simples patriotas, enamorados de una idea, dispuestos a morir por esa idea, y tan valientes como ellos, pues no nos guiaba lucro ninguno ni nos tentaba ganancia alguna; sólo nos movió el deseo de fundar una patria y si existía alguien con ambición, tan sólo era la improductiva de la gloria.

Pero lirismos aparte hay que confesar cuán injustos fueron en el fondo y en la forma, pues nunca pensamos salir de Inagua ni dimos motivo alguno para que se nos detuviera por unos (ilegibles) como por lo visto son hoy los ingleses... Por lo pronto nos han tenido dos meses detenidos, le decía hoy a Mendoza que merecíamos a nuestro desembarco en New York que nos recibiera Dupuy de Lôme con estentóreas carcajadas.

Mañana temprano pensamos desembarcar; anoche hubo frío, pero hoy la temperatura está muy agradable. Quiera el cielo que siga así, por lo menos hasta ponernos ropa de abrigo. Nos faltan noventa y tres millas para llegar a New York, y el número total de millas, entre Nassau y este puerto, será de novecientas treinta y siete.

Hoy hubo una cuestión entre Federico y Severiano Gálvez. No la presencié pero deduzco se ocasionó por relambimientos de Severiano, quien a pesar de tener bastante sentido común, algunas veces se propasa, bien con los que le parecen más infelices, más que nada debido a sus luces escasas, que lo hacen llevar las cosas hasta su extremo; lo cierto es que se apoderó de un trinchante de cocina, y si no es por la intervención de los compañeros, especialmente de Pedro Betancourt, hubiéramos tenido un conflicto. Es lo único que nos hubiera faltado para rematar la fiesta.

Me decía Yero hoy que me fijara en el discurso de Sanguily (10 de Octubre) y las cartas que él le escribió a Montoro y que no

se publicaron antes de esa fecha en *Patria*, y vería que muchas de las ideas eran *iguales*, especialmente las que se referían al Partido Autonomista. Tanto, me añadió, que si no las hubiese dejado escritas cuando embarcó con nosotros para Inagua, no faltaría quien dijera que lo había copiado de Sanguily. Advertencia propia de hombres literatos que se precian de tener ideas. Yo sólo he leído dos de esas cartas, las demás se publicaron después de nuestra salida.

Con la caída de la tarde me vuelve la nostalgia de los compañeros que dejamos en Nassau y también, ¿por qué no decirlo?, puesto que todo en esta vida es relativo, de algunos buenos ratos que pasamos todos juntos. ¡Cómo olvidar las escenas y conversaciones de nuestro dormitorio! Otras veces aquellas comidas, tan sucias e incómodas, pero salpicadas de buen humor, y junto a esta nostalgia se me une la de Cuba, la de la familia, la de madrina. ¿Para qué seguir?

NEW YORK, DICIEMBRE 31.

Cerraré este cuaderno con el año y en vez de mandarlo a Cuba, como tenía proyectado, con lo que me expondría a perderlo, se lo dejaré a Melchorito para que lo entregue en casa cuando pueda. Para terminarlo anotaré someramente los hechos que recuerdo o de los que me haya enterado últimamente.

En primer lugar nuestros cuatro compañeros han llegado con toda felicidad, excepción hecha de Bonifacio que de resultas del mucho Calomel que tomó se le ha declarado una gingivitis tremenda; lo están curando a toda prisa.

Al día siguiente de mi llegada a ésta me llevó Betancourt a visitar al General Calixto García en su casa. Es un hombre alto, de buena presencia, de barba y cabellos casi blancos. Su herida en la frente, que todos sabemos cómo se la dió, es muy original, y ofrece una atracción fascinadora, la misma que deben tener algunas serpientes y los focos eléctricos para los pájaros. Es un hombre de mucha sociedad y de verdadero mundo; no se le puede negar que es un carácter y una personalidad; lo creo capaz de hacer una revolución, aunque no supiera la parte activa que tomó en la deposición de Céspedes.

Estaba muy disgustado porque creí que nos iba a llevar y felizmente no resulta así; y digo felizmente, no porque no me gustara ir con él, sino que por experiencia sé el trabajo que le cuesta a nuestros Generales de nombre el salir. Y no resulta lo que Carrillo dispuso, dejando instrucciones sobre nosotros, encargándole a Núñez que se ocupara. Por fortuna éste se decide a quedarse (según él) para acompañarnos. Pero por desgracia no vamos solos, se agregan algunos más, y entre ellos el capitán Couspiere, con 25 hombres de la expedición ya disuelta de Collazo. Estamos haciendo porque Carlitos y Juan Antonio vengan también con nosotros, todo esto me indica que la cosa va larga, pero me alegro mucho de que vaya Núñez porque Peña no tiene carácter, y quizás nos hubiera sucedido lo que a Carrillo, a quien por lo visto inutiliza el mareo. Según noticias los soltaron a veinte milas, tuvieron que estar remando veinte y cuatro horas, perdieron un bote y muchas armas; pero por fin llegó, nos dejó una carta muy cariñosa, asegurándonos que tenemos guardados nuestros puestos.

Buen trabajo le ha costado salir, tuvo que hacerlo sin que nadie, ni siquiera en la Junta lo supiera, colándose en el vapor que llevaba Aguirre, y presentándose en alta mar. Núñez fué el que hizo esta jugarreta; me refiero al Coronel Emilio Núñez, que por lo visto está trabajando más que el mismo Delegado.

Antes volvió a fracasar con el *Comodoro*, es decir, supo a tiempo que iba a fracasar, pues lo enteraron de que el capitán se había vendido a los españoles, por cinco mil pesos, y le habían prometido diez mil si entregaba la expedición. Todo esto lo supe por un cheque que fué a cobrar la mujer del capitán, endosado a Mr. Gaylonself, de los Pinkerton de Filadelfia, y en los que se reconoció la letra del Dr. Congosto; probablemente los mismos trabajos pasará el General Calixto.

En la Junta creo que hay mar de fondo; todo el mundo está conforme en reconocer la poca acometividad de Estrada Palma (me temo serias complicaciones y disidencias). Han vuelto a rehusar los ofrecimientos de Cisneros, y ha venido, no sé exactamente para qué, Portuondo nuestro Ministro de Relaciones Exteriores, se dice que para ver cómo se hacen las cosas aquí, pues a pesar de todo el dinero remitido no reciben municiones. No estoy bien enterado de todos estos asuntos, así, pues, no me atrevo a dar mi opinión, pero sentiría que el viejito Estrada Palma no tuviera razón.

Yero ya no va con nosotros; lo han descartado, atribuyéndole que es nuestro *ñeque;* no sé si él sabe esto, pero creo está muy conforme porque en su orgullo no se resigna a verse obscurecido, y prefiere ir con Calixto. Portuondo le ha echado mucho fresco, por no sé qué en una carta que le escribió.

Tampoco probablemente irá Antoñico, pues Don Tomás, con razón, se lo ha prohibido. Deja a la mujer abandonada y sin recursos, y ésta después se presentará en la Junta a pedirle. Como decía el Delegado, pase que se le faciliten recursos a la señora de un General, pero no a la de un soldado.

En la Junta también nos dijeron que aquel barco de la misma Compañía de Clyde al cual vimos dándole vuelta por allá en Cabo Hatteras lo mandaron a recogernos, pero no lo pudo hacer porque el Capitán no tenía instrucciones y el hombre que llevaba la carta se vendió a los españoles. Todo esto me parece muy raro por inverosímil, pero ellos lo aseguran.

No quieren entablar reclamación por nosotros contra el Gobierno inglés con el pretexto de que cuando viniera ésta a cobrarse ya sería tarde; en cambio se están entreteniendo, sin haber estado aún reconocidos, en establecer una embajada en Washington.

Lo que sí parece cierto y sería gran cosa es que un sindicato de banqueros de Filadelfia van a tomar una emisión de cincuenta millones de pesos que vamos a hacer, y cuya impresión se está realizando, según me han dicho. Existe una dificultad; que exigen como garantía la hipoteca de nuestras aduanas; si llega a realizarse el empréstito, posiblemente será la salvación, porque como tendrá que hacerse por lo menos con la mitad de su valor, la diferencia dará para comprar muchas gentes, y el mismo sindicato se encargará a su costa de ello, con la seguridad de obtener siempre un crecido beneficio.

Esta noticia, y las del prodigioso avance de Máximo Gómez por la provincia de Matanzas nos ha puesto a todos contentos. Hasta los americanos declaran que como estratega es superior a Sherman, el Atila de la guerra de Secesión, lo cual es mucho decir porque fué esta marcha, la de Sherman verdaderamente notable y porque confiesan que hay algo superior a lo de ellos. Como es sabido, lo suyo es todo *the best in the world,* pero el avance nos ha embromado a nosotros no dejándonos hacer zafra y quemándonos los

campos. Yo lo creo necesario y me resigno; casi me alegraría, si no fuera por la familia, cuya perspectiva va a ser muy triste. Es la ruina completa; pero menos mal si no destruyen los bateyes con lo cual podremos reconstruirnos después de la guerra.

Cuando pienso en mi casa, me siento preocupado y triste; en estos días le he escrito a todos y he tomado algunas medidas como escribirle a tío Domingo: ¡Sea todo por la patria!

Concluye este Cuaderno el 31 de Diciembre de 1895 en New York.

E. R. S.

El día 1ro. de Enero le escribí a Madrina.

He tenido ocasión de modificar mi opinión sobre el carácter de Vicente. Conocí a Caridad Agüero.



II. Impresiones de un expedicionario (*)

NUEVA YORK, ENERO 3 DEL 96.

CREO que por las instrucciones de Carrillo pronto nos embarcarán para Cuba; no pensé en anotar nada mientras permaneciera en New York, pero por más que dicen y aseguran no seremos postergados en obsequio de Calixto García; yo pienso le darán a éste la preferencia por su gran importancia y también por su carácter. El piensa llevar una expedición. Y ahora es cuando empieza a prepararse. Así pues no dudo nos eternicemos aquí. Todo esto lo digo además por cierto runrún oído. Se dice que Don Tomás se deja imponer por Calixto, y otras cosas no muy bien definidas que llegan incompletas hasta mí. Pero Vicente sostiene lo contrario y dice que pronto nos iremos. Que los trabajos de Emilio Núñez son independientes por completo, aunque dice que éste se encuentra un poco molesto por la segregación de Menocal y de Argilagos, quienes se han afiliado con Calixto.

Al efecto, y con el pretexto de asegurarnos, se le ha escrito hoy a Núñez una carta, muy discutible, y hasta cierto punto ridícula, por no singularizarme la he tenido que firmar.

Por lo pronto ayer hemos estado viendo unos cañones e instruyéndonos en su manejo. El que más me ha gustado es el Na-

---

(*) *Cuaderno Segundo. Propiedad de Eduardo R. Saurí.* Si alguien se lo encontrare, agradeceré, que de ser en Cuba, se lo entregue a mi amigo Eduardo Rosell, y en su falta, a su hermano Don Francisco. Si es aquí en New York, que se lo mande o lleve al Dr. Pierce, 56 Street, Park Avenue, para que se lo dé a Don Melchor Gastón. (*Nota de Eduardo Rosell y Malpica*).

tional Ward, que cuesta unos mil doscientos pesos, y creo se va a comprar uno de esta clase; no había ningún Maxin Gun,[1] que tanto se celebra, y del cual nos hablaron con elogio los oficiales del *Partridge*, en cambio vi uno del sistema Colt, bastante parecido. Estos cañones son magníficos y especialmente el primero ha dado un gran resultado en la India, pero creo que para nosotros no servirá por el mucho parque que gasta. Los ingleses se pueden proporcionar todo el que necesiten, pero a nosotros nos cuesta mucho trabajo conseguirlo; no estamos en el caso de despilfarrar sus tiros; estos cañoncitos disparan ochocientos tiros, creo, por minuto.

Sólo hay que colocar en conveniente posición una tira de género, en la cual van alineadas las balas, tocar un resorte y dejar al cañón dispararse por sí solo y con mucha rapidez, todo el tiempo que uno quiera.

Esta visita de cañones y saber que mandaron a buscar a algunos muchachos del Sur para que vayan con nosotros, me hace sospechar se retarde nuestro asunto; hablando el otro día con Vicente sobre éste y otros particulares, he tenido ocasión de modificar favorablemente la opinión que de él tenía. Hablando de Don Tomás razonó perfectamente: el viejo es muy bueno, dice, pero tod el mundo le tira al codillo. Que ya va habiendo aquí hombres de talento, más de la cuenta, y que cada cual tiene su plan, sus ideas y su individualidad, no quieren transigir y en vez de hacerlo así debieran tratar de coadyuvar con Don Tomás; anónimamente se haría mucho más, pero estos señores a todo se resignan, menos a no figurar.

Estas opiniones, que son muy justas, me las decía Vicente con el mismo metal de voz y el mismo buen sentido de su hermano Pancho; no sé si todo será de su cosecha, porque a veces me parece ver traslucir bajo sus palabras las opiniones de Emilio Núñez. A más de esto yo agrego que muchas de las personas que aquí intrigan no sirven para la política. Por ejemplo, X. será muy buena persona, pero entiendo no sabe una palabra de política ni tiene carácter para ello. Allí es donde se habla de Don Tomás, secundado por su señora. Y por C. A. F., quien me da lástima, sobre todo por X, a quien creía hombre serio, incapaz de influenciarse por chismes, y total, no dicen nada de positivo. Antes protestaban porque Don Tomás andaba siempre muy mal vestido,

(1) Ametralladora.

y ahora, que anda un poco mejor, dicen que se han asignado él y sus amigos los grandes sueldos, y se están dando buena vida a costa de la Junta.

Cuanto a Sanguily, no se le utilizaba, decían, porque le tenían miedo, no sea que se impusiera; que parecía mentira no se aprovechara uno de nuestros primeros cerebros; ahora que tiene Varona, otro gran cerebro, puesto oficial en la redacción de *Patria*, dicen que lo han comprado para que no les haga daño, etc., etc. El demonio que los entienda y se los lleve.

Celebro haber conocido a Caridad Agüero, es buena patriota y muy buena moza; según dicen, ha llevado municiones al Camagüey; hay quien asegura que también llevó comunicaciones importantes.

Todas estas habladurías son pueriles, y yo sigo apreciando a Don Tomás, aunque de mí, maldito es si se ocupa. Y continúo apreciándolo más después de la conversación que tuve esta tarde en la Junta con Manuel de la Cruz; según éste, gracias a Don Tomás y a Sanguily no se ha negociado un empréstito que hubiera sido bochornoso para nosotros, y sobre todo para el prestigio de nuestra espada, de Máximo Gómez.

Las condiciones del empréstito propuesto por un Sindicato eran las de facilitar trescientos mil pesos, cantidad que luego subieron a medio millón, a cambio de bonos de nuestro gobierno, por valor de cuatro millones y medio. Pero hay que añadir, que de esta cantidad, no sólo tenían que responder las aduanas de Cuba sino también las minas y todas las fuentes de riqueza de nuestro país: pero esto no era todo; además de no entregar esa suma sino en mensualidades de veinte y cinco mil pesos, preciso era comprometerse a no negociar nada sino bajo su dirección, y no mandar expediciones a Cuba sin su consentimiento. Esta tutela vergonzosa, buscada creo por P., estaban dispuesto a apoyarla no sólo éste sino también nuestro actual Ministro de Relaciones que no sé cuál pito toca aquí.(2)

Pero felizmente Don Tomás y Manuel Sanguily se opusieron diciendo que antes se dejaban cortar las manos que consentir aquello.

En estos días me he permitido la distracción inocente de oír a Ivette Gilbert. Me pareció a la altura de su fama peculiar, especialmente en *Les Vierges* y en la *Villette*. Lo que más me agrada es su entonación particular. Es muy elegante.

(2) Exacto. Este empréstito se proyectó y fué rechazado por la Junta.

Hay mucha realidad en aquel cuadrito. La galería de esculturas en Lenox es pobre, en cambio tiene una rica colección bibliófila y de autógrafos. Allí vi cartas de Napoleón, de Washington y del gran Edgar Poe; tiene fama esta Biblioteca por sus colecciones de Biblias, de obras de Shakespeare, y documentos relativos a Colón. El edificio es suntuoso.

Otra distracción de estos últimos días ha sido para mí la llegada de Carlitos Martín Poey; también estuve con Collazo y confirma todas las noticias que me habían dado. En aquel sitio eran unos ladrones: una vez mandó a comprar dos camisetas, una toalla y no sé cuál otra chuchería, y le cobraron $45.00 o sea el importe íntegro de una letra que había dado para que se cobraran.

Se cuenta mucho bueno de un tal Jallais, un señor francés, gran químico, que indudablemente nos será muy útil; lo nombraron alférez y ayudante del Brigadier Pedro Vázquez, con lo cual está muy satisfecho. También ha llegado del Sur Agustín Cervantes, por cierto que le ha pasado un lance curioso. Calixto García porque se había movido sin sus órdenes, lo ha excluído de su expedición. No ha valido que haya dicho el consentimiento, y no sé si la orden tuvo para ello de Collazo, se le ha contestado que éste era el que merecía el castigo, pero como siempre la soga quiebra por lo más delgado, tendría que conformarse con representar la víctima necesaria. Agustín se ha incorporado a nosotros.

El periódico *Patria,* órgano oficial de la Junta Revolucionaria, sigue muy interesante. En vez de insertar correspondencias de Cuba, y noticias de la guerra, que bien lo merecen Máximo Gómez y sus brillantes operaciones militares, trae extensos artículos sobre los méritos de Ivette Gilbert, una disertación sobre su escuela, y artículos de otras boberías por el estilo.

Hoy comí en casa del Dr. Ferrer.

NEW YORK, ENERO 14.

Hace días que no recibo cartas de casa, ¿habrá ocurrido alguna novedad? Yero publicó en un folleto y prolongándolas, sus Cartas a Montoro. Como a todos sus demás compañeros me dedicó un ejemplar, por cierto, con frases que, si no irónicas, son muy halagadoras para mí.

Sus cartas son materialmente virulentas; sus frases impetuosas y candentes; destroza al Partido Autonomista, y no con palabras

sólo, sino con datos convincentes. Usa de un estilo mordaz que lo retrata de cuerpo entero; es innegable lo que me decía en Nassau, y es que muchas de las ideas que él desarrolla en sus cartas, entre otras la influencia que la propaganda autonomista ha hecho en esta Revolución, coinciden con las desarrolladas por Manuel Sanguily en su discurso sobre Céspedes y Martí.

Todo me ha gustado, menos el título; quien no haya leído las cartas, precisamente el final de la segunda, podría creer que es la suya, y no la de Montoro, la voz de Caín.(3)

¿Habrá fracasado la expedición de Calixto? Así se oye decir por ahí: Por lo pronto tenían acuartelados a los muchachos y hoy los han soltado. Decían que hoy han descubierto el buque que tenían comprado y otras cosas más, no sé con qué fundamento; quizás también habrá sido un modo de despistar.

Emilio Núñez estuvo anoche a vernos, traía disposiciones locuaces, así es que estuvo muy agradable, no tiene mucha facilidad de palabra, pero sin embargo nos entretuvo contándonos episodios de nuestras guerras, especialmente de la Chiquita. ¡Cuántos trabajos pasaron en ella! Fué un verdadero milagro que escaparan. Si algún día lo encuentro de buen humor, voy a ver si logro algunos datos más; con algunas de sus narraciones se podrían componer bonitos episodios.

También estuvimos hablando de la expedición de Collazo; su opinión no es muy favorable y no le faltan razones.

NEW YORK, ENERO 17.

Hoy, salvo la distracción de escribir a casa, no me ha ocurrido nada de paritcular. Antes de ayer estuve en el Astor's Library, que como Biblioteca es magnífica, pero su galería artística muy inferior a la de Lenox.

En estos días han corrido rumores alarmantes para nosotros. Me refiero a nuestra expedición; según se dice, Calixto García ha declarado que no saldrá nadie antes que él de New York; que ha gritado y se ha impuesto a Don Tomás. Yo a la verdad no lo pongo en duda, pues dado su carácter siempre temí fuera esto lo que sucediera. Con este motivo, me han dicho los compañeros perrerías de Calixto; yo no, pues siempre me han gustado los

(3) El folleto de Yero se tituló: *La Voz de Caín.*

hombres y pienso que en las actuales circunstancias éstos son de absoluta necesidad.

Para confirmar esto fuí ayer por la tarde a la Delegación, y Manuel de la Cruz me confirmó todo lo antes dicho. Añadió que Calixto era un explosivo, lo cual indica que en efecto gritó. Lo que parece haber sucedido es que Calixto se enteró de nuestra salida primero, y amén de ciertos rozamientos manifestó que él se iría en la primera expedición que saliera, pues quería llegar cuanto antes a Cuba. Y si por consecuencia se perdían los trabajos ya hechos para su expedición, que él no sería responsable en este caso sino ellos. Esto por una parte es muy patriótico, pero por la otra no creo que él a pesar de todo su gran prestigio, ni nadie, tenga derecho a retrasar más nuestra salida para Cuba.

En la Delegación también vi a Yero; lo encontré indignado con Trujillo, pues parece que el ejemplar de *La Voz de Caín* que le había dedicado lo encontró, con la dedicatoria arrancada, en manos de otro señor; me decía Yero que de no estar en el extranjero hubiera planteado una cuestión a Trujillo.

Me tiene muy preocupado esta preferencia con Calixto; nos va a retardar mucho nuestra salida. Dios sabe cuánto durarán los preparativos, y si fracasará con una expedición tan grande como es la que piensa llevar.

Lololo, está enfermo; fuí a verlo a su casa y conseguí me prestara el folleto en que Francisco Javier Cisneros describe las cinco expediciones que llevó a Cuba en la guerra pasada. Como la edición es rarísima no pienso devolvérselo.

NEW YORK, ENERO 18.

Los periódicos publican la destitución de Martínez Campos, y que será su sustituto Weyler o Polavieja; la noticia nos tiene a todos muy contentos, pues viene a confesar que Martínez Campos, el gran general español, no ha podido con Máximo Gómez. Admiten los españoles por primera vez que aquél está completamente derrotado. También es verdad que negarlo hubiera sido tonto.

Acaban de irse casi todos los compañeros. Hemos recordado las aventuras de Nassau y las concernientes a Yero, especialmente aquélla en la cual le dieron una pedrada en la pantorrilla; "fuerte, por cierto, pero no muy do-lo-ro-sa, por haber sólo interesado la parte car-no-sa".

La verdad es que Yero estuvo hecho en Nassau todo un calaverón; Marrero es quien nos hace todos estos cuentos; también incluye los suyos. El más grandioso es aquél donde dice que teniendo necesidad de picar la cerca de alambre de un potrero, el de *La Yuca,* dijo a los cerdos allí encerrados: "ya que no puedo libertar a los cubanos les doy la libertad", he aquí la razón de porqué lo llamamos *el héroe de la Yuca.*

NEW YORK, ENERO 20.

La noticia de la destitución de Martínez Campos nos causó al principio gran alegría, y todavía nos produce el mismo efecto, porque indudablemente es un gran triunfo moral y también material, pues no existe en España ningún general que se le iguale en prestigio. Los periódicos americanos no se quedan cortos en decirlo, repitiendo las mismas palabras de Cánovas del Castillo hace unos meses. También se comentan mucho las frases de Martínez Campos a los corresponsales neoyorquinos.

Eso nos halaga y anima; a todos, menos a mí. No tan sólo se privará con ello, a mi entender, de muchos recursos a los insurrectos, como aquéllos que salían de las ciudades, sino que me temo, si dejándome llevar del pesimismo que abrigo respecto al carácter de mi pueblo, no aumente todo lo que se espera la Revolución. Muchos se irán para el extranjero; otros se abstendrán de laborar, y muy pocos, relativamente, serán los que se decidan a unirse a nuestro ejército. Después de todo, y ¡ojalá así sea!, exagero mucho mis conclusiones; así lo aseguran otros más inteligentes que yo.

Pero sí es indudable, y hasta el mismo Weyler lo da a entender, empezará en Cuba la época del terror; se repetirán las escenas del 71, habrá fusilamientos públicos, asesinatos ocultos, maltrato de las mujeres y sacrificio de niños. ¿Se escapará mi familia de estas atrocidades? Esto me tiene bastante preocupado.

Betancourt, con quien sigo viviendo, en el mismo cuarto, opina lo mismo que yo. Difiere en mi pesimismo sobre el pueblo cubano, y cada vez que le hablo sobre el particular, me echa un discurso sobre el trabajo cubano, sobre la iniciativa cubana, sobre las demás virtudes cubanas, que en su imaginación de apóstol de la Revolución ve por todas partes, y en todo el mundo, y lo creo sincero; de otro modo no me explicaría los trabajos revolucionarios suyos en Matanzas, y su gran amistad con Martí.

Por lo pronto, aquí sigue postergado; la muerte de Martí le ha hecho mucho daño y la Junta no se ocupa de él; pero entre sus cualidades tiene la de la resignación; es un verdadero carácter y no le hacen mella, al menos exteriormente, estas pequeñeces de los que no cumplieron con él el 24 de Febrero, y que han echado a volar para disimular su cobardía. Tiene la conciencia tranquila y la satisfacción del deber cumplido, y esto le basta, y aunque por dentro se le conoce sufre mucho, tiene el decoro de no dejarlo comprender.

¡Qué infames son estos calumniadores! Son capaces de volver loco a cualquiera, me explico la desesperada resolución que adoptó Lacret cuando se le acusaba del mismo crimen. Desistió de ir en una expedición, y disfrazado se fué por las líneas españolas. Hoy día es uno de los Jefes de la Invasión en Occidente. La misma Junta tiene la culpa de todo esto; ella misma es la que da fundamento a estas insidias con sus desconfianzas y estupideces. En cambio T., que era enemigo encarnizado de Martí, y siempre ha hecho contrarevolución, y en la guerra pasada servía de corredor para la venta como esclavos de los prisioneros negros que se nos hacían, sigue siendo casi un delegado, pues en todo se le consulta.

Así anda ello. De Perico hasta se dijo que había delatado nuestra expedición en Wilmington, ¿habráse vista canallada igual? De Lacret también decían que era quien delataba las combinaciones de Collazo. ¿No serían más bien las habladurías de ciertos noticieros sin escrúpulos? ¿No publicó *El Porvenir* en los mismos días cuando salimos para Wilmington todos los detalles de la salida de Sánchez Echevarría, cuando nosotros íbamos por el mismo camino?

Otra de las cosas en lo cual difiero del modo de pensar de Perico Betancourt, es la especie que traen los pariódicos de estos días, según la cual una flota volante, que están preparando los ingleses que irá a Cuba y se apoderará de las aduanas, bien por un tratado secreto con España, bien porque comprendan sería éste el único modo práctico para poder cobrar la deuda cubana, y éste sí que sería el primer ejemplo en la historia; no se le puede comparar ni a la venta de la Louisiana a los americanos, ni a la ocupación de parte de Nicaragua por los ingleses; también sería poco práctico en ellos meterse en Cuba, en las actuales circunstancias, y no digamos nada de la oposición de los Estados Unidos a ello; pero soy tan inclinado al pesimismo, y tengo tan mala idea sobre el gobierno español, que todo lo temo, incluso una barbaridad.

Además, no es la primera vez que se trata de la venta de Cuba, y cuando estaba en Madrid, todo un Consejero de Estado como el Sr. Magaz, bien me habló sobre el asunto y su posibilidad.

Comprendo después de todo, que por ahora no tengo razón; al menos, así lo espero, pero de algo se ha de hablar, y bueno es prepararse para las eventualidades. De ser esto cierto, sería la más temible de todas las conspiraciones.

Vivir en el mismo cuarto con Perico a veces me fastidia, como en estos últimos días, en los cuales he tenido que asistir a dos visitas que resultaron latosas en sumo grado. Ambas interminables, insípidas y pesadas. Una de ellas, la del doctor Milanés: ¡vaya un infeliz!; la otra, la de un tal L., Nicolás, creo, y uno de los jefes de grupo comprometidos a levantarse el 24 de Febrero, y que no lo hicieron. Salió de Cuba hace mes y medio, se fué a México, y ahora viene, según dicen, para ir a la Revolución, ¿será porque ya estamos ganando? L. es un hombrón todo egoísmo y guapería. Figura no le falta, pero me disgusta tanto charlatanismo.

De estas visitas desagradables nos hemos desquitado con la conversación del Dr. Eusebio Hernández, en su casa de Madison Avenue; allí encontramos a Arístides Mestre, que no sabemos si se decide o no a ir a la guerra...

El Dr. Hernández es sumamente agradable; además de su gran figura esbelta, elegante y casi hercúlea, tiene una cabeza muy interesante, con su barba negra y sus grandes ojos verdosos. Es orador, según dicen, y en su conversación es seductor. Juan Antonio Lasa lo calificó de "sirena". Todo esto no quiere decir sea un hombre bello; al contrario, es feo, pero con una fealdad atrayente, quizás por su exquisita figura, quizás por su inteligencia superior. Esta es innegable; se le nota a poco de tratarlo, y no dudo haría un buen Presidente. Por lo menos lo ambiciona, y yo le daría mi voto, aunque no es su carrera, la de médico, lo que más lo capacita para ello.

Allí nos lo encontramos rodeado de libros de derecho, especialmente de materias internacionales; es de Colón, y puede que por esto diga de él Betancourt que es el tipo del guajiro perfectamente educado.

No sé por qué, pero me lo represento con la cabeza erecta, y en la posición favorita de Gambetta, desafiando con su mirada y con el desdén de su orgullo las balas españolas. Para mí el Dr. Hernández, y no lo puedo remediar, tiene cara de fusilado. Siento decirlo, aunque a la verdad mi imaginación no creo que le traiga

mal de ojos. Estamos ya casi en el siglo XX para creer en tales boberías.

Le oí una teoría particular sobre la deposición de Martínez Campos. Según su disertación, en España, y sin quererlo, lo han puesto a una gran altura, puesto que su traslado ha sido por causa de sus procedimientos benignos, poco sanguinarios. Así es que colocándolo a nivel de la civilización actual, han hecho del hombre, anulado por Cánovas del Castillo, la primera figura de la España contemporánea.

Hablamos también de política cubana. Es federalista y con este motivo tuve una pequeña discusión con él; le aduje mis argumentos sobre igualdad de leyes, costumbres y razas, de los grandes peligros de secesión por Oriente y el anexionista Camagüey; por falta de historia que lo justifique, convino en parte conmigo, probablemente por amabilidad, y apoyó sus teorías en la descentralización más completa, como medio de evitar en parte el despotismo y la autocracia, tan comunes en las Repúblicas Suramericanas.

Sus ideas de gobierno las funda en la más completa libertad, al estilo de la de este país, de quien es grande admirador. Quiere también germanizar la Isla de Cuba, pues desprecia a las razas latinas; tiene un optimismo y unas esperanzas que ojalá no le salgan fallidas.

A mi modo de ver, no tiene en cuenta nuestra tradición, ni nuestro carácter, además, admira más de lo regular a este pueblo, es casi un incondicional; yo me permití recomendarle el *Commonwealth* de Bryce, para que se convenza de que este Gobierno, como todas las cosas de este mundo, tiene también sus grandes defectos.

Siento haber sido tan expansivo; pues yo no estoy a su altura, y quizás haya sido un tanto pretencioso; pero solamente me dejé arrastrar por mi buen deseo y mis sentimientos antifederalistas (en Cuba), cada vez más robustecidos.

Prefiero el sistema mixto, como el de Suiza; unidad completa en el gobierno, e independencia en los Municipios, puesto que ya la tenemos también en las diputaciones provinciales. Los gobernadores podrían ser elegidos por el voto popular, o todo lo más, en ternas, dentro de las cuales el Presidente, podría escoger, con la consulta y aprobación del Senado; pero si sigo discurriendo sobre el particular, será cuestión de nunca acabar; llegaría a escribir un plan político para nuestra República y no soy yo el llamado a ello.

Dícese, y lo creo, que el Dr. Hernández va a Cuba para trabajar el puesto de Delegado Oficial, para el que reune condiciones,

salvo la de no poseer el inglés. Ya en la conspiración del 85 ejerció altos cargos, y no falta quien asegure, que por las simpatías que tiene en el Sur, será un fuerte candidato para las elecciones de Marzo.

NEW YORK, ENERO 21.

Hemos sufrido la segunda decepción: por la llegada de (ilegible) nos formamos la ilusión de que venía para darnos la orden de salida y en vez de esto nos manda a decir con Vicente que no sabe cuando podrá ser. Que tal vez sea entre dos o tres días o dentro de dos meses, pero al que no quiera esperarlo, le da libertad completa para que se una a la expedición de Calixto García. Todo esto dicho con tales reticencias que se deja sobreentender piensa salir muy pronto, y que nos conviene permanecer con él. Nos hemos quedado todos, pues preferimos pelear a las órdenes de Carrillo, allá en Occidente, que permanecer en Oriente. Opino que estas preguntas están demás; somos soldados, y debían mandarnos, sin previa consulta. Ahora si Núñez tarda en salir, no podremos quejarnos, porque nos dirá y con razón, que no nos fuimos con Calixto García. Nos ponen en un compromiso, sabiendo que tratamos de respetar nuestra promesa a Carrillo y a Núñez. Hay quien asegura que Núñez no piensa comandar la expedición; además de estar muy enamorado, porque a Don Tomás le hace mucha falta, y no lo dejará salir: y al efecto le ha prometido el grado de Brigadier, con tal de que permanezca aquí.

Yo esto no lo creo, tanto más cuanto Núñez tiene el compromiso de llevarnos a Cuba. Vicente sigue impertérrito; algunos opinan que porque es muy amigo de Núñez y quiere guardarle consideraciones; yo creo tenga además otras razones, muy patrióticas por cierto. A mi modo de entender su insistencia en que formemos expedición aparte es porque de este modo los pertrechos que llevamos serán para su hermano el General, y de otra manera, incorporada a Calixto, éste se quedará con los armamentos y municiones.

En la Junta están muy ocupados en estos días en cuestiones de beligerancia; parece mentira que todavía la esperen, y más

cuando dicen que España ha prometido la guerra a la primera nación que nos otorgue esos derechos. Yo no creo que los Estados Unidos le teman a España, pero se afirma que hay una alianza anglo-hispana, posible, dado los intereses coloniales de ambos países, y la ambición de Inglaterra; quizás el tratado secreto al cual me referí el otro día, y sobre todo, la tirantez de relaciones, que con motivo de los límites venezolanos ha existido recientemente entre el gobierno británico y esta Confederación.

La Junta, más que de estos asuntos, se debía ocupar del envío de pertrechos a Cuba, que es lo que hace falta. Demasiado lo sabe; precisamente el otro día oí decir allí mismo que lo más admirable de la invasión de nuestro Gómez es que la ha hecho sin municiones.

Pero se entretienen en boberías; hoy había una disputa muy acalorada entre nuestro elemento oficial sobre si el gobierno español podría obligar a no sé qué compañía inglesa a volver a correr sus trenes; creo se referían a la línea del Oeste, y así se pasan la vida; cuando Don Tomás está, algo se hace, pero cuando se marcha para Washington, aquello es un verdadero relajo; puede que falte trabajo en ciertos días, pero en ese caso, ¿para qué tanto empleado? Otros dicen que Manuel de la Cruz trabaja por las noches en su casa, a juzgar por la gran correspondencia con que se aparece todas las mañanas. Lo disculpa porque en aquella Delegación hay días en que debe ser imposible trabajar; falta allí orden, tienen empleados, pero ninguno sabe el inglés, así es que como hoy se apareciera un donante americano, no encontró a primera hora quien lo atendiera. Hay que recordar sin embargo, que es muy fácil criticar.

NUEVA YORK, ENERO 24 DEL 96.

¡Qué aburrimiento el de estos últimos días! Indudablemente no hay peor enfermedad que la arranquera; yo sigo empeñado en no pedir dinero a casa, pues allí puede ser que haga más falta. Y esto me obliga hasta a lavarme la ropa. El otro día nos reunimos Pedro Betancourt y yo en el cuarto de baño de nuestro modesto *boarding*, donde por casa y comida nos cobran cinco pesos semanales, y lavamos nuestras medias y nuestros pañuelos; también lavé un par de calzoncillos y él, una camiseta. Aseguro que es tarea nada agradable, especialmente con el agua helada que tenemos para ese

uso. Perico me hace mucha gracia; todo un Doctor en Medicina, y nada menos que en tres Universidades,(4) todo un jefe político de la conspiración en Matanzas, a quien tanto dinero le ha costado esta Revolución, ocupado en el humilde trabajo de lavar su ropa.

No hay duda que los cubanos somos patriotas, y no es la primera vez que lo hacemos; allí en Nassau también nos vimos obligado a ello.

Hay que someterse, pues con los cinco pesos que nos dan en la Junta, no alcanza para el lavado de ropa. Lo peor no es esto, que al fin y al cabo podemos remediarlo, sino que no podemos pagar el carbón, ni cambiarnos de camisa, tanto que nos hemos decidido a pedir nos aumenten un peso. Todo esto lo remediarían mandándonos a Cuba.

Calixto se va pronto, y cada vez nos tienta más acompañarlo. Riverito, sobre todo, está desesperado. Yo lo tomo con más calma, pero Perico va mañana a ver a Calixto, y como nos admita y no venga Núñez, creo nos vamos con él. Corren rumores de que salen mañana, y a cada rato sus muchachos nos hacen insinuaciones para que nos unamos a ellos; ya nos han conquistado cuatro, sin contar a Pablo Menocal y a Lasa, cuya deserción, bien honrosa por cierto, nos era ya conocida. Los cuatro son, Agustín Cervantes, Gabrielito Forcade, Pedro Mendoza y Peraza. Este se nos había vuelto a incorporar con el grupo de Couspiere, de la expedición de Collazo. Pero resulta que el pobre Couspiere ha debido entrar hoy en el Hospital Francés y le han dado el mando de su gente al Comandante Almanzor Guerra.

Yo me alegro, pues así he podido apoderarme del telémetro que Benjamín Guerra le había entregado con destino a Carrillo.

Respecto a la enfermedad de Couspiere debo consignar sufre mareo y desvanecimientos, debidos a una gran anemia, así opinaban el Dr. Menocal y creo que también Ramón Negra. Pero Betancourt sostiene no hay tal anemia sino una sífilis cerebral y prueba de que tuvo razón Betancourt, que al ingresar en el Hospital le dieron de alta con tal diagnóstico y Menocal ha expedido el certificado con tal afirmación. Según noticias el Hospital es muy bueno y le cobran veinte pesos semanales, gasto que paga la Junta.

Estos días me he entretenido en leer la colección de cuentos franceses que bajo el título de *Patriotismo* publicó hace ya tiempo Gonzalo de Quesada.

---

(4) La Habana, Madrid y Filadelfia.

NUEVA YORK, ENERO 25.

Por fin se fué Calixto hoy; al menos han salido todos sus expedicionarios y sólo algún contra tiempo puede haberlo evitado. No lo creo, pues me aseguraron que Mr. Olney ha prometido no molestarlo. La salida la sabía todo el mundo, extraoficialmente, desde esta mañana

Hemos estado en un tris de irnos con él. Al efecto, esta mañana fué a verlo Betancourt a su casa, y nos admitió, en caso de que siguiéramos con la misma idea, a la una de la tarde, hora en que sabría de cierto si venía Collazo con unos cuantos más, a quienes ha mandado a buscar al sur. En el caso de que éste llegara, no podría llevarnos, porque no cabríamos en el buque. A las dos supimos que Collazo había perdido el tren.

Pero una hora antes llegó Núñez; Vicente, Cosme y yo hemos tenido una conferencia con él. Sin embargo, y con mucha claridad, le expusimos nuestra situación y le contamos lo que se decía.

Nos contestó como él seguía trabajando, que eran infundados nuestros temores; él, de todos modos, iba a Cuba, y otras cosas más que no creo pertinentes confiarlas a este *Diario*. Fuimos con él a donde la gente y al poco rato de estar en conferencia allá dentro con Don Tomás y Calixto, conferencia que temía al principio fuera borrascosa, por lo mucho que habíamos excitado el amor propio de Núñez, salió Calixto, y me dijo en secreto que si queríamos nos llevaba, pero había averiguado que Núñez saldría dentro de tres días y nos aconsejaba nos quedásemos con él. Además, Don Tomás le dió su palabra a Vicente que saldríamos los primeros, después de Calixto; todo esto mientras celebraba nuestro patriotismo y nuestra santa prisa por ir a Cuba y ofrecerle nuestra muerte.

Con esto y con lo que nos dijo Núñez no nos quedó más remedio sino resignarnos, y con harto dolor, si es verdad lo de Olney. ¡Paciencia y barajar! ¡Con tal de que resulte cierto lo de los tres días!

NUEVA YORK, ENERO 26.

Después que se ha ido el General Calixto García, nos hemos quedado con gran desconsuelo. Tenemos la impresión de aquél a quien le ha sucedido una gran desgracia. Y más, desde que por Trujillo, a quien fueron a ver esta tarde Betancourt y Justo, sa-

bemos la felicidad con que salió y la magnitud de su expedición. Según Trujillo llevaba ciento siete hombres, mil doscientos rifles, ochocientos mil tiros, sesenta arrobas de dinamita, amén de machetes, equipos y otras menudencias y dos cañones. ¡Cuánta belleza y qué buen recibimiento para el carnicero Weyler!

Jefes de importancia, a más del Mayor General iban Miguel Betancourt, el Dr. Hernández, el General Rosas (colombiano) y amigo de Maceo, el Brigadier Ruz, el General Cebreco(5) y otros de menos graduación.

Por lo visto es la expedición más grande que ha salido, también nos dicen que en vez de salir por Sandy Hook, tomaron por el Canal, con dirección al Canadá. Así es que perderán un día, pero esta precaución era necesaria.

Añade Trujillo que casi lloró al ver la alegría de todos. No era para menos, quiera Dios que lleguen con felicidad. Si nosotros quedamos desconsolados, ¿qué le habrá pasado a Collazo, a Pedro Vázquez y a los suyos que han llegado tarde para alcanzarlos? La desesperación de los muchachos de la Acera no tiene límites; entre ellos están Carlos Maciá, Ramón Hernández, Jorge Serpa, Gabriel de Cárdenas, Eddie Machado, el colega Juan Manuel Menocal, secretario de Collazo y otros más.

No me explico este arribo tardío; ¿será que Calixto los ha despistado para burlar mejor a la policía? En la Junta aseguran se les avisó con tiempo, y prueba que los esperaban, las razones que nos dió Calixto para no llevarnos; también dicen que a nadie se le ocurre ponerse a consultar, quien debía escoger la gente, cuando inmediatamente debieron obedecer la orden de embarque.

¿De quién es la culpa?, el tiempo lo aclarará.

NUEVA YORK, ENERO 27.

Han llegado Núñez y Peña; por lo visto se confirma lo que decía el General García, que saldremos pronto. Mañana creo tendrán una entrevista Collazo y Núñez para ver si se arreglan; hay probabilidad de que así sea, según dicen.

El *World* publica un telegrama de Washington en donde Dupuy de Lôme ya ha denunciado la salida de la expedición. ¡Todo lo sabe ese Diablo!

---

(5) Este Cebreco era Coronel y hermano del General.

El más ocurrente era Ricardo Gras, alias *Vitoque,* quien cuando ya se dió por perdido, exclamó que aquello era un calvo que no tenía pelo por donde agarrarlo, sin embargo, lo de la goleta era cierto. Se veían tres y pronto respondieron a las señales de auxilio; entonces, aunque el capitán predicaba calma, se lanzaron a los botes, el primero que se atrevió, tan amenazadoras eran las olas, fué el gallego práctico que llevaban, ¿será porque la sangre española, pura, en el sentido de no haberla viciado el clima tropical, tiene más acometividad que la enervada de la criolla, o porque el gallego, como desertor de la marina, era práctico en estos asuntos, lo que le dió supremacía en aquellos momentos? *Chi lo sa?* Lo cierto es que después de él saltaron otros y así todos los demás en cinco botes. El General se embarcó en el segundo, y algunos se lo critican, tanto más cuanto que los únicos que sufrieron fueron los del quinto y último bote. También dicen que se ocupó mucho de su hijo; son muy crueles los que tal dicen, pues yo lo encuentro muy natural. Pero no falta quien opine que los Generales, especialmente en momentos críticos como aquéllos no deben tener corazón.

El que por lo visto estuvo admirable, tanto que Calixto está decidido a enviar al demonio a quien le vuelva a asegurar que está loco, es el Coronel *Chepito* Rodríguez. No perdió la presencia de ánimo ni un momento; quiso permanecer el último en el buque, y en los momentos desesperados dice que manifestó que si todos estaban dispuestos a morir, él le daría el golpe fatal a la dinamita.

También convinieron todos en que se distinguieron por su valor, Menocal, Peraza, *Sotico,* Juan Antonio Lasa, Mendoza, Yero y Carlos Martín; esto respecto de mis amigos; Yero estaba tan impertérrito como de costumbre, y se ocupó momentos antes de recoger y amarrar todos sus trastes, dispuesto a salvarse con sus bultos, los que según no sé quién pesaban noventa libras.

Tirados a morir estaban muchos, pero no por cobardía, sino por el excesivo mareo; no eran pocos los que como Juan Antonio Lasa echaban un chorro de bilis entre cada remada.

En efecto, el mar estaba muy fuerte, y tanto que era más peligroso el bote que el naufragio en sí. Esto no impidió que cuando recogieron el bote, precisamente aquél en que iba el General, se oyera un estruendoso ¡viva Cuba libre!

Eran tan fuertes las olas que la subida a las goletas había que hacerse esperando que una ola elevara el bote, para que entonces acercándose más los tripulantes a la cubierta de esta goleta pudieran

saltar a ella, y tan peligrosa era esta operación que uno de los botes, el último, se viró y a ello se debe la muerte de diez personas que perecieron. Cinco eran de la tripulación y por lo tanto, desconocidos para nosotros, los otros son Emilio Jallais, químico francés, Mariano Alberich, muchacho simpático, pero a quien traté poco, un tal Gaetan, colombiano, Benech, a quien por primera vez oigo nombrar, y uno a quien llamaban el Cabo Gómez, muy bonachón, el de la expedición de Collazo, y quien en los momentos peligrosos le decía a Carlitos, se *embromaron los compatriotas*. Así llamaba él a sus compañeros. Según dicen fué el que menos sufrió, pues de resultas de un golpe que se dió en la goleta cayó privado.

Al que más he sentido de todos es al químico francés; a más de lo mucho que de él me han hablado los que estuvieron en los cayos, en que siempre lo presentaban como un hombre en extremo bondadoso y servicial, lo conocía por lo que de él me ha contado Perico, que lo trató en New York en compañía de Couspiere, y cuando vinieron de París.

Por lo que creo, era de una modesta familia del campo, se había dedicado a la Química, supongo que con la tenacidad del éxito que son comunes a los grandes trabajadores, de los cuales tenía cara.

Iba para el Canadá, donde pensaba establecerse cuando a bordo se encontró con Couspiere. Entabló amistad con él, y bien por probar fortuna, aunque con más peligro la alcanzaría en Cuba, bien por amor decidido a la libertad, decidió unirse a nosotros y se puso él y seiscientos pesos que traía a la disposición de la Junta o de sus compañeros, que de esto no estoy muy seguro.

Se alistó con Collazo y lo enviaron al Sur, y allí en Pine Key, en Cedar Key y en Cabo Stable estuvo los tres meses, sin proferir una queja, con la misma entereza, y procurando ser útil a todo el mundo.

No conocía el español, pero se hacía entender y era tan modesto que a pesar de haber sido nombrado del estado mayor, como oficial, nunca quiso comer con los jefes, sino prefería estar reunido con sus amigos, los soldados.

Me parece estar viéndolo; alto, anguloso, con sus espejuelos de acero, la pobreza de su bigotico rubio y su cara de hombre estudioso y constante. ¡Cuántas velas habría gastado el pobre sobre sus libros para morir inútilmente en un naufragio tan estúpido! La suerte es muy cruel para algunos.

El buque se hundió veinte minutos después de abandonarlo el último bote, como a las nueve y media de la mañana, a pesar de

que el capitán aseguraba que no zozobraría antes de las doce; se hundió de popa y casi en posición vertical; en el *Evening World* de esta tarde aparece un dibujo que aseguran los testigos presenciales es bastante exacto.

En la goleta que los recogió le dieron a todos muy buen trato; no recuerdo su nombre. Dicen que lo peor de toda esta historia fué el frío horroroso que sufrían, empapados como estaban y soplando un aire glacial; se le llegaron a entumir las manos a muchos. No de otro modo se explica la pérdida de diez hombres, pues aunque dicen que la borda de la goleta, a la cual le tocó salvarlos, estaba muy alta, probablemente porque llevaba poca carga, remediaron el inconveniente echándole cabos. A éstos se agarraban, pero por el mucho frío no se podían sostener y se caían otra vez al agua. El pobre Emilio Jallais cayó tres veces al mar, así me lo refirió Alfredo Arango, que lo presenciaba. Este tuvo la presencia de ánimo de desnudarse, pero nadie quiso seguir su ejemplo.

El pobre Mateo Fiol; fué esta expedición su primera tentativa, tuvo muy mal estreno; sin embargo, a pesar de ser novicio, con gran sangre fría, puso a salvo todos sus papeles, que como a su secretario le había confiado el General García.

Este desastre, como es natural, ha causado gran sensación; no era para menos; la pérdida ha sido considerable y digna de despertar toda la ira que ha producido en nuestra colonia. Por estas razones me explico la actitud de los que encontré reunidos en casa de X; además de él y de su señora, estaban allí un tal Navarro, el Dr. Negra, Pablo Menocal y Caridad Agüero.

Allí había algo más que indignación, protestas, pero protestas revolucionarias y tan exageradas e intransigentes que no las justifico. Los cargos de criminales, ladrones y asesinos, se hicieron contra determinadas personas; la realización de una junta que se organizó para mañana, en la cual se iba a pedir, no la renuncia, sino la destitución de Don Tomás, de toda la Junta, la formación de otra nueva encomendada nada menos que a cuatro, en la que por supuesto figuraba X., siendo los otros tres puestos destinados a Enrique José Varona, Piedra y Francisco Javier Cisneros.

El argumento principal de X es que si unos cuantos bodegueros lograron en La Habana botar a Martínez Campos, cómo no iban a poder ellos, que eran personas decentes conseguir la deposición de Don Tomás. El argumento es completamente femenil y a nadie se le ocurrió, o nadie se atrevió a preguntarle si fué un acto bueno

o malo la destitución de Martínez Campos, pues si malo fué para los intereses de España aquello, veinte veces peor sería para nosotros un acto semejante; no es el momento para disidencias; al contrario es la oportunidad de unirnos más estrechamente y de probar que no nos desconciertan los fracasos.

Han quedado en citar a todo el mundo para mañana, incluso a los expedicionarios, los que me invitaron, y pienso ir para ver en qué para eso y tener una ocasión más de analizar nuestro carácter y seguir con mi pesimismo a cuestas. El único que podría salvar la situación, si quisiera, es Manuel Sanguily; así se lo he dicho a Justo Carrillo para que contándoselo a Cosme llegue a oídos de aquél. Pero me temo que la situación sea irremediable; se establezca la división y se repitan las mismas escenas lastimosas de la guerra pasada.

Veremos en qué para esta conspiración urdida por mujeres; ¿cuándo se ha visto que cerebros femeninos entiendan de política? M. estaba en su elemento, que no en balde ha vivido toda su vida por la América del Sur.

¡Pobre Jallais! ¡Qué falta hace Martí!

NUEVA YORK, ENERO 29.

Recibí cartas hoy; después de leerlas me fuí a casa de X, y asistí allí a la Junta. Trataré de describir lo más fiel y ordenadamente lo que presencié.

Cuando llegué había bastante gente, aunque no toda la que yo esperaba, habría unas sesenta personas, Calixto García no estaba, ni ningún alto jefe militar, excepto el Brigadier Ruz; entre las personas importantes se encontraban Enrique José Varona, quien con su exquisita amabilidad se dignó reconocerme, el Dr. Hernández, Pierra, a quien vi por primera vez, y me cae pesado desde que las malas lenguas dicen que estaba muy interesado en la aprobación del empréstito de marras, y Eduardo Yero. Este, a quien le di un fuerte abrazo, pues era la primera vez que lo veía después del naufragio, se fué a los pocos momentos y antes de empezar las deliberaciones. Me dijo X, que se había retirado no sin dejar antes dicho que se adhería por completo a lo que se resolviera en aquella reunión (véase sobre esto lo que se dice más adelante).

Convencidos, por fin, de que nadie más iba a venir, se decidieron a comenzar. Abrió la sesión, presidiéndola, el Dr. Negra,

invitando a todos para que dieran su opinión franca y leal, pues los sucesos recientes eran tan graves que necesitan urgentes medidas y allí se trataría de adoptar algo que redundara en beneficio de la Patria y de todos, esencialmente de los expedicionarios.

Se levantó Caíñas para proponer el nombramiento de un Comité, y por estar un poco lejos, y no elevar bastante la voz, no sé para qué iba a servir, de lo cual deduzco por la contestación de alguien que era aquello demasiado largo. Siguieron dos más quienes dijeron cosas sin importancia y con poco dominio de palabra.

Los primeros rasgos de importancia oídos fueron por boca de un tal Hernández. Es la primera vez que lo veo; es alto y bien parecido. Debe ser expedicionario de Collazo, porque en su discurso se concretó a hacer su panegírico llamándolo General, pues aunque en la guerra pasada sólo era Comandante "merecía aquel ascenso por sus méritos excepcionales", como bien claro estaba en el espíritu de todos. Con este motivo atacó a la Junta y propuso que para esclarecer ciertos hechos y postergaciones injustas se le debía mandar una comisión a Máximo Gómez, de la cual estaba dispuesto a formar parte.[7]

Le siguieron varios en el uso de la palabra, de entre ellos el Brigadier Ruz, los que decían cosas ininteligibles, al menos para mí. Después se levantó un tal Moralitos para decir que a Don Tomás había que quitarle el sombrero como hombre honrado, pues era incapaz de cogerse un medio.

A estas vulgaridades contestó, con bastante comedimiento, el Dr. Hernández, alegando que allí no se trataba de honradez, que todos somos honrados, que lo que se debía pretender era averiguar a quien correspondía la responsabilidad del fracaso, y que él entendía, que así como cuando llegaba la noticia del feliz arribo de una expedición a Cuba, todos los elogios eran exclusivos para Don Tomás, ahora, que había acontecido un desastre, a él debían echársele las culpas. Añadió que como testigo presencial podía asegurar que era mucha la negligencia; que en el *Hawkins* la maquinaria era muy vieja; no había bombas para un accidente como

(7) Por éstas y otras repetidas apelaciones a Máximo Gómez, como a la única autoridad, y que aparecen de cuando en cuando en este *Diario* y en otros, se puede medir todo el mérito de la virtuosa resistencia que opuso siempre Gómez para no erigirse en dictador, según el deseo de todos; y es una prueba más de que al través de nuestra historia, *Liborio*, "así como los niños lloran por el dulce", siempre ha suspirado porque le enseñe su camino un Mayoral, cuando no lo tiene lo anda buscando, aunque, para ser justos, este achaque de buscar un guía, un amo, es propio, no sólo de los animales, sino de casi todos los humanos, y muy justificado.

el sucedido, la bomba de alimentar no alcanzaba para las pailas; no había sextantes para tomar la altura, y que, por último, no había ni petróleo, por lo cual les fué difícil hacer señales de auxilio y que hasta los botes estaban en mal estado, como lo probaban los agujeros encontrados y la carencia de timones y de remos.

Sobre este particular disertó largo rato, haciendo consideraciones bastante amargas, corrosivas, reservándose además otras cosas para decirlas en su oportunidad, y a quien creyera conveniente; pidió que se reuniera un tribunal para juzgar el caso, ver de quien era la culpa e instituir el justo castigo.

Como nadie quisiera hablar cuando concluyó, Enrique José Varona, serenamente, sobrio, expuso que todo aquello no era suficiente para el caso, que necesitaba las opiniones de todos y que no olvidáramos lo trascendental de este acto. Hizo algunas consideraciones sobre los episodios revolucionarios y su importancia, e invitó a todos a que revelaran sin empacho sus pensamientos.

Después de expresadas varias opiniones, que resultaron anodinas, excepción hecha de la de Pablo Antonio Menocal, quien con una facilidad de palabras que no le conocía, resumió la opinión suya, la de Caridad Agüero y la de la esposa de X, en una especie de discurso virulento y con un ímpetu verdaderamente nicaragüense; volvió Enrique José Varona a tomar la palabra para exponer al estudio y reflexión de los presentes la persona de Don Tomás, en su doble concepto de Delegado del Partido Revolucionario cubano, y de Ministro Plenipotenciario, nombrado por nuestro Gobierno.

Algo hubo después, no sólo en forma familiar, pues se interrumpió un tanto en ese sentido la sesión, sino también en lo parlamentario de un llamamiento desesperado y casi rabioso del doctor Negra, para que se firmara una protesta, proposición tan fríamente aceptada, y tan poco definida, que se me ocurrió preguntarle qué clase de protesta sería aquélla, ¿a qué conduciría?; que todo el mundo sabe que a nadie le hacía gracia naufragar, y sobre todo, no debíamos olvidar que por más protestas de todos, además de otras cosas, sería inútil, pues no estábamos en condiciones de poder hacer nada legalmente.

Esta última palabra debió de saberle mal al Dr. Hernández, pues inmediatamente se levantó y en un discurso corto, pero brioso e inspirado, de esos que se imponen, manifestó que concurría a aquel acto no como civil, sino como militar, que en este caso aquello sería un verdadero motín.

Dió lugar esto a una discusión entre él y el Sr. Pierra sobre si deberían considerarse los presentes como hombres particulares o civiles o como militares y expedicionarios.

No brotó la luz de esta discusión a pesar de la talla de los dos contrincantes y volvió a entibiarse la reunión.

Pero en esto, un jovencito llamado Villuendas,(8) según creo, expuso la idea única de la tarde que no fué rechazada, pues la del Dr. Hernández no resultó; consistía ella en citar a una especie de cuerpo consultivo, a todos, para que éste averiguara y juzgara los actos de la Delegación; aunque expuso malamente, fué verdadera lástima que dejándose llevar más tarde por la inmodestia, después de todo disculpable, cuando vió que Enrique José Varona en su resumen lo desarrolló admirablemente, recordara entonces, como digo, al auditorio, que aquella idea era suya.

De no haber hecho esto, quizás pocos lo hubieran notado, pero ante esos pocos no hubiera perdido en importancia, Varona aceptó la rectificación, la cual le hizo casi analizar su resumen, que fué indudablemente, como todos los suyos, magistral. Insistió sobre el punto y lo desarrolló en todos sentidos aunque desconocía, dijo el mecanismo del Partido Revolucionario y no podía por tanto indicar cuál era el camino que se debía seguir, ni los pasos que debían darse. Entonces yo, muy inoportunamente, según creo ahora, me permití enterarle de que las elecciones eran anuales y tendrían efecto en el próximo mes de Marzo, añadiendo que de hacerse algo positivo, lo mejor sería esperar hasta entonces.

Mis cortas reflexiones, tuvo a bien interrumpirlas, con bastante descortesía el Dr. Negra,(9) indudablemente por creerlas contrarias a sus propósitos, lo que no impidió la disolución de la Junta sin mayores consecuencias y entre la chacota (*sotto voce*) de los bromistas.

No opina conmigo el sabio Sr. Varona, pues en una pequeña conversación que luego tuvimos en la calle, en presencia de Carlitos y Juan Antonio Lasa, me dijo que según sus noticias, los tabaqueros estaban muy disgustados, y que la mayoría podía mucho, por más que yo me atreví a observarle que en aquella reunión no había existido mayoría, al menos en el sentido oposicionista, puesto que no se llegó a votar ninguna resolución en contra de Don Tomás.

---

(8) Enrique Villuendas.
(9) Ramón Negra.

Indudablemente Varona se refería entonces a la Junta que debe estar efectuándose a estas horas en *Astor House*, y en la que, según me dice X, Don Tomás iba a presentar su renuncia.

Si no fuera por esta junta, a la que en realidad no le temo mucho desde que sé por Cosme y los Carrillos que Manuel Sanguily asistirá y, por creerlo patriótico, defenderá a Don Tomás y no le permitirá que renuncie, nada hubiera pasado; la junta que se realiza esta noche es, por consejo del mismo Sanguily, enterado como está de lo que pasó en casa de X. y como una medida política para evitar que la oposición tome vuelo, cortándola por sus raíces; si no es, como dije, por la tal Junta, me inclinaría a burlarme de lo que presencié, porque en mi opinión el acto de esta tarde no resultó ridículo gracias a la intervención de nuestro filósofo Varona y del Dr. Hernández. Si no hubiera sido por ellos, hubiera degenerado en sainete.

Hay otra cosa en favor de Don Tomás y es que casualmente hoy, según lo traen los periódicos de la tarde, han presentado al Congreso y al Senado de Washington una proposición en la cual se invita a España a que declare la existencia de una guerra en Cuba, dándonos los derechos de beligerantes, con el establecimiento de canje de prisioneros, respeto a los Hospitales y buena fe en las treguas.

Es indudable que ha sido un gran paso en nuestro favor y ha de disminuir el encono de muchos, así y todo no dejo de abrigar mis temores y desconfiar de nuestro carácter, y, por consiguiente, de las medidas que se adopten esta noche.

Según me han dicho, el Brigadier Pedro Vázquez ha estado averiguando toda la tarde si alguno de sus alistados fué a casa de X., pues opina que hubiera sido un acto de indisciplina militar. Razón tuvo el Dr. Hernández en establecer la diferencia que existe entre militares y paisanos.

Los muchachos de Collazo siguen en el *Hotel América* y, según tengo entendido, se dan la gran vida.

Nueva York, Enero 30.

Toda esta mañana estuve preocupado con la Junta que se efectuó anoche; ¿qué se habrá resuelto? Estaban casi todos los ánimos tan excitados que me temo una de esas desgracias, reparable sí, pero tan ruidosa que nos hubiera traído innumerables daños. Con este motivo,

y para quitarme cuanto antes esta preocupación me fuí al *Eleven* del 66. Allí no he podido adquirir detalles, pero sí la impresión de que todo se resolvió felizmente, al menos por ahora, y gracias sobre todo a Manuel Sanguily. Según dicen, estuvo admirable y rayó a gran altura. Su argumentación, según tengo entendido, fué que si bien reconocía que no era Don Tomás un hombre perfecto, era imprescindible y patriótico el sostenerlo en el puesto, y más en aquellos momentos de prueba.

Al que llevaba la oposición, al Dr. Hernández, se le elogia por su rudo lenguaje. Casualmente cuando llegué a la Delegación estaba disertándole Manuel Sanguily a Miguel Betancourt y a Trujillo sobre el particular. Perico, Ros y yo aumentamos el número de sus oyentes. Un poco más tarde llegaron Cosme, Lasa, Manuel de la Cruz, Vicente y Gabrielito Forcade, los que llegaron casi al final; después explicaré por qué me he entretenido en enumerar a todos los presentes.

Entre otras cosas decía Manuel que el Dr. Hernández había estado tan vehemente, debido sin duda a permanecer aún bajo la impresión de la catástrofe. Este era un fenómeno que él había tenido ocasión de observar más de una vez, y era porque en tales casos, cuando el orador es tan impetuoso, llega a ejercer tal influencia sobre su auditorio que la inteligencia se paraliza. Para él, para Manuel, lo grande de la inteligencia humana no era el talento del militar en el campo de batalla, sino el poder de dominar con la palabra a un auditorio.

Después se puso a disertar sobre las expediciones, y manifestó que él creía que un Jefe, en el caso de tener que escoger entre tener que morir volado por la dinamita o entregarse a los españoles, debía optar por esto último; según él no podría tacharse a este Jefe de cobarde, pues podrían tener la seguridad de que él y algunos más serían sacrificados, pero quedarían otros que, de seguro, no querrían sufrir igual suerte, y además podrían ser útiles para su patria en el día de mañana, sin contar que nadie tiene derecho a disponer de la vida de los otros.

No estoy conforme con esta opinión de Sanguily; con tal de que el Jefe expedicionario lo advierta a sus compañeros, opino que es preferible volar, aunque sea estérilmente, si se puede lograr que vuelen con él, al mismo tiempo, sus enemigos.

Nada de esto me atreví a exponer, pues como es consiguiente no me considero capaz para entablar discusiones con Sanguily, pero

lo anoto como opinión mía. Calixto García, por lo visto, piensa lo mismo que yo, al menos tuvo a bien advertirle a todos sus expedicionarios, para que si alguno no estaba conforme, no lo acompañara.

En este estado se encontraba la agradable conversación de Sanguily cuando llegó Enrique José Varona. Y he aquí por qué he anotado a todos los presentes. La conversación que se entabló entre ambos fué importante en extremo, al menos desde ciertos puntos de vista, a tal punto que no juzgo importuno recordar los testigos presenciales. Empezó el Sr. Varona por decirle a Sanguily quería dilucidar con él una frase que en su referencia había pronunciado la noche anterior, y era que él no creía no tuviera opinión formada sobre el asunto tratado; lo cual equivalía a decirle que no había sido franco, cuando en realidad era lo cierto no tenía opinión ninguna sobre este particular.

Sanguily contestó que lo que había él dicho era cómo le extrañaba que una inteligencia superior como la suya (la de Varona) no tuviese hecha una opinión, cuando muchos de los presentes habían emitido la suya. Suprimiendo una serie de cumplimientos, que naturalmente se propinaron, replicó el Sr. Varona, recordando tal vez inconscientemente su sabiduría de filósofo, que toda opinión se deriva de un juicio, y que como él no conocía pormenores de aquel asunto, no se había podido hacer este juicio, y que por lo tanto estaba imposibilitado para formar opinión.

Sanguily se escapó de esta argumentación, lógica e irrefutable con habilidad pasmosa. Comenzó a disertar sobre el Partido Revolucionario y sobre el Delegado, sobre el cual descargó sus golpes, y pudo escaparse por la tangente manifestando, entre otras cosas, que él, por la defensa que había hecho del Delegado se había inhabilitado por completo para desempeñar cualquier destino público en nuestro gobierno, y estaba resuelto a negarse a ello, pues no quería fueran a creer que por interés personal había defendido a Don Tomás.

Varona también manifestó su repugnancia a aceptar destinos, pues preveía que nuestro Gobierno se reduciría todo al mando de los Jefes.

Y aquí empezaron algo a disertar sobre sus méritos personales, y sobre sus campañas revolucionarias, tanto las pacíficas como las armadas. Manuel fué el que más habló, y volviendo después al tema del Partido Revolucionario y al Delegado, repitiendo sus ideas de la noche anterior, las que consistieron en defender a Don Tomás,

por quien sentía viva simpatía personal, por más que no deja de comprender que tiene como Delegado muchos defectos, y en esto se concluyó la conversación por el motivo de acudir Varona a una cita, a las tres, hora en que debía estar con no sé quién, para celebrar una consulta con Don Tomás. ¿Para qué será esa consulta? ¿Será para presentar su renuncia de Director de *Patria* y fundar otro periódico? Ya lo sabré.

Por supuesto que toda esta conversación duró más de una hora, en la cual ambos lucieron sus dotes oratorias y sus cualidades características. Pasé muy buen rato y siempre me alegraré de haber asistido a este conato de discusión entre los dos hombres.

Manuel, en su puesto, en las horas críticas y mirando por Cuba. Indudablemente esta revolución se le debe a él. A él mismo se lo oí decir una tarde en que con orgullo merecido y justo declaraba, en el seno de la amistad, que más que Martí y más que nadie, había él contribuído a esta guerra, y con más méritos también, puesto que hacer propaganda en el punto donde lo hacía era más peligroso. ¡Qué diferente es el Manuel de ayer y el de hoy, al Manuel burlón y mordaz que conocen los que hablan; este Manuel es el adalid de nuestra Revolución, el Manuel puro, apostólico, intachable que casi he venerado!

Y a todas éstas, se conoce que el pobre Don Tomás estaba sobre ascuas. Yo también lo estaba, pues comprendía que allí sobrábamos, y nos enteraban de cosas que no debíamos saber, pero, ¿quién voluntariamente se hubiera sustraído de presenciar aquel encuentro de nuestros dos mejores cerebros?

Y Don Tomás, hombre digno, debía sufrir más, pues que Manuel no se cuidaba de decir, ante él casi, que no lo juzgaba capaz, una vez vi salir a Don Tomás de su oficina, exclamando que le quitaran aquel peso de encima. Vicente lo consoló con su abrazo; yo antes le había dado un apretón de manos de completa adhesión.

NUEVA YORK, ENERO 31.

Ante todo, debo decir, que la consulta de Varona con Don Tomás fué para deliberar, si después de la oposición que le hizo la noche anterior, debía presentar su renuncia de la dirección del *Patria*. Se le convenció de que no.

Diré que la referencia hecha ayer a los jefes por Varona, en su discusión con Sanguily, provino por un llamamiento a la disciplina

militar que en la Junta de antes de anoche hizo Portuondo, Ministro de Relaciones Exteriores, para conservar el orden.

Esta noticia y las demás que anoto las conozco por Juan Antonio Lasa, a quien se la contó uno de los Agramonte, presente en la sesión del 29, pues aunque los periódicos de hoy dan cuenta del meeting no publican felizmente los detalles. Según los periódicos se le dió un voto de confianza a Don Tomás, en la votación se contaron tres votos en contra, el del Dr. Hernández, el del Dr. Negra y Carlos García Vélez, por cierto que a éste nos contó alguien que el General lo había reprendido por este motivo; a propósito de X., debo decir que Yero, a quien vi en la Delegación, me negó rotundamente que antes de ausentarse de la casa de éste hubiese dejado dicho que se adhería por completo a las resoluciones que allí se adoptaran; que por el contrario defendió a Don Tomás cuando lo llevaron al comedor, para enterarlo de los motivos de la reunión, y que allí les manifestó que de ningún modo estaba conforme en aquel momento con aquellos medios oposicionistas. ¿Cuál de los dos decía verdad, él o X? Me merece Yero más confianza.

Volviendo a los detalles que he podido adquirir dicen que el Dr. Hernández estuvo tan exaltado que Sanguily lo trató de brutal, que a Don Tomás le dijo horrores, que igual hizo con Gonzalo, diciéndole que antes atacaba al Delegado y que ahora lo defendía. Que a Trujillo le negó el uso de la palabra, gritándole que siempre había desconfiado de él, y con este motivo volvió a apostrofar a Don Tomás, preguntándole con qué derecho aquel señor, de quien todos desconfiaban, estaba tan enterado de los secretos de la Junta.

Dicen que como Portuondo empezara su discurso diciendo que no había por qué afligirse puesto que era aquello sólo una pequeña pérdida, muchos de los concurrentes tomaron entonces sus sombreros y se marcharon, lo que fué indudablemente una falta de educación. Portuondo así se los dijo, manifestando que en más de una ocasión había hecho estrados ante personas más importantes que las que allí estaban presentes. Dicen que Calixto le echó la culpa a Don Tomás y aunque parece que éste asintió, no quiero creerlo.

Parece que se colaron en la reunión más de ochenta personas, cuando sólo se había citado a unas veinte.

Entre los más virulentos, según dicen, se encontraba el Dr. Negra, el cual entre otras cosas, se puso en ridículo, desmayándose, después de una tentativa de boxeo con un tal Smith, que

fué el perito reconocedor del *Hawkins*. Este, por su parte se disculpó diciendo que a él no le habían manifestado para lo que iba a servir el barco, ni tampoco que se intentara cargarlo con tanto peso y con tanta gente, pues sólo se le consignó para ver si el *Hawkins* serviría como remolcador, pues se le tenía destinado para trasbordos.

¿Quién llegará nunca a averiguar la realidad de los hechos, y conocer a quien le cabe la responsabilidad? Por lo pronto se ha formado un Tribunal de Investigación. Se dice también que se pagó por el reconocimiento del barco la cantidad de setecientos cincuenta pesos, cuando es sabido que estos trabajos los hace cualquier perito por veinte y cinco o cincuenta pesos

El *Hawkins* costó doce mil quinientos. Ahora, después de la catástrofe, todo el mundo asegura que sólo valía dos mil pesos. ¿Por qué no quiso aceptar Calixto el *Horsa* que le propuso Emilio? Dicen que Calixto y Emilio no tienen muy cordiales sus relaciones. Como se comprenderá, hay infinidad de opiniones sobre todo esto, pero todos están contestes en que Sanguily salvó la situación, y en que estuvo muy elocuente.

Mi opinión particular es que el arreglo sólo será momentáneo. Que ya la disidencia existe y estallará cualquier día por algún fútil motivo. Si Don Tomás renuncia, no se encontrará a nadie a propósito para sustituirlo. Varona es hombre de gabinete, más a propósito para el estudio; a Pierra, sin tener estas capacidades, le pasa lo mismo que a Varona. El Dr. Hernández, a más de que no sabe el inglés, se ha puesto muy en evidencia con sus últimos ataques. Manuel Sanguily es demasiado discutidor y apasionado; hoy sostenía que el paso dado por el Congreso nos perjudica grandemente, pues no tenía otro objeto sino defender la propiedad yanqui, lo cual nos imposibilitaba para quemarla cuando nos fuera conveniente. Todo esto sin tener en cuenta que la beligerancia nos traería tales y tan indiscutibles ventajas que hasta podríamos comprometernos a pagar toda clase de indemnizaciones, con tal de que fueran justas. ¡Qué lastima de carácter el de Manuel!

X. no sirve; tiene cerebro femenil en las cuestiones políticas, como lo prueba su famoso argumento de los bodegueros. Gonzalo de Quesada es muy joven, es casi un niño. Emilio Núñez me figuro, aunque puedo estar equivocado, que es poco querido en Nueva York; sin embargo creo podía servir; conoce el país y hasta ahora es el único que ha trabajado con provecho. Francisco Javier

Cisneros, también, quizás; aparentemente reune toda clase de cualidades, pero aparte de los resabios que deben quedarle de la guerra pasada, hay quien dice que es un déspota, y que por los muchos disgustos personales que ocasionaría, grandes males podrían sobrevenir.

¿A quién poner entonces? Cualquiera que fuera hombre de palanca serviría para el caso, si la Constitución del Partido Revolucionario no fuera tan mala; para mí y para otros, entre ellos Pedro Betancourt, en eso está el *quid* y todo el mundo se estrellará en ese puesto; por lo menos, Don Tomás, contenta a todo el mundo, y se evitan así escandalosas violencias. El Partido Revolucionario lo fundó Martí para José Martí; era una obra casi maestra, dada sus cualidades; pero faltando él es una (ilegible) y por desgracia no todos son José Martí. ¡Qué remedio queda! ¿Modificar los estatutos del Partido? ¿Sería posible? Yo creo que no, en nuestras circunstancias actuales, el tiempo apremia, y la formación de nuevas bases, más democráticas, tomarían mucho tiempo.

No veo más solución al problema sino esperar, y entre tanto yo aconsejaría a los que dignamente aspiran al puesto que se apresten a obtenerlo de las elecciones de Abril; todas las demás cosas, metings, protestas, juntas, sin contar con que son ridículas, resultan antipatrióticas.

Por lo pronto el proyecto de formar una especie de consulado de cuatro, como se anunció en casa del Dr. Menocal me parece un disparate. Si la cosa trabaja mal con uno, ¿cómo sería con cuatro? Estos repartos de mando han dado mal resultado, desde el remoto tiempo de los romanos.

Me decía Cosme esta noche que los disidentes (llamábalos así no encontrando otra palabra más adecuada), por ver si conquistaban a Sanguily, le ofrecieron la delegación. Por otra parte, me aseguró el mismo Cosme, que Sanguily ha sido nombrado oficialmente por nuestro Gobierno Sub-Delegado, pero no lo ha querido aceptar.

A todas éstas se vuelve a hablar de que seremos postergados de nuevo. Soy tan pesimista que me inclino a creer sea cierto, aun cuando Vicente me ha asegurado que Don Tomás, con quien habló sobre el particular, le dijo que todo eso era completamente falso, y de todos modos saldríamos los primeros, con o sin Calixto.

Vicente estuvo muy hablador y confidencial: me refirió los proyectos de nuestras dos salidas, la de Wilmington y la de Inagua, y por proceder de su hermano, son de buena tinta. En la de Wilm-

ington, además de machetes, revólveres y demás, llevábamos cien rifles y cincuenta mil tiros; íbamos a desembarcar en el Camagüey; por concesión especial de la casa consignataria iríamos en el *Laurada* y los pertrechos encerrados en cajas de modo que se pudieran dejar en el agua a orillas de la costa para después ir por ellos.

Nos dirigiríamos enseguida al Cuartel General para llegar a tiempo. Según instrucciones de la Junta, Betancourt y yo, los dos como Delegados por Matanzas y otro por Las Villas; en lo que respecta a mí me extraña, aunque por otro lado lo comprendo, dada la escasez de gente conocida que había entonces en la revolución. Es probable que a Betancourt lo hubieran nombrado Secretario. ¡Lo que es la suerte de los hombres! Y que tan adversa ha sido para nosotros.

En la salida para Inagua después de trasladar al *Comodoro* recogeríamos la gente de Collazo para desembarcar en Las Villas; de haber llegado entonces probable es que hubiera hecho Carrillo lo que ahora está haciendo Maceo. También me han dicho que van a dar un nombramiento a Emilio Núñez para que en lo sucesivo se haga cargo de mandar todas las expediciones.

NUEVA YORK, FEBRERO 1º

Hoy he sabido que Bonifacio Gómez se ha ido para el sur; el motivo, la llegada de su familia que ha salido de La Habana huyéndole a Weyler; se ha ido a la inglesa, sin despedirse de nadie, lo cual me extraña porque él es muy cumplido; ha quedado en volver, pero yo no lo creo. Ya es hombre de unos cuarenta años largos, y rico, a juzgar por lo mucho que gasta y comprendo que no se avenga a los papeles ridículos que estamos haciendo en estos cinco meses.

Bonifacio tiene para mí mucho de misterioso; es complicado si no en su cerebro, sí en su vida, la cual sigo ignorando porque es muy callado. Con la ida de él y la de Lima, que ocurrió hace unos días, va quedando muy reducido nuestro grupo. Lima también se fué por la llegada de la madre, que según le escribieron estaba muy enferma y afectada por la muerte reciente de otro de sus hijos. Han apelado a los grandes sentimientos para hacerlo desistir, al menos, por ahora.

Y lo siento porque es muy buen muchacho, valiente, serio y reservado; no dudo sería un magnífico soldado. Me estoy conven-

ciendo de que nuestro grupo es el más patriota y el menos atendido de todos. El fracaso de Inagua sólo costó mil setecientos pesos en los dos meses y pico, que si de los cuales rebajamos el gasto de la vuelta, quinientos pesos, y los honorarios de los abogados que ascendieron a casi otro tanto, quedarían reducidos nuestros gastos personales.

Según cálculos que hicimos el otro día con Cosme, gastamos cada uno, de dos a tres pesos semanales, teniendo en cuenta los extraordinarios a bordo del *Partridge*, los producidos por los enfermos y hasta los de una pequeña irregularidad que se descubrió.

Nuestro General Pancho Carrillo vivía en un modesto *boarding* de siete pesos semanales, en cambio Collazo ocupa según me han dicho dos magníficas habitaciones en el *Hotel Martín* y no digamos nada de lo que ha gastado su gente en el *Hotel América*.

A Calixto no le da por gastos en su persona, pero sí en sus expedicionarios; lleva ya repartidos entre los náufragos dos mil cincuenta y cuatro pesos, según me dijo no sé quien, lo cual no me parece mal pues el fracaso fué tan completo que los muchachos perdieron hasta la ropa. Algunos han recibido, como Alfredo Arango, cuarenta pesos, que como es natural le han servido para dar una rumba.

De otro sé que pidió para un sombrero, le dieron seis pesos, cuando el más flamante de *Knox* sólo vale cinco, a pesar de que es la mejor y más cara de las sombrererías de New York. Hoy vi a X. en el *Eleven* y no juraría que lo estuviera, pero todas sus apariencias eran las de un beodo. He oído decir que se ha comprado el *Horsa*.

NUEVA YORK, FEBRERO 5 DEL 96.

Hoy es el santo de mamá y le he puesto un telegrama, felicitándola; nunca creí que estaría aquí en esta fecha, ¡seis meses estar luchando por irse a la guerra y no haberlo podido conseguir todavía!; nadie lo hubiera creído. Si no me precipito y me quedo tranquilo en casa, hace ya dos meses que podía haberme dado de alta en las filas mambisas. ¡Qué mala suerte he tenido!

La administración de la Junta va siendo cada día más débil y la suavidad de Don Tomás lo va a perder. A Calixto le ha dado carta blanca y a Collazo, por no disgustarlo, según dicen sus enemigos, le ha dejado hacer lo que ha querido. Ayer se fué otra vez para

el sur y sus expedicionarios le han costado a la Junta la friolera de mil doscientos pesos. Los gastos en el *Hotel América* han ascendido a ochocientos y pico de pesos...

Sin contar a Collazo y al Brigadier Vázquez, eran quince: Carlos Maciá, Ramón Hernández, Jorge Serpa, Gabriel de Cárdenas, un tal *Giú,* Secades (a) *el Turco,* Villada, José Hernández, Charles Hernández, Eddie Machado, Juan Manuel Menocal, un pardo, y tres más cuyos nombres no recuerdo. El único que no se mezcla en las bachatas es Menocal; no bebe nunca, es excelente muchacho y muy simpático, pero no hay modo de despegarlo de Collazo, a quien defiende a capa y espada...

Este Menocal es abogado y magnífico estudiante; dicen que hizo toda su carrera a pulso y de balde, cursando todas las asignaturas con matrícula de honor por los premios llevados en oposiciones los años anteriores. También me extraña de Carlos Maciá, a quien creía más serio.

Ha llegado *Justo de Lara;* éste sería a propósito para fundar otro periódico aquí, o lo podrían utilizar para trabajos legales los anti-tomasistas, y hacer lo único que creo razonable, como anteriormente dije.

Antes de ayer hizo un frío horroroso; granizó y cayó una fuerte nevada. Sobre nuestra expedición corren rumores contradictorios. Tan pronto nos vamos sólos como reunidos con Calixto, pero en grupo aparte. El día 3 compré un par de zapatos, ¡qué buenos son! Aunque me temo sean un poco calientes para Cuba. Para eso tuve que darle una especie de sablazo al Dr. Ferrer, no fué un sablazo completo porque le dí un pagaré para casa.

Por fin he conseguido que me diera Perico Betancourt el borrador de la carta que él envió desde Washington a Juan Gualberto Gómez; es un documento histórico de importancia.

He conseguido en estos días, y también por conducto de Perico, varios autógrafos; dos de Martí, uno de Manuel Sanguily, otro de Betances, de Calixto y de Francisco Javier Cisneros.

Anda por ahí una protesta en la cual se pide a Don Tomás lance de su lado a las personas que lo rodean y nombre, como Cuerpo Consultivo, a cuatro personas, como se dijo aquella noche en casa de X.; no he querido firmar.

Carlitos Martín Poey ha sido nombrado ayudante del General Calixto García; me alegro por él, a quien considero merecedor de esta distinción.

Los periódicos de hoy publican una proposición del Senado para que se nos reconozca la beligerancia, en vista de que España no ha hecho caso a su primer mensaje; se discutirá el lunes próximo.

Esta noche ha estado en nuestro cuarto el Coronel Núñez; nos ha dado toda clase de seguridades. Estuvo, como siempre, muy agradable. Las expediciones por el *Laurada, Horsa,* etc., cuestan cada una, unos seis mil quinientos pesos; sin embargo, él pudo conseguir la de Carlos Manuel de Céspedes por cinco mil pesos. Cuando fué con el *Horsa* a buscar a Collazo, se ajustó el viaje en $8,500.00; pero como no logró recogerlo, porque ya éste se había ido, se pudo rebajar a $4,500.00, aunque el contrato está bien explícito y no admitía arreglos.

También he oído decir que Núñez tenía ajustado en $6,500.00 cada una de las expediciones; pero que X. sin consultarlo ofreció al mismo dueño $12,500.00 por cada una, y que éste viendo tan poca formalidad entre nosotros pide ahora $18,000.00.

¿Será esto cierto, o el aumento de precio provendrá de que el armador quiera resarcirse de los perjuicios que le han ocasionado los juicios contra el *Laurada,* y de que al *Horsa,* España y Dinamarca lo hayan declarado pirata? Esto es lo más lógico.

NUEVA YORK, FEBRERO 6.

Hoy vengo de *Down Town* muy esperanzado, Núñez se ha ido para Filadelfia y se lleva a Rojas, que es su hombre de confianza, para el reconocimiento de buques; no sé por qué me imagino que nos vamos el sábado. Nos ha encargado que recojamos los trastos que desde principios del mes pasado tenemos en casa de Benjamín Guerra. Hoy no lo hemos podido hacer porque está lloviendo mucho.

Me dijo el Dr. Hernández que el único amigo que le había quedado, después de la noche del 28, era Don Tomás; que después de acabada la Junta vino a estrecharle la mano por haber sido el único que había tenido la franqueza de atacarlo de frente.

NUEVA YORK, FEBRERO 7.

Los periódicos de ayer califican el viento que hubo de terrible huracán, dan cuenta de edificios derrumbados, etc. ¿Qué le sucedería a esta Ciudad si lo visitara uno de nuestros famosos ciclones?

Los náufragos van a tomarse una fotografía alegórica de la catástrofe. Me parece bien, menos la esperanza que tienen de vender veinte mil ejemplares, y más, con las dimensiones que le han dado al proyecto; se necesitaría todo un testero de habitación para colocar el cuadro.

Han llegado nuestros trastos, Perico fué a buscarlos a casa de Guerra, trae malas impresiones. Según le dijo Vicente, tardaríamos lo menos ocho días en salir y no iremos solos sino con Calixto, pues Emilio con su nombramiento no podrá salir de aquí.

De mal humor me tiene la noticia, sin embargo, no sé por qué no he perdido la esperanza, tanto que este cuaderno, mis autógrafos y otras pequeñeces pienso llevárselas mañana a Melchorito para que me las guarde. Lo tengo hecho cargo de mi archivo, o con menos pretensiones, de mi baúl; dejándolo aquí no se perderá este cuadernito, que por otro lado está casi lleno, y vendría a aumentar el número de los muchos bultos que pienso llevar a la guerra. ¡Con tal de que nos marcháramos mañana!

NUEVA YORK, FEBRERO 9.

Por fin no llevé este cuadernito a mi archivo, fueron muy convincentes las pruebas de que no nos íbamos para que me resolviera a desprenderme de él. Por esta razón, la de irnos, acabé el día de ayer de un humor endiablado y es porque tengo ya la experiencia de que casi todas las expediciones salen los sábados, y no habiendo salido ayer, esto nos representa una semana más, por lo menos, de permanencia aquí.

Todavía nos va a coger el aniversario de esta Revolución en país extranjero, y lo peor es que nada remediamos con desesperarnos. Tiene uno que rabiar sordamente y someterse, pero a la verdad, ganas no faltaban de ir a la Junta y decirle cuatro barbaridades por su inacción. Ya hace quince días que salió Calixto para.... naufragar. Paciencia y barajar.

Acabo de llegar de casa de Sotico, está enfermo con anginas y tiene tal susto de que Calixto se vaya antes de que se ponga bueno él que fastidia a Perico mandándolo a buscar dos o tres veces al día. Con él fuí allá; sólo estaban Alfredo Arango y *Justo de Lara,* a quien me presentaron el otro día. Es un hombre que me gusta; tiene una buena cabeza, se le conoce en seguida que es muy inteligente, y también orador; no dudo que llegue a ser un hombre prominente en Cuba.

Se charló sobre diversos asuntos; Betancourt sobre su conspiración en Matanzas, por cierto que le oí referir una entrevista con Govín, que aunque ya me la había contado, entonces no la anoté, y la creo digna de ello. Parece que unos meses antes de la guerra, por convenio mutuo de los comités revolucionarios, se resolvió darle intervención en los trabajos a la Junta Autonomista, con tal que pronto los condujera a la guerra; al efecto fueron Collazo, Aguirre y otros, a ver a Govín, quien convino en ello y se encargó de hablar a los demás, con tal que después de estallada la guerra, se le dejara a la Junta Autonomista la dirección de los asuntos políticos. A más de hablar de los demás señores de la Junta, se encargó Govín de escribir tres artículos, dos de ellos muy pesimistas, en los cuales pintaba las malas condiciones del país, y el tercero presentando a Máximo Gómez como un gran patriota y como al Jefe indiscutible de una posible revolución. De estos artículos, que previamente fueron enviados a Juan Gualberto Gómez, el cual los aprobó, sólo pudo publicarse el primero, pues a Montoro le disgustó mucho, y como entonces Govín pusiera en su conocimiento los planes proyectados, se negó rotundamente a secundarlos, y reunió enseguida a toda la Junta, la cual los desaprobó. Govín es indudablemente amigo de la revolución, esto último se lo declaró a Collazo en su entrevista, pero le fué imposible combatir a Montoro, que es, y en ello convienen todos, el autonomista más convencido de todos los cubanos. Según *Justo de Lara* su única razón para ello es la creencia que tiene, sincera, que estaremos peor independientes que bajo el Gobierno español.

Armas nos dió varias noticias sobre La Habana, que desconocíamos, entre ellas, el puñetazo que le dió Martínez Campos a no sé quien, cuando ya viviendo en el *Hotel Inglaterra,* fueron a decirle los conservadores que sus ataques solo se dirigían al Gobernador de la Isla y no a su persona. También nos contó, cuando hablamos de Nassau, del apresamiento del *Comanditario.* Como ya se sabe el proyecto de aquellos hombres decididos era en último

caso cederlo a los peruanos, pero tuvieron la mala suerte que en vez de encontrarse con un barco del Perú se tropezaron con un cañonero español. El Comandante de este barco traía cartas de Dulce, entonces Gobernador de Cuba, para que las autoridades inglesas le entregaran a aquellos piratas, y por lo visto el Gobernador de Nassau los hubiera entregado a no ser por un consejero de la raza de color que se le ocurrió hacer algunas reflexiones sobre la autenticidad de las cartas, y la posibilidad de que el Comandante español no fuera sino un pirata disfrazado.

Las reflexiones serán exageradas, pero compelieron al Gobernador inglés a pedir más pruebas al Comandante español, y aconsejarle que volviera a La Habana para la legalización de aquellos documentos, pues él no conocía la firma de Dulce, y ni siquiera sabía oficialmente si éste era el actual Gobernador de la Isla de Cuba.

Mientras fueron a cubrir tal formalidad, tuvieron a bien escaparse los cubanos del *Comanditario,* todo esto *se non è vero, è bene trovato.*

NUEVA YORK, FEBRERO 11 DEL 96.

Parece mentira lo poco que tengo yo desarrollado el órgano de la resignación, en los seis meses que llevo ya de tener el pie en el estribo, todavía me desespero al ver nuestra tardanza en salir. Ayer vino Núñez y me llené de esperanzas; hoy fuí abajo de la ciudad y volví hecho una fiera; Núñez se había marchado; pero no era sólo esto. Don Tomás, según averigüé, se va mañana para Washington, y de allí al Sur, según unos a esperar a Castillo Duany, que acaba de llegar.

El motivo me importa poco, el hecho es que me fastidia, porque no podrá estar aquí de vuelta para el sábado y demasiado sabemos que las expediciones sólo salen los sábados y de ningún modo cuando está Don Tomás ausente, así es que nos encontramos con la perspectiva de quedarnos no sólo toda la semana sino también, por lo menos, en la entrante. De ahí viene mi desesperación; y bien mirado no sé por qué; pues bien pudiera suceder que después de tanta prisa, al llegar a Cuba resulte yo o inútil o cobarde; que se me arrugue el pellejo, según la frase favorita

de Landa. ¡Tendría que ver! Y lo peor es que no estoy seguro de mi valor; hasta ahora no he tenido ocasión de comprobarlo; esperemos, sin embargo, de que a pesar del miedo se llegará a sobreponer la dignidad.

Hoy estoy solo en mi cuarto; desde por la tarde mandaron a buscar a Perico, y es ya cerca de media noche, y todavía no ha vuelto. Parece que una hijita de Manuel Sanguily está enferma, ¿se habrá agravado? Al volver esta tarde de la Delegación encontré frente a casa, a la puerta de un establo, un caballo muerto. En aquellos momentos lo cubrían con paja para disimularlo de la vista del público.

Quedé preocupado pensando en el método que aquí emplearán para esta clase de entierros, y dispuesto a averiguarlo. Al efecto me aposté en mi ventana y aún no había transcurrido media hora cuando vi resuelto el problema. Llegó un carretón cuadrilongo, cubierto por todos lados, y tirado por dos hermosos caballos; junto a él y sirviendo de pescante había otro cajón de la misma forma, pero más chico, y delante del asiento del cochero un juego de ruedas dentadas, supongo que en el cajón chico, a que hago referencia, estarían sus complementos para facilitar el trabajo.

El cochero se apeó, dejó caer la parte de atrás del carretón, formando un plano inclinado, sacó de adentro una cadena y después de echar a un lado la paja, amarró con una de ellas las patas traseras del caballo. Acto continuo se paró al lado del pescante y emprendió la marcha. Todo esto fué realizado sin esfuerzo aparente y en ocho minutos y medio. ¡Ventajas de la maquinaria! ¡Qué diferencia entre este sistema y el empleado en La Habana!

No sé de qué murió el caballo; probablemente al verlo agonizar lo sacarían del establo para evitarse ese trabajo después de muerto.

Hoy conocí de vista al General Rosas (colombiano), es bajito, de unos cincuenta años, y la verdad es que no tiene aspecto militar; cuentan de él que anduvo muy sereno cuando el naufragio del *Hawkins* y que ya en la goleta, después del salvamento, se le presentó a Calixto y le dijo: "General: he salvado la vida y el honor. Aquí está mi arma que es la que constituye el honor de un militar, y lo último que debe perder". Y le enseñó su revólver que había salvado.

Esta anécdota me aseguran que es histórica.

NEW YORK, FEBRERO 14.

Me he encontrado al final de este cuaderno un articulito que Perico escribió sobre mí; hasta cierto punto no me sorprendió encontrarlo, porque me lo había prometido, aunque si he quedado asombrado al ver lo bien que me juzga y lo bondadoso que es conmigo. ¡Ojalá fuera así! Por desgracia tengo otros muchos defectos, pero que por benevolencia no ha querido transcribir. Hoy fuí con él a ver a Couspiere, que ha salido del Hospital y está mejor. Eran dos los objetos de nuestra visita; el uno, ver si podía darme algunos detalles de Jallais; el otro, tratar de que me explicara un prospecto que viene anexo al telémetro Souchier, y que tiene la forma aproximada de un sextante; como es un aparato perfecto, y él ha pertenecido a este ejército, creí me podía informar; no ha sido así, directamente, pero sí indirectamente, puesto que me proporcionó una explicación impresa de él; muy clara por cierto, y que me he entretenido en estudiar y copiar esta noche para devolverle mañana el original.

El telémetro Souchier es un anteojo muy bueno, muy útil y muy moderno; por una simple aplicación mecánica, a la que se une un pequeño cálculo rudimentario, se puede averiguar a qué distancia está un soldado o un jinete enemigo, la explicación no viene ahora al caso, pero sí quisiera anotar que por encargo de Couspiere el Dr. Betances mandó, no sin grandes dificultades y costos, diez aparatos a esta Delegación. Ocho le entregaron al General García, uno lo tiene él y el otro lo tengo yo. Los de Calixto se perdieron en el naufragio, lo cual fué imperdonable, dada la importancia del instrumento, lo difícil que fué conseguirlos, y lo fácil que hubiera sido salvarlos, pues como tiene sus correas para colgarlos al hombro no hubiera costado ningún trabajo conservarlos. Pero entonces, y lo comprendo perfectamente, habría cosas más interesantes en que pensar.

Así es que de los diez anteojos sólo quedan dos; el de Couspiere se salvó por haberle impedido su enfermedad embarcar en el *Hawkins*, y el mío. Pero el mío merece párrafo aparte.

Al principio, a ciencia cierta, no sé por qué, quizás por el parentesco que le une a Benjamín Guerra, se lo entregaron a Mendoza con el objeto de que sirviera para el General Carrillo, y lo llevara al grupo, el nuestro, que aún tenía aquí. Desde que lo vi la eché

el ojo, ¿por qué no decirlo?, y lo ambicioné, tanto más cuanto que conociendo a Mendoza me temí que a última hora se le olvidara.

Al efecto, y como yo no vivía en su misma casa, le encargué de su vigilancia al Dr. Marrero, con tan buen acierto que el día que nos acuartelaron, según suponía todo el mundo para embarcarnos, y que después resultó haber sido para comunicarnos aquel recado, manifestando que podíamos escoger entre irnos con Calixto o quedarnos con Núñez, comparecieron todos, menos Mendoza. Pero el bueno de Martín no se olvidó de mi encargo, y además de su equipo, trajo también el telémetro. Desde entonces está en mi poder; yo, haciéndome el bobo con Mendoza; éste, no atreviéndose a reclamármelo, y así ha quedado en mi casa.

Pero entonces él conquistado por su tío, el Comandante Almanzor Guerra decidió irse con Calixto y por bondad de corazón me manifestó que puesto que ya él no iba con nosotros y como esos gemelos iban destinados para Carrillo, me cedía, bajo su responsabilidad, su propiedad, para que pertenecieran a nuestro grupo. Asentí a ello muy gustoso, aunque por otra parte estaba resuelto a no separarme de mi aparato, bajo ningún concepto, a menos de inexcusable mandato superior.

Se fué Calixto, naufragaron, Mendoza se ha vuelto a incorporar a nuestro grupo, Calixto lamenta la pérdida de los anteojos, y yo estoy pasando los grandes sustos por el temor de que se llegue a enterar que tengo uno y le parezca bien pedírmelo. En tal caso me defenderé hasta última hora con el General Carrillo y mientras tanto voy escapando. Y después de todo, no sé para qué tantos trabajos; si probablemente al llegar a Cuba los querrá usar mi General, y me quedaré yo sin ellos, a pesar de haberme tomado tanto empeño, así son las cosas de este mundo.

Volviendo a ..., no me extrañó que desconociera el sextante aquél, pues por más que se las da de capitán del ejército francés, sabemos que sólo era un simple sargento, a pesar de su interview dada en París y que publicó *La Lucha*. En cuanto a averiguar del pobre Jallais, sólo he podido saber que se llamaba Emilio, que por toda familia sólo cuenta una hermana casada, que tenía treinta y cinco años y que era natural de Poitiers.

En estos últimos días solo me ha sucedido de notable que el Dr. Ferrer me entregara quince pesos, resto de los veinte y cinco que por su conducto me había mandado Melchor, y me encuentro con que el cuadernito se está acabando y me decido por archivarlo

de una vez, parte también porque mañana es sábado y por más que Don Tomás no está aquí, y aunque todo el mundo dice que no, no me extrañaría que dieran la orden de embarque.

Se sabe al *Comodoro* salido de North Carolina. Vicente dice que para probarlo, pero si la prueba resulta buena, ¿no podría suceder que aprovecharan su salida para mandarnos de una vez? Y más cuando mañana sale uno de los vapores de Clyde, de la misma compañía que el *Delaware,* que nos llevó a Inagua; no me extrañaría que nos fuéramos mañana. De todas maneras, aunque no resulte así, no estaría demás estar preparado.

Betancourt me pide consigne aquí, que si por una desgracia, muy posible, ¡y tan posible!, me matan en la guerra, le entreguen éstos, mis apuntes de expedicionario.

Para tal eventualidad se los tenía dedicados a mi hermana Carmen, mi muy querida madrina, para que los conservara como recuerdo mío, y le sirvieran de conversación conmigo, aunque fuera de ultratumba. ¡Es tanto lo que la quiero!

Pero yo creo que pueden compaginarse las dos cosas; la propiedad puede ser para mi madrina, y al mismo tiempo el usufructo para Betancourt. Por usufructo entiendo, no lo que define el derecho, sino que si él lo pide, se los presten para que copie, lo que más conveniente le parezca.

No te opondrás a ello, ¿no es verdad, querida madrina?

EDDIE".

NUEVA YORK, FEBRERO 18.

Por fin resulta que vamos todos juntos y muy pronto; estas noticias que me las dieron (con otra) reservadamente antes de ayer, ya son hoy del dominio público.

Dicen que el vapor es magnífico, de acero, con camarotes de tres clases, pues era de pasajeros y que camina unas quince millas; también se dice que llevamos mil quinientos máuseres y la friolera de un millón de tiros, aunque vamos con Calixto iremos como grupo aparte, con Núñez como Jefe. Este sólo va hasta Cuba como Jefe de Expedición, pues desde que tiene su nombramiento como enviador de expediciones, piensa llevarlas todas.

Peña no va con nosotros; lo reservan para el mando de otra expedición; lo siento, con su ida, puede decirse, que queda acéfalo

nuestro grupo, ya de por sí bastante reducido, según he ido anotando. Me refiero al grupo veterano de Wilmington y de Nassau, porque si contamos los que se nos han de ir incorporando, llegamos todavía a veinte. Entre ellos están Agustín Cervantes, los dos Laborde (Eduardo y José), Jiménez, sobrino del célebre Pancho, del mismo apellido, un tal Boital, y tres o cuatro más que ahora recuerdo. El X. es el que más se distingue entre los nuevos, es bastante simpático, pero como tiene la monomanía de hablar, incurre en muchas exageraciones, sobre todo, repite mucho.

Diariamente nos cuenta todas sus conquistas, y especialmente las de una época que él considera memorable, en la que en veinte y dos días hizo veinte y cuatro conquistas, aunque en una ocasión tuvo que confesarnos que la más cara fué de 15 pesos. De Alemania también nos cuenta proezas, allí eran tres a la vez, una gran duquesa, una cocinera y no sé quien más, para ello tenía que caminar todos los días siete leguas, y él mismo se extraña de que tuviera tanta resistencia su naturaleza. Ya lo creo que tiene motivos, parece mentira que a los cuarenta años, que él confiesa, se consideren algunos tan (ilegible).

Otras noticias que me han dado sobre nuestra expedición, y éstas sí que son, hasta ahora, más reservadas; es que sólo el buque va alquilado y se compromete el dueño de él a ir con nosotros.

También el dueño queda encargado de los gastos de comida, carbón y otros. Lo ha reconocido un ingeniero, recomendado por el Dr. Guiteras, de la marina norteamericana y en su certificado hace constar el buen estado del buque; sólo recomienda, para que se le aumente su velocidad, se le limpien los fondos y se le cambie la hélice, pues tenía una aleta rota; ambas cosas se están haciendo.

Otra noticia reservada es la de una carta de Máximo Gómez a Don Tomás, en la que pide, a costa de toda clase de sacrificios, el envío inmediato de Calixto García. Como lo que precisa es su persona, sólo quería que fueran con él, para así apresurar su salida, veinte y cinco hombres. También dice la carta que el mismo Gómez irá a recibirlo, y que para el desembarco se confíe por completo en la persona comisionada. ¡Qué malo fuera si la carta estuviese falsificada y fuese todo ello un complot gigantesco.[10]

---

(10) En la carta de Máximo Gómez a Don Tomás, del mes de febrero, y fechada en Río Bayamo, cerca de Güines, se destinaba la expedición a Pinar del Río, para auxiliar a Maceo, y encarecía el envío de un cañón. No dice Gómez nada de recibirla él, que no estaba en Pinar sino en La Habana. Como todos saben, el Gobierno que se apropió de las municiones que llevaba *Mayía* a Maceo, ordenó que se destinara la expedición de Calixto a Oriente.

De otra carta también han hablado, está firmada por Jallais pero se cree que su verdadero autor sea ...

La devuelve Enrique Rochefort, a quien iba dirigida; en ella se trata de Collazo, calificándolo de Bazaine cubano; se dice que el General García es uno de tantos, pero que si tuviese un Jefe de Estado Mayor se podía remediar su poca pericia; al efecto, da a entender que ... serviría para el caso; esto, y el confesar el mismo Rochefort que la letra se le parece a la de ..., son casi pruebas completas contra él. Pero lo más grave no es esto, sino que el firmante se compromete a mandar toda clase de pruebas sobre la falsedad de Collazo, si Rochefort se compromete a publicarlas y hace en su periódico una campaña contra Collazo. Rochefort se ha portado tan decentemente que en vez de hacer caso de la carta, se la mandó a Calixto, con una de su puño y letra, llena de nobleza y en la que le dice entre otras cosas, su esperanza para que nuestra Patria, Cuba, nunca tenga un Bazaine.[11]

Todo esto podrá ser cierto o no; pero lo anoto porque me parece interesante, pero lo que sí es un hecho, y así lo leí en el *Herald*, del otro día, es que el *Comodoro* salió de North Carolina entre vítores y aplausos. ¿Nos iremos en él?

NUEVA YORK, FEBRERO 20.

¡Qué mal día el de ayer! Recibí cartas de casa, y en ellas me dan la noticia de que mamá está enferma. La cosa no es (ilegible) porque no sabe uno lo que tiene hasta que lo pierde, y no sabe uno cuánto quiere a su madre hasta que la sabe enferma. Si a alguna persona creía yo, fuerte y sana era a mamá. Se levantaba al aclarar y se mantenía con su mismo carácter indomable de siempre.

Me parece estar viéndola, seca de carácter, pero cariñosísima en el fondo, con su pelo blanco, echado para atrás, con su boca desdentada, que no en balde tiene ya 68 años. (Existe una serie de líneas, casi destruídas en el manuscrito, y que es imposible reconstruir).

Su enfermedad no es de cuidado hasta ahora, un simple catarro con mucha tos, pero a su edad todo es peligroso, y dice el Dr. Vi-

(11) Rochefort, el famoso libelista, Director de *El Intransigente*, hoy olvidado por todos los cubanos, puso al servicio de la causa de Cuba su periódico, su persona, su bolsa, sin reparar en nada.

cente Benito Valdés que si no se cuidaba podía degenerar en una tuberculosis. Dios quiera conservármela, pues sería mucha desgracia perderla, y más en estos momentos. El destino es cruel conmigo; no le basta infligirme todas las angustias de mi situación para impedirme cumplir con mi deber, no le basta hacerme fracasar dos veces, y también quiere añadir las angustias de mi madre enferma, cuando estoy lejos de ella, cuando me veo imposibilitado de acudir a su lado. Toda la tarde de ayer, y todo el día de hoy, he estado con ese pesar fijo. Permita el Cielo que pronto reciba noticias más tranquilizadoras.

El estado de ánimo en que me encontraba con esta noticia debe haber influenciado la fuerte impresión que tuve al saber la muerte del pobre Manuel de la Cruz. Murió, y no se sabe de qué, antes de ayer estuvo en la Delegación, y murió al día siguiente por la mañana, hora y media después de haberle puesto su doctor una inyección de morfina. Hoy, queriéndole rendir un último tributo de amistad fuí a verlo a su casa número 345 de la (ilegible) 29. Allí estaba en un sarcófago, todo nuevo, con agarraderas de metal y una plancha también de metal.. Tenía sólo 32 años; morir tan joven cuando (ilegible) anunciaba realizarse (ilegible) ...es cosa bien triste... no sólo por él sino por su mujer e hijo que deja, también es triste la... de quien prometía ser una gloria, porque Manuel... cuando de sus experiencias fantásticas de la primera edad, que desplegó en sus *Episodios* y en sus *Cromitos,* era uno de nuestros mejores escritores, y quizás el historiador de esta guerra.

Por lo menos era el único que, con toda su paciencia empezó a coleccionar datos.

En el saloncito de su casa, convertido en cámara mortuoria y no en capilla ardiente, pues no había una sola vela, no se encontraban más que su suegro, Don Miguel Betancourt, el Coronel *Chepito* Rodríguez, Gabrielito Forcade y un tal Ferrer. Después llegó el Coronel Rafael Cabrera; alguien mandó un ramo de flores; éstas, y las que en forma de corona regaló *El Porvenir* son las únicas que había sobre el ataúd. En la puerta de la casa, el habitual crespón con su doble lazo de cintas blancas y negras.

Manuel de la Cruz era natural de La Habana, y creo siempre vivió en Jesús del Monte; últimamente, además de sus tareas periodísticas, se ayudaba dando clases para ganarse la vida. Yo lo conocí en el cuarto de Julián del Casal, pero donde más lo he

tratado ha sido aquí: siempre lo encontré amable (ilegible)...... en su féretro parecía completamente dormido; si no hubiera sido por el tono violáceo de sus labios, no se hubiera dicho que estaba muerto; tenía hasta buen color, muy afeitado, según costumbre de aquí, y muy peinado. Unica vez que lo he visto tan compuesto; no estaba vestido sino envuelto en un sudario; he sentido su muerte como paisano y también como hombre de letras. Pensaba que me sustituyera algún día a Casal.

También me han dicho hoy que ha muerto Juan Gualberto Gómez, del cólera, en Ceuta, y Don Rafael Errasti a machetazos en el Ingenio; éste solo tiene para mí la importancia de un antiguo conocido, pero el primero era hombre de verdadero talento; algunos decían que era racista; otros, mejor enterados, al menos motivo para ello tienen, afirman que no. Su única pretensión, según esto, era colocar su raza a la altura de la nuestra, pero en ningún modo llegar a dominarla. Yo no lo conocí, y leí poco de él, sólo de oídas, pero sé que mucho contribuyó con sus trabajos a esta Revolución.

Pero a quien más he sentido es a Manuel de la Cruz; mañana a las diez es su entierro. De buena gana iría.

NUEVA YORK, FEBRERO 22.

No recibo cartas; muy angustiado me tiene la enfermedad de mamá, y a todas éstas es probable que nos vayamos hoy. Al menos han dado la orden de acuartelarnos, de cinco a ocho de esta noche. ¿Tendré que salir sin noticias?

NUEVA YORK, FEBRER *22.

Sin carta hoy también, no han repartido correspondencia porque es el aniversario del nacimiento de Washington; bien podía este señor haber nacido otro día; mañana por ser domingo tampoco repartirán, me tiene cada vez más angustiado la salud de mamá.

Hemos estado acuartelados no sé para qué pues sabemos que hasta hoy ha estado nuestro vapor en el dique, y por ser día de fiesta no se encontrarán estibadores para cargar, mañana tampoco por idénticas razones, y sin embargo seguimos acuartelados. Lo más pronto posible será el lunes nuestro embarque entre otras cosas, porque llega ese día Don Tomás, pero a la verdad no creo sea sino

el sábado próximo. Y a estos acuartelamientos no le veo más motivos sino impedirnos que vayamos el lunes al *meeting*, por lo visto han tomado en serio las amenazas de Silva, que propalaron algunos. ¡Qué cándidos!

La beligerancia por más que digan la veo mal parada, creo que el lunes se discute, y aunque tenemos muchas simpatías es también mucho el miedo que le tiene esta Nación a verse envuelta en una guerra con España. No por ésta, sino por lo que pudiera acontecer con Inglaterra.

El *Herald* nos ataca atrozmente hoy en un largo editorial. Me hubiera extrañado, pues últimamente nos ha estado ayudando, si no fuera porque *Pepillo* de Armas me dió hoy la clave. Parece que el propietario del *Herald*, amigote allá en España de varios personajes y ministros, cablegrafió terminantemente que se nos atacara cuanto fuera posible. Esto indudablemente nos hace daño por la gran circulación que tiene ese periódico.

Me dijo también *Pepillo* que en la administración del *Herald* le informaron que Dupuy de Lôme había cablegrafiado dos veces a Madrid garantizando que nuestra beligerancia, no sería reconocida, y yo lo creo, me da rabia ver que una causa tan justa como la nuestra obtenga tan poca consideración.

En parte me alegro, porque así no tendremos que agradecerle a nadie nada, pero el reconocimiento nuestro evitaría tanta miseria tanto derramamiento de sangre, que hasta en su obsequio le daría una gran intervención a este gobierno, en nuestros asuntos en la primera década de nuestra independencia.

Supliríamos con ellos nuestra inexperiencia de la vida política, nos evitaríamos conflictos y obtendríamos algunas instituciones modernas. Luego, ya organizada nuestra máquina política, respetadas nuestras leyes y consolidado el orden, fácil nos sería continuar bien. No hay que dejar de proveer las muchísimas cosas por las que hemos de pasar, dada nuestra poca preparación para gobernar y después de todo lo único que sacrificaríamos sería un poco de orgullo a cambio de ventajas muy positivas.

Pero, ¿para qué disertar sobre cosas que por el sesgo que va tomando el asunto han de suceder, si pasan, muy lejanamente? Lo que siento por esto es que si nos vamos el lunes no iremos con el convencimiento de que ha sido rechazada la beligerancia, pues

como las Cámaras concluyen sus sesiones el 5 de Marzo, saldremos sin la esperanza de ese alentador consuelo en nuestra terrible lucha. Porque rechazada el lunes, podremos escribir sobre nuestras pretensiones diplomáticas: *lasciati ogni speranza.*

Y a todas éstas, ¿tendré carta de mamá?

NUEVA YORK, FEBRERO 27.

El día 10 de Octubre del año pasado, aniversario del levantamiento de Yara, salió el General Carrillo con nosotros a bordo del *Delaware,* fuimos a parar a Inagua, y de allí a Nassau. El 24 de Febrero de este año, también aniversario del grito de Ibarra y de Baire, salió el General García con 130 hombres a pasar al Federal Court de los Estados Unidos.

Si no supiera que de antemano estaba todo vendido y descubierto, diría que ése fué el primer error, porque como indudablemente se hubiera echado de menos en el *meeting* a Calixto y a otros, se habrían despertado las sospechas. Pero a la verdad se me ocurre pensar cuán inútiles eran estas precauciones pues toda la emigración sabía que nos íbamos y esto lo conocían los extraños, ¿cómo no saberlo los espías españoles? En no sé que función de teatro, que se celebró el sábado, hubo varios muchachos jaraneando con algunos de nuestros compañeros sobre el acuartelamiento a que estábamos sujetos, y nuestra próxima salida. Nosotros, los interesados quizás, fuimos los únicos que no sabíamos que el *Bermuda* era el nombre de nuestro barco; al menos, yo no lo sabía.

Pero como estas reflexiones, a más de inútiles serían de nunca acabar, me limitaré a relatar nuestro tercer fracaso.

El lunes, 24, a eso de las cuatro llegó a mi cuarto Vicente; en él estábamos reunidos casi todos los del grupo de Carrillo, ascendiente a unos treinta personas, pues en los últimos días se agregaron diez o doce. Vicente nos dividió en grupos de seis poniendo al frente de cada uno de ellos, uno que supiera el inglés. Como yo llenaba las condiciones exigidas me encargaron del grupo de Sosa, Landa, *Lololo,* Mendoza, y un tal Domingo Herrera, recién llegado de Tampa.

Las instrucciones que recibí fueron las de estar de ocho a nueve de la noche en un muelle de Brooklyn; tomar, para llegar allí, después de convencerme de que nadie nos seguía el elevado hasta el Battery Place, allí tomar el *Harlington Ferry,* e ir hasta Brooklyn,

en donde después de dar dos vueltas a la derecha y una a la izquierda, que nos precisaron, exactamente iríamos a parar al muelle indicado. Allí nos esperaría el *Mack Kalding,* remolcador que era el punto de cita.

Aprovechando que Domingo Herrera habla inglés, dividí a mi gente, encargándole a *Lololo* y Mendoza y citándolo para las siete y media en el *Harlington Ferry* de New York. Al efecto se convino con él en un plan despistador; salió de casa a las seis y media y veinte minutos después salí yo con Lasa y Guarino; nos metimos en el primer carro que encontramos, y como nadie entrase detrás de nosotros, nos convencimos de que no estábamos vigilados; esto me dió mala espina. Sin embargo, como medida de precaución, en la calle 28 nos tiramos del carro, y nos fuimos a los elevados de la Tercera Avenida; nadie nos siguió tampoco, y ya tranquilo, separados, y sin hablarnos, fuimos al Battery Place.

En el *Harlington Ferry* nos encontramos a los otros tres; tomamos nuestras papeletas y como no supiéramos que de allí salían los vapores, equivocadamente nos metimos en uno, nos llevó también a Brooklyn, pero al *South Ferry;* vinimos a averiguarlo después de recorrer los muelles vecinos, sin haber encontrado a ningún remolcador. Felizmente era aún temprano y no desesperamos; preguntando las señas, nos las dieron y tomamos un carrito que nos dejó cerca del *Harlington Ferry;* ya por allí empezamos a ver un grupo de cubanos que no acertamos a explicar; hicimos caso omiso de ellos y fuimos al muelle de la cita; más grupos allí y en uno a Vicente Carrillo. La satisfacción de haber llegado hasta allí con felicidad me hizo no dar importancia a que el *Mack Kalding* aún no hubiera aparecido, y sin embargo la noticia era grave; dos horas estuvimos esperando por él, llamando la atención nuestros grupos a los vecinos y a la policía. A todas éstas, el Coronel Núñez no sabía a que atribuir la demora y Pedro Betancourt que acababa de llegar con Federico Núñez nos vino a decir que había dejado el resto de su grupo en Nueva York con un remolcador en donde estaban el General García y Benjamín Guerra, que había embarcado a cuatro de los suyos para dejarlos seguros y moverse con más facilidad. Hay que figurarse cual sería nuestra desesperación, especialmente la de Perico; nos creíamos ya fracasados, casi estábamos resignados, pero a él le era imposible esta solución, pensando que por espíritu, hasta cierto punto inútil de compañerismo, iba a correr nuestra misma suerte.

Felizmente Emilio Núñez vino a tranquilizarnos diciéndonos que todo estaba arreglado, en parte lo creímos, pero como ya un policía se nos había acercado preguntándonos que hacíamos por allí, y según unos había entrado en una Soda, donde utilizó el teléfono, no estábamos muy tranquilos; para algo disimular nos metimos unos cuantos en un Bar Room a tomar cerveza, por cierto detestable, y allí esperamos llenos de impaciencia. No pude aguardar tanto rato y salí a dar un paseo por el muelle; al final me encontré a nuestro Coronel dando órdenes para embarcarnos pues acababa de llegar el remolcador.

En seguida nuestro grupo y el de Almanzor Guerra, antes de Couspiere, nos empaquetamos en el remolcador; a mí y a otros de este grupo nos tocó meternos en el camarote de la tripulación, sitio que a lo más tendría cuatro varas cuadradas, en donde estábamos, como es fácil comprender, a modo de arenques en barril, y completamente a obscuras; los demás se metieron en la máquina y en las carboneras; tuvimos que esperar que el remolcador tomara carbón e hiciera no sé qué otros preparativos. Por fin salimos, fuimos lejos, muy lejos, yo creo que más allá de Sandy Hook; como yo esperaba que tendríamos que tomar precisamente el vapor más allá de las tres millas jurisdiccionales, pudimos abrir la puerta y asomarnos para fumar nuestros cigarros. El aire estaba muy frío, así es que no nos tentaba echarnos fuera; yo casi me helé en el poco rato que salí, a pesar de mis cinco camisetas, mis dos sacos, mi abrigo, los tres calzoncillos y los dos pantalones que llevaba puestos. Todo lo llevaba encima, pues nos habían prohibido terminantemente andar con bultos, lo cual no impidió que varios se aparecieran con sus maleticas, con un burujón de mantas y otras cosas. Pero yo quise cumplir la consigna y estaba tan empaquetado que casi no podía moverme; sin embargo, sentía mucho frío, el remolcador iba cortando el aire al mismo tiempo que los bloques de hielo de que estaba cuajado el Hudson; durante este paseo me extrañó mucho que alguien preguntara con insistencia por la estatua de la Libertad, y otro dijera que había dos cañoneros pegados al buque, pero no le dí importancia a estas frases que me parecieron habladurías.

Cuál no sería mi sorpresa cuando a eso de las doce viramos el rumbo y nos dirijimos hacia Nueva York; empecé entonces a desconfiar de nuevo, pero nada dije porque no tenía voz ni voto.

A eso de las tres oí enérgicos *go ahead*, fuertes campanillazos en la máquina y voces que decían estábamos perdidos, en efecto,

nuestro remolcador viró de rumbo y empezó una carrera desenfrenada; detrás nos seguían otros que a juzgar por sus frecuentes e imperativos pitazos, cada vez más cercanos, nos iban ganando terreno, por fin sonaron tres pitazos cortos a nuestro lado, oí unos gritos que no entendí y nos detuvimos.

Encerrado como estaba en el fondo de aquel cajón cuadrado a que antes me referí nada podía ver, pero pronto nos enteramos que estábamos presos y lo que era peor, que también habían cogido al *Bermuda,* con el General García y con todas las armas y la gente.

Después supimos que eso no era exacto, pero por lo pronto tuvimos pena de ellos y el dolor causado por la magnitud del fracaso.

Por nosotros no tuve inquietud ninguna; estábamos presos, pero nuestra detención era ilegal, no había pruebas de ninguna clase contra nosotros; me acordé de todas nuestras experiencias de Wilmington y de Nassau; lo más que podía suceder sería que nos llevasen delante del Comisionado Federal, pero me parece que éste se vería obligado a ponernos en libertad.

Con esta convicción estuvimos tranquilos, en lo posible, a bordo del *Mack Kalding,* hasta las ocho de la mañana; los que llevaban revólver y puñales tuvieron que pasar por el sentimiento de sacrificarlos por temor a un registro; yo, felizmente, no llevaba nada. Con algunos compañeros los habíamos encerrado en el cajón que debiera estar con las armas.

Cuando desembarcábamos tuvimos que cruzar por encima del *Stranahain,* y allí pudimos contemplar tantas cajas llenas de rifles y municiones que tan bien hubieran venido a nuestros hermanos de Cuba. ¡Pobre Máximo Gómez y pobre Ejército Libertador!

En el muelle nos hicieron dar nuestros nombres, allí encontramos al General García, al Brigadier Ruz, al Coronel Cebreco, que a la verdad no parece mulato, Benjamín Guerra, al Dr. Hernández, y algunos más. Nos enteramos que ellos se habían ido como a las diez a bordo del remolcador *Bermuda* en otro remolcador, y cuando ya casi todos estábamos trasbordados, vieron venir otro remolcador con policías, que al verlos escaparon volviendo a tierra, pero al cabo de las dos horas, suponiendo que ya aquello se habría arreglado, o queriendo seguir la suerte de todos, que de esto no estoy seguro, volvieron al *Bermuda* y entonces los habían arrestados. Pregunté cómo se les había ocurrido trasbordar en frente de la estatua de la Libertad, pero eludieron la contestación.

A eso de las diez, en una fila que ocupaba más de una cuadra, y entre policías secretas o Marshalls, nos llevaron por todo Broadway hasta la Corte que está en el mismo edificio que la Administración de Correos. Allí nos encerraron casi por completo, incomunicados en un salón; trajeron unas cajitas con unos malos sandwichs y unos pasteles, que a pesar de estar marcados a diez centavos, nos lo cobraban a veinte; después alguien mandó también otro paquete de sandwich, gratis, y Trujillo un poco de café con leche, cosas ambas que tuvieron gran aceptación.

No dejaban salir ni a orinar, lo cual causó un mal rato al General quien tuvo que utilizar una escupidera por orinal; a uno de sus hijos que vino a preguntarle de parte de su esposa cómo estaba le contestó que estuviera tranquila, que no faltaba más sino que él, que no le había tenido miedo a los españoles, se lo fuera a tener a aquellos "cangrejos"; se quejaba de que lo hubieran dejado completamente sólo, sin un ayudante, ni siquiera su hijo Carlos; también le oí decir que él se declaraba inepto para formar expediciones; se explica el fracaso por una ilimitada confianza al recordar el embarque del *Hawkins*, comparación infundada porque hoy podemos asegurar que si entonces no se hizo nada, fué porque se tenía la completa seguridad de que el *Hawkins* era un cascarón viejo donde nos perderíamos.

Según noticias, Carlos García, Alfredo Arango, Michelena y Bueno, están circulados por falta de respeto a las autoridades. Tal vez lo sea por el hecho de haber detenido a Bueno, al presentarse a hacer no sé qué reclamación pueril, a pesar de que en la Delegación se le encargó mucho de que se escondiera. $1,500.00 es probable que cueste la fiesta, al menos tal es la cantidad que se ha tenido que dar de fianza. Según Carlos Martín, los policías secretas estuvieron muy insultantes, y capaces de exasperar a cualquiera; los trataban de ladrones y bandidos, y al preguntar por el General, lo calificaban de "viejo pirata".

A pesar de todos estos incidentes, a los del *Bermuda* los soltaron directamente, y a eso de las diez, prueba de que el arresto había sido inmotivado. Nosotros estuvimos detenidos hasta la una, a esa hora nos pusieron a todos en libertad, menos al General, a Benjamín Guerra, al Capitán Hughes y al dueño del *Bermuda,* a quien también detuvieron. A todos los soltaron más tarde, mediante una fianza de mil quinientos pesos por cada uno, excepto por el General a quien le exigieron $500.00 más por la causa del *Hawkins,* que han despertado ahora, aprovechando la ocasión.

Emilio Núñez escapó gracias a no haber dado su nombre, sino el de un doctor Rodríguez. Yo creo que los soltarán por falta de pruebas, pero por lo pronto los tendrán embromados durante todo un mes, que será lo menos que durará el juicio.

También creo que el General no espere tanto, y que se prefiere pierda la fianza, después de todo él vale más en Cuba que los dos mil pesos que responden aquí por él.

Cuando salimos de la Corte nos citaron a todos a la Delegación; era para darnos medio peso a cada uno para aquel día y decirnos que al siguiente se nos entregaría nuestra semana; así lo hicieron.

He recibido cartas de casa en las cuales me dicen que mamá sigue mejor; esto me ha consolado. Después de este fracaso, el tercero de los míos, dicen que Calixto García ha renunciado a llevar expediciones, y que al efecto se lo ha hecho presente a la Junta, y que al mismo tiempo ha escrito a su Jefe de grupo, licenciando a la gente, y aconsejándole que se pusiera a la disposición de Don Tomás.

Nosotros nos hemos salvado, pues como íbamos, no como gente de su expedición, sino como grupos de Carrillo, no ha rezado con nosotros esa medida, pero por lo pronto hemos perdido todos nuestros equipos. A Vicente y a Martín Marrero, los Jefes de grupo, les han dado instrucciones que no conocemos; por lo pronto se les ha recomendado que no nos hagamos visibles especialmente en la Delegación.

Al mismo tiempo se susurra que Núñez nos va a llevar pronto, deducen esto por la visita de Peña, y porque no han dejado que la gente de Filadelfia vuelva para allí. Puede que sea verdad, pero no tengo esperanzas. Dícese también que el General se incorporará a nosotros como simple agregado, del mismo modo que Carrillo lo hizo con Aguirre, y Maceo con Crombet.

Refiriéndonos a nuestra prisión dicen que en la calle nos recibieron con vítores; algunos gritos oí, pero no puedo precisar de qué clase, porque iba de los últimos, pero me inclino a creer que los gritos serían de los primeros muchachos que llegaron a la calle; cuando llegué yo sólo, había unas veinte personas, la mayor parte trabajadores, que a mi parecer no tenían aspecto de entusiasmo. Por el contrario, a uno de blusa, con aspecto de alemán, le oí una frase nada agradable. Le decía a un vecino, señalándonos, que éramos el tipo intermedio entre el irlandés y el africano.

NUEVA YORK, FEBRERO 28.

Mucho entusiasmo muestran todos los cubanos que he visto esta noche, por la resolución votada por la inmensa mayoría en el Senado de hoy en la que no sólo se pide nuestra beligerancia sino también la independencia. La cosa no era para menos; de ser cierto, pero después de leer cuidadosamente las últimas ediciones de los periódicos, he descubierto que no hay motivo para tanto. En primer lugar el Congreso no la tiene todavía aprobada; esto sería lo de menos, pues por lo visto hay casi seguridad de que se le ha impedido hacerlo hoy. Y en ella, en segundo lugar se ha adoptado tan solo por pura fórmula una medida que sólo se viene a reducir a meros paños calientes, hasta el punto, me figuro, que en su mayor parte quedará reducida a una jugada de bolsa.

En efecto, en el *World* encuentro párrafos de un artículo que se titula (ilegible) y que traduzco libremente, a continuación:

"...En vista de la posición asumida hasta ahora por el Presidente y el Secretario de Estado, hay razones, con todas las proposiciones hechas, para reconocer la beligerancia a los insurrectos, la decisión del comité de Relaciones Exteriores en el Senado de dar, o mejor dicho, expresar el sentimiento y deseo del Congreso en forma de una "concurrent resolution" en vez de formularla como una "joint resolution", así lo indica".

En efecto, si el Presidente hubiera tenido que vérselas en estos momentos con una "joint resolution" reconociendo no solo la beligerancia de los insurrectos, sino hasta la independencia de la Isla, se hubiera visto colocado en un trance desagradable.

Entre las cosas que hemos hablado hoy con Vicente he podido adquirir los siguientes datos respecto a nuestra última expedición, que por venir indirectamente del Coronel Núñez merecen completo crédito.

El *Bermuda* costó veinte y cinco mil pesos, es de la Junta pero por un arreglo hecho con Mr. Halt, presidente de una compañía naviera a la cual pertenecen el *Laurada, Horsa*, etc., se le cede el barco después de llevar nuevas expediciones a Cuba, la de Calixto y la de Collazo, con tal de que el mismo Halt fuera a bordo y de que se ocupara de los requisitos del caso, como son la tripulación,

comida, carbón, etc. Mr. Halt y también Núñez se opusieron a que los grupos expedicionarios salieran de esta ciudad, pero ante la insistencia del General García, hubo que resignarse.

El plan era salir los remolcadores, bahía afuera, hasta Sandy Hoock; el *Bermuda* los seguiría, y allí se efectuaría el traslado, en caso de que lo dejaran salir, pero la orden de atracar uno de los remolcadores al *Bermuda*, allí en donde estaba anclado, en frente de la estatua de la Libertad, le dió ocasión a la policía para echar por tierra toda la combinación.

Esta se hallaba por completo vendida, no por los dueños de los remolcadores, como al principio se creyó, si no por un tal Mr. Smith, casualmente el mismo que cobró trescientos pesos por reconocer el *Hawkins;* estaba disgustado por no haberse aceptado sus proposiciones y aprovechó para vengarse que una casualidad lo puso en la pista del asunto.

El *Bermuda* créese que será puesto mañana en libertad, pero ahora resulta que quieren esperar de una vez el reconocimiento de nuestra beligerancia, como si ésta fuera tan inmediata, para poder salir con mayor seguridad; también puede ser que esto lo diga Núñez para disimular mejor.

A Castillo Duany lo han nombrado Sub-Delegado del Partido Revolucionario, puesto que se le ofreció a Manuel Sanguily, y que él no quiso aceptar; de contra, como por la muerte de Manuel de la Cruz, no pudo llegar a manos de Don Tomás aquella carta que le escribí, y Trujillo no quiso encargarse de hacerlo, se fué Sanguily, llevando como testigo a Isaac Carrillo a ver al Delegado y se dice que le dirigió fuertes palabras. Con esto se ha colocado Manuel en posición de morirse por ahora de hambre.

A Yero lo han hecho desistir por ahora, después de su sexto fracaso, de ir a Cuba, y aceptar provisionalmente el puesto de secretario de Don Tomás, en sustitución del pobre Manuel de la Cruz.

Esta mañana desperté temprano, y cuando me levanté, lo hice de buen humor por habérseme ocurrido escribir dos o tres cuentecitos para cuyo complemento necesito de unos datos. Uno de ellos pienso titularlo *Plagio.*

Para más informes necesito hablar con *Pepillo* de Armas. El otro se llamará *Encasquillado.* ¡Qué feliz ha sido el hallazgo de esta palabra!

Para empezar el tercer cuento, que se me ha ocurrido, necesito saber el nombre de los protagonistas, la localidad y época exacta de la ocurrencia. Me será fácil pues cerca está quien me lo refirió; es un hacendado de Cienfuegos llamado Lombard, persona simpática y fina, a quien es probable vea mañana. Este señor regaló últimamente a seis de nuestro grupo unos magníficos revólveres Smith & Wesson; por cierto, que a excepción hecha del de Guarino, se deben haber perdido los demás en nuestro último fracaso.

No fué ésta una de las menores penas, pues los que llevaban armas las arrojaron al agua, por el temor de verse comprometidos en caso de un registro. Guarino fué el único que se negó a hacerlo y le salió bien la cosa.

NUEVA YORK, FEBRERO 29.

Me voy figurando que aquello de esperar la beligerancia para salir con más seguridad era un pretexto para disimular cosas más graves. En efecto, ahora parece que nuestra caja está exhausta, según me dijeron el día que salimos; sólo quedaban treinta pesos y se han pasado grandes apuros para procurar los miles de pesos que requerían la fianza del General y de los demás arrestados del *Bermuda.*(12)

Esto debe ser exagerado, pero la verdad es que Calixto ha estado desgraciado en su empeño de salir de todos modos. Su afán, indudablemente, era por su patriotismo.

---

(12) Efectivamente, como bien sospecha Rosell todo esto de los Treinta Pesos, único saldo del Partido Revolucionario Cubano, no era más sino producto de la imaginación criolla. Nadie sabía el estado real del tesoro del Partido más que Don Tomás y Benjamín, los cuales, con muy buen juicio, para evitar posibles y patrióticos asaltos, ocultaban cuidadosamente su ascendencia. Pero nosotros, revisando en el Libro de Caja del Partido Revolucionario Cubano, hoy depositado en el Archivo Nacional, encontramos que en este mes de febrero, en el cierre del día 29 de 1896, aparecían como saldo, no los Treinta Pesos que aseguraban los bien enterados, sino una cantidad mucho mayor. Ese Libro, cierra el mes de febrero con:

Ingresos	$420.161.12
Egresos	342.565.46
Saldo	77.595.66

Pocos días después salió perfectamente equipada la expedición del *Laurada,* que condujo al general García y a su gente.

Copia de la carta dirigida por el General García a los Jefes de Grupo.

"Sr. Pablo Pujadas.
Presente.

Mi querido amigo:

El atropello cometido con nosotros anoche me imposibilita para seguir al frente de Uds. Soy el único culpable del fracaso y por lo tanto me considero incapaz para esta empresa.

Queda Ud. en libertad de hacer lo que mejor le convenga, aunque me permito aconsejarle así como a su grupo se pongan a las órdenes del Delegado para que este último les destine en sus servicios a lo que sea más conveniente a nuestra Patria.

Aprovecho la oportunidad para manifestarle que los servicios que Ud. ha prestado al frente de su grupo merecen los mayores elogios.

Suyo Affmo.

Calixto García".

NUEVA YORK, MARZO 2 DEL 96.

Traen los periódicos de hoy la noticia de los grandes motines ocurridos en España, en hostil demostración hacia los Estados Unidos. Si esto han hecho al saber la resolución votada por el Senado, ¿qué no harán cuando sepan la del Congreso? Hoy se votaron algunas resoluciones, aún más fuertes que la del Senado, y hasta se llega a hablar de intervención. La mayoría fué considerable; 263 votos contra 16. No adoptaron la fórmula del "Concurrent Resolution", sino la del "Joint Resolution". Así es que siguen anodinas las medidas, y no veo motivo para la furia que le ha entrado a los españoles.

La prensa europea, y hasta el mismo Presidente, según creo, encuentran precipitadas tales resoluciones; no sé en donde está esa precipitación, y así lo demuestra el *Sun*, en el magnífico artículo de hoy.

Los discursos pronunciados por los graves senadores han sido muy violentos, y a la verdad, insultantes para España. Pudieron discutir la cuestión con más calma, y en cambio haber hecho algo más positivo.

Todos los periódicos, excepción hecha del *Herald*, están a nuestro favor. Algunos, como el *World* y el *Journal*, traen caricaturas muy mortificantes, especialmente para el reyezuelo español. El más grave, y el *más nuestro* indudablemente en el *Sun*. Mr. Dana ha sido siempre el más constante defensor de la causa de Cuba. ¡Qué buena cabeza tiene!, según he visto en un retrato del *Times*... Esta revista ha dedicado todo su número del 17 del mes pasado a la cuestión de Cuba; está llena de retratos, muy interesantes. Dana es un señor venerable; calvo, y de larga barba cana; debemos levantar una estatua en Cuba o un rótulo que diga: "Al extranjero que fué más constante y entusiasta defensor de nuestra libertad".

Anoche fuimos a casa del Sr. Lombard, Don José, que nos había convidado a tomar un chocolate. ¡Qué persona más amable! Su señora, que es una cienfueguera, creo, no le va en zaga; además es una belleza; alta, de cuerpo admirable, rubia, ojos azules, muy blanca, y ricamente vestida, nos recibió con exquisita cortesía; cuando se ven hogares como éste le entran a uno ganas de casarse; ella es Sánchez de apellido y cuñada de uno de los Terry.

Lombard no pudo servirme para el cuentecito; no se acordaba del nombre de los guajiros, ni tampoco del de el Teniente de la Guardia Civil; de todos modos pasé una velada muy agradable; se discutió mucho de política, y especialmente de la americana; cuando nos retiramos era cerca de la una.

NUEVA YORK, MARZO 3.

Hoy fuí a la Delegación para felicitar a Yero por su nombramiento; allí vi a Castillo Duany; me gustó; es un señor de 35 a 40 años; alto, delgado, de bigote negro, porte distinguido y buena figura; parece que trae muchas ínfulas y pretende rebajarle *la semana* a los expedicionarios. Algo podría hacerse en el particular, sobre todo con aquéllos que no lo necesitan; según dicen, hay algunos que ganan diez y hasta veinte pesos en toda la semana, trabajando en las tabaquerías y cobran, sin embargo, los cinco pesos que les da la Delegación. Con los fracasos que ha habido creo que ésta sostiene, entre la gente de aquí y la del Sur, a más de trescientos expedicionarios, lo cual le viene a salir en un capital. Así es que está muy acertado el Sr. Castillo cuando quiere remediar el mal.

El único modo que yo veo es el de embarcarnos pronto. El Sub-Delegado ha puesto aquello en orden; ha condenado dos puertas, y sólo ha dejado para el público un saloncito muy chico, así es que no se formarán allí tertulias, y solamente irán los que en realidad tengan que tratar algo.

Ahora, para entrar en el cenáculo, hay que pasar recado; antes lo hacíamos sin pedir permiso a nadie, así es que estorbábamos mucho y no dejábamos trabajar a nadie; el pobre Manuel de la Cruz tenía que llevarse la correspondencia a su casa para despacharla, allí, pues, en la Delegación le era imposible. Castillo ha conseguido ordenar aquello. ¡Quiera Dios que consiga todo lo demás!

Según he sabido han soltado ya el *Bermuda* y a los armamentos; en cambio han detenido la dinamita, y creo que también las municiones. En virtud de no sé qué estatuto que prohibe cargar materias explosivas, sin las debidas precauciones.

El caso de Calixto no se vió hoy, lo han pospuesto para el sábado.

NUEVA YORK, MARZO 3.

Hoy he pasado un mal día; por la mañana el *Herald* me sacó de mis casillas con un artículo españolísimo; no parece sino que le han cogido miedo a los españoles. La noticia más grave es la de un empréstito de veinte y cinco millones de libras esterlinas, que Francia le facilita a España. Esto fué lo que más contribuyó a mi mal humor.

El *Journal* trae un artículo larguísimo de Halstead, muy favorable para nosotros y muy imparcial; predice la anexión y confiesa que los muchachos de las mejores familias se han ido para la guerra; este señor es un corresponsal de mucha fama aquí, y hace como un mes que se fué para Cuba, con veinte y pico de mil pesos, y comisionado por el *Journal*. El fué quien ha telegrafiado las barbaridades hechas por Weyler; creo que también publicó el domingo la historia de Weyler, y ha sido el primer periódico que habló de los asesinatos del Guatao. Por esto, según tengo entendido, ha tenido que salir huyendo de Cuba.

Es lástima, pues es uno de los corresponsales que más crédito tiene; me extraña que los periódicos no hayan hablado de la última barbaridad cometida por las cercanías de Bolondrón. Parece que en

un encuentro resultaron dos españoles muertos y dos cubanos heridos y en la misma fosa enterraron a los cuatro, a pesar de que estaban aún vivos y pedían clemencia.

El que trae la noticia, que es un tal Gómez, de la provincia de Matanzas, cita nombres y circunstancias, que al parecer, no permiten poner en duda tamaña ferocidad. Pero lo que de más mal humor me ha tenido todo el día es el saber que ayer fueron con Núñez para Filadelfia, Vicente, el Almirante, y tres o cuatro más. ¿Será para salir? Nos sospechamos que sí. Si tal ha sido, es una gran injusticia cometida con nosotros; casualmente han ido a escoger los menos importantes de todo el grupo; quizás porque a esos guajiros de porra les convenga tener gente inculta a su lado. Me estoy figurando que se han propuesto que ninguno de los muchachos conocidos llegue a la revolución; temerán que con ellos queden obscurecidos los guajiros, y se propondrán impedirlo. Si es así, nadie me quitará el decirle cuatro frescas a esa gente. Mucha explotación honorífica del grupo, pero llegado el momento nos postergan a favor de los bárbaros; yo, a la verdad, todavía no lo creo, y más bien me figuro que las cosas van ya conduciéndose como deben, es decir, con sigilo.

Dicen que Collazo ha salido; menos mal. Además, según Castillo Duany, y esto lo sé por Perico, han llegado dos expediciones chicas que en goletas mandó desde el Sur. Parece que su salida de Cuba fué de lo más arriesgada que pueda uno imaginarse; tuvo la osadía de meterse en La Habana, y allí hubo de permanecer diez días, pues no había modo de salir; por fin pudo engañar a un goletero. Ya he dicho que desde que él está de sub-delegado las cosas parecen haber entrado en orden. Buena falta hacía. En Cuba era Brigadier de Sanidad, o sea el jefe de todos los médicos.

El día de ayer hubiera sido poco más o menos igual al de hoy, a no haber sido por un rato que estuve oyendo hablar a Manuel Sanguily en la cigarrería de Leandro Rodríguez; es tan agradable la conversación de Manuel, principalmente cuando no le da por criticar, que constituye un verdadero evento; al menos cada vez que me sucede a mí, lo considero como tal.

Hablando de su hermano Julio, y para pintar su carácter despreocupado ante el peligro, contó cómo una vez, yendo los dos hermanos y diez o doce hombres más, le informaron que detrás de unas lomas, allí cercanas estaban varios fuertes. No se inmutó por eso, mandó seguir y pasaron por el batey; por orden exprofesa suya

iban al paso, y sin disparar un tiro. En cambio los españoles los recibieron con verdaderos aguaceros, y lo único que hizo Julio, fué, al oír la primera detonación, cruzar una pierna sobre la silla y seguir a la mujeriega, posición que no abandonó hasta encontrarse fuera del alcance de los españoles; después disculpó aquella temeridad inútil diciendo que su gente hacía tiempo no entraba en pelea y necesitaba foguearla.

Otra anécdota que contó fué disertando sobre la igualdad del valor entre los hombres reputados como valientes. Una vez O'Ryan y Julio convinieron en tomar un fuerte; arreglaron entre sí el plan y lo pusieron en ejecución. Por razones que no explicó no pudieron tomar la posición, pero fué el arrojo de ambos jefes tan igual que sus dos caballos salieron con caretas, es decir, con las cabezas todas pintadas de blanco, por la lechada que últimamente se le había dado al fuerte, prueba de que ambos llegaron hasta los mismos muros y ninguno de ellos sobrepujó al otro. No recuerdo el nombre del fuerte. ¿Habrá exageración criolla en este relato?

Frases que he oído últimamente

—De Emilio Núñez: Don Tomás es una boya; siempre está a flote.

—De Manuel Sanguily: Así como Gayarre explotaba su voz, Don Tomás explota su tosecita, por no oírla se le puede hacer toda clase de concesiones.

—De Martí: a uno que le preguntaba si no le remordía la conciencia lanzar al pueblo cubano a la guerra con tan pocos recursos como contaba, dicen que contestó. "Cuento con la torpeza de los españoles". Manuel disertó sobre esta frase, haciendo comentarios.

—De Gabrielito Forcade, al saber que X. estaba enfermo, y para pintar su afición a arrimarse a buenos árboles: "Debe ser un aborto; si es de seis meses, la criatura es del General Carrillo; pero si sólo tiene tres le pertenece al General Núñez".

El otro día hubo en la Delegación un pequeño escándalo entre Trujillo y uno de los Ayudantes del General García (un tal Jané) motivado porque el primero vertió frases mortificantes sobre

este último. Todo el mundo sigue hablando mal de Trujillo, y cada vez afirman más que es un espía, especialmente desde que el doctor Hernández le dió aquella carga tan terrible a fines de Enero.(13)

Yo sigo creyendo que no hay tal espionaje, y sí mucha afición a conversar; y esto unido a su carrera de noticiero, y a la circunstancia de ser corresponsal de *La Lucha,* se debe todo. En fin no dudo haga daño con sus noticias, pero a mi modo de ver lo hace involuntariamente; respecto a separarlo de nuestros asuntos, lo veo difícil, y encuentro errónea la idea de que debe romperse con él; sería una falta política, porque después de todo, él, por su trato no es ninguna entidad desdeñable en estas circunstancias; podría hacer mucho daño porque tiene poder.

Castillo Duany, por lo que me voy figurando, ha venido con instrucciones, que no se hacen públicas para evitar el escándalo. Los candidatos al puesto deben estar maguados con su venida. Felizmente el Dr. Hernández, entre ellos, se conformará patrióticamente, especialmente si da resultados el nuevo arreglo.

No sé qué sería de mí si no fuera por estas notas que me he dedicado a escribir; esta vida de inacción me es insoportable. Felizmente las noticias que últimamente he recibido de casa son algo mejores.

NUEVA YORK, MARZO 7 DEL 96.

Tampoco nos hemos ido hoy; esto va siendo más largo que la esperanza de un pobre, y he sufrido un gran chasco porque la desaparición de cinco o seis de los nuestros, que ya tienen escondidos, la venida ayer de Don Tomás, la de Núñez, a pesar de estar algo enfermo, y otros detalles de menor importancia, me hacían sospechar que sin falta se resolvería esta noche nuestro problema. Quizás influya en que estamos esperando por Calixto García, cuyo juicio se volvió a posponer hoy; sin embargo, Vicente asegura que nos iremos con el General. También me dijo que pasado mañana, lunes, fuera a la Delegación de 10 a 11, porque Núñez quería darme unos encargos. ¿Qué será?

---

(13) Una calumnia, de tantas; Trujillo era buen cubano.

Nueva York, Marzo 8 del 96.

Hoy he sabido que las armas del *Bermuda* están detenidas por los dueños de los remolcadores por una reclamación de no sé cuantos miles de pesos que hacen, por daños y perjuicios; la reclamación debían hacerla contra el Gobierno americano o contra el cónsul español y no contra nosotros, no tienen razón y perderán el pleito, pero por lo pronto demoran el embarque, que es lo que buscan los españoles. Todo esto indica que los dueños de los remolcadores deben estar vendidos, como al principio se dijo.

También he sabido hoy que cuando el (ilegible) salió, mandaron detrás de él dos cañoneros americanos; iban con órdenes terminantes para cogerlo en cualquier parte que lo encontraran, y que al efecto estuvieron veinte y cuatro horas por las costas de Cuba; el pretexto era una formalidad de Aduana que dejó de cumplir. Todo esto se sabe por el médico de uno de los cruceros, que es pariente del Dr. Guiteras. Y digan después que esta administración simpatiza con nosotros. Mañana se reune el Senado y el Congreso para convenir sobre la cuestión de Cuba; ojalá voten una "joint resolution" que fastidie a Mr. Cleveland, y especialmente a su Secretario de Estado Mr. Olney.

Parece que últimamente han llegado a Cuba unos 200,000 tiros por un procedimiento original y un tanto reservado aún. De Collazo no se sabe nada.

La entrevista mía con Núñez mañana es para mandarme a algún lado, no sé donde. Saldrá también otro grupo; estas noticias las sé por Vicente; le hice hablar sobre su hermano y pude conseguir los siguientes datos sobre un proyectado episodio en Sabana Nueva. Carrillo tenía trescientos hombres pero desparramados; aquel día solo conservaba veinte y dos como escolta, entre ellos su (ilegible) a quien mataron y Andrés. Además Perico Díaz (a) Pajarito, un negro llamado Robustiano y Ruiz; fué a principios de la Guerra Chiquita, y resultó ser el segundo combate. Estaba acampado, creyéndose bien escondido, pero un español de Remedios, cuyo hijo estaba con él, vino a buscarlo y se lo entregó, para ello traía un salvoconducto del Gobierno español, siguieron a este hombre y así encontraron su retiro. Salieron a cogerlo tres columnas al mando del Coronel García Navarro, e iba un Comandante llamado el Prusiano, con quien sostuvo un sin igual combate Carrillo. Todo su empeño era coger a éste; pues con Núñez en Sagua, eran los únicos

que combatían en Las Villas, y hasta en toda la Isla, pues José Maceo y Rabí ya se habían presentado con tres mil hombres en Oriente. La carga fué de caballería, perdió en ella a su hermano Sixto y, cuando pudieron retirarse, y se internaron en una vereda, sólo conservaba doce o catorce hombres.

A poco de andar en ella se encontraron con una columna española de infantería, que los recibió con terribles descargas. Decidió volver para atrás y abrirse paso con el machete entre la caballería, porque los juzgaba ya un tanto cansados, y fué tal la sorpresa de éstos que se abrieron para dejarlos pasar, persiguiéndolos después. Perdió en el encuentro ocho hombres, cinco muertos y tres prisioneros, entre ellos Castillo que le fungía de segundo; los demás desmontados pudieron escaparse a pie. En la retirada que hicieron por la sabana realizó Ruiz un hecho de gran valor. Su caballo se le abrió de pechos y aflojaba en la carrera; comprendió que estaba perdido, Carrillo no le permitió montar detrás de otro porque entonces hubieran sido dos los perdidos y no uno. Entonces Ruiz, que venía observando un caballo de uno de los muertos que corría entre los insurrectos y los españoles, acercándose a los primeros cuando disparaban estos últimos, y a los últimos cuando tiraban los españoles, fué conteniendo su cabalgadura y en un momento estuvo cerca de la desmontada, de un brinco y sin poner los pies en el suelo, se montó sobre ella y prosiguió su huída. La sabana por donde corrían no era llana sino compuesta de una serie de lomitas sucesivas; al principio solo llevaban una lomita de ventaja al enemigo, pero cuando consiguieron llevarle cuatro, se desistió de perseguirlos. Consiguieron esto deteniéndose cada vez que llegaban a una cima y disparando sus rifles, con lo cual los españoles se detenían un momento, momento que aprovechaba Carrillo y su gente para ganarles distancia. Después volvió con cuatro o seis hombres, a buscar a su hermano y era tanta la osadía que los españoles no creían que pudiera ser él. Volvió tres veces.

El combate empezó mandando a Perico Díaz con quince hombres a que tiroteara una columna que acababa de descubrirse, pero éste, en su entusiasmo, cargó al machete, poniéndose crítica la situación, la cual vista por Carrillo determinó jugarse el todo por el todo y acudió en su auxilio, entre otras cosas, por ver también comprometida la vida de su hermano.

Mientras peleaba con el Prusiano, un español le tiró tan a boca de jarro que lo cegó tiñéndole toda la cara y creo que hasta

quemándole las cejas y pestañas. Su machete era nuevo, acababan de regalárselo y no estaba afilado, por eso no pudo matar al Prusiano o por lo menos mal herirlo, pues no dejó de darle buenos golpes. Durante la pelea giraban los dos como en un remolino. El Prusiano era hombre reputado de buen tirador, y se había comprometido con el General Blanco a llevarle a Carrillo vivo o muerto; después de este combate desistió de ello y le dijo a Blanco que nunca en su vida había encontrado en ninguna sala de armas mejor tirador que Carrillo, que aquello no era un hombre, era una fiera.

Debido a la amabilidad de Benjamín Guerra he vuelto a leer los episodios de Manuel de la Cruz. No sé por qué me figuro que eran más, quizás por atribuirle a él episodios relatados por otros, y quizás también por Serafín Sánchez. Todos son muy bonitos, y algunos muy bien hechos, en especialidad aquellos en que adopta la forma narrativa. Cuando opta por arreglo impersonal, o de novelista, no se dice tanto, debido en parte a las narraciones que padecen un tanto de arcaísmo. ¡Cómo se conoce que estos episodios pertenecen a sus primeros escritos! Hay en ellos demasiada fantasía, últimamente no era así.

He recibido hoy cartas de casa. Mamá sigue mejor; esto me tiene muy contento.

NUEVA YORK, MARZO 11 DEL 96.

Tres días me ha tenido Núñez de plantón desde las nueve de la mañana hasta las tres de la tarde y total, para nada. Hoy me dijo que ya no tendría que volver pero tampoco me utilizó. Esto, y el saber que ha salido el *Comodoro* con parte de los nuestros, me hace creer que ha fracasado la mitad de la combinación, y que nosotros nos hemos embromado. Se habrán ido Peña, Domenech, y excepción hecha de estos dos, todos los demás son unos tipos que han decidido ir a Cuba quizás a última hora; parece que creen estamos ganando; son personas de poca cultura y relaciones.

Me voy figurando que no quieren mandar a los muchachos conocidos, de otra manera no me explico nuestras postergación, pues bien claro le dijimos que estábamos dispuestos a ir hasta en el *Comodoro,* con tal de salir los primeros, y pronto.

¡Qué aplastante es la rabia impotente! Para quitármela he estado durmiendo toda la tarde, y ahora, ya de noche me encuentro desvelado.

En el Senado siguen las cosas muy tibias; creo lo mejor ni ocuparse de eso.

Hoy llegó un tal Pérez(14) del Estado Mayor de Maceo, para curarse de una herida, bastante grave, probablemente perderá un brazo de resultas de ella.

La única distracción que he tenido en estos días ha sido un rato de charla con Leandro Rodríguez. Como es antiguo conspirador, y ya viejo, conoce muchas personas y muchos detalles de todos nuestros jefes y nuestras guerras. El puede decirse que era el Delegado aquí durante la Guerra Chiquita y hoy me confesó que tenía los papeles referentes a ella. Si escapo con vida de esta Revolución voy a ver si me los deja leer; no creo que resultara mala obra el historiar ese período de nuestras luchas, por lo menos sería original, pues que yo sepa, nadie lo ha hecho hasta ahora.

Estuvimos hablando mucho de Martí; según Leandro, Calixto lo calificó de una especie de Manuel Sanguily, por otro estilo, pues no le daba por criticar, sino por alabar. Era indudablemente, un político, pero demasiado ambicioso. En el 85 porque vió que el Dr. Hernández era preferido, no quiso contribuir con sus trabajos, apartándose por completo de ellos, a pesar de que era el Presidente del Comité Revolucionario de New York. Tenía un don especial para halagar a todo el mundo, y por eso hay quien se entusiasmara tanto por él. El al principio quiso militar en la Autonomía, pero como allí encontró hombres de talla, con los que no lucía, y como por otra él necesitaba figurar, apeló al pueblo, a quien le era fácil cautivar por aquello de que en el reino de los ciegos el tuerto es rey. En esto me parece injusto, pues juzgo tal el negarle su incondicional patriotismo y sobre todo su gran fe. Si apeló al pueblo fué por lo sano que es éste en general, porque es el verdadero elemento de todo cambio y porque es el único, a quien no favorecían las dádivas del gobierno ni se vendía por ambiciones mezquinas.

Que Martí era un visionario no cabe duda, pero eso es inherente a todo gran revolucionario, y más a un Apóstol, como llegó a ser él. Aunque yo opino que más Apóstol y más que él al menos con más riesgo ha sido en teoría Manuel Sanguily; por desgracia suya se limitaba a escribir. Como prueba de las visiones de Martí me dijo que él conservaba un librito memorándum suyo, que lo retrata de cuerpo entero. En una fecha, dice: "gran entrevista con los hombres del Camagüey"; en otra: "Gran conferencia con los pe-

(14) Coronel Federico Pérez Carbó.

riodistas de Nueva York''; ''Entrevista importantísima con un gran inventor de torpedos'', etc., etc., y él (Leandro Rodríguez) que entonces en el 85 podía decirse que vivía con Martí, sabe perfectamente que la entrevista camagüeyana había sido una simple visita de cortesía hecha al Marqués de Santa Lucía; que la conferencia periodística se reducía a la conversación con algún repórter a caza de noticias, y la consulta sobre los torpedos no tenía más base sino la conversación de uno de los chiflados que andan siempre inventando de todo. Esto da idea del poco sentido práctico de la vida, que tenía nuestro hombre.

Pero sin embargo no le faltaba la práctica de exagerar mucho, para hacer creer por lo menos algo, según él, hasta Sadi Carnot le había hecho serias promesas de ayudarle y apoyarlo y esto entusiasmaba a los ignorantes; cuando pasaba los grandes apuros era cuando había algunos de esos levantamientos que él conseguía hacer en Cuba, y que no se atrevía a apadrinar por temor a que fracasaran ni a repudiar por si los coronaba el éxito. Le sucedía entonces lo que a aquel cazador de los cuentos de Ingerson que vió entre unas malezas un bulto y no quería tirarle por temor de que no fuera un ciervo, siendo una de sus terneras, hubiera deseado entonces tal habilidad que si fuera una ternera no la matara su tiro, y en cambio que no se le escapara si era un ciervo. Esto sucedió a Martí con los levantamientos del Purnio y Las Lajas, mientras en Cuba los reformistas y conservadores se lo atribuían mutuamente.

Convinimos los dos que Martí había tenido el gran talento de morir a tiempo, y que nunca tomó mejor decisión que la de ir a Cuba. Con su desembarco justificó todas sus audacias, y con su muerte se evitó los sinsabores que después le hubieren sobrevenido, al mismo tiempo que cayó en el apogeo de su gloria; ésta nadie se la discutirá pues se la ha asegurado su martirio.[15]

---

(15) Leandro Rodríguez, nacido en Güines, donde fué Alcalde después del cese de la dominación española, fué efectivamente uno de los hombres civiles de la Guerra Chiquita; tal vez uno de los más destacados, pero, como todo el mundo, juzgaba de hechos que sólo conoció a medias, y por tanto, juzgaba mal. Desde la publicación por Gonzalo de Quesada, hijo, de la elocuentísima carta dirigida por Martí al general Gómez en el año 85, se conocen de sobra los motivos de la ruptura del Apóstol con Gómez y con Maceo, y no fueron ésos que señala Leandro, sino otros, los determinantes de la abstención en cooperar Martí a los planes de los dos Caudillos. Son exactas, sí, sus notas sobre el optimismo de Martí; estado de ánimo que explica cómo pudo aquel poeta levantar montañas para realizar su obra. Sin fe, es decir, sin creer en el milagro, no se podía intentar tan fantástica empresa, empresa que a todos parecía insensata, entre ellos, a muchos prohombres de la Revolución pasada.
En cuanto a lo que dice de Martí y Sanguily, Calixto, acertadísimo; Sanguily, cuya característica mental fué, entre otras grandes cualidades, su agudo

También convinimos de que el único hombre capaz de la Emigración para el puesto de Delegado era Don Tomás. Era único para sobrellevar todo esto y de contemporizar con todo el mundo; aunque allá en Oriente lo llamaban sus enemigos el Sanaco de Bayamo. Si Martí hubiera vivido es posible que dada la escasez de numerario no hubiera podido hacer más de lo que se ha hecho, y ahora es Don Tomás quien carga las culpas. Muerto Martí, todo el mundo tiene el derecho de creer que hubiera hecho más.

NUEVA YORK, MARZO 14 DEL 96.

Parece que ahora la cosa va en serio. Hoy me han ocupado para despachar el *Bermuda* con todos los requisitos de Ley; esta noche nos dieron las instrucciones para movilizarnos en Filadelfia; mañana, en el tren de las diez.

Para despachar el *Bermuda,* cuyo fletador legal soy yo, tuve que ir primero a la Aduana, con los papeles ya llenos, y después como el buque está despachado para Veracruz, he tenido que pasarme casi todo el día en el Consulado Mexicano, llenando los requisitos indispensables.

Todo ha pasado según lo previsto y acaban de informarme que ha salido el *Bermuda* sin ninguna novedad.

Con tal de que le suceda lo mismo a la gente; tengo mis dudas, porque según mis noticias va también el General García y éste debe estar muy vigilado. Algunos opinan que hace mal, además de

---

sentido crítico, era difícil que abrigara fe en movimientos armados; no los creía viables, de ahí, su no participación activa en la conjura del 95, y cuya abstención por esta causa, ha sido señalada con gran exactitud por José M. Carbonell, en su devota biografía del tribuno habanero. Naturalmente, Martí, ídolo de los tabaqueros, de los humildes, de "esos humildes y esos tabaqueros, a quienes debe en gran parte su Independencia Cuba" (Máximo Gómez), no los iba a conquistar señalándoles las dificultades de su obra.

Los levantamientos de Purnio y de Las Lajas, esa misma correspondencia hecha pública por Quesada, desmiente toda participación de Martí en esos movimientos y sus explicaciones reticentes a Gómez, colérico por la inoportunidad del brote, son terminantes, brote tan fuera de lugar éste que imaginó Martí fuera el de Las Lajas en combinación con el Capitán de Voluntarios de esa localidad, Laureano F. Gutiérrez. Véase su carta a M. Gómez, tan absurdo y perjudicial lo consideró, y que sólo fué realmente producido por las impaciencias de Zayas, único de los alzados en contacto con Martí.

Como se ve, no era admirador Leandro de Martí, y no hacía más en eso que seguir la corriente; porque Martí, adorado por el pueblo de la emigración, seguido por los llamados sus discípulos, Gonzalo de Quesada y otros y de algunos grandes Jefes, era desdeñado y aún zaherido por algunos pontífices del viejo separatismo. En lo de la aspiración autonómica de Martí no hacía más que repetir lo de la carta famosa de Collazo.

que por su ida se perderá la fianza y comprometerá a los demás encargados por el mal precedente que sentaría y por el efecto moral de su escapada. Otros dicen que todo lo justifica el motivo de su deserción y que después de todo no será mucho la pérdida monetaria porque sus abogados pedirán indefinidamente la posposición y entre tanto puede venir el reconocimiento de nuestra beligerancia, con lo que se sobreseerán todas nuestras causas. Todo esto lo encuentro muy discutible.

El plan de nuestra movilización me parece bueno; todos hemos de ir a Filadelfia a distintas horas, y por distintas estaciones, nuestro grupo, ya reducido a unos veinte, queda dividido en cuatro fracciones; la fracción de Martín Marrero y la mía se embarcan a las diez, saliendo separados por completo en el *Filadelfia Reading*, por la Estación que está al pie de Liberty St. El grupo de Vicente saldrá primero de Brooklyn y después por la misma Estación que nosotros, pero en el tren de las once y media, se dirigirá también a Filadelfia. Todo esto me parece bien, menos que en la Estación de allá nos ha de esperar una persona conocida que nos dará instrucciones y temo, que como en los casos anteriores no aparezca a su debido tiempo la persona misteriosa.

Justo Carrillo se ha enfermado, según Marrero, con pulmonía, ¡bien mala suerte! Tener que quedarse solo y caer con enfermedad tan seria en momentos tan decisivos. Después de todo, si como pudiera muy bien suceder, resulta éste otro fracaso, se evita las molestias y disgustos consiguientes. Debido a su suerte escapó del de Nassau.

Pedro Betancourt, Carlos Martín, Eduardo Laborde y Cosme de la Torriente han salido ya para Filadelfia. Como saben inglés deben haber ido para buscarnos alojamiento y recibirnos en la Estación. A mí no me han llevado porque me tenían reservado el trabajo de hoy, que por cierto no me dejó almorzar hasta las cuatro de la tarde. Decía que a mí me iban a llevar en el mismo *Bermuda;* pero no ha resultado así. Núñez se fué y también el coronel Cebreco con seis u ocho más, alistados como tripulantes. Siento el olvido, pues según tengo entendido, si Núñez no logra encontrarnos, piensa seguir a Cuba, con la poca gente que lleva a bordo, con Peña, Domenech y otros diez que están en el *Comodoro* y que según dicen, nos están esperando en alta mar, aunque no falta quien asegura que ya salieron en expedición aparte; si es así, valiente jugarreta nos ha hecho Núñez.

Las cajas despachadas hoy ascienden a 469 y todas van con esta marca E.R. El barco va despachado a Veracruz y su capitán se llama O'Brien. Lo vi en el Consulado Mexicano y no me disgusta su tipo, es un hombre bajetón, de unos 45 años, trabado y canoso. Tiene mirada resuelta y fisonomía enérgica. Entre la carga no va dinamita ni tampoco machetes; me extraña, sobre todo esto último, aunque quizás no haya querido declararlos por no llamar la atención en la Aduana, con un nombre exótico, si es así me parece pueril la disculpa, pues demasiado se conoce, dado su primer fracaso, el destino del Bermuda. No dejaría de ser ridículo que nos apareciéramos en Cuba sin machetes, nuestra arma característica.

He aquí la carga, según pormenores:

No. de bultos		Contenido	Peso en libras
1	Caja	Medicinas	132
1	"	Medicinas	27
1	"	Mochilas (40)	54
1	"	Mochilas (40)	54
1	"	Mochilas (60)	117
1	"	Frazadas (50)	74
1	"	Hamacas (40)	114
8	"	Sacos (50)	54
9	"	Frazadas (89)	159
10	"	Mochilas (40)	77
11	"	Medicinas	77
12	"	Mochilas (40)	21
13	"	Mochilas y capas de agua	88
14	"	Hamacas (45)	123
15	"	Cartucheras (60)	75
16	"	Frazadas (120)	42
17	"	Zapatos (34)	107
18	"	Hamacas (40)	80
19	"	Zapatos (30)	90
20	"	Hamacas (35)	111
21	"	Hamacas (30)	91
22	"	Zapatos (30)	106
23	"	Cartucheras (50)	58
24	"	Magazines	84
25	"	Zapatos (30)	103
26	"	Magazines (30)	103
27	"	Zapatos (30)	103
28	"	Cinturones (120)	169
36	"	Remingtons (150)	1.875
37	"	Lee Carabinas (100)	1.250

No. de bultos	Contenido	Peso en libras
40 „	Remingtons (920)	8.775
47 „	Máuseres (80)	1.125
1 „	(1.000 C. Calibre 43) 250.000	25.000
2 „	2.000 C. Calibre 44) 50.000	2.675
46 „	2.000 Máuseres 10.000	500
1 Cañón Hotchkiss, completo		2.500
120 Obuses		1.500
Sacos para municiones		
12 azadas y 6 picos.		
22 revólveres.		112

Todo se avaluó en $13.804.50.

A BORDO DEL BERMUDA, MARZO 21 DEL 96.

Por fin me encuentro al parecer definitivamente en rumbo hacia Cuba, y digo al parecer, porque a más de llevarme de mi natural pesimismo, hoy hemos tenido dos paradas por defectos de la maquinaria...! Tantas expediciones se han perdido por estas circunstancias! El maquinista estaba muy dispuesto, por lo visto, a que con ésta sucediera lo mismo. Es un joven italiano, y habla español, bastante inteligente, pero que según nosotros anda medio encasquillado, pues se dejó decir que para arreglar por completo lo descompuesto necesitaba arribar a un puerto. Felizmente, Emilio Núñez, nuestro jefe de expedición, le ha dicho que aquí no hay más arribo posible que el de Cuba y que había que arreglar la descomposición cuanto antes. Esta no es muy grave, según yo he podido entender, consiste en que varios tubos del condensador se salen y que por tanto la inyección de agua salada se mezcla con los vapores condensados y como se tenía que usar mucha de esta agua impura se llega a depositar bastante sal en las calderas, lo cual dificultaría la evaporación y haría mucho más pesado levantar la presión en un momento dado. Pero ante la actitud de Núñez en particular y la nuestra en general se ha arreglado toda dificultad, quitándole las tapas al condensador, se vió cuáles eran los tubos rotos; éstos se sacaron y sus boquillas se cerraron por medio de tapones de pino blanco, que otros y yo hicimos con maderas de las cajas de nuestras armas, desde entonces funciona bien el conden-

sador y el maquinista se encuentra muy satisfecho. ¡Quiera Dios que no tengamos más entorpecimientos, lleguemos con felicidad y se salve esta bonita expedición!

Somos unos 80 hombres y casi todos personas conocidas; han quedado muchos en Nueva York y considero lo indignados que estarán, especialmente los que naufragaron en el *Hawkins;* el que más pena me da, a más de Justo Carrillo, es Aurelio Hevia. Estaba fuertemente constipado, y con fiebre, probablemente una grippe, pero tan empeñado en venir que ni siquiera quiso irse a dormir a su casa, y se pasó toda la noche en mi cuarto; por cierto que con su tos incesante y su excitación neuro-febril, apenas si nos dejó dormir a Juan Antonio y a mí; a cada rato me despertaba preguntándome si serían ya las seis; a esa hora, poco más o menos se levantó y como pertenecía a la fracción de Carrillo, se dirigió con sus otros compañeros a Brooklyn pero allí se puso tan malo, llegó a 39 de fiebre, empezó a esputar sangre, y nadie quiso cargar con la responsabilidad de traerlo, pero como él se empeñara tuvieron que engañarlo, saliendo de la casa sin avisarle y echándose a correr en cuanto estuvieron en la calle.

La movilización de toda la gente se hizo con felicidad, Martín Marrero, con su grupo, del que formaba yo parte, nos embarcamos a las diez; llegamos a Filadelfia después de un (ilegible) como a las doce y media.

Según yo presumía nadie nos esperaba en la Estación; allí estuvimos aguardando como hora y media hasta que encontré a Cosme de la Torriente, al que no sé quién le había impedido llegar a la cita. Nos tenían separado alojamiento en el mismo mesón donde nos hospedamos cuando salimos para Wilmington. Allí almorzamos y comimos, a eso de las diez o las once, nos dirigieron a un ferry, al final de la calle (en blanco) poco a poco fueron reuniéndose los distintos grupos hasta que llegó el General. Su presencia causó sensación entre todos nosotros y hasta en los empleados, probablemente porque eran pocos los que estaban enterados que iba a venir.

Cuando pasamos el río[16] todos nos encaminamos hacia el lado derecho y pasando por una puerta convenientemente dirigidos fuimos a parar a un tren con un solo vagón y que era exprofeso para nosotros. El viaje sería como de una hora larga, casi sin paradas y revestido de detalles románticos, como son un perfecto

(16) El Ferry se llamaba *Atlantic City.*

silencio y las luces apagadas cuando pasábamos por algún poblado. Nos contaron y éramos 71, entre ellos el sub-delegado Sr. Castillo Duany y un factótum del Dr. Guiteras.

Por fin se detuvo el tren[17] y nos fuimos apeando poco a poco, silenciosamente, cautelosamente, rodeados de misterio.

A los pocos pasos nos encontramos un remolcador y en él fuimos entrando y escondiéndonos. Yo tuve que alojarme con unos cuarenta más en la bodega de popa, que por cierto estaba toda mojada, por haber llovido aquella tarde, nos acomodamos como pudimos en el suelo aprovechando unos salvavidas, allí apilados, como asientos.

Al principio no queríamos dormir, pues se presumía que saldríamos en seguida, pero después nos enteramos de que no podíamos movernos de allí hasta las ocho del día siguiente, hora en que subiría la marea.

El temor de que nos denunciaran impedía que fuéramos por provisiones a un pueblo cercano, llamado, según unos, Ocean City y según otros Sea Island City.

Así nos anocheció; entre tanto Emilio Núñez, con el *Bermuda,* debía estar esperándonos a 10 millas de la costa, y el día siguiente era el último de la cita. Si transcurría el miércoles sin salir, el *Bermuda* se iría, y hubiéramos fracasado por nonagésima vez, teniendo que volver para Filadelfia y de allí para New York. A pesar de la confianza que tenía en Núñez, me entró gran tristeza en aquella tarde; tanto sacrificio inútil, tanto riesgo estéril, de nada servirían, a pesar de nuestra constancia y de nuestros empeños.

Un fracaso tras otro fracaso[18] era el único premio a nuestros afanes. Y tendríamos que volver a New York sin ropa, pues la poca que nos quedaba había sufrido mucho aquellos últimos días, a volver a pasar pues, privaciones, frío, y perplejidades, tener que volver a esperar otra combinación, a sufrir otras angustias y correr otra vez por todos los riesgos de nuestros empeños.

Para colmo de desgracias, aquella noche, cuando estábamos durmiendo mejor, pues salido el sol durante el día, secado con ayuda de nuestros cuerpos, algo el piso de la bodega, se le antoja abrirse un salidero a un tuvo de vapor e inunda nuestro compartimento fuerte nube, que sube poco a poco condensándose y empezó a caer en lluvia hirviente sobre las manos y caras nuestras.

---

(17) En medio del camino entre Filadelfia y Atlantic City.
(18) Se refiere a los de Wilmington y Nassau y al del *Bermuda.*

Felizmente, el día del miércoles amaneció espléndido. El capitán se decidió a lanzarse al mar, pasando la temible barra, no sin que la quilla de nuestro remolcador tropezara con el fondo.

Todos estábamos contentos y amontonados sobre cubierta, en la popa, sitio que nos designaron para hacer peso y ayudar la travesía.

Al poco rato divisamos un barco de dos palos; gran excitación por la creencia de que era el *Bermuda;* pocos momentos después gran consternación, porque resultó no ser nuestro barco, y a toda prisa nos ordenaron meternos en nuestra ratonera.

Allí estuvimos como una hora; los que estaban en la escala, puestos al habla con Carlos García, nos trasmitían, según íbamos avanzando. Se vió otro buque, pero era de vela, y por lo tanto no el nuestro.

Después divisamos un vapor, resultó que tenía dos palos, pero como no había seguridad nos fuimos acercando; se discutía si sería o no el *Bermuda,* y poco a poco fuimos ocupando otra vez la cubierta y cuando hechas las señales estipuladas se vió que eran contestadas, un hurra frenético salió de nuestros pechos, hubo abrazos, ojos humedecidos y carreras precipitadas para recoger nuestros trastos. Ya listos fuimos reconociendo a Emilio Núñez, al Coronel Cebreco y a los demás que ya estaban a bordo.

Por fin atracamos y trasbordamos; hubo vivas para Cuba, para el general García, para Núñez, para el Dr. Castillo y para todo el mundo.

Vimos alejarse el *Atlantic City* con los pitazos de ordenanza por despedida, sin guardarle rencor.

El *Bermuda* es un buen barco de ochocientas toneladas según unos, de mil doscientas según otros. Lleva treinta y dos tripulantes y aunque es de carga, tiene varios camarotes; costó veinte y dos mil pesos y es regalado, aunque según el convenio, que ya anoté, sólo tengamos derecho para dar dos viajes en él, y anda doce nudos; su Capitán se llama O'Brien, ducho en llevar armas a Santo Domingo; el barco tiene dos palos y buena maquinaria; hasta ahora sólo se ha ocupado en negocios de frutas, y es el mejor barco que hemos tenido; no tiene más defecto sino su mucha obra muerta.

Los camarotes se los han repartido, en el E. M., los ayudantes, Sanidad y jefes de grupo. Yo, como simple soldado, me he quedado sin él y duermo en el suelo. Espero que desaparezca por completo el frío para poder acostarme sobre cubierta; esta noche quise hacerlo pero hube de desistir.

Concluyo de escribir estas líneas, el día 22, de 3 a 6 de la mañana, a la luz de un farolito y faltando a mi deber, pues como estoy de guardia, no me debía permitir esta distracción, pero ¡como aún no estamos en campaña!... Hasta ahora, hemos tenido una mar muy fuerte y estamos casi todos mareados; ya hoy habrá que comenzar a hacer los preparativos de alijo; la comida, sin ser espléndida, es buena, mucho mejor de lo que esperaba. Para una expedición como la nuestra se puede calificar de inusitada. Somos 77 hombres, y no se pueden pedir villas y castillos, comemos por tandas y solamente con desorden relativo.

Como es natural nuestro grupo, el de Carrillo, no goza de las mayores consideraciones, pues para las guardias y los trabajos somos los más castigados.

Se me ha olvidado decir que el Coronel Núñez, no sólo estaba dispuesto a esperarnos un día más, sino que comprendiendo nuestra situación, y el mal estado de nuestro remolcador, había hecho todas las diligencias para mandarnos otro, y embarcarnos de todos modos.

Hoy era día de escribir para Cuba. ¿Comprenderán en casa mi embarque? Aunque mamá seguía mucho mejor, temo la impresión del paso que estoy dando. ¡Qué vamos a hacer! La humanidad ha nacido para sufrir.

A bordo del Bermuda, Marzo 23 del 96.

Hoy hemos pasado a la vista de las Islas Turcas: puede decirse, por lo tanto, que estamos casi en aguas cubanas, y si quisieran podríamos llegar esta noche, o a más tardar, por la madrugada.

En estos dos últimos días se ha trabajado mucho, me he pasado casi todo el tiempo en la bodega, sacando las armas de sus cajas y colocando en sacos las municiones. Al decir que hemos trabajado mucho, me refiero a cuarenta o cincuenta hombres; los demás por ser del E. M. o de la Sanidad, o encontrarse mareados, no hacen absolutamente nada, hay algunos que son sumamente haraganes.

El General está completamente inutilizado; se marea atrozmente, en cambio el hijo, a pesar de padecer del mismo mal, no ha descansado ni un momento. Carlos me gusta mucho, es activo, inteligente y reune condiciones para todo. En cambio, Rosas, el general colombiano, me parece poca cosa.

El coronel Núñez es el que más vale de todos nuestros jefes, pero sus esfuerzos se estrellan. Es inútil que disponga una cosa, porque casi siempre una contraorden, muchas veces inconsciente, echa por tierra lo que tiene dispuesto. Comprendo perfectamente que se descorazone y haya renunciado por completo a la organización de los detalles.

Ya nos han repartido nuestro armamento; a mí me han dado un máuser, ciento treinta tiros, además un jolongo, con hamaca y frazada, cartucheras, un par de zapatos, y un cuchillo; los machetes por fin no vinieron, y me he quedado sin revólver porque también se quedó la caja que contenía los diez de nuestro grupo. Los otros 22 los han repartido entre los oficiales, y como soy un simple soldado no me ha tocado ninguno.

El número de mi máuser es el 6192. El cañón ya se ha desenvasado. Es inmenso, y me temo dé mucho trabajo el desembarcarlo; piensan dejarlo para lo último, pues lo más importante es el parque y los armamentos. Mañana sólo nos queda subir sobre cubierta para facilitar el alijo. Desembarcaremos en Baracoa; esto no me satisface, pues ya cuando salió el *Hawkins* se supo después que iba para allí, y ahora traemos los mismos prácticos, es decir, aquéllos que sólo conocen aquella pequeña parte de costa. Es por lo tanto, natural que nos esperen algunos cañoneros.

A BORDO DEL BERMUDA, MARZO 24 DEL 96.

Todo está listo; la cubierta está llena de rifles, de cápsulas, de cajas y de los botes en que hemos de desembarcar.

Nos han dividido en tres cuerpos, la avanzada a las órdenes del coronel Cebreco, se compone de su grupo, antes de Pujadas, y el de Carrillo, por lo tanto, formo parte de ella.

El centro, a las órdenes de Calixto, comprende su Estado Mayor y Sanidad, los grupos de Menocal y parte del de Guerra y el general Rosas, con sus ayudantes.

Y la retaguardia bajo el mando del coronel *Chepito* Rodríguez, con el grupo de Coutré, y el resto de los de Guerra.

Este será nuestro orden de marcha, pero para el desembarco han escogido veinte y cinco hombres para cargar los botes, y han nombrado a diez para exploradores. Este primer bote se dispuso al principio que iría a las órdenes de Cebreco, pero después, casi a

última hora, se le encomendó a *Chepito Rodríguez.* Somos diez los escogidos, cinco del grupo de Carrillo y cinco de los del grupo de Cebreco, antes de Pujadas; éstos son, Vicente Carrillo, Martín Marrero, Antonio Ruiz, Antonio Rivero, Eduardo Rosell, Pujadas, Font, Dupotec y Cuevas.

La nota cómica de la expedición ha sido el cocinero, que es nada menos que gallego, y como es natural se encuentra muy disgustado; no es para menos, pues tanto él como los tripulantes no sabían para qué venían.

Hemos estado casi todo el día parados, haciendo tiempo, tiempo que ha aprovechado el maquinista recorriendo tornillos y otras menudencias. A las tres en punto volvimos a emprender la marcha, por cierto que estaba yo de guardia junto al parque, y como la señal se diera por un pitazo corto y fuerte, y un marinero que estaba allí durmiendo se despertó sobresaltado, tuve un momento de emoción, sólo un momento, porque allá en el palo mayor estaba uno de nuestros prácticos explorando con los anteojos todo el horizonte y no un punto determinado.

Ahora son las cinco y acabamos de pasar por frente al Cabo de Inagua, de triste recordación para nosotros, estábamos por lo tanto a unas cuarenta y cinco millas de Cuba, dentro de tres o cuatro horas estaremos ante sus playas.

Los de la exploración ya hemos colocado nuestros jolongos y carteras en el primer bote.

Por fin tengo revólver; aunque no soy oficial me lo dió el coronel Núñez, con funda, cinturón y cincuenta tiros, fué por favor especial, y a cambio de un revólver calibre 38 que con unos diez tiros le compré por cinco pesos (mis últimos cinco pesos) a un marinero. El que tengo ahora es un magnífico Smith & Wesson, por desgracia niquelado en vez de ser empavonado. También me propuso el coronel Núñez nombrarme su auxiliar, pero había que volver a New York y no quise aceptar.

Ante la proximidad del desembarco y la inminencia del peligro no siento ninguna emoción, sólo alguna tristeza al pensar en mi madre y en mi hermana enferma. Por lo demás, una tranquilidad absoluta, tan sólo un poco de sueño; voy a ver si duermo, porque probablemente esta noche no podremos pegar los ojos.

Los demás compañeros parecen tan tranquilos como yo; hay una serenidad y un buen humor tales que se parece mucho a la despreocupación. Voy creyendo en la teoría de la inconsciencia para los principales actos de la vida.

He aquí la nota de los expedicionarios; somos unos 80: 1. General Calixto García; 2. General Avelino Rosas; 3. Coronel Cebreco; 4. Coronel *Chepito* Rodríguez; 5. Comandante Almanzor Guerra; 6. Doctor Eusebio Hernández (agregado); 7. Dr. Negra (Sanidad); 8. Mateo Fiol; 9. Carlos García; 10. Bernardo Soto; 11. Alfredo Arango; 12. M. Rodríguez; 13. N. Jané; 14. Martín Poey; 15. J. Portuondo; 16. J. M. Tarafa; 17. Capitán Marino; 18. M. Peña (cocinero); 19. José Michelena; 20. Vicente Carrillo (Jefe del grupo); 21. Martín Marrero (Sub-Jefe de grupo); 22. Cosme de la Torriente; 23. Federico Núñez; 24. Antonio Rivero; 25. Juan Antonio Lasa; 26. J. R. Jiménez; 27. Pedro Mendoza Guerra; 28. Doctor Pedro Betancourt; 29. Eduardo Rosell; 30. Agustín Cervantes; 31. Gabriel Forcade; 32. Eduardo Laborde; 33. José Laborde; 34. Domingo Herrera; 35. Guarino Landa; 36. Antonio Ruiz; 37. J. Gregorio Jova; 38. Emilio Domínguez; 39. Simón Núñez; 40. A. Caíñas; 41. J. Soler; 42. Ricardo Valdés; 43. F. Marín; 44. A. Acosta; 45. A. Santana; 46. Luis Quintana; 47. M. Cano; 48. L. Fernández; 49. P. Silva; 50. Capitán Pujadas; 51. E. Ovare; 52. M. Izquierdo; 53. J. Font; 54. Dupotec; 55. Cuevas; 56. Hinojosa; 57. Pablo Antonio Menocal; 58. Luis Troncoso; 59. F. Regueira; 60. Miguel Miranda; 61. Francisco Couti; 62. F. Curtiss; 63. Nicolás de Cárdenas; 64. Roberto Chávez; 65. J. Strampes; 66. S. Fortún; 67. A. Lera; 68. J. Castillo; 69. Nicolás Lamadrid; 70. Ciro Troncoso; 71. J. Betancourt; 72. N. Lastres; 73. A. Betancourt; 74. S. Albois; 75. D. Barreras; 76. Emmet; 77. Perrea, americano.

Post Data: Ya desembarcado anoto los siguientes datos:

Estuve durmiendo un rato sobre cubierta; cuando me desperté, me dieron la noticia de que acababa de cruzar ante nosotros un cañonero, explorando con su foco eléctrico, todo el horizonte. Al principio creímos serían exageraciones, pero en tierra nos han confirmado la noticia; añaden que además del *Pinzón*, andan tres lanchas por estas costas, y que ha sido un verdadero milagro haber haber escapado con tanta suerte.

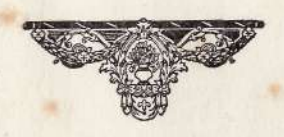
En efecto, entre diez y once de la noche anclábamos frente de la Ensenada de Maraví, y a la una y media se fué el *Bermuda*, llevándose, por falta de botes y gente que hubiera querido esperar para cargarlos unos 10.000 tiros y la cureña y otros accesorios del cañón.

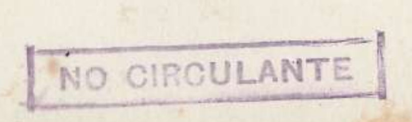


Me cuenta Federico Núñez, que se quedó hasta última hora, que a bordo había una confusión tremenda, y mucha prisa; todos querían mandar, y gracias a la entereza y energía del general Núñez, que obligaba a cargar los botes, y no dejaba embarcar a la gente hasta que estuviesen bien llenos, se salvó casi todo el cargamento. Aún prometía esperar la vuelta de otro bote, si se quedaba a bordo uno de los prácticos, pero Hinojosa, que era el que quedaba, se resistió a ello. Dupotec, fué entre los exploradores; el general García abandonó el barco en el segundo bote.

A la lista de los expedicionarios hay que agregar otro americano de la tripulación, que se empeñó en venir, se llama Francis Dupont, y es un jovencito rubio, era una especie de grumete a bordo.

A las 11 y 40 minutos desembarcaron los del primer bote, en la desembocadura del Maraví, por no caber en él tuvieron que quedarse Vicente Carrillo, Martín Marrero, Antonio Ruiz y creo que Cuevas. Ibamos, por fin, el coronel Rodríguez, el capitán Pujadas, Font, Dupotec, Riverito, yo y cuatro marineros. La señal convenida fué bajar varias veces un farol encendido. No nos permitieron cargar las armas, no sé por qué. Probablemente porque la señal de alarma era un tiro, y temieron que se nos fuera algún tiro al cargar los máuseres. De todos modos, hubiéramos hecho un bonito papel, si llegamos a encontrarnos con el enemigo; pero felizmente la playa se presentaba a nuestra vista completamente desierta.







ACABÓSE
DE IMPRIMIR ESTE
PRIMER TOMO DEL
DIARIO DEL TENIENTE CORONEL
EDUARDO ROSELL Y MALPICA
EN LA IMPRENTA
"EL SIGLO XX"
BRASIL, 153-157
EN LA HABANA
EL DÍA 18 DE MARZO DE
MCMXLIX

H60639

9-0548
Ros
D

Rosell y Malpica, Eduardo
Diario del Teniente
Coronel Eduardo Rosell
Malpica.

S/N 10/2/14 Dev 3 leo

PUBLICACIONES

DE LA

ACADEMIA DE LA HISTORIA DE CUBA

I. MEMORIAS (desde la fundación de la Academia, en 1910, hasta el año 1932, en que dejaron de publicarse).

II. DISCURSOS DE RECEPCIÓN de los señores Académicos de número.

III. TRABAJOS DE INGRESO de los señores Académicos correspondientes.

IV. DISCURSOS INAUGURALES de las labores académicas.

V. OTROS DISCURSOS.

VI. ANALES.

VII. ELOGIOS de los señores Académicos de número fallecidos.

VIII. OTRAS OBRAS.

En el *Anuario* de la Corporación se publica el catálogo pormenorizado, por secciones, de las obras editadas por la Academia.

DOMICILIO DE LA ACADEMIA:

Amargura, 158, esquina a Cuba
(7º piso)
La Habana, Cuba.


A. H.